

U A N

ROMA DE N...
C...

LIBRARY OF THE
MUSEUM OF
ART AND HISTORY
OF THE CITY OF
ROME

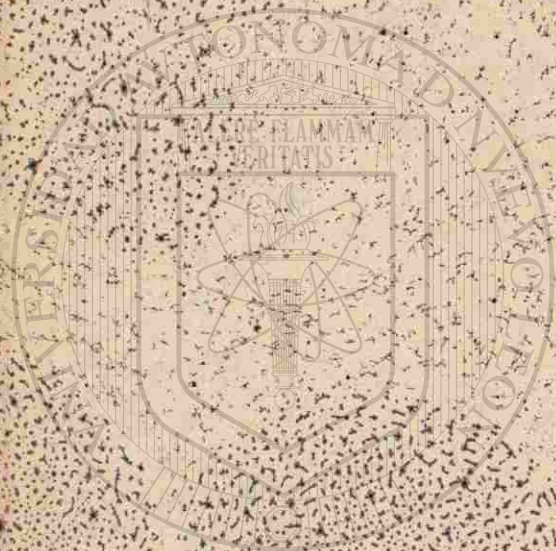


NOV
F1232
E7
A2





1080011006



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

S

AL

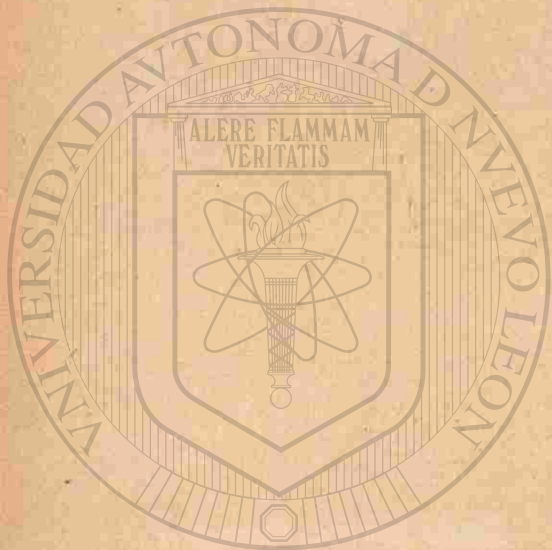
en
m-
os
el



F-182-EMM

3884

real flauto
Rosio



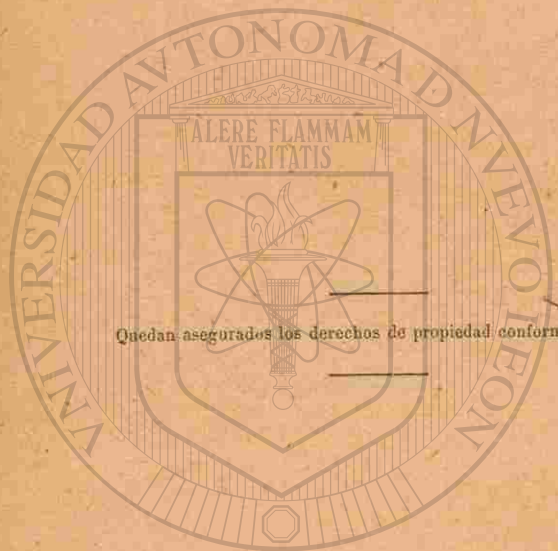
EPISODIOS MILITARES
MEXICANOS

Jesús Jiménez Rodríguez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA "RODRIGO DE LLANO"
SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON



Quedan asegurados los derechos de propiedad conforme a la ley.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Paris. — Imprenta de la V^{da} de C. Bouret. — 229-1901.

HERIBERTO FRÍAS

EPISODIOS MILITARES MEXICANOS

PRINCIPALES CAMPAÑAS, JORNADAS, BATALLAS,
COMBATES Y ACTOS HEROICOS
QUE ILUSTRAN LA HISTORIA DEL EJÉRCITO NACIONAL
DESDE LA INDEPENDENCIA HASTA
EL TRIUNFO DEFINITIVO DE LA REPÚBLICA

SEGUNDA PARTE INVASIÓN NORTEAMERICANA

Las fatales Derrotas del pasado deben
generar los Triunfos de las futuras Cam-
pañas.

Estudemos el porqué de nuestros
desastres para evitarlos.

Conozcamos la admirable Leyenda del
Ejército Mexicano.



LIBRERÍA DE LA V^{da} DE C. BOURET

PARÍS

MÉXICO

23, RUE VISCONTI, 23

14, CINCO DE MAYO, 14

1901

Propiedad del Editor.



F1232
F9

**HOMENAJE AL COLEGIO MILITAR
DE LA REPÚBLICA**

HERIBERTO FRIAS.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
FONDO
RODRIGO DE LLANO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Geografía

de la

República Mexicana

POR

EDUARDO NORIEGA

Profesor de la materia en la Escuela Nacional de Comercio
miembro de la Sociedad mexicana de Geografía y Estadística y de
otras Sociedades científicas y literarias

**Obra ilustrada con profusión de croquis intercalados
en el texto**

El estudio geográfico de un país, es el medio único para adquirir el perfecto juicio de sus elementos de vida y riqueza, y a esta circunstancia se debe que mientras más culto es un pueblo, más son los diversos tratados de geografía con que cuenta y que proporcionan á propios y á extraños, todos los datos necesarios para llegar al conocimiento exacto de la producción agrícola é industrial, riqueza minera, propiedades de las tierras, vías de comunicación y demás circunstancias que concurren á formar la riqueza pública y privada.

La República mexicana, ocupa ya un lugar bastante distinguido entre los países cultos, y la obra que hoy ofrecemos al público, es el libro más á propósito para dar á conocer su importancia porque se ha escrito en presencia de los datos más recientes de origen oficial y enseña la verdadera situación económica de México, especifica con toda claridad y precisión sus condiciones físicas y riqueza territorial y describe con amplitud lugares, costumbres, ciudades, caminos de hierro, curiosidades naturales y en fin, todo aquello que se relaciona con la ciencia geográfica, advirtiendo que así como para la parte económica se han buscado las fuentes oficiales, para la parte científica se ha hecho lo propio utilizando los elementos que existen, tanto en la Secretaría de Fomento, como en el Cuerpo especial del Estado Mayor, en cuyos archivos existen los verdaderos datos para la carta general de la República.

Además, como otros elementos importantes, se han intercalado muchas cartas especiales hechas exclusivamente para la Geografía de México, y muchos grabados que representan lugares, edificios, tipos, plantas, curiosidades, etc., etc.

Por lo expuesto se vé que este libro, destinado á generalizar de un modo completo cuanto de bueno tiene México, es el primero en su género que hasta hoy se publica, y no vacilamos en asegurar que será de todo el agrado del público, tanto más, cuanto que el fondo realiza un fin patriótico de altísima importancia.

1 bonito volumen 12º, tela. \$ 3 00

México viejo

NOTICIAS HISTÓRICAS, TRADICIONES,
LEYENDAS Y COSTUMBRES

POR

ALERE FLAMMAM
VE
LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN

Nueva edición aumentada y corregida con profusión de ilustraciones: dibujos originales, retratos, vistas, planos, sacados de antiguos cuadros al óleo, láminas y litografías; y fotografías tomadas directamente de monumentos, monedas y medallas.

Curiosa, y más que curiosa, interesante, es la historia de la ciudad de México, y de los cambios que se han verificado en sus calles y plazas, en sus templos y palacios, en sus acueductos y mercados; desde los tiempos remotos de la antigua Tenochtitlan, hasta los días que alcanzamos, en los que ya no queda ni huella de muchas cosas que existieron, y en los que vemos a la capital del todo transformada en una población culta, con muchos refinamientos del lujo y esplendor europeos.

La que fué señora del Anáhuac y capital del poderoso imperio mexicano, quedó para siempre sepultada bajo sus ruinas que defendieron con tanto heroísmo Cuauhtemoc y sus compañeros, y que arrasaron tan brutalmente ciento cincuenta mil aliados de Cortés, hasta dejar el paso franco y libre a la caballería enemiga y a la isla como campo arable. De esta ciudad de los lagos y de las chinampas, convertida en escombros por el conquistador, se levantó la nueva México, la capital de Nueva España, y entonces se la vió cambiar por completo de fisonomía: a la gran pirámide sustituyó la primera y humilde Catedral cristiana; a la casa de animales, el asilo de mansos franciscanos, y así sucesivamente, hasta quedar borrado para siempre el tipo azteca, por el carácter esencialmente español.

Nos proponemos escribir la historia de los edificios más notables de la ciudad, que ya han desaparecido por completo ó que ya han cambiado del todo, pero que tienen su origen en época remota; escribir también las tradiciones, leyendas y costumbres de México colonial, características de aquellos tiempos pasados, objeto principal del presente libro.

1 vol. 8°.

BIBLIOTECA "RODRIGO DE LLANO"
SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

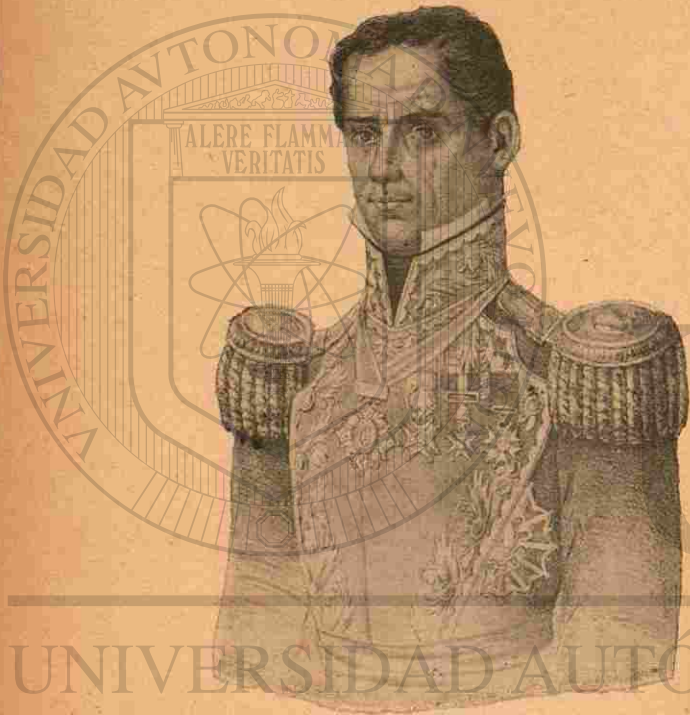
¡ Veteranos de las antiguas campañas, viriles jefes endurecidos en los combates por la libertad, marciales jóvenes de la moderna vanguardia épica — descubierta que va al galope rumbo al porvenir, al viento de la Historia la tricolor Bandera Nacional, — contemplad el desfile trágico de estas batallas!...

¡ Son nuestras derrotas... palpitan lamentablemente y parece que se alejan en profundidades de negros horizontes, al redoble retumbante de una gran retreta!...

Mas lo que truena en las cajas de guerra, lo que vibra en los clarines y trompetas son himnos triunfales...! Las dianas de las gloriosas hecatombes!

.....

.....



General Antonio López de Santa Anna,
Presidente de la República Mexicana.

BIBLIOTECA "RÓDRIGO DE LLANO"
SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

I

LA BATALLA DE PALO ALTO

¡ En qué triste situación se encontraba nuestro llamado *ejército del Norte* cuando definitiva y oficialmente se rompieron las hostilidades entre el gobierno de los Estados Unidos y nuestro entonces revuelto y desdichado país!

Tropas veteranas, acostumbradas á las más duras privaciones, casi desnudas, muertas de hambre, estaban abandonadas en duros climas, teniendo que batirse constantemente desde hacia más de diez años, ya con los *tejanos* rebeldes, ya con las hordas que pululaban entonces por aquellas regiones.

Innumerables y constantes fatigas abrumaban las infelices huestes del Norte, que no contaban sino con un malísimo armamento, con escasas municiones y con heterogénea, pesada y antigua artillería, falta de trenes propios y sin ganados de tiro.

La oficialidad compartía también la miseria de la tropa, teniendo sus *haberes* en continuo atraso, viéndose obligada á particulares trabajos para ayuda de su sustento, acudiendo al servicio militar á la hora del

peligro, dispuestos á batirse briosamente con el enemigo á la orden de sus jefes, mientras allá en el interior de la República estallaban los *pronunciamientos* de los cuerpos preferidos y mimados por los gobiernos tiranos que se sucedían unos á otros, tras intrigas odiosas y atentados atroces.

Poco antes de que estallara la guerra el gobierno del general Herrera dirigió su mirada á ese valiente y malogrado ejército, para que fuese el que contuviera el torrente invasor, enviándole por refuerzos dos divisiones al mando de los generales Filisola y Paredes; pero los abominables manejos de odiosos traidores detienen en su marcha estas tropas cuya misión cambió de súbito, volviendo sus armas contra el mismo corazón de la patria cuando el enemigo apretaba sólido y terrible ejército para invadirnos!

En efecto, el 15 de Enero de 1846 recibía órdenes el general norteamericano Zacarias Taylor de avanzar con sus tropas en el Norte hasta Matamoros, estableciéndose antes en la ranchería llamada del *Frontón de Santa Isabel*.

Nuestro ejército del Norte á la noticia de este movimiento se concentró en aquella ciudad, al mando del general Mejía.

Los bravos habitantes del *Frontón* incendiaron sus chozas, devastando los campos, para no dar subsistencias al enemigo de su patria, replegándose hacia las márgenes del río Bravo. ¡Digna conducta que si hubiese sido imitada por todas las poblaciones amagadas por el invasor, habría hecho costosísimo el triunfo; pero en el interior del país había un ofuscamiento enfermizo y una debilidad inmensa que abrumaba los ánimos esterilizando todas las energías!

El ejército norteamericano ocupó sólidamente el *Frontón*, estableciendo grandes y bien provistos almacenes de guerra á donde fueron llegando largos trenes



James Nox Polk,

Presidente de los Estados Unidos que declaró la guerra á México.

de carros con buenos viveres, municiones y repuesto de armamento y equipo, poniéndose en comunicación con las fuerzas marítimas del Golfo.

Una vez bien establecida la base de operaciones del

BIBLIOTECA "RODRIGO DE LLANO"

SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

ejército de Taylor, hizo avanzar este jefe parte de sus fuerzas hasta ponerse frente á la plaza de Matamoros, en la margen derecha del Bravo.

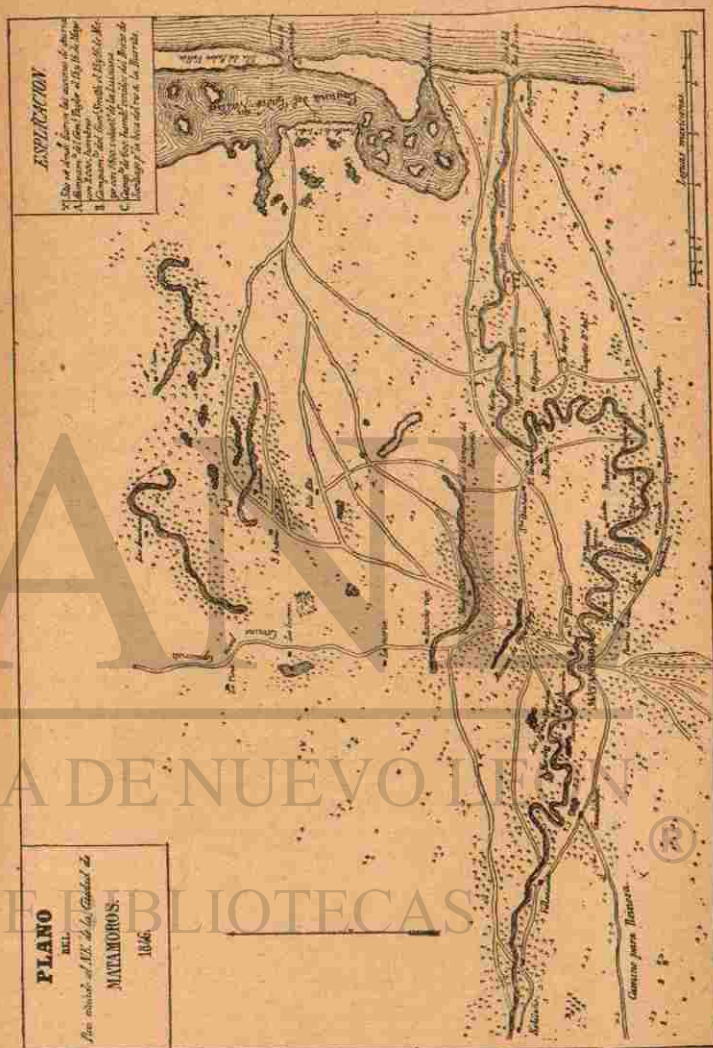
En un remanso del rio, á cubierto de las baterías de la plaza, se levantó una obra de fortificación, llamada fuerte Brown, donde se instalaron parte de las tropas americanas con su artillería.

En Matamoros se habían emprendido débiles obras de defensa, la que era muy difícil, abierto como estaba por todas partes, excepto por el lado del rio.

No obstante, se construyó un reducto al Oeste de la ciudad, á 500 metros de la margen del Bravo, dominando el paso llamado de las Anacuitas; otro más pequeño que éste en el Paso Real, y á 200 metros, en la misma dirección, una flecha cuyos fuegos se cruzaran con los de los anteriores, así como se instaló una batería entre aquellos dos, dentro de un bosque.

La guarnición de la plaza constaba en un principio del Batallón de Zapadores, los Regimientos de infantería 2º Ligero, 1º y 10º de Línea; 7º de caballería, Auxiliares de las villas del Norte; varias compañías presidiales y un batallón de Guardia Nacional de Matamoros. La artillería la formaban 20 piezas de campaña. Á estas fuerzas se unieron, procedentes de Tampico, el 6º de infantería y el batallón y compañía « Guarda Costa » de aquel puerto, haciendo un total de cerca de 3000 hombres.

El 11 de Abril llegó á la plaza el general Ampudia, que venia de México, al frente de una división compuesta del primer Regimiento de caballería Ligero de México, el cuarto de Línea, los batallones activos de México, Puebla y Morelia, el 8º de caballería y 6 piezas de campaña : total : 2200 hombres.



El general Ampudia había sido nombrado por el Gobierno mexicano, General en jefe del Ejército del Norte.

Desde que llegó á Matamoros, á donde se adelantó á marchas forzadas, hizo activar los trabajos de defensa disponiéndose á ejecutar su plan de ataque sobre los americanos, el que consistía en pasar el río y atacar sin pérdida de tiempo al enemigo antes que se organizara con más numerosas fuerzas; mas sucede entonces que el Gobierno le quita el mando en jefe, nombrando en su lugar al general Arista, quien desde luego le ordena que suspenda toda operación ofensiva hasta que se le una.

Irritado Ampudia con esto y soñando en un triunfo seguro, intenta desobedecer y trata de ejecutar su plan de ataque, reuniendo previamente una junta de guerra en la que expuso su decisión; mas los generales y jefes subalternos entre los que no era popular y por cuyas observaciones, expuestas en diversas cartas y notas al gobierno, se le había quitado el mando en jefe, se opusieron á secundarlo.

Entonces no tuvo más remedio que esperar la llegada del general Arista, devorando su rabia y su envidia.

¡Desde ese momento se arrojó en aquel ejército, — que debía ser todo unión y confianza en la voluntad y talento del jefe director, — la discordia más abominable, una de las fuentes principales de todas y cada una de las sangrientas catástrofes de esa guerra de infausta memoria y de tan dolorosas enseñanzas para el ejército mexicano!

Ya podía desde entonces preverse la falta de unidad de acción en nuestras tropas, obra de repugnante y

execrable egoísmo de muchos de los jefes que habrían de batirse aisladamente, sin concurrir con sus esfuerzos al objetivo de un plan estratégico ó táctico, bajo una dirección superior y única.

¡Ya tendremos que ir haciendo siempre, después de cada función de armas de esta campaña, la misma tris-tísima observación!

Mientras llegaba el general Arista las tropas americanas proseguían con gran actividad sus trabajos de defensa y ataque en el fuerte Brown, apenas hostilizados por algunas partidas de caballería mexicana que solían sorprenderlos entre el Frontón de Santa Isabel y el río Bravo.

Habiendo llegado Arista al rancho del Solinceño, hizo reunir allí toda la caballería, el Batallón de Zapadores y dos compañías ligeras, fuerza que á las órdenes del general Torrejón pasó el río el día 24 de Abril, yendo á situarse sobre el camino del Frontón á Matamoros, con el objeto de cortar sus comunicaciones al enemigo, obligándole á dar batalla para recuperarlas.

Naturalmente este plan fué censurado por el general Ampudia.

El resto de las tropas 12 piezas de artillería se dirigieron á pasar el río para unirse con la primera sección; pero este movimiento fué advertido por las avanzadas de Taylor, y como no se llevaron barcas para pasar rápidamente, la operación se dilató cerca de 24 horas, dando tiempo á que el adversario evitara ser envuelto y atacado con fuerzas superiores, pues al punto el mismo general Taylor con 2 000 hombres, del fuerte Brown se había dirigido al Frontón.

Evidentemente que si el paso del río se ejecuta con rapidez, la derrota de los americanos habría sido segura.

¡Quién sabe entonces lo que hubiera influido este primer triunfo en el curso de la guerra!

Arista ve frustrado su primer plan; mas comprendiendo que Taylor regresaría por el mismo camino en auxilio del fuerte Brown, dispuso que la plaza de Matamoros lo hostilizara con sus fuegos en tanto que Ampudia al frente del 4º de infantería, el batallón de Puebla, dos compañías de Zapadores, 200 hombres del Regimiento auxiliar de las villas del Norte, el batallón de Morelia y 4 piezas de artillería, atacaba el campamento y el citado fuerte, por la margen opuesta.

Libróse un terrible combate el día 3 de Mayo. Nuestras fuerzas lanzadas vigorosamente al asalto, después de un vivo cañoneo, se apoderaron de las obras exteriores de la fortificación; su jefe, el Mayor Brown, cayó herido de gravedad defendiéndola heroicamente, y ya estaba á punto de rendirse aquella cuando sabe Ampudia que el general Taylor con 3000 hombres y numerosa y buena artillería avanza del Frontón en auxilio del fuerte.

Entonces, desistiendo del asalto del punto, volvió la fuerza mexicana rumbo al campamento de Palo Alto.

Allí, sobre una amplia llanura, se formaba en batalla el cuerpo de ejército del general Arista, frente al enemigo que ocupaba desde la mañana del 8, bajo la dirección del general Taylor, posiciones apropiadas para que su ejército maniobrara según las circunstancias, oculto tras el pasto, intentando evitar el encuentro de nuestras tropas, para reunirse con las suyas frente á Matamoros, llevando tras sí hacia las posiciones ofensivas de la margen derecha del Bravo, un gran tren de provisiones de boca y guerra.

El general Arista, cuyo campamento había estable-

cido en los tanques del Ramireño, retrocediendo de Palo Alto donde primero se encontraba, por falta de agua, fué á presentar sus tropas en batalla, cuya línea se formó después del mediodía.

Se apoyó la derecha en una pequeña altura, y la izquierda sobre terrenos pantanosos, formando los batallones y regimientos de infantería en una sola línea, tras de la que se colocaron dos pequeñas columnas de caballería, entre cuyo intervalo se situó una batería de dos piezas ligeras. Á eso de las dos y media de la tarde se reforzó nuestra batalla con las tropas que traía el general Ampudia, después del ataque del fuerte Brown, formando por parte nuestra el ejército mexicano en disposición de combatir, unos 3000 hombres y 16 piezas de artillería.

Las baterías enemigas integradas con cañones de grande alcance, hasta cuyo emplazamiento no podían llegar los proyectiles de las nuestras, rompen de súbito un vivísimo fuego sobre las apretadas columnas mexicanas que iban entrando lentamente en línea de batalla. Nuestras baterías contestaron entonces; pero sus fuegos no tenían el alcance necesario y apenas sirvieron para dar ánimo y confianza á las mexicanas tropas, ansiosas de combatir cuerpo á cuerpo con los enemigos extranjeros que por primera vez las desafiaban!

Momentos antes de que tronara el primer cañonazo, el general Arista recorrió á caballo todo el extenso frente de las tropas desplegadas en batalla, arengando á los batallones con vivísimas frases de entusiasmo, clamando *vivas* á la República y á la Patria, al desplegarse las banderas y estandartes, en tanto que los clarines rompían en alegres coros, y las cajas de guerra

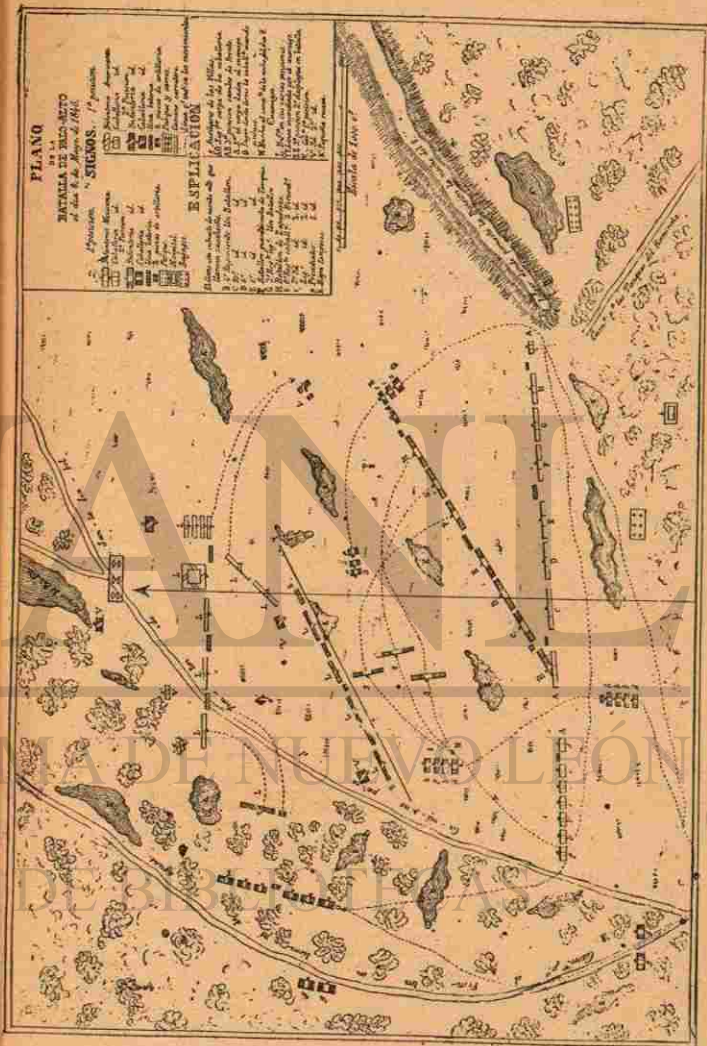
retumbaban sus redobles en las dianas, acompañando la ronca gritería de las tropas delirando por el combate!.....

Y en tanto, allá á lo lejos, en el fondo de la llanura, tras los espesos y altos *zacatales*, la primera línea del ejército americano, toda compuesta de cañones, apenas sostenidos por compañías de infantería y caballería, disponíase á vomitar su metralla y á escupir el hierro de sus balas, tranquila, á cubierto y á mansalva, puesto que hasta sus posiciones no llegaron las nuestras.

El general Taylor, cuyas fuerzas componían los batallones veteranos 3º, 4º, 5º y 8º de Infantería, fuertes y bien montados escuadrones de caballería, más una batería de á dieciocho y dos ligeras, intentó pasar sobre nuestro flanco derecho para seguir por el camino de Matamoros, ocultando este movimiento frente á nuestras tropas, primero con el fuego de sus baterías, y después con el incendio del pasto, cuyas espesas humaredas tendieron enorme cortina sobre sus posiciones.

Arista comprende la intención de su adversario, y, tratando de impedirla, hace destacar al general Torrejón con una columna de caballería, sobre el ala derecha enemiga, intentando envolverla por ese lado, al mismo tiempo que la línea de batalla mexicana verificaba un cambio de frente á la izquierda, ejecutando una enorme conversión bajo el fuego certero de las baterías americanas que abrían espantosos claros en nuestras filas sin que de ellas partiera un solo tiro.....

La columna de nuestra caballería, barrida por los cañones enemigos, galopando en torno de terrenos cenagosos, se va desmoronando; se amontona — y sin



poder, — lo mismo que la infantería, — batirse con los contrarios á los que apenas adivina tras el humo del pasto y el fuego de su artillería, tiene que retroceder en desorden, permitiendo á los contrarios el paso que se les disputaba; pero el cambio de frente de la línea de batalla que amenaza envolver á Taylor, se lo impide....

Destaca el general americano parte de su caballería sobre nuestra derecha, apoyando una batería que durante algún tiempo enfiló espantosamente los batallones mexicanos....

Hubo una desesperación infinita entre nuestros bravos soldados al verse y al sentirse así tan hechos pedazos por el plomo y el fuego del adversario que llovía sobre ellos en huracanadas ráfagas de muerte!... ¡Y resbalar y caer sobre la sangre de los compañeros, recibir como ellos la muerte, sin haberla podido repartir al enemigo en la misma hecatombe, sin haber podido devolver golpe por golpe, sin la suprema delicia de morir en el fragor del combate, de morir, en fin ¡pero matando!... ¡Oh! sí,... de morir con el orgullo de que esa muerte será vengada con la carnicería del Invasor inicuo!... Pero caer, sentirse herido, adivinar que se va á sucumbir sin combate, eso era espantoso y desesperante para nuestras bravas tropas!...

No querían estar á la expectativa, inútilmente aliñados en la llanura como fácil carnaza de los cañones contrarios.

¡Nuestros soldados frenéticos pedían á sus jefes se les permitiera el placer de lanzarse á bayoneta calada sobre el atroz invisible enemigo que con toda tranquilidad y sin peligro los despedazaba desde lejos!

— ¡Á la bayoneta! ¡Á la bayoneta! ¡Sobre ellos! ¡Viva la República! ¡Viva México! — gritaban aquellos valientes en medio del estruendo de las descargas enemigas....

Los oficiales no podían contener á la tropa, y en vano también los jefes intentaban aplacarla gritando á su vez:

— *¡Un momentito y nos vamos sobre ellos!.... ya los tenemos acorralados, espérense, espérense, ya nos va á tocar la nuestra!* Y así rugían los oficiales y así se desesperaban.

Pero la tropa, siempre batida por los fuegos del adversario que la cañoneaba á su sabor, llegó á indignarse á tal extremo que exigió atacar á la bayoneta á las mismas baterías americanas, amenazando con abandonar el campo si no se lo permitían. ¡Sublime espontaneidad patriótica!

El general Arista, que había visto el fracaso completo de su plan, rechazada la caballería de Torrejón por su izquierda; inútil el atrevido y heroico movimiento del cambio de frente de toda su línea de batalla, permitió al fin que aquella con sus regimientos y batallones cargara sobre el frente americano.

¡Pero era ya demasiado tarde! Nuestros valientes, fatigados, hambrientos, exhaustos, avanzando en prolongada línea, se desordenaron atropellándose unos á otros, batidos incesantemente por el fuego del invasor que fué menguando poco á poco, sin que por fin, habiendo aquél retrocedido velozmente pudiesen los nuestros atravesarle el pecho con sus bayonetas, — ¡lamentablemente vírgenes! — hasta el término de esta batalla que, aunque indecisa, fué para nuestra

patria una heroica hecatombe — acaso inútil sacrificio — y para sus enemigos poderosos, impune y acertadísimo cañoneo!

Vino la noche. El general Taylor retiró hacia el campamento de sus reservas las fuerzas de su línea activa, parapetándose tras el espeso reducto que hubo de improvisar con sus centenares de carros, no escaseando tupidos cordones de centinelas entre los atrinchamientos de sus grandes guardias, en tanto que el general Arista retrocedía también de aquel sombrío campo de batalla, tan copiosamente abonado con sangre mexicana.

II

LA RESACA DE GUERRERO

Al amanecer del día 9 de Mayo, las fuerzas mexicanas que habían acampado la noche anterior en la colina que quedaba á la derecha del campo de batalla de Palo Alto, se retiraron por el camino de Matamoros, sosteniendo esta contramarcha una sección mixta al mando del general Ampudia, la que permaneció frente al enemigo, que no se movió de sus posiciones en el instante.

El general Taylor después de la batalla había reunido en su campo una junta de guerra para decidir de las operaciones que debían seguir después del choque con las fuerzas mexicanas, prevaleciendo entre sus oficiales la opinión de que debían atrincherarse en *Palo-Alto* ó retroceder al *Frontón* en espera de refuerzos. ¡Tal había sido el brio y la bizarría que habían demostrado nuestros pobres soldados bajo el terrible fuego de las baterías americanas en aquella para ellos tan sangrienta jornada!

¡Ah! si el general Arista en vez de haber dejado inmóvil horas enteras su línea de batalla ante el

patria una heroica hecatombe — acaso inútil sacrificio — y para sus enemigos poderosos, impune y acertadísimo cañoneo!

Vino la noche. El general Taylor retiró hacia el campamento de sus reservas las fuerzas de su línea activa, parapetándose tras el espeso reducto que hubo de improvisar con sus centenares de carros, no escaseando tupidos cordones de centinelas entre los atrinchamientos de sus grandes guardias, en tanto que el general Arista retrocedía también de aquel sombrío campo de batalla, tan copiosamente abonado con sangre mexicana.

II

LA RESACA DE GUERRERO

Al amanecer del día 9 de Mayo, las fuerzas mexicanas que habían acampado la noche anterior en la colina que quedaba á la derecha del campo de batalla de Palo Alto, se retiraron por el camino de Matamoros, sosteniendo esta contramarcha una sección mixta al mando del general Ampudia, la que permaneció frente al enemigo, que no se movió de sus posiciones en el instante.

El general Taylor después de la batalla había reunido en su campo una junta de guerra para decidir de las operaciones que debían seguir después del choque con las fuerzas mexicanas, prevaleciendo entre sus oficiales la opinión de que debían atrincherarse en *Palo-Alto* ó retroceder al *Frontón* en espera de refuerzos. ¡Tal había sido el brio y la bizarría que habían demostrado nuestros pobres soldados bajo el terrible fuego de las baterías americanas en aquella para ellos tan sangrienta jornada!

¡Ah! si el general Arista en vez de haber dejado inmóvil horas enteras su línea de batalla ante el

plomo y la muerte que el enemigo impunemente le prodigaba hubiese dado oídos al valor y al denuedo de nuestras tropas que pedían á gritos cargar á la bayoneta, habrían acaso llegado hasta aquellos malditos cañones, dando un giro decididamente triunfal á la batalla!

Si ésta quedó indecisa haciendo estéril tanta bravura, fué por haberse obstinado el jefe mexicano en su plan primitivo, ignorando el axioma táctico elemental de que las disposiciones primeras del combate se modifican según las circunstancias y los movimientos ó actitud imprevista del enemigo.

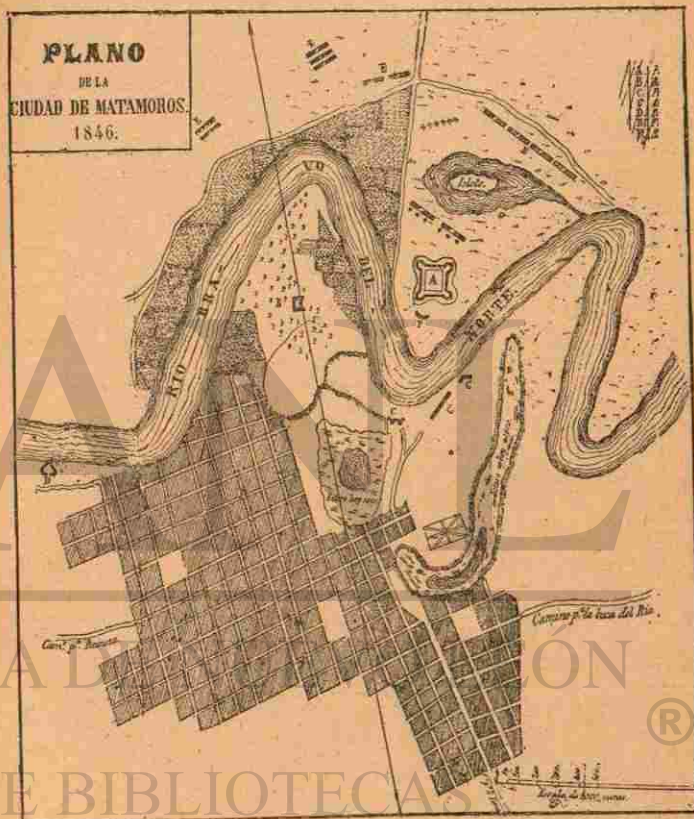
Por infructuoso que hubiese resultado el ataque desde un principio, no habría sido mayor el número de víctimas nuestras, y sí muy considerable las del adversario, lográndose siquiera que los soldados mexicanos tuvieran la satisfacción y el marcial consuelo de caer combatiendo, de morir matando, de que no sólo su sangre hubiese empapado el campo!...

El general Taylor optó por seguir adelante en persecución del ejército mexicano. Así se ejecutó, dejando en Palo Alto su tren de carros escoltado por la primera brigada y 4 piezas de artillería, partiendo el grueso de las fuerzas á la una de la tarde, precedidas por una fuerte y ligera descubierta de cerca de 600 dragones, cazadores y rifleros, descubierta que avanzó cautelosamente por los flancos del camino, atravesando por entre espesos chaparrales.

El ejército mexicano había acampado en una barranca poco profunda que atraviesa el camino oblicuamente, limitada en sus extremos por terrenos boscosos y charcos de aguas estancadas.

Los batallones de Zapadores, 6º de línea, 10º y 1º de

infantería, y 2º ligero se colocaron á la derecha del camino, y á la izquierda el batallón y compañía guarda



costa de Tampico; á retaguardia de la derecha se situó el 4º batallón y cubriendo el flanco izquierdo al *regimiento de Canales* con dos piezas de artillería. Á la extrema retaguardia, como á 300 metros, se instaló la

caballería sobre el camino, colocándose el parque y los trenes á su izquierda, en medio de un bosque.

Como se puede observar por lo anterior, y la simple inspección del plano respectivo, la izquierda es notablemente débil siendo por otra parte flanqueable, y precisamente tras ese mismo extremo se instalaron los trenes y parques.

Inmediatamente que se acampó, el general Arista, que no creía ser atacado ese mismo día, ordenó que la artillería desenganchara y la caballería quitase hasta las bridas á sus caballos.

El adversario en tanto avanzaba sobre nuestra posición, decidido á atacarla si la encontraba en circunstancias favorables para ello.

Á las dos y media de la tarde, sus avanzadas empezaron á hacer un audaz reconocimiento acercándose mucho á nuestra izquierda. Fueron recibidas á cañonazos, lo que las obligó á replegarse hasta fuera de tiro, haciendo alto para esperar al grueso de las fuerzas americanas.

Advertido el general Arista de la proximidad del enemigo, no dictó providencia alguna para recibirlo, obstinándose en creer que no lo atacaría.

Á las cuatro y media de la tarde, el general Taylor hizo cargar á sus fuerzas sobre nuestra izquierda apoyadas por una batería situada á un lado del camino.

Todavía á la noticia de este ataque, que fué repelido durante breve tiempo por nuestra batería y las escasas tropas de la izquierda, y no obstante el estruendo del cañoneo y la fusilería, siguió empeñándose el general Arista en que aquello no era sino una escaramuza de reconocimiento; pero precisamente en aquel instante, un regimiento de dragones americanos cargaba al

galope sobre la batería de la izquierda, apoderándose de ella. El general Díaz de la Vega acudió con un batallón de 2ª línea á rechazar el asalto, trabándose una encarnizada refriega en la que nuestros infantes arrebataron los cañones que había tomado el enemigo. Entran entonces en combate otros regimientos americanos á los que se opone el 2º ligero, y las compañías de cazadores del 4º, y del 6º, cuyos capitanes hacen prodigios de valor, animando á su tropa á resistir á fuego y bayoneta.

Los valientes oficiales mueren frente á los contrarios que todo lo arrollan apoyados por sus cañones y al empuje de su poderosa caballería. Esta, al fin penetra en la barranca introduciendo el desorden y rebasando luego la izquierda va á apoderarse de los bagajes, trenes y parques que no ha habido tiempo de retirar.

Mientras tanto, todos los cuerpos de la derecha encajonados en la cavidad de la barranca, han permanecido intactos, pero han escuchado el fragoroso y repentino estruendo de la lucha, del choque de todo el ejército enemigo que ha caído sobre el ejército mexicano acuchillándolo dentro de aquella barranca como en una trampa.... ¡Y el general Arista, el general en jefe que con su adversario encima no ha salido de su tienda! ¡Atroces momentos!

Entonces fué cuando en medio de aquel combate desigual, de aquel acuchillamiento feroz de nuestra izquierda, entonces fué cuando surgió al fin de todos los pechos el grito, el eterno grito de los vencidos por la ineptitud ó la envidia recíproca de los jefes, el grito de « traición »....

— ¡Traición! — ¡Traición! — clamaron entonces nuestros soldados y todos los batallones de la derecha

que no habían combatido aún, todos aquellos valientes cuerpos tan dispuestos antes á la lucha sangrienta y horrible, á la abnegación, al sacrificio y á la muerte, despechados, llenos de odio hacia los miserables que así los vendían y los entregaban al enemigo para que los acuchillara á su gusto, sabiendo que todo era inútil, se desbandaron en un instante, echando á correr por entre los matorrales y los arbustos, rumbo al río Bravo... ¿Á qué combatir; á qué pelear hasta la muerte si de nada serviría su heroísmo, si de todos modos la traición los había de entregar á sus enemigos?...

¡Muy tarde llega á comprender Arista toda la verdad del ataque á fondo de Taylor! Sale frenético de su tienda, cuando ya todo es desorden y confusión, cuando la muerte y la derrota están ya en su campo.... Monta á caballo y corre á ponerse al frente de la caballería que ha permanecido también intacta é inútil en aquel terreno tan impropio para sus maniobras; la arenga rápidamente conteniendo un principio de desmoralización; luego se lanza á cargar con denuedo sobre los cuerpos enemigos que ya ocupan la barranca y los bosques laterales del camino; pero desde allí los infantes americanos hacen un fuego certero y terrible sobre nuestros bravos jinetes que son fusilados á quemarropa, sin la dicha de que el hierro de sus lanzas se enrojecza en enemiga sangre.

Todo es ya inútil, la derrota se ha consumado y ahora es preciso hacer la retirada de las tropas lo menos desastrosa posible.

En todas direcciones huían los soldados buscando el río para pasarlo á todo trance y escapar de la persecución del tan fácilmente victorioso Americano.

El general Arista, con la caballería, atravesó por la

villa de Ampudia; el general Canales con su regimiento, gran número de dispersos y dos piezas de artillería, pasa un poco más arriba, en tanto que algunos valientes jefes forman en batalla los cuerpos menos desmoralizados para resistir al enemigo si intenta una activa persecución, sosteniendo la retirada del resto de las dispersas tropas mexicanas. Mas por fortuna el general Taylor se dió por satisfecho con tan inesperado y completo triunfo, no ordenando acometida alguna sobre los fugitivos, acaso por encontrarse muy maltratada su caballería y también el temor de que la nuestra que en gran parte no entró en combate y que se había retirado con todo orden, hiciera una vuelta ofensiva.

Tal es á grandes rasgos la fatal jornada de la *Resaca de Guerrero*. En ella se presenta un lúgubre cuadro en que aparece sombríamente la más siniestra de las derrotas después de un ataque de fuerzas potentes y bien dirigidas hacia el extremo de un campamento apenas defendido.... Allí se vé el sable norte-americano pesado y filoso, hiriendo á mansalva los batallones mexicanos tras algo como una sorpresa inaudita!...

¿Qué sucedió allí con nuestras pobres fuerzas mexicanas poco antes tan heroicas y dispuestas al combate?... ¿Cómo! ¿Qué no hubo en esa lucha como en la de *Palo-Alto* el despliegue airoso de las banderas y estandartes, en tanto que el fuego de las baterías diluvia el hierro sobre nuestras filas?... ¿No se prodigó el sacrificio, la abnegación y la sangre?... ¿Por qué la más funesta catástrofe y el más inconcebible pánico vuelven á dar á nuestro ejército el latigazo de la derrota?...

Ya lo hemos apuntado con profunda tristeza : es la

la República, llevando la consternación y el desaliento á los espíritus más levantados, á las almas más encariñadas con el ensueño de rápidas y brillantes victorias que habrían de cubrir con laureles frescos nuestras hermosas banderas tricolores!

Ya desde entonces, el entusiasmo y el orgullo que alentaba la Nación creyéndose inatacable, ufana con las pasadas glorias de nuestra Guerra de Independencia, sufrió una crisis de abatimiento previendo las futuras catástrofes...

Y esa crisis en forma de pánico cundió en las filas del ejército, de aquel valiente ejército del Norte del que ya en plena desmoralización, vencido, derrotado, hambriento y sin confianza en sus jefes, nada podía esperarse.

Y en efecto, nada más desolador que el espectáculo que las tropas mexicanas presentaban en la ciudad de Matamoros días después de las funestas jornadas de Palo-Alto y la Resaca de Guerrero.

Allí las hizo acuartelar malamente, amontonadas y maltrechas, el general Arista frente á las robustas huestes enemigas que más y más sólidamente engrosadas, se instalaban fuertemente tras de seguras posiciones á la margen opuesta del río Bravo, amenazando pasarlo para asaltar la plaza.

Arista no creyó prudente resistir en aquella villa que tan fácil era para embestirse y más aún por un ejército victorioso, sólido y confiado en la voluntad de jefes inteligentes y veteranos. En vano el general mexicano trató de arreglar un armisticio con Taylor; éste se negó á concederlo y no hubo más remedio que evacuar Matamoros, entregando la plaza á merced del enemigo que habría de pasar el río muy tranquila-

mente yendo sus tropas como de paseo, sin recibir un solo cañonazo de los tristes y abandonados reductos mexicanos.

El día 18 de Mayo, dió principio la funesta retirada de nuestro abatido ejército del Norte dejando en Matamoros equipajes, depósitos, parque inutilizado, armas destruidas y unos 400 heridos, abandonados á la generosidad del adversario, que ocupó al punto la plaza.

Nada más desastroso, ni que tanto partiera el alma, que el aspecto que presentaban las tropas mexicanas en aquella retirada trístisima.

Más de 4000 hombres semidesnudos, enfermos unos, macilentos otros, todos extenuados por las fatigas y el escaso y pésimo rancho, llevando en su corazón el más profundo desaliento y la más negra tristeza, con la vergüenza de las derrotas pasadas y el atroz presentimiento de las futuras, marchaban en informe columna, baja la cabeza, inundando con sus masas los caminos que se internan en los desolados campos que se extienden entre Matamoros y Linares.

Abría la marcha el general en jefe con la 2ª brigada de infantería, la artillería y las carretas del parque tiradas por bueyes; seguía la 1ª brigada de infantería, cubriendo la retaguardia la caballería. ¡Ah! para mayor mengua de muchos de aquellos jefes, tenemos que consignar que, « mientras un acopio considerable de parque quedaba abandonado; mientras se dejaban clavadas las piezas de artillería; mientras los infelices soldados tenían que ir cargando los calderos en que habían de hacer sus comidas, hubo varios generales que llevaban muchas mulas de carga con sus trenes, sus equipajes y cuanto podía servir para su comodidad y recreo!... »

El día 19 se llegó al punto del Ebanito, donde se tuvo noticia de que 300 caballos americanos habían salido en persecución del ejército, tomándose las precauciones necesarias para evitar una sorpresa. Las jornadas siguientes fueron más y más penosas por la falta de viveres y sobre todo, de agua, y aunque el día 21 cayó un gran chubasco, esto aumentó la fatiga del soldado por haberse inundado los caminos y tener que atascarse las columnas en el fango. El parque y parte de la artillería tuvo que ocultarse en los bosques por falta de animales de tiro; la caballería fué perdiendo sus caballos y los jinetes tenían que seguir á pie cargando sus monturas. Los infantes más robustos conducían á mano la artillería...; Ya podrá imaginarse lo que sería aquel ejército, atravesando jadeante y sediento, desnudo y exhausto, aquellos desiertos! Bien pudo destruirlo el general Taylor si emprende con su buena y fuerte caballería una activa persecución como era de su deber hacerla, militarmente hablando.

El 28 de Mayo se llegó por fin á Linares, y el 3 de Junio se recibía la orden de separación del mando, del general Arista, quedando nombrado en su lugar el general Francisco Mejía.

Había terminado la primera etapa de la infausta campaña: en 9 ó 10 días habíamos perdido dos batallas y una importante plaza.

He aquí para terminar el sombrío cuadro que con tanta amargura esbozamos, lo que acerca de ello dice un juicioso * historiador testigo de la enorme tragedia:

« En tan breve campaña quedaban ya contrapuestos y determinados los principales rasgos característicos

* José María Roa Bárcena.

de ambos combatientes, así como su organización y sus elementos de ataque y defensa. El invasor fuerte ya por la superioridad física de su raza, lo era aún más por la superioridad indisputable de su armamento en general, por lo numeroso y potente de su artillería y de sus caballos, por el arreglo y precisión de su parque, la abundancia de sus viveres, el completo y esmerado servicio de sus trenes y ambulancias, la rapidez é impetuosidad de sus movimientos y la subordinación y la confianza de la oficialidad respecto de sus jefes. En nuestras filas el valor y la decisión eran iguales ó superiores; mas la mutua confianza no existía entre jefes y oficiales; el armamento era antiguo y defectuoso; poca y de cortísimo alcance la artillería; casi del todo inútil la caballería; lentos y pesados los movimientos, ocasionando esto en los combates gran pérdida de vidas; por último, se carecía casi por completo de ambulancias, depósitos de viveres y todo lo necesario al buen servicio de un ejército en campaña. Cuando el nuestro atraviesa el Bravo para ir á atacar al enemigo, emplea en ello veinticuatro horas por tener que hacerlo en dos chalanes, y da tiempo á Taylor para emprender movimientos y elegir posiciones: cuando regresa derrotado, se ahogan multitud de soldados por la misma carencia de barcas: en Paló Alto no hay un solo médico ni un miserable botiquín para atender á los heridos: en Matameros quedan abandonados equipajes, parque y cañones por falta de carros y de tiros ».





General Ampudia.

III

MONTERREY

La noticia de nuestros desastres se esparció con pasmosa rapidez por todos los ámbitos de la República, produciendo una inmensa sensación de estupor. Había en todos la firme esperanza de un triunfo seguro; se creía que nuestro ejército saldría victorioso en todos los choques contra el enemigo, que lo iríamos haciendo retroceder hacia sus centros del Norte, y aun hubo optimistas que creyeron que pronto ondearía nuestro tricolor pabellón sobre el palacio de Washington.

Era que por una parte reinaba una estupenda ignorancia acerca del ejército americano, de sus elementos de guerra, de su organización administrativa y táctica y su aptitud para el combate, del temple de sus soldados y de la inteligencia é instrucción militar de sus jefes, y por otra parte, teníamos un desmedido orgullo nacional, creíamos que nuestro ejército era invencible, estábamos engreídos con los triunfos de la independencia, y que, habiendo vencido á España ante la que se estrelló el primer ejército del mundo, tendríamos que triunfar del ejército yankee, al que se imaginaba

como un montón desorganizado de cobardones sin disciplina ni patriotismo, que huirían como palomas á los primeros tiros ó al ver en manos de nuestros indios las terribles bayonetas!

¡Qué pronto despertó la nación mexicana de tan halagadores sueños y qué pronto nuestro latino orgullo fué sacudido al retumbar las baterías norteamericanas en las trágicas llanuras de Palo-Alto, donde sus cañones batieron impunemente nuestra brava infantería!

¡Fué en verdad un amargo despertar! y después de la noticia detallada de las dos primeras derrotas, hubo de comprenderse toda la inutilidad del valor de nuestras tropas desnudas, mal armadas, apenas mal nutridas, sin equipo, ni artillería, ni trenes, y dirigidas por jefes orgullosos acostumbrados á la anarquía, viviendo de los pronunciamientos, odiándose unos á otros, incapaces de subordinarse á un mando superior delante del ejército contrario integrado por hombres robustos, magníficamente armados, valientes, contentos en el servicio, casi todos voluntarios, dirigidos por generales aptos, obrando armónicamente bajo un plan de campaña bien discutido y estudiado.

Hasta la hora de los primeros desastres no abrió el país los ojos á la triste realidad. Entonces vimos que no estábamos preparados para la guerra, que casi no había ejército nacional, pues no podía titularse así á grupos más ó menos numerosos de hombres obligados por la fuerza á batirse unos contra otros por tal ó cual jefe. La nación yacía en un estado caótico; hervían odios y pasiones en las diversas clases sociales, y el pueblo se desangraba produciendo un extremo debilitamiento. Así pues, los Estados Unidos pudieren

escoger muy á propósito, después de prepararse, el instante de su ataque.

El gobierno mexicano, á la nueva de las derrotas, vaciló mucho tiempo en formarse un plan de defensa, contentándose con quitar del mando del *ejército del Norte* que descansaba en Linares, al general Arista, sustituyéndolo por Mejía, al que se enviaría una división de refuerzo para resistir el avance del general Taylor.

El general Mariano Paredes, elevado á la presidencia de la República por las intrigas infames del clero que prodigaba sus tesoros para que los mexicanos hiriesen á su misma patria haciendo imposible el gobierno de la República, pensó marchar al frente de las tropas que se organizaran en la capital rumbo al Norte; pero después de que empezaron á salir las primeras fuerzas, estalló un nuevo pronunciamiento el 4 de Agosto derribando del poder á Paredes y elevando al funesto Santa Ana.

Nada sería más fatal para el éxito de la campaña que tuviera como director este jefe todo egoísmo, orgullo, ambición, terquedad é ineptitud, que como soldado sólo poseía cualidades de valor y audacia; pero por lo demás todo lo fiaba á su diz que inspiración, al azar y á su buena fortuna.

Los tristes resultados de esa guerra realzaron hasta la más trágica evidencia, las miserias de este hombre fatal, que tanta sangre, tantas lágrimas, tanto dinero y tanta vergüenza habría de costar á nuestra entonces desdichada patria!

Su primera disposición fué quitar del mando del *ejército del Norte* al general Mejía, entregándolo al general Ampudia.

Desde la época en que aún mandaba Arista, previendo la dirección que tomaría Taylor, se había destacado hacia Monterrey al batallón de Zapadores y la sección de ingenieros, con el objeto de que principiaran á ejecutar las más necesarias obras de fortificación para la defensa de la plaza, hacia la cual había marchado el grueso de las tropas que habían permanecido en Linares, el 9 de Julio. Aquéllas ascendían á 1,800 hombres integrando los siguientes cuerpos: *Infantería*: 1.º regimiento, 2.º ligero, 4.º y 10.º de línea, y dos compañías del 6.º, Activos de México y Morelia. *Caballería*: 7.º y 8.º ligero. *Artillería*: 13 piezas. Hacia Tampico se dirigía el batallón Activo de Puebla y el batallón y compañía Guarda-Costa de aquel puerto al mando del general Morlet.

En cuanto arribaron las tropas á Monterrey, se dedicaron todas con la mayor actividad á la continuación de las obras de defensa, mientras llegaba el general Ampudia con las fuerzas que se habían concentrado en San Luis. Cuando éstas se incorporaron, la guarnición ascendió su efectivo á cerca de 5,000 hombres. En Marín se situó un regimiento á la expectativa del enemigo que avanzaba lentamente sobre Monterrey.

Las obras de defensa de la plaza de Monterrey — ciudad situada á la salida de la garganta que atraviesa la Sierra Madre, de la que un ramal la envuelve por el Oriente y Sur, corriendo á su pie el río de San Juan, que podría servirle de foso — eran las siguientes: tres pequeñas fortificaciones abiertas por la gola, capaces de alojar cada una de ciento cincuenta á doscientos infantes, con dos ó tres piezas de artillería. También se cubrieron con dos líneas de parapetos y fosos, las calles centrales que ven á aquel rumbo. Del

lado del Norte, se construyeron dos flechas dispuestas para contener cada una de cincuenta á sesenta hombres.



General Arista.

Á la izquierda de estas flechas, en el Puente de la Purísima, se levantó una obra irregular según lo per-

militia la localidad. Detrás de esta línea, se cubrieron igualmente con parapetos las calles que desembocaban á ella. Fuera de la ciudad, siempre al Norte, en el llano y al rededor de los muros de una Catedral empezada á construir, se levantó un fuerte cuadrado, con baluartes. Esta obra, á la que se le dió el nombre de Ciudadela, era la única fortificación seria que había en Monterrey. Algo adelante del punto en que concurrían prolongándolas, las líneas que pasaban por las obras del Norte y del Este, se construyó un fortín de forma irregular cubriendo una *tenería*, cuyo nombre llevó. Por el rumbo del Oeste, á la salida para el Saltillo, sobre las alturas, á uno y otro lado del camino, había dos obras avanzadas, de poca importancia. En el cerro llamado del Obispado, estaba la más formal, que consistía en una especie de bonete que miraba á la ciudad, y en una pequeña flecha colocada sobre un crestón, situado á la espalda del edificio del Obispado, y que lo dominaba. Tomado este crestón, el Obispado estaba perdido, porque la obra que miraba á la plaza de nada serviría. Sin duda, el ingeniero que la trazó, se propuso que cuando la plaza se perdiera continuaría defendiéndose el Obispado, sin sospechar siquiera que el enemigo pudiera atacar aquel punto antes de penetrar á la plaza. La otra obra era un simple reducito cuadrado sin fuegos flanqueantes, construído sobre Loma Blanca, incapaz en su aislamiento de ofrecer una resistencia formal. Se le llamó Fortín de la Federación. Las calles que desembocaban al Oeste, también se cortaron con parapetos y fosos. Hacia el Sur, solamente había parapetos en las calles que daban al río.

El 13 de Septiembre, el ejército americano se avistó

en Papagallos con las avanzadas mexicanas que retrocedieron concentrándose aquél cerca del río San Juan, á 23 millas de Monterrey.

Ese mismo día, reunió el general Ampudia una junta de guerra para dictar las disposiciones convenientes á la defensa, dando por resultado que se abandonasen las obras de fortificación que se construían entre la Ciudadela y el cerro del Obispado, continuándose sólo las de estas dos posiciones, la del reducito de la tenería y las trincheras del interior de la ciudad.

La actitud del general Ampudia era en extremo vacilante, cuando más necesaria era la energía y la tenacidad en un plan bien determinado; pero muy al contrario, cambiaba sus disposiciones de un día á otro. Así fué cómo en un principio optó por tomar la ofensiva y salir briosamente á atacar al enemigo batiéndolo en un punto á propósito, encerrándose en Monterrey en caso desgraciado. Después abandonó este plan resolviendo reducirse á una actitud absolutamente defensiva, contra todos los preceptos de la ciencia de la guerra, que condena este sistema.

En efecto, fué absurdo y hasta vergonzoso haber dejado avanzar tranquilamente al enemigo, sin hostilizarle, sin inquietarle en lo más mínimo, pudiendo haber sorprendido con frecuencia sus flancos y retaguardia, ó haberle cortado sus comunicaciones. Nada de eso se hizo; nuestra caballería presencié impávida la entrada de un escuadrón norteamericano al punto de los Alacranes, sin haberse disparado un solo tiro.

El día 19 de Septiembre, se presentó el enemigo delante de la plaza principiando al instante sus reconocimientos, partiendo desde la Ciudadela los pri-

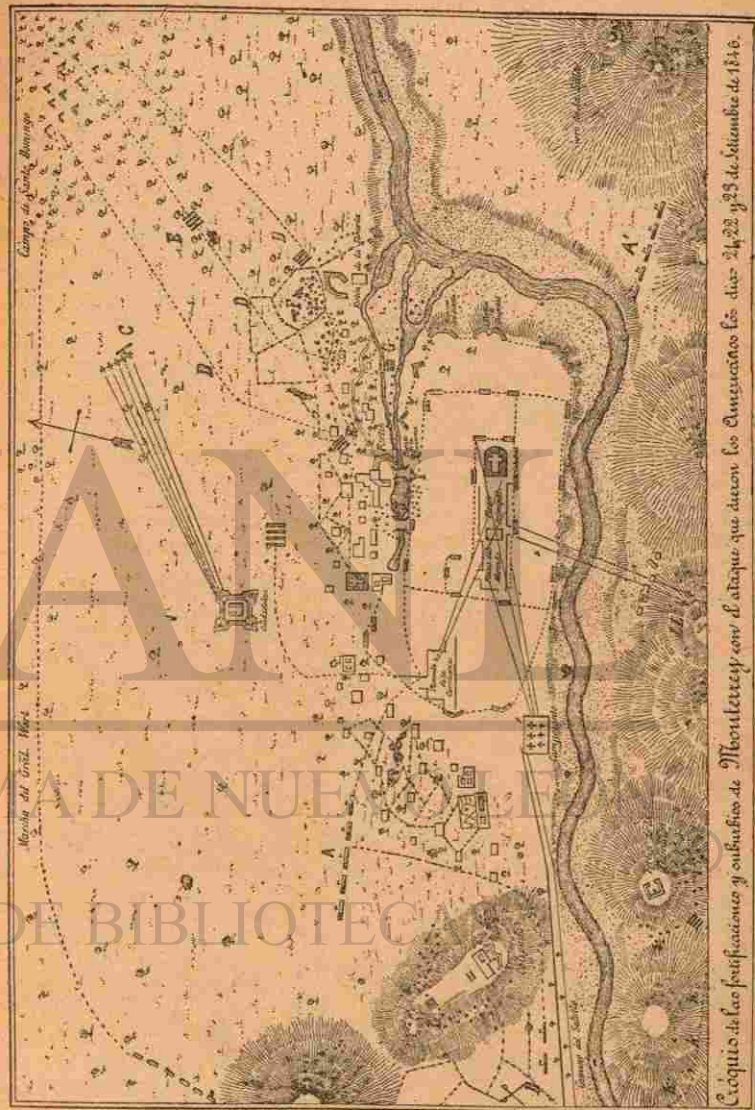
meros cañonazos que pusieron en alarma la población.

Al toque de Generala, las tropas tomaron las armas y ocuparon los puntos que se les designó para su defensa. Se formó una reserva compuesta de los batallones *Aguascalientes* y 3º y 4º *Ligeros*. Esta debía obrar en combinación con la caballería, cuya fuerza debería á su vez atender á los lugares donde fuese más vivo el combate para entrar en acción á primer orden.

El día 20 continuaron los reconocimientos del ejército americano, protegidos sus ingenieros por partidas de caballería que recorrían las inmediaciones de la ciudad. En la tarde de ese día, una columna al mando del general Worth, con varios carros y artillería, se dirigió por la espalda del Obispado hacia el camino del Saltillo, con el objeto de cortar las comunicaciones con aquel punto. Parte de nuestra caballería se dirigió á impedir aquel movimiento, en tanto que del Obispado se cañoneaba á la columna en marcha. La noche se pasó á la expectativa de recio combate.

Durante ella, ante la prudente advertencia de un oficial de ingenieros, se reedificó con toda actividad el Fortín de la tenería, que se había derribado en virtud de absurda orden del jefe director de las obras de defensa.

Al amanecer del día 21, la columna del general Worth se puso en marcha dirigiéndose rumbo al río, con objeto de tomar el Fortín de la Federación, situado al Sureste de la ciudad. Nuestra caballería, al mando del general Torrejón, intentó cortarle el paso, cargando á sable y lanza sobre aquella fuerza compuesta de buena y sólida infantería. Esta hizo alto tras unas milpas y « CERCAS » de árboles y piedras, desde donde rompió



Saltillo, Coahuila, México, el 24 de Septiembre de 1916. El ataque que dieron los Americanos los días 24, 25 y 26 de Septiembre de 1916.

un fuego ordenado, vivo y certero, que desorganizó á los cuerpos de dragones mexicanos, detenidos por los obstáculos del terreno. En vano el general Don Manuel Romero hace esfuerzos inauditos por abrir un portillo por donde pasar para caer sobre el enemigo; su fuego diezma la mexicana tropa, en tanto que el comandante de los *Lanceros de Jalisco* cae muerto al frente de sus valientes. El teniente coronel Mariano Moret, que pudo llegar al frente de cincuenta Lanceros de Guanajuato hasta la terrible línea de hierro y fuego de los americanos, hace atroz carnicería, lanza en ristre, hasta quedar aislado en la refriega, muertos sus bravos soldados, y él sólo, herido, llega intrépidamente hasta los mismos cañones enemigos, donde, rota su lanza, tira de la espada y acuchilla, heroico y sublime, á los americanos, desconcertados en aquel punto por tan valiente carga... Luego, vuelve bridas y regresa á galope, cubierto de sudor, polvo y sangre, yendo á reunirse con el resto de la caballería que no pudo cargar... ¡Había recibido en su cuerpo, caballo y montura quince balas!

No pudiendo resistir más el fuego, se retiró la caballería, dejando el campo cubierto de despojos.

De nuevo, la impericia de nuestros jefes habia sacrificado numerosas víctimas. ¿ Por qué no se observó el campo antes de ejecutar la carga, para no lanzarse á ciegas sin conocer los obstáculos que puedan presentarse?

¡ Deplorable falta de previsión! Las pocas veces en que nuestros generales se decidían á tomar la ofensiva, lo hacían así, de un modo brusco y desordenado, prodigando inútilmente valor, esfuerzo, fatigas y existencias!

Rechazada la carga, el general Worth siguió su marcha sobre el Fortín de la Federación, donde habia un destacamento de 80 hombres con dos cañones en mal estado. La plaza no le mandó auxilio alguno, y atacado por toda una brigada, batido por una batería fué tomado por el enemigo, tras débil resistencia.



Monterrey. — Antiguo obispado (hoy cuartel de artillería).

IV

EL REDUCTO DE LA TENERÍA

El general Taylor creyó desde un principio al emprender su marcha victoriosa sobre Monterrey que el apoderarse de esta plaza sería cosa sencilla y obra de un ataque que, bien preparado, lograra la adquisición del punto en unas cuantas horas.

Después de los necesarios reconocimientos efectuados con esmerita los días 19 y 20 en que las divisiones de Twiggs y Butler permanecieron acampadas en el bosque de Santo Domingo, decidió el General en jefe americano dar un asalto general á la plaza por varios puntos, desprendiendo diversas columnas apoyadas por sus baterías más ligeras. Mientras la brigada de Worth, que había partido desde la víspera á cortar el camino del Saltillo y tomar el reducto de la Federación era atacada por nuestra caballería que había pernoctado en el Jagüey, el general Taylor disponía tres columnas de asalto sobre la parte Nordeste de la ciudad, ocultando tal operación con amagar las fortificaciones del Obispado, haciendo sobre él un nutrido fuego de artillería.

En efecto, situó una batería para que estuviese bombardeando la Ciudadela. (Véase en el croquis el punto T).

Preliminar operación era tomar el Fortín de la Tenería, que se juzgaba de gran importancia, por dominarse desde allí diversos pasos y entradas á la Plaza.

Los mejores cuerpos con que contaba el ejército americano, entraron á constituir las tres poderosas columnas que debían atacar la Ciudad por el Nordeste, teniendo que ocupar ante todo el reducto de la Tenería.

Esta obra de defensa, de tanta importancia, en un principio se ejecutó con actividad para ser luego derribada, como ya dijimos, por disposición del general Ramírez, pero en la noche del 20 hubo de reconstruirse á toda prisa, empleando en ello, con grave pérdida de la energía de la tropa, á los mismos soldados que guarnecían el reducto. Así fué que al amanecer del día 21 sus parapetos no estaban aún concluídos, completándolos con sacos á tierra, defectuosísimos, pues su cubierta era de mal género de algodón. El foso tampoco pudo terminarse, siendo poco ancho y casi nada profundo, y, según afirma un testigo presencial entendido en el arte de la fortificación y la artillería de cuyas notas extractamos esta descripción, sobre las plataformas para los cañones colocados á *barbeta* no se habían establecido explanadas de madera, debiendo producir semejante falta trascendentales dificultades en el servicio durante el combate, encontrándose, como se hallaba, sobre una tierra que recientemente amontonada y humedecida por la lluvia, no era sino funesto lodazal.

La guarnición de la Tenería constaba apenas de 200 infantes y tres piezas de artillería mal dotadas de

servientes. Agréguese á esto que, por descuido ó falta de tiempo, no se ejecutó la obra capital de despejar el campo frente á la fortificación, limpiándole de árboles, montículos, piedras, milpas, magueyes y nopales, y tantos otros obstáculos tras de los que el enemigo habría de parapetarse contra los fuegos del reducto al emprender el asalto.

El trazo del Fortín aproximábase al de una *luneta*, en uno de cuyos flancos se había agregado una pequeña cara con el objeto de ocultar la *gola*, que sin ello hubiera quedado completamente descubierta.

Apoyábase en un conjunto de árboles entre los que se alzaban viejos cuartuchos y humildes jacales sobre el camino que daba al Puente de la Purísima, habiéndose tenido la imprevisión de no haber ocupado sólidamente la arboleda y caserío, ligándolos con el Puente, apoyando de este modo el extremo izquierdo que sería flanqueado por los fuegos de la Ciudadela, lo que unido á la ayuda de la caballería que obrara por los campos en auxilio del reducto, hubiera producido muy respetable efecto en las tentativas de asalto de aquel adversario que tuvo que convencerse muy pronto de la insuficiencia de nuestros atrinchamientos.

Las tres columnas de ataque se dirigieron á paso veloz, aprovechando las sinuosidades del terreno para ocultarse hacia la parte Sureste, ocupando la de la derecha solares y arboledas, quedando la del centro en reserva, y embistiendo con decisión la de la izquierda sobre la Tenería, precedida por líneas de hábiles tiradores que, con el humo y el estruendo de sus fuegos, enmascaraban la dirección del asalto.

En cuanto estuvieron á tiro de cañón, fueron reci-

bidos los americanos por un vivo fuego que no contaron hasta apoderarse de algunas casas y jacales desde donde empezaron á batir la posición mexicana. Tropas de la izquierda enemiga trataron de envolverla, pero fueron detenidas á tiempo, teniendo que retroceder. Por su derecha también tuvieron que cejar cuando intentaban acometer la retaguardia de la Tenería para flanquearla.

Llegó por fin el momento en que las tropas americanas que habian hecho alto al frente del reducto, después de un tiroteo vivísimo, arremetieran con decisión. Llegaron hasta el borde del foso desde donde hicieron fuego valientemente contra nuestros artilleros. Fué bien contestado, y muchos enemigos cayeron, teniendo que retroceder la columna hasta ponerse fuera del alcance de nuestros cañones, yendo á rehacerse más á retaguardia con el resto de sus fuerzas que también habían tenido que cejar.

Animanse de nuevo los asaltantes á los gritos de sus oficiales, y organizada otra columna, vuelven á la carga con menos brio, pero con más parsimonia; avanzando lentamente su amplia cortina de tiradores, quienes se detenían tras cada incidente del terreno que pudiera cubrirlos, haciendo fuego, echados rodilla en tierra, agazapados ó tendidos tras los magueyales, milpas y nopaleras, envolviendo el reducto mexicano en una onda tronante de fuego y plomo.

Por fortuna para la continuación de la defensa en el Fortín, llegó de la plaza como refuerzo una sección de 150 hombres del 3º *Ligero* y un cañón de á ocho. Esta pieza y parte de la infantería pasaron al reducto, situándose el resto de los infantes en las azoteas de la casa de la Tenería.

Por su parte los americanos habían recibido también considerables refuerzos disponiéndose á otro ataque, apoyados por piezas de artillería que rompieron sus fuegos sobre aquel rumbo de la ciudad. Entonces la columna del centro que había quedado como reserva, apoyó á su vez el empuje intentando volver á flanquear; pero un bravo oficial de nuestra artillería saca una pieza del Fortín y fuera de las obras de defensa, rápidamente la enfila hacia la masa americana que rumbo á aquel flanco se aproxima, y tras unos cuantos certeros disparos, la dispersa y barre.

Ya la guarnición de la Tenería estaba fatigadísima, hambrienta, jadeante y presa de una sed espantosa; ardían los cañones de los viejos y malos fusiles; desmoronábase la trinchera; pero seguía batiéndose con entusiasmo y bizarría, respondiendo con la muerte y á los gritos de ¡viva México! al ataque de los invasores.

Sin duda creyeron éstos ya imposible la victoria, porque de súbito se retiraron los del centro y de la derecha, ejecutando este movimiento la columna de la izquierda, dando ocasión á la más viva y noble alegría en los defensores del Fortín.

¿Se había triunfado....? ¿Se retiraba vencido el enemigo?

¡Oh! sí, así parecía..... Huía en desorden y en montón..... Estallaron gritos de entusiasmo, vibrando en el aire ennegrecido por el humo de la pólvora los gritos de ¡viva México! acompañados por el alegre son de los clarines que prorrumpían en dianas!

¿Qué había pasado....? Fué que hacia la derecha de los americanos se presentó una columna de caballería mexicana dispuesta á cargar sobre ellos á punta de lanza y filo de sable.

Tal era el origen del pánico de nuestros enemigos.... Fatigados, con grandes pérdidas en oficiales y tropa, confiando en el triunfo sólo por el auxilio de nuevos refuerzos, que aun no les llegan, ven caer de pronto sobre su débil flanco, numerosa y fresca, lanzada á toda brida, la caballería mexicana, palpitante de odio....! ¿Cómo no creer en su derrota ante ese golpe inesperado que les amenaza....?

Y en efecto, ella y nuestro triunfo hubieran sido seguros, aplastantes y decisivos, si aquella caballería hubiera cargado, toda y unida en perfecta cohesión y al mando de una sola voz, sobre el sangriento y débil flanco derecho del ya medroso adversario..... Mas para colmo de nuestras desdichas, en esta ocasión en que el sable de esa caballería, tan costosa y tan inútil hasta entonces, hubiera podido decidir la victoria en un terreno propio, — si no para una carga de grande empuje, al menos para un terrible amago de efecto decisivo sobre un enemigo maltrecho y vacilante, ¡oh! sí, para colmo de ignominia, en esta vez no cargan todos los escuadrones..... ¡y apenas cincuenta lanceros mexicanos se dieron el gusto de dar quehacer á sus brazos para derramar sangre de enemigos! teniendo al fin que volver grupas para incorporarse al grueso de su fuerza.

Habiéndose retirado ésta, los americanos ya sin temor y con más auxilios, volvieron á organizarse en otra columna cubierta y flanqueada por diestros tiradores que tornaron á abrir trágico fuego sobre el heroico reduto.

En él, después del primer entusiasmo que produjera la creencia en el triunfo definitivo, había un abatimiento espantoso, exhaustas ya las fuerzas de todos

sus defensores que llevaban horas y horas de estarse batiendo, encontrándose los artilleros reducidos á tener que hacer fuego con sus cañones colocados á *barbeta*, cazados aquéllos por los tiradores enemigos á los que los nuestros contestaban á su vez, eliminando á los contrarios que eran inmediatamente sustituidos por gente de refresco.

De repente resonó un terrible grito, grito que produjo un profundo pánico: — ¡Parque! ¡Parque! — ¡No hay parque!

En efecto, se habían agotado las municiones, tanto de cañón como de fusil, y aunque repetidas veces se habían mandado pedir con urgencia á la plaza, lo mismo que agua y refuerzos, nada de esto llegaba, distraído nuestro general en jefe con los asaltos que el enemigo daba al mismo tiempo por el Poniente, donde acababa de tomar el Fortín de la Federación, y por el Norte, donde amagaba al Obispado. Entretanto, la reserva que hubiera podido ser utilísima para sostener y rechazar el asalto, permanecía inactiva cuando más necesario era su apoyo.

Las columnas americanas que se rehacían frente á la Tenería, al notar que nuestros fuegos disminuían, redoblaron los suyos, y cuando el Fortín calló por completo dispusieron un nuevo asalto, comprendiendo que ya no habría resistencia.

Algunos oficiales de la guarnición del reduto arregaron á la tropa para decidirla á hacer una salida á la bayoneta sobre los asaltantes; pero la empresa era temeraria, imposible. Ya no había fuerza ni ánimo en nuestros pobres soldados, muertos de fatiga y de sed, y además, comprendían que el enemigo era cada vez más superior en fuerzas y armas y que

los barrerías con metralla si salían de la fortificación!

Careciendo de parque, hubo que abandonarse ésta, no quedando sino un grupo de oficiales y valientes soldados que esperaron á pie firme, en el reducto unos, y otros en las azoteas de la Tenería. Los americanos lanzaron un ¡hurra! estruendoso, y á todo correr se dirigieron sobre el parapeto; saltaron á los fosos y subieron por el ángulo saliente de la obra, donde hicieron fuego sobre los últimos defensores, matando algunos y tomando prisioneros á los demás.

Pocos momentos después, ondeaba sobre el Fortín de la Tenería el pabellón de las estrellas. El combate había durado, sin un momento de tregua, desde las 7 de la mañana hasta las 12 del día.

Las fuerzas mexicanas que guarnecían el Puente de la Purísima y el Fortín del Diablo, principiaron á hacer fuego sobre las enemigas que habían tomado la Tenería, las que se vieron obligadas á cubrirse dentro de los fosos.

Otra columna americana, animada por aquel primer triunfo, avanzó sobre el Fortín del Diablo; pero fué detenida por un vivísimo fuego de fusilería y cañón. Los invasores se posesionaron entonces de puntos tras de los que podían contestar al fuego del Fortín, agazapándose tras los matorrales y asperezas del terreno para emprender nuevos ataques que eran valientemente rechazados. Pero se cometía la falta de no perseguir al contrario en su retirada para acabar con él ú obligarlo á dispersarse por completo sin darle tiempo á rehacerse y esperar refuerzos, lo cual hacía con toda tranquilidad, pudiendo así cubrir sus bajas y aumentar su efectivo, con lo que tornaba á la carga cada vez

más poderoso, mientras nuestra brava tropa disminuía en número y energías, fatigándose hasta rodar desmayados los más inquebrantables defensores.

Cargáronse los americanos hacia la izquierda nuestra para descubrir la gola del Fortín; pero notado esto por el jefe de artillería, hizo sacar de la obra algunas piezas con las que se les hizo un fuego terrible que los obligó á dispersarse. Intentaron, por último, un segundo ataque, pero fué rechazado con igual bizzarria que las veces anteriores, teniendo al fin que desistir de su intento, regresando á su campo sin haber obtenido el triunfo.

Otra columna de asalto atacaba á la sazón por el Norte el Fortín de la Purísima que cubría el puente del mismo; pero también allí encontró una resistencia inquebrantable, no obstante que en ese punto no había sino un cañón de á doce que dirigía en persona un capitán de artillería.

También en esta parte dieron tres asaltos los americanos, siendo rechazados con tal ímpetu en el último, que los nuestros, haciendo una brillante salida, pudieron perseguir al enemigo al que tomaron varios prisioneros después de un combate cuerpo á cuerpo á bayoneta calada, combate en el que hizo patente su bravura el soldado mexicano, animado poderosamente á los gritos de ¡viva México!

También en el Fortín de la Purísima hubo un momento en que faltó parque, y cuando dieron esta noticia al general Mejía, jefe de aquella línea, contestó:

— ¡No se necesita parque cuando hay bayonetas!

Y entonces fué cuando entusiasmó á las tropas haciéndolas salir á la bayoneta sobre los asaltantes.

Estos resistieron con encarnizamiento, animados á su vez por la presencia del general Taylor que contemplaba la lucha y era testigo del denuedo con que combaten nuestras tropas y del valor con que saben comprar el triunfo cuando son conducidos por jefes hábiles y bizarros.

En vano rompió el enemigo un terrible fuego de artillería que hizo grandes estragos convirtiendo las casas en escombros; en vano recibió fuerzas de refresco; tuvo que ceder al impulso de los nuestros que infundieron primero respeto y luego pánico en las filas contrarias, teniendo al fin el general Taylor que ordenar la retirada definitiva, replegándose con todas sus fuerzas á su campamento del bosque de Santo Domingo.

Eran las tres de la tarde cuando terminó esta serie de combates que costaron al Invasor cerca de 500 hombres entre muertos y heridos, inclusive un general y 96 oficiales, sin haber obtenido más ventaja que ocupar el reduto aislado de la Tenería, donde dejó una pequeña guarnición.

V

CAPITULACIÓN DE MONTERREY

Habiendo en general tenido mal resultado los ataques que los americanos emprendieron sobre el Norte y Noreste de la plaza de Monterrey, resolvió el general Taylor trasladar sus operaciones al Oeste, atacando el cerro del Obispado al amanecer del día 22 como principio de subsecuentes operaciones.

Al efecto, una batería que instalaron en el Fortín de la Federación que habían tomado el día anterior, rompió sus fuegos sobre éste, protegiendo el asalto que ejecutó una columna sobre la pequeña obra de la cresta, situada á la espalda de la fortificación.

La fuerza que guarnecía la mencionada cresta fué sorprendida y no opuso sino una débil resistencia. Los americanos se apoderaron de una pieza de artillería, y con otra que subieron dispararon sobre del Obispado, sostenido apenas por 200 hombres y tres piezas de artillería al mando del teniente coronel don Francisco Berra, quien pidió tropas de refuerzo á la plaza. El general Ampudia se contentó con enviarle 50 dragones á pie.

Estos resistieron con encarnizamiento, animados á su vez por la presencia del general Taylor que contemplaba la lucha y era testigo del denuedo con que combaten nuestras tropas y del valor con que saben comprar el triunfo cuando son conducidos por jefes hábiles y bizarros.

En vano rompió el enemigo un terrible fuego de artillería que hizo grandes estragos convirtiendo las casas en escombros; en vano recibió fuerzas de refresco; tuvo que ceder al impulso de los nuestros que infundieron primero respeto y luego pánico en las filas contrarias, teniendo al fin el general Taylor que ordenar la retirada definitiva, replegándose con todas sus fuerzas á su campamento del bosque de Santo Domingo.

Eran las tres de la tarde cuando terminó esta serie de combates que costaron al Invasor cerca de 500 hombres entre muertos y heridos, inclusive un general y 96 oficiales, sin haber obtenido más ventaja que ocupar el reduto aislado de la Tenería, donde dejó una pequeña guarnición.

V

CAPITULACIÓN DE MONTERREY

Habiendo en general tenido mal resultado los ataques que los americanos emprendieron sobre el Norte y Noreste de la plaza de Monterrey, resolvió el general Taylor trasladar sus operaciones al Oeste, atacando el cerro del Obispado al amanecer del día 22 como principio de subsecuentes operaciones.

Al efecto, una batería que instalaron en el Fortín de la Federación que habían tomado el día anterior, rompió sus fuegos sobre éste, protegiendo el asalto que ejecutó una columna sobre la pequeña obra de la cresta, situada á la espalda de la fortificación.

La fuerza que guarnecía la mencionada cresta fué sorprendida y no opuso sino una débil resistencia. Los americanos se apoderaron de una pieza de artillería, y con otra que subieron dispararon sobre del Obispado, sostenido apenas por 200 hombres y tres piezas de artillería al mando del teniente coronel don Francisco Berra, quien pidió tropas de refuerzo á la plaza. El general Ampudia se contentó con enviarle 50 dragones á pie.

El enemigo organiza tres columnas de asalto á las que se oponen parte de la fuerza del Obispado; trábase una lucha desesperada en que los nuestros, agoliados por el número, tuvieron la peor parte; sin embargo, se contuvo por algún tiempo el impulso del invasor.

Si en aquellos momentos el general Ampudia hubiera utilizado las tropas de reserva enviándolas á sostener la lid, se habría arrojado á los adversarios, arrojando sus columnas. Mas no fué así, se le permitió que con fuerzas superiores atacara, unos tras otros, puntos aislados y con cortas guarniciones en cuyo auxilio no iba la reserva.

Á las 4 de la tarde penetraban las columnas americanas en las obras del cerro del Obispado cuyos defensores tuvieron que retirarse á la plaza, batidos por los fuegos de nuestra misma artillería, que no se pudo clavar á tiempo.

Refiérese que se cometió el imperdonable y vergonzoso descuido de dejar abandonada una bandera nuestra, enarbolada en lo alto de un montículo cercano á la fortificación. En el desorden y confusión de la retirada, un humilde soldado mexicano notó el abandono de nuestra sagrada enseña, hacia la que se dirigía un grupo de soldados enemigos; entonces él, empuñando su fusil, corrió á la bandera, arrostrando el fuego de los vencedores, y heroicamente la arrancó, salvándola de la afrenta que le esperaba!

El ataque de toda la Loma de la Independencia, en cuya parte Suroeste se encuentra el Obispado, lo efectuaron las tropas de la división de Worth, desprendidas del Fortín de la Federación.

Con su triunfo quedaba dominado el Poniente de Monterrey y el camino del Saltillo, dejando cortada á

nuestras fuerzas toda comunicación con el resto de la República.

Muy tarde fué cuando el general Ampudia se decidió á enviar tropas en auxilio de la posición, cuando ya había caído en poder del enemigo y cuando nuestros soldados entraban en desorden, perseguidos y acuchillados por destacamentos ligeros enemigos.

El general Worth, después de presenciar la toma del fuerte, se adelantó con el resto de sus tropas y una batería, é hizo subir y colocar en el *bonete* nuevos cañones que empezaron á dirigir sus fuegos sobre la plaza.

En ella produjo un pánico atroz esta derrota, abatiendo profundamente la moral de la Guarnición. Para colmo de desastres, el general en jefe en vez de prepararse á una defensa más enérgica, ejecutar una salida, ó intentar siquiera recuperar alguno de los puntos tomados, hizo abandonar la defensa de la primera línea, desamparando las obras más avanzadas por el Poniente, Norte y Oriente, conservando sólo algunas del Sur, á la orilla del río, á muy poca distancia de la ciudad. Se mandó encerrar también algunos cuerpos de caballería dentro de la plaza, desmontando á la tropa para que sirviese como infantería.

El abandono de la primera línea de defensa se ejecutó en la noche del 22, en medio del mayor desorden, porque multitud de soldados y oficiales, con más pundonor y patriotismo que muchos jefes, se negaban á obedecer semejante orden... ¡Repugnaba á su espíritu militar, á su corazón de mexicanos, dejar al enemigo aquellas trincheras, aquellos reductos que tantos días de fatigas y noches de vela, de esfuerzos, de miserias y de privaciones, habían costado; entregar aquellos parapetos al odioso Invasor sin disputárselos,

sin hacérselos pagar caro ¡á buen precio de sangre y hasta quemar en su defensa el último cartucho! ¡ Oh! si todas esas trincheras se hubieran defendido con el mismo brío con que se defendió el *Fortín de la Tenería*, aunque hubiesen corrido igual suerte, qué pérdidas no habría sufrido nuestro adversario!

El día anterior en unas cuantas horas había tenido cerca de 400 hombres fuera de combate, en los ataques de la Tenería, el Rincón del Diablo y el puente de la Purísima. Regimientos enteros de las tropas de Taylor habían retrocedido derrotados ante el fuego de nuestras fatigadas tropas... ¿por qué no se habían de defender con el mismo denuedo las demás fortificaciones que así se abandonaban?...

Dentro de la ciudad, en la tercera línea de defensa, se cerraron las bocacalles con trincheras, barricadas y sacos á tierra, y se aspilleraron las casas, coronando las azoteas con tiradores.

Al amanecer del día 23 pudo observar el general Quittman desde su posición de la Tenería el abandono de la primera línea, dando parte de ello al general Taylor, quien ordenó que fuesen ocupados inmediatamente aquellos puntos, disponiendo un asalto á la ciudad por la parte Oriental.

Avanzó al efecto el Regimiento de Rifleros de Misisipi, sin encontrar resistencia, hasta dar contra las trincheras interiores, donde fué saludado á metrallazos. Tuvo que replegarse bajo el fuego de nuestra infantería que coronaba las azoteas. El general Quittman envió como refuerzo el regimiento de Tennesee y el regimiento Texano del Este, que avanzaron con más precaución por las azoteas, por las huertas y el interior de las casas, ganando el terreno palmo á

palmo y dando lugar á combates parciales y aislados en que se luchaba cuerpo á cuerpo, pecho contra pecho, bayoneta contra bayoneta, disparándose los fusiles y los rifles á quema ropa, hundiéndose las espadas hasta la empuñadura, dentro de los vientres de los combatientes, en el colmo del furor y el odio!... Tremendos gritos y alaridos repercutían.... Tronaban descargas de cañones y fusiles.

¡ Fué aquella una refriega espantosa! Otros cuerpos americanos fueron enviados en apoyo de los primeros, lo mismo que una batería que empezó á cañonear las trincheras; pero su fuego resultó ineficaz por no poder obrar los artilleros á descubierto por entre las tortuosas calles de los barrios de Monterrey.

Había un gran entusiasmo entre nuestra tropa, que se batía con admirable valor, dispuesta á la muerte, lanzando vivas á la patria....

En el fondo de tan terrible cuadro destacase una nota bellísima : recorría las filas mexicanas, entre el humo y la sangre, una dama de tierno y hermoso aspecto, repartiendo refrescos y comestibles á la tropa, animándola al combate con delirante entusiasmo y alto patriotismo... Veíase en las azoteas, yendo á dar de beber á los más esforzados combatientes, reanimando á los que extenuaba la fatiga, consolando á los heridos, prodigando vino, pan y carnes á los bravos, sin cesar de repetir con acento vibrante y argentino :

— ¡ Fuego, muchachos! ¡ fuego, buena puntería! ¡ á ellos! ¡ viva México!... ¡ allá voy! un momento... ¡ allá voy! no desperdiciar un solo tiro!... ¡ Viva México! ¡ Viva la patria! ¡ Viva Monterrey!

¡ Épicamente sublime era aquella tierna belleza

femenina, apareciendo como el Ángel de la Gloria entre aquellos toscos soldados que la salpicaban de polvo y sangre con sus callosas manos, — negras y rojas, — quemadas por el fuego del combate!

El nombre de esta heroica dama ha pasado á la Historia destacándose con letras de sol en una de sus páginas más negras: *María Josefa Zozaya!*

Notando el general Worth en sus posiciones del Oeste el estruendo de la lucha que se encarnizaba en el Oriente de la ciudad, quiso no ser menos impetuoso que sus colegas los generales Quittman y Taylor, y él, por su parte, lanzó sus columnas sobre los barrios del Poniente de Monterrey. Y también por ese rumbo se generalizó la lucha; y las columnas de Worth fueron detenidas en las primeras calles por nuestra infantería, que desde las azoteas, tras las paredes de las casas atroneras y desde las trincheras, hacía un fuego vivo y certero. ¡Vibraron los gritos de guerra de nuestros soldados, sedientos de sangre enemiga! Los americanos tuvieron que retroceder para seguir el ataque en otra forma: más lentamente; horadando las casas y procurándose también improvisadas trincheras desde donde contestaban, á su vez, á nuestros fuegos, entablándose un terrible duelo á fuego graneado y á cañonazo seco!

Ocho compañías americanas entraron hasta la plaza de la Capilla, en cuyos ángulos colocaron piezas de artillería apoyadas por secciones de infantería; avanzando luego hacia la Plazuela de la Carne donde había una fuerte trinchera y en cuyas cercanías se trabó una refriega desesperada. El resto de la artillería de Worth se instaló en el Camposanto desde donde se

empezó á batir la ciudad, habiéndose instalado otra batería en una colina al Sur de la plaza.

Un mortero de grueso calibre se montó ante la Capilla, con el objeto de empezar el bombardeo.

Mientras estas operaciones se ejecutaban y el fuego de la pelea ensangrentaba cuartos, patios, calles y plazuelas en el rumbo occidental de Monterrey, las columnas que el general Quittman había lanzado sobre el Oriente se retiraban por orden del general Taylor sin haber logrado su objeto, rechazadas con grandes pérdidas, abandonando manzanas enteras que habían ocupado á fuerza de valor y energía, replegándose las tropas americanas á sus posiciones del Rincón del Diablo, la Tenería, y á las otras adyacentes que habían pertenecido á nuestra primera línea de defensa.

Al caer la tarde cesó el combate por todas partes; y en la noche el adversario empezó á arrojar bombas sobre el centro de la plaza, cuya guarnición se había batido con tanto brío, sufriendo en extremo, pero capaz aún de soportar y resistir nuevos ataques, enardecida con las luchas de la jornada, velando sobre las armas, en espera del triunfo.

Mas por desgracia, malos jefes, malos mexicanos, ricos propietarios que temían por sus intereses y por sus vidas, impusieron sus medrosos egoísmos, disfrazados de conveniencias generales, ante la vacilante y débil actitud del general Ampudia, á quien se le aconsejó que solicitara del enemigo el que aceptase la capitulación de la plaza bajo honrosas condiciones.

¡Con qué rubor, con qué amargura tenemos que escribir estas líneas, al trazar el relato de estos episodios que quisiéramos fuesen todos luminosa y ampliamente gloriosos para la vida militar del ejército de

nuestra querida patria! Pero es preciso acatar el deber de referir todo diciendo la verdad entera y única!...

¡Sí que hay gloria, y mucha, en aquel ejército mexicano de entonces que combatió tras los muros de Monterrey... los mismos invasores lo afirman! pero esa gloria pertenece sólo á la tropa y á la oficialidad subalterna, no corrompida aún por el oro de las ambiciones de aquel feudalismo extraño, de la aristocracia del sable y de la cruz, que más tarde habría de seguir ensangrentando la patria....

Porque, justo es decirlo, los oficiales pelearon en Monterrey como simples soldados, guarneciéndose la fornitura y empuñando el fusil, dando ejemplo de gallarda intrepidez y de ímpetu valeroso en lo más recio de la contienda.

Aquella misma noche el general Ampudia, resuelto á capitular, después de una *junta de guerra* á la que asistieron los generales jefes de brigadas y de cuerpos, envió al campo enemigo del general Taylor un oficial parlamentario proponiendo conferenciar para un arreglo entre ambos beligerantes.

Á muy buena hora llegaba semejante emisario, pues el jefe americano, en vista de la obstinada resistencia de la plaza, previendo que si insistía en sus ataques éstos tendrían que ser rechazados, ó al menos muy ligeras ventajas y avances podría obtener, y que por otra parte pronto se le agotarían los víveres y municiones, si trataba de continuar el asedio en toda forma, sin fuerzas de reserva, y separado cuarenta leguas de su base de operaciones, había preparado ya la retirada de su ejército hacia Camargo, donde pensaba esperar refuerzos de hombres, víveres, artillería gruesa y material de sitio.

Mas he aquí que la Fortuna le brindaba con un triunfo tan inesperado como fácil y para él aparentemente brillante. Cuando, según algunas versiones, trataba Taylor de tener cualquier acomodo con el jefe de la guarnición mexicana, recibió un parlamentario con proposiciones que hicieron cambiar de súbito su plan.

Entonces contestó á Ampudia que no admitiría más condiciones de su parte, que la rendición absoluta de la plaza que habría de entregarse á discreción, permitiendo sólo, por mera caballerosidad, que los oficiales conservaran sus espadas, debiendo jurar no esgrimir ellos nunca sus armas contra el ejército de los Estados Unidos.

Semejante proposición de parte del enemigo era un sangriento ultraje al ejército sitiado, y Ampudia, al fin, protestó con toda energía, prorrumpiendo, con noble cólera surgida del fondo de su conciencia que tuvo un relámpago de lucidez, recordando las viejas tradiciones que hablan de la gloria, del patriotismo y del honor, en esta frase :

— Antes que aceptar esas condiciones me haré sepultar con todas mis tropas y con toda la población bajo los escombros de la Ciudad!

El general Worth propuso entonces que hubiese una conferencia entre individuos escogidos de uno y otro bando, para que discutieran los preliminares de la capitulación, nombrándose para ello, por nuestra parte á los generales Ortega y Requena y al Gobernador de Nuevo León: Llano; y por parte del enemigo al mismo general Worth, al coronel Davis y al Gobernador de Texas: Henderson.

Nuestros representantes discutieron con acaloramiento las bases del tratado, exigiendo en un principio

que la guarnición saliera de la plaza con toda su artillería, sus armas, sus trenes de víveres y municiones, á tambor batiente y con banderas desplegadas, saludadas por el ejército enemigo, con todos los honores de Ordenanza.

Estas proposiciones fueron rechazadas por los representantes del Beligerante y las negociaciones estuvieron á punto de romperse, hasta que por fin hubo de transigirse por ambas partes, firmándose definitivamente la triste Capitulación de Monterrey.

He aquí las bases en que se convino para la entrega de esa importante plaza:

ART. 1° — Como legítimo resultado de las operaciones sobre este lugar y la posición presente de los ejércitos beligerantes, se ha convenido que la ciudad, las fortificaciones, las fuerzas de artillería, las municiones de guerra y toda cualquiera propiedad pública, con las excepciones abajo estipuladas, serán entregadas al general en jefe de las fuerzas de los Estados Unidos, que se halla al presente en Monterrey.

2° — Á las fuerzas mexicanas les será permitido retener las armas siguientes: los oficiales sus espadas, la Infantería sus armas y equipo, la Caballería sus armas y equipo, la Artillería una batería de campaña que no exceda de 6 piezas con 21 tiros.

3° — Las fuerzas mexicanas se retirarán dentro de 7 días contados desde esta fecha, más allá de la línea formada por Paso de la Rinconada, la ciudad de Linares y San Fernando de Presas.

4° — La Catedral nueva, nombrada Ciudadela de Monterrey, será evacuada por los mexicanos y ocupada por las fuerzas americanas mañana á las 10 de ella.

5° — Con objeto de evitar encuentros desagradables

y por conveniencia mutua, las tropas americanas no ocuparán la ciudad hasta la evacuación de ella de las fuerzas mexicanas, exceptuándose para ello las casas necesarias para hospital y almacenes.

6° — Las fuerzas de los Estados Unidos no avanzarán más allá de la línea especificada en el 2° artículo, antes de ocho semanas ó el tiempo que se juzgue necesario para recibir las órdenes é instrucciones de los gobiernos respectivos.

7° — La propiedad del gobierno general será entregada y recibida por oficiales nombrados por los generales en jefe de ambos ejércitos.

8° — Cualquiera duda que ocurra sobre la inteligencia de los precedentes artículos se resolverá de la manera más equitativa, y sobre principios de liberalidad para el ejército que se retira.

9° y último. — Se hará un saludo por la misma batería de la Catedral nueva nombrada Ciudadela al tiempo de bajar la bandera mexicana.

Todavía mientras se practicaban los arreglos y negociaciones conducentes á la entrega de la plaza, el enemigo ejecutaba actos de hostilidad manifiesta; no obstante las protestas de nuestros generales, entre las que hay que hacer constar la de Uraga que defendía el puesto aislado de la Ciudadela donde había una guarnición de cerca de 500 hombres. En un principio trató de resistir, pero comprendiendo que carecía de agua y víveres se sujetó á las estipulaciones de la Capitulación. ®

El día 25 de septiembre de 1846, evacuaron la plaza de Monterrey las tropas mexicanas que la guarnecían, después de haberse arriado nuestra bandera, saludada por los disparos de una batería americana, enarbolando el enemigo la suya, á la cual nuestros cañones tuvieron que rendir homenaje con sus fuegos de salva!

El día 26 principió el movimiento de retirada de la guarnición de Monterrey rumbo al Saltillo, llevando á su frente al general en jefe, la primera brigada y dos regimientos de caballería. En los días subsecuentes fueron saliendo el resto de las tropas.

¡ La sultana del *Septentrion*, la Ciudad Sagrada de la Frontera cayó así en poder del enemigo, viendo tristemente alejarse las valientes tropas que la defendieron y que hubieran podido seguir la lucha con esperanzas de salvarla de las garras del Águila del Norte, si hubiera habido más energía y menos corrupción en los próceres que entonces dominaban con todo egoísmo, y sin vergüenza íntima, al entonces desdichado pueblo mexicano!

VI

HACIA LA ANGOSTURA

El ejército que capituló en Monterrey se dirigió primero hacia el Saltillo, por brigadas escalonadas, emprendiendo luego la marcha á San Luis Potosí, á donde llegó el 17 de Octubre. En esta ciudad se estaban reuniendo desde principios del mes las fuerzas de la República, á las órdenes del general Santa Ana, quien había obtenido permiso del Congreso Nacional para separarse del mando político y ponerse al frente de las tropas.

Á mediados de Noviembre se incorporaron 2000 hombres de Guadalajara, compuestos de tropa permanente y un cuerpo de Guardia Nacional. Después, llegó el general Valencia con las fuerzas Auxiliares de Guajuato, habiendo desplegado gran actividad para levantar el espíritu de patriotismo en las poblaciones del Bajío.

Santa Ana se dedicó á la reorganización del Ejército, intentando convertir en verdaderos batallones y regimientos aquellos grupos de hombres semidesnudos. Era preciso ante todo dar instrucción militar y disciplina, á cuyo objeto tendieron los esfuerzos del General en jefe. Se ordenaron diarios ejercicios por brigadas y

El día 25 de septiembre de 1846, evacuaron la plaza de Monterrey las tropas mexicanas que la guarnecían, después de haberse arriado nuestra bandera, saludada por los disparos de una batería americana, enarbolando el enemigo la suya, á la cual nuestros cañones tuvieron que rendir homenaje con sus fuegos de salva!

El día 26 principió el movimiento de retirada de la guarnición de Monterrey rumbo al Saltillo, llevando á su frente al general en jefe, la primera brigada y dos regimientos de caballería. En los días subsecuentes fueron saliendo el resto de las tropas.

¡ La sultana del *Septentrion*, la Ciudad Sagrada de la Frontera cayó así en poder del enemigo, viendo tristemente alejarse las valientes tropas que la defendieron y que hubieran podido seguir la lucha con esperanzas de salvarla de las garras del Águila del Norte, si hubiera habido más energía y menos corrupción en los próceres que entonces dominaban con todo egoísmo, y sin vergüenza íntima, al entonces desdichado pueblo mexicano!

VI

HACIA LA ANGOSTURA

El ejército que capituló en Monterrey se dirigió primero hacia el Saltillo, por brigadas escalonadas, emprendiendo luego la marcha á San Luis Potosí, á donde llegó el 17 de Octubre. En esta ciudad se estaban reuniendo desde principios del mes las fuerzas de la República, á las órdenes del general Santa Ana, quien había obtenido permiso del Congreso Nacional para separarse del mando político y ponerse al frente de las tropas.

Á mediados de Noviembre se incorporaron 2000 hombres de Guadalajara, compuestos de tropa permanente y un cuerpo de Guardia Nacional. Después, llegó el general Valencia con las fuerzas Auxiliares de Guajuato, habiendo desplegado gran actividad para levantar el espíritu de patriotismo en las poblaciones del Bajío.

Santa Ana se dedicó á la reorganización del Ejército, intentando convertir en verdaderos batallones y regimientos aquellos grupos de hombres semidesnudos. Era preciso ante todo dar instrucción militar y disciplina, á cuyo objeto tendieron los esfuerzos del General en jefe. Se ordenaron diarios ejercicios por brigadas y

se emprendieron trabajos de fortificación en los pueblecillos de Santiago y Tlaxcala, sabiéndose que Taylor se había movido hacia el Saltillo y que con nuevas fuerzas intentaba avanzar al Interior de la República.

Una de las necesidades más urgentes era la de procurar armamento y artillería al ejército, y aunque se hicieron algunas remisiones, éstas fueron insuficientes.

La desnudez en que venían los reemplazos y fuerzas Auxiliares de los Estados urgía también que se procurase su equipo, avanzando el invierno que sería más crudo mientras más al Norte se dirigieran las tropas. Con tal objeto se establecieron algunos talleres para proveerlas de vestuario y equipo.

Esta dedicación de Santa-Ana á la reorganización del Ejército, dice un cronista de la época, habría sido su página más gloriosa si no se hubiera dejado arrastrar á ninguna ligereza. Cuando la posición de Taylor y las operaciones de su ejército debían haber fijado su atención, dejando á los demás jefes el cuidado de dar puntual cumplimiento á sus órdenes, él, no queriendo elevarse á la altura á que lo colocaba su empleo de General en jefe, descendía y se ocupaba casi exclusivamente en nimiedades y atenciones meramente subalternas. Noche por noche reunía junta de jefes en su habitación; y cuando se aguardaba que tuviesen por objeto la discusión de algún plan de campaña, en vista de las operaciones del enemigo, no se trataba en ellas sino del estado económico de cada cuerpo, como si para esto se necesitase todo el aparato de la reunión de jefes. Las marcadas preferencias, además, que Santa Ana tenía con ciertos cuerpos, atendiéndolos con perjuicio á veces de las demás fuerzas, y poniéndolo en un brillante pie de lujo, cuando á muchos les

faltaba aun lo más necesario é indispensable, contribuyó también á que los subalternos comenzasen á murmurar, y á que decayese el prestigio que debía rodear al General en jefe.

El regimiento de Húsares, por ejemplo, con su alta paga y numerosa oficialidad, consumía mucho más que los otros regimientos. Para ponerlo en alta fuerza refundieron en él varios piquetes de los que se levantaron en Guadalajara, cuando el último pronunciamiento. De esto resultó que aquel cuerpo que se distinguía por su oficialidad escogida, perdiese esta ventaja, recibiendo en su seno oficiales muy inferiores bajo todos conceptos.

Una de las fallas más graves que cometió el general Santa Ana originada por su orgullo y ofuscación, fué mandar una división á Tula de Tamaulipas para que permaneciese en la Sierra en observación del enemigo, al mando del general Gabriel Valencia, que como hemos dicho, acababa de llegar con las fuerzas del Estado de Guanajuato. Las que marcharon á Tula ascendían á 2000 hombres, con tres cañones de á ocho.

Después de haberse situado esta fuerza en la sierra, se supo que iba á pasar una división americana al mando del general Quillman, procedente de Monterrey, rumbo á Tampico, donde debía embarcarse para unirse al ejército del general Scott, quien debía atacar Veracruz.

Ninguna oportunidad mejor que aquella para acometer entre las abruptuosidades y vertientes de la sierra á los americanos, cuya marcha, según los habitantes de aquellas montañas, era desordenada y penosa. Además, los vecinos de Victoria y otros puntos ofrecieron ayudar á nuestras tropas, cayendo sobre los flancos y retaguardia del enemigo en el momento en que se le

atacara, ó rodándole rocas desde las alturas, cuando estuviese en el fondo de los barrancos.

El general Valencia aceptó aquellos ofrecimientos, disponiéndose para el combate, pero he aquí que recibe una orden absoluta y terminante del General en jefe, prohibiéndole bajo su más estrecha responsabilidad, que emprendiese lance de armas de ninguna especie.

Esto produjo profundo disgusto, indignación y amargura en oficiales y tropa, quienes veían escapárseles el enemigo, cuando lo tenían tan á la mano para destruirle ó siquiera para darle un buen golpe, con cuyo triunfo se habría levantado altamente la moral de todo el ejército.

Pero no; los americanos pasaron tranquilamente, atravesando la abrupta Sierra — donde podrían haber quedado todos — sin ser molestados en lo más mínimo!

En los pueblos hubo tristeza y desaliento, quedando acaso en la creencia de que no se había atacado á los invasores por puro miedo!

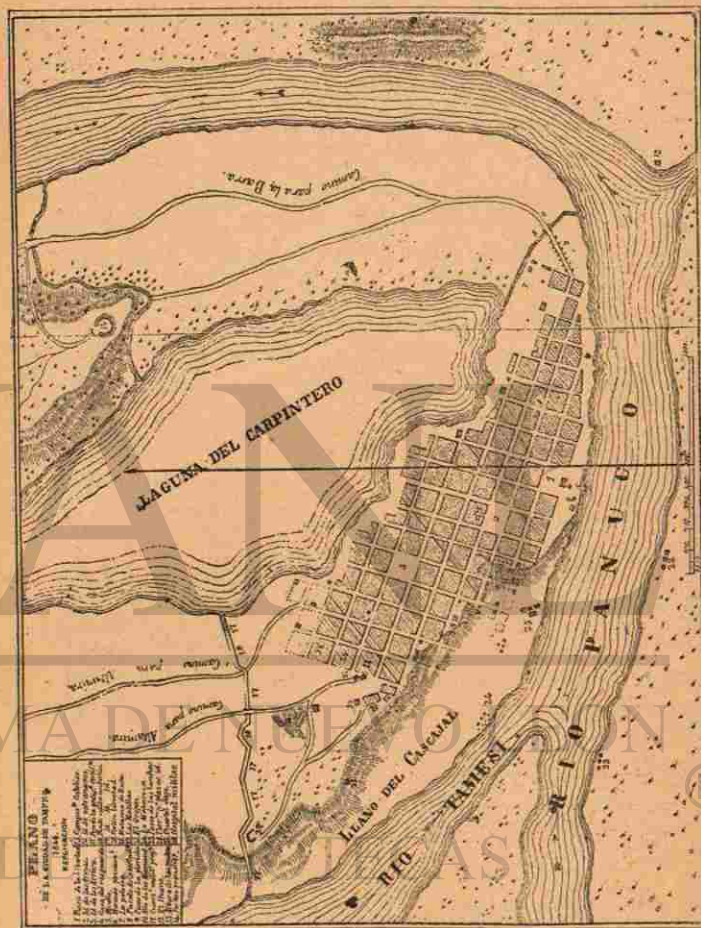
Y, en efecto, este hecho causa pena y cólera sólo referirlo; es inconcebible. ¿Qué objeto tuvo entonces el general Santa Ana; qué se propuso al mandar una División hasta la sierra, si no había de hostilizar al enemigo? ¿Por qué en ningún caso se le había de atacar, cuando tantas ocasiones tenían que presentarse, y se presentaron, sin duda, para hacerlo con ventaja de nuestra parte?

¡Hay que creer que el general Santa Ana no quería dejar á otro jefe la gloria de adquirir un triunfo! exclama un historiador.

¡Consignemos ahora otro hecho escandaloso: el abandono de Tampico!

Desde el principio de la guerra se atendió á for-

tificar y municionar convenientemente un puerto de



Plano de Tampico, 1846.

tanta importancia, y á principios de Octubre de 1846

la guarnición de esa plaza se componía de más de 1000 hombres de los batallones 12º de línea, Activo de Puebla, Guarda-Costa de Tampico, Compañía veterana del mismo, una compañía del 6º; caballería de Tamaulipas, un destacamento de artilleros con veinticinco cañones de todos calibres, de campaña y plaza, y con abundante material de parque; y de la Guardia Nacional, compuesta de cerca de 2000 ciudadanos llenos de entusiasmo y dispuestos á combatir, como lo probaron suficientemente en el bombardeo de la barra del puerto que la escuadra bloqueadora había hecho en Junio del mismo año. Se contaba, además, con tres buques de guerra, la *Unión*, *Poblana* y *Queretana*, y con otras embarcaciones pequeñas, todas regularmente armadas.

El Gobernador de la plaza, Don Anastasio Parrodi, recibió orden de Santa Ana de evacuarla, destruyendo las fortificaciones, y de retirarse con sus tropas, artillería y trenes, á Tula de Tamaulipas.

Ésta orden causó un disgusto general en la ciudad y en la guarnición. ¿Cómo! Se iba á abandonar un puerto que con tantos esfuerzos se había puesto en regular estado de defensa, y eso precisamente en los momentos en que el enemigo cambiaba el teatro de sus operaciones, trasladándolo del Norte al Oriente?...

En efecto, el general Scott había propuesto al gobierno de los Estados Unidos un nuevo plan de campaña por el cual debería llevarse la guerra al interior de la República Mexicana, apoderándose de Veracruz, para ir desde allí sobre la capital. Para esto era necesario, primero: tener un buen puerto en el Golfo, cercano al Norte, como base de operaciones; y nada más á propósito ni en mejores circunstancias para ello que Tampico.

Y en estas condiciones, cuando más urgente era disputarlo al Invasor, dilatando la campaña y haciéndole costar caro sus triunfos, ya que éstos tenían que ser irremisibles, dada la incontestable superioridad de los elementos de guerra con que contaba aquél; precisamente en aquellos momentos se abandonaba el precioso Tampico!

La prueba de la gran importancia estratégica que tenía para el enemigo, era que éste, creyendo encontrar, como debía ser, una gran resistencia, hacía aprestos bastante serios en Antón Lizardo, bajo la dirección del Comodoro Connor, para atacar el puerto.

El general Parrodi, no obstante las observaciones que le hicieron personas notables de la ciudad y algunos Cónsules extranjeros, sobre los perjuicios enormes que resultarían á la Nación abandonando punto tan necesario para su defensa, tuvo que obedecer, apremiado por Santa Ana, quien le llegó á amenazar si no ejecutaba la orden.

Esta se obedeció el 27 de Octubre, con el mayor atropello y la más lamentable confusión. En los preparativos de aquella fatal marcha se demolieron todos los puntos artillados de la barra, y se desmontaron los cañones. Para la conducción del parque y trenes se consiguieron sólo 300 mulas, y como era imposible cargar con todo, muchos efectos se trasladaron á bordo, y otros de tanta importancia como vestuario y equipo, y aun parque y armamento, se arrojaron en el mar, á la vista del pueblo!

Entonces estalló la indignación general, corriendo la voz de; traición! por toda la ciudad hasta el Ejército, y propagándose luego, cundió por toda la República, abatiendo los ánimos y entenebreciendo todas las con-

ciencias! ¿Para qué luchar, para qué resistir si los directores de la Nación y los jefes del Ejército habían vendido á la patria, y ellos mismos rompían la espada que se les entregara para defenderla?...

¡Así fué cómo las fuerzas americanas tomaron pacífica posesión de un puerto que creían obtener sólo á costa de tiempo, dinero y sangre en abundancia!

Abandonado Tampico, Taylor envió, por órdenes del general Scott, la división Quitman que, como ya dijimos, debía embarcarse en este puerto para cooperar á las maniobras del ejército americano que habría de entrar por Veracruz.

Entonces fué cuando Santa Ana, creyendo que su adversario le iba á amenazar por el flanco derecho, envió á Tula de Tamaulipas la división que puso á las órdenes del general Valencia, quien se contentó, por menguada orden del mismo general en jefe, con ver pasar las columnas norteamericanas sin haberlas saludado con un solo tiro!

Mientras acaecían estos sucesos, el Ejército se reorganizaba lentamente en San Luis, preparando su marcha hacia el Norte, para ir á batir al general Taylor que seguía en el Saltillo.

Entretanto en México reinaba la mayor efervescencia, culpando la inacción de nuestras tropas (si es que todavía podían llamarse así) y la prensa, sobre todo, procaz, murmuradora, ignorante, sin estudiar la marcha de los sucesos ni atender al estado del ejército, sin prever las consecuencias de sus impropiedades, pintaba á San Luis como una nueva Capua, donde los militares se entregaban á sus delicias, dilapidando los tesoros del país. Cuando más se necesitaba de alentar nuestros

pobres soldados que, si no habían obtenido la victoria, no era ciertamente por su culpa y que se preparaban á combatir con tantas desventajas, se les desmoralizaba con aquellos escritos que ponían en su contra la opinión pública, — como observa muy bien un oficial de artillería que se encontraba en aquel maltratado ejército.

« Llegó por fin á tal grado la exaltación, que ya nadie pensaba sino en marchar. « No se hacía caso de que se careciera de objetos importantes, ni de que faltaran los viveres y el dinero! Se quería abordar al enemigo, y que, vencidos ó vencedores, se manifestaran á la Nación, derramando abundantemente la sangre; que los soldados mexicanos no merecían los ultrajes que se les prodigaban! »

Así se expresa en su indignación el digno militar de que hablábamos, concentrando en esa frase el sentimiento general de aquel Ejército.

Sin embargo, nosotros creemos que el general Santa Ana no debió haberse precipitado á una marcha larga y penosísima, á través de comarcas desiertas, en pleno invierno, con tropas sin abrigos ni viveres, faltas de instrucción, levantadas en su mayor parte á última hora, compuestas de reclutas que no habían disparado nunca un fusil, yendo á provocar una batalla en tan funestas condiciones. Debíó haber esperado que sus fuerzas adquiriesen solidez con mayor suma de instrucción y disciplina, acopiando mientras tanto los viveres necesarios para que no llegara el ejército moribundo de hambre y fatiga al combate, como llegó.

Nada pudo contener al general en jefe y éste dispuso al fin la marcha que se empezó á ejecutar el día 28 de Enero de 1847, por brigadas de Infantería, pues la caballería se encontraba fuera de San Luis, escalonada

en cuatro brigadas, á lo largo del camino del Saltillo.

La Infantería hizo jornadas al Peñasco, Bocas, la Hedionda, el Venado, Charcas, Laguna Seca, Solís y la Presa, encontrándose en Bocas y el Venado con las secciones de caballería en que venían los norteamericanos capturados por el general Miñón, al sorprender un destacamento. En Matehuala se reunió al ejército la división de Parrodi, procedente de Tampico y Tula, compuesta de 1000 hombres, entrando á formar parte de la 3ª Brigada de infantería á las órdenes del general Ortega. Se siguió caminando á la hacienda de Vanegas, las Ánimas y el Salado; la caballería permaneció en Matehuala, habiéndose de antemano reunido al ejército las brigadas de Torrejón y Juvera que dejaron pasar por delante á la infantería, marchando desde entonces á retarguadía de ella. El frío, la lluvia, el norte y un sol terrible alternaban, causando enfermedades y muertes en comarcas en que no había habitaciones, árboles, víveres ni agua, y en que dormían á campo raso los soldados. Llegaron á la Encarnación las divisiones de infantería 1ª, 2ª y 3ª en los días 17, 18 y 19 de Febrero, y las brigadas de caballería de Torrejón y Juvera el 20 y 21. En esta ya se encontraba el general Andrade con una brigada de caballería y una fuerza de presidiales.

Ya por entonces nuestras avanzadas se habían encontrado con el enemigo, verificándose algunos tiroteos. El ejército se concentró en la Encarnación con un efectivo de 14 000 hombres, habiendo dejado en el largo trayecto 4 000, de los que 1 000 habían muerto de frío ó de fatiga. ¡Era como si se hubiese dado ya terrible batalla!

Sin embargo, nuestras valientes tropas estaban dis-

puestas al combate: lo deseaban con vehemencia y manifestaron su entusiasmo aclamando con ardientes ¡vivas! á su general en jefe, cuando se presentó á caballo, pasándoles revista.

El día 21 á las doce del día salió todo el ejército de la Encarnación adelantándose Santa Ana con su Estado Mayor y toda la vanguardia compuesta de los cuerpos ligeros, escoltado el general por el Regimiento de Húsares, hasta el puerto del Carnero, después de haber pasado por el desfiladero de Piñones, acampando en ese punto aquellas tropas. Cerca de Piñones vivieron las demás del ejército.

El plan del general Santa Ana consistía en cortar del Saltillo al ejército de Taylor, al que creía en la Hacienda de Aguanueva, considerando que habria de defenderse en los puertos ó desfiladeros de aquellas comarcas. Le obligaría entonces Santa Ana á un combate ventajoso para éste, sitiándolo en sus atrincheramientos, — pues parte de la caballería, 1 200 hombres al mando de Miñón, se había desprendido de la columna mexicana para ir á situarse cerca de la retarguadía del ejército enemigo. — Pensaba el general sorprender de súbito sus posiciones atravesándolas á paso de carga, y pasado el último desfiladero oblicuar con toda la masa del ejército en una gran conversión á la izquierda, hacia la Hacienda de la Encantada, donde habria agua, abrigos y víveres. Contábase para todo esto con que Taylor ignorase el avance de todas las fuerzas mexicanas, pretendiendo haber enmascarado su marcha con la cortina que formaban ante las posiciones enemigas las partidas avanzadas del cuerpo de caballería que desde hacía tiempo permanecía en observación, al mando del general Urrea.

Frío y triste amaneció el día 22, en que comenzó el movimiento del ejército, preparado para entrar en combate, creyéndose que habrían de forzarse las posiciones enemigas en Aguanueva. Mas cuando la vanguardia llegó ante aquel punto se supo que el adversario se había movido de allí desde el día 21, en dirección del Saltillo, entregando la hacienda y su caserío á las llamas, destruyendo sus efectos, matando todos los animales y acabando con cuanto pudiera ser útil á su contrario.

Convencido al fin de su error el general Santa Ana, pero creyendo que el enemigo se retiraba con toda precipitación y en desorden, — acaso hasta con pánico, engañado sin duda nuestro General en jefe por los objetos de atalaje, artillería y trenes que aquél abandonaba en el camino, — hizo avanzar á toda brida la caballería para reunirse á la vanguardia que formaban los Cuerpos Ligeros.

Todas estas fuerzas tan fatigadas y maltraídas, sedientas después de tan penosas jornadas, tuvieron que pasar ante al aguaje; sin beber una gota de agua, impulsadas á paso veloz hacia el enemigo!

Por fin llegó nuestra Brigada Ligera ante las primeras abruptuosidades del terreno, que, formando una serie de lomas, que encajonadas entre dos brazos paralelos de las vertientes de la sierra cortan casi perpendicularmente el camino de San Luis al Saltillo, forman el llamado « Puerto de la Angostura ».

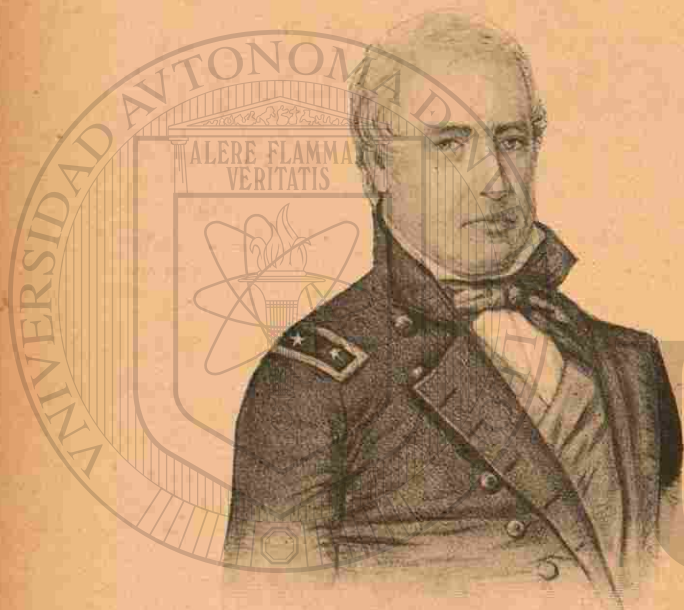
Formidablemente acampado y fortificado, aprovechándose de lomas que constituían reductos naturales ante fosos que improvisaban pantanos profundos, en el fondo de ásperos barrancos, en batería sus numerosos y ligeros cañones cuyos fuegos cruzados debían batir

terriblemente el camino y sus flancos, — por los cuales tendria que llevarse indefectiblemente el asalto de nuestras columnas, — apoyada su retaguardia en la hacienda de Buenavista, encontrábase el Ejército norteamericano, dispuesto á la batalla.

¡ Hé aquí que cuando el general Santa Ana, ofuscado como siempre por su abominable orgullo, creyéndose inspirado táctico, hé aquí que cuando daba por seguro su triunfo, embistiendo al enemigo que suponía en retirada y desorganizado, lo encuentra, por el contrario, tras sólidas posiciones y capaz, no sólo de resistir sino de volver furiosamente sobre la división aislada que, separándose del resto del ejército mexicano, osaba ir á provocar el combate !



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



General Taylor,
Jefe norteamericano del Ejército de Operaciones del Norte
de la República Mexicana.

VII

BATALLA DE LA ANGOSTURA

Critica era en verdad la situación del general Santa-
Ana ante las posiciones enemigas que, como hemos
dicho, formaban una serie de lomas tendidas parale-
lamente de una y otra rama de la cordillera que en la
Angostura se estrecha, constituyendo en conjunto todo
un sistema de trincheras y baluartes naturales tras de
los que se habían instalado las baterías americanas.
Ante aquel ejército descansado y fuertemente defen-
dido por el terreno se presentaba una división aislada,
jadeante y fatigadísima, que acababa de hacer veinte
leguas en menos de un día. ¡Si el general Taylor
hubiese tenido conocimiento de estas circunstancias
hubiera hecho bajar inmediatamente á todas sus
reservas y habría barrido con aquella división aislada
que, en su derrota, iría á chocar en desorden contra la
gran columna de viaje, cuyos cuerpos marchaban á
grandes distancias unos de otros, los que hubieran
sido arrollados, produciéndose un gran desastre!

Acaso comprendió esto el General-presidente porque
se aprestó á mandar un parlamentario al general

Taylor, intimando rendición, anunciándole que estaba cercado por 20 000 hombres y no podría evitar una derrota.

Mientras se enviaba la respuesta de tan ridícula intimación, el general mexicano reconocía el campo enemigo, fuera del alcance de sus baterías. Los cuerpos del grueso del Ejército se formaban en línea de batalla á medida que iban llegando. Se estableció una batería sostenida por el Batallón de Ingenieros sobre nuestro flanco izquierdo, al que amagaba en la derecha del adversario otra batería enemiga. En nuestro centro y derecha situáronse otras dos baterías de á doce y de á ocho. La infantería se tendió en dos líneas paralelas y en la retaguardia, á derecha é izquierda, quedó la caballería del general Juvera y el cuerpo de Húsares; en el centro el Parque General, escoltado por la brigada de los Cuerpos presidiales del Norte.

El enemigo había elegido como punto principal de su defensa la loma más alta de las que atraviesan perpendicularmente la carretera del Saltillo, construyendo en la noche del 21 dos parapetos con sus fosos, y además había cavado otras varias cortaduras sobre el camino y sobre su derecha — alta é inexpugnable.

En la mañana del 22 supo el general Wool, — quien mandaba las tropas americanas, que de Aguanueva se habían retirado á Buenavista, — el avance del ejército mexicano. Entonces aquél hizo mover sus fuerzas á la Angostura para allí detener las nuestras, enviando aviso de esto al general Taylor que se encontraba en el Saltillo, ordenando el jefe americano la defensa de esta plaza amagada por la caballería del general Miñón, quien, como ya explicamos, se había separado de la columna mexicana para ir á colocarse á reta-

guardia del adversario, sobre la que debía obrar en el momento oportuno.

Éste había colocado una gran batería sobre la más alta de las lomas, á su derecha, enfilando el camino. Los Regimientos 1º y 2º de Illinois, de á ocho compañías; el segundo Regimiento de Kentucky y una compañía de Voluntarios Texanos se situaron en las crestas de las lomas del centro y la izquierda. Los Regimientos de caballería de Arkansas y Kentucky formaron la extrema izquierda americana; la Brigada de Indiana compuesta de los Regimientos 2º y 3º, los Rifleros del Mississippi y los escuadrones 1º y 2º con las baterías ligeras del 3º de artillería, integraron su reserva, tras las eminencias de la derecha que eran las más altas y estaban defendidas por barrancos en los que el agua de los torrentes filtrándose en el suelo había producido un terreno intransitable constituyendo magnífica defensa. Así pues el americano tenía la derecha inexpugnable, colocando en los altos relieves lo mejor de su artillería, y todo el resto de su ejército sobre las lomas de la izquierda que era el flanco más débil. Entre ella y Buenavista el Cuartel General de Taylor. Buen orden de batalla.

Santa Ana tendió su ejército sobre la derecha del camino, frente á la izquierda enemiga. El plan del general mexicano consistía en apoderarse de un alto cerro en el extremo izquierdo americano, y desde su cima poder batir sus posiciones para descender luego sobre la retaguardia de aquella ala.

Desde luego comprendió Santa Ana que su contrario había descuidado ocupar la mencionada altura, por la cual podía ser batido y volteado, y la que además

podía servirle para ejecutar esto mismo con las líneas mexicanas, cortándoles la retirada.

Al efecto, antes de que el enemigo comprendiese su error y ocupara el cerro, se mandó á la Brigada Ligera, al mando del general Ampudia, que lo ejecutase; pero en ese mismo momento nuestro adversario mandaba á sus cuerpos de Rifleros con igual objeto. Por ambas partes los beligerantes comprendieron que la posición sería del que primero llegase á la cima: así pues se dieron prisa para lograrlo, y á paso veloz ascendieron por uno y otro lado á la codiciada altura.

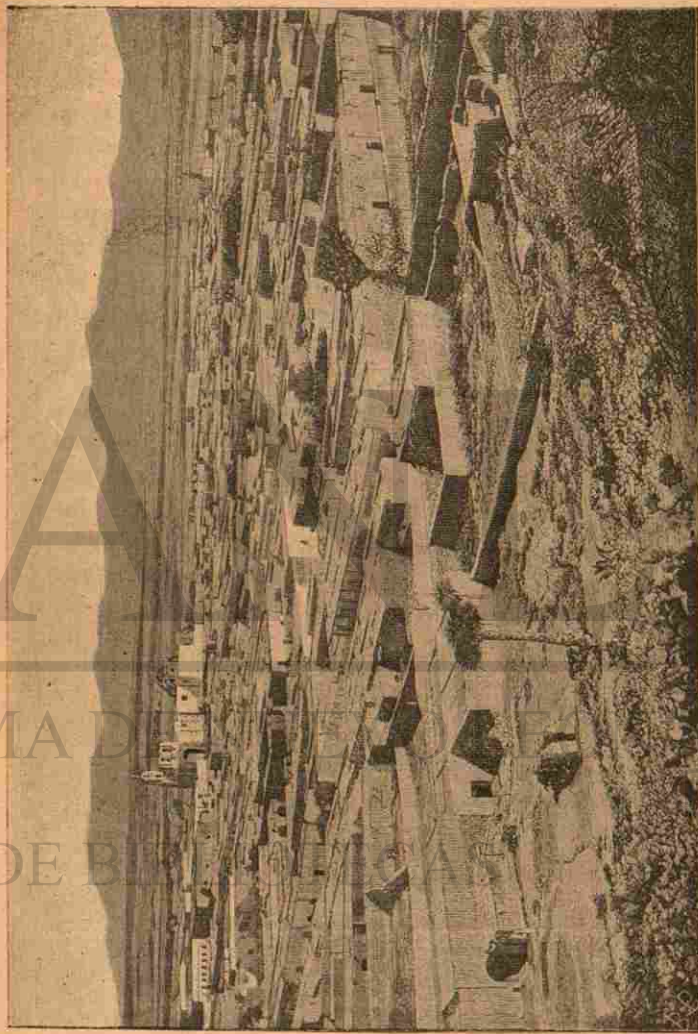
Hubo que disputársela con un fuego vivísimo que se entabló á la vista de ambos ejércitos. El combate estuvo indeciso por mucho tiempo; pero no obstante los refuerzos que llegaron á los asaltantes americanos, éstos tuvieron que abandonar la posición, batiéndose en retirada hacia sus líneas, tras de las altas lomas.

.... Moría la tarde en las tinieblas, cuando una inmensa aclamación de júbilo estalló unánime en el ejército mexicano, saludando la alegre diana con que anunció un clarín el triunfo de la Brigada Ligera que se había apoderado del cerro!...

En ese combate se distinguieron por su bravura los capitanes Márquez (Leonardo) y Osollo, de infausta memoria.

Durante la noche, con un frío espantoso, los dos contendientes sin luces ni fogatas guardaron un silencio augusto, precursor del formidable estruendo de la próxima batalla.

El general Taylor volvió al Saltillo para organizar la defensa de la ciudad, y llevar los últimos refuerzos á



Vista del Saltillo.

sus líneas en la Angostura. Santa Ana por su parte, se ocupó en reforzar y extender su derecha, amagando la izquierda del Invasor.

Nuestro ejército constaba al entrar en acción la víspera, de poco más de 9,000 hombres de infantería y 3,000 caballos, apoyado apenas por cinco cañones de á ocho, cinco de á doce y un obús corto de cinco pulgadas. Diecisiete cañones de gran calibre había también, pero eran de sitio y plaza, y no podían ser utilizados sino en muy determinados puntos del campo de batalla.

El ejército del Norte era inferior en número, pues alcanzaba unos 7,000 hombres; pero superior en artillería, en cantidad y calidad de piezas, contando con 26 de diversos calibres, perfectamente servidas por artilleros ejercitados en el fuego y oficiales inteligentes y prácticos. Agréguese á esto que sus soldados se hallaban descansados, y que su posición sobre las lomas dominantes, ante terrenos escabrosos, triplicaba su número; y se comprenderá la inmensa ventaja que tenía sobre los nuestros.

Poco antes de romper el alba, principió furiosamente la batalla en el extremo derecho de la línea mexicana. Las columnas de este flanco al mando del general Ampudia, trataron de desalojar á los americanos de sus posiciones en su extrema izquierda, sobre la falda del cerro (véase el croquis), cuya cima habían ganado nuestras tropas el día anterior.

Comprendiendo Taylor la importancia de sostener fuertemente su izquierda, mandó reforzarla con nuevas tropas, haciendo avanzar diversas líneas en un orden escalonado, rebasando su derecha, la cual como sabemos era inexpugnable.

Mientras se encarnizaba el combate en el extremo oriental, y las tropas mexicanas iban ganando terreno, sostenidas por una batería de cinco piezas de á ocho, (en el punto G) al mando del general Micheltorena, Santa Ana organizó un ataque sobre el centro de Taylor con dos divisiones, formando dos columnas que avanzaron denodadamente, con el arma al brazo, por la derecha del camino, recibiendo terrible fuego de artillería del frente enemigo. Pero no obstante los estragos que ella causaba en nuestras filas, las columnas siguieron adelante, forzando el paso de las barrancas (E. E.) donde arrollaron los destacamentos que los defendían. En seguida ascendieron á la loma que se hallaba ante otra mayor que ocupaban los americanos, y, desplegando en batalla, rompieron su fuego sobre las posiciones contrarias, al que éstas contestaron con su potente artillería.

Al efectuarse este ataque en el centro, avanzaba por el camino otra columna de nuestra izquierda (H.), batida horrorosamente por los cañones contrarios que barrían filas enteras; sin embargo, también pudo coronar una loma á la derecha, generalizando de este modo el fuego en todo el frente de batalla.

Esta permanecía indecisa en el plan occidental y centro, donde las columnas oscilaban, ganando ó perdiendo terreno; pero en la derecha, la división de Ampudia había obtenido serias ventajas, haciendo retroceder los cuerpos de Rifleros que se oponían á

aquella. Entonces el general Taylor, comprendiendo el inminente peligro que corría su ejército si se arrollaba su izquierda, y tratando á su vez de envolver nuestra derecha, organizó otra fuerte columna (F.), que lanzó hacia la derecha de Santa Ana; pero en estos momentos la Brigada Ligera bajó del cerro (A.), desplegando en la falda (J.) sobre el flanco de la columna enemiga contra la cual avanzaban también fuerzas frescas enviadas por el jefe mexicano para sostener la lucha. Las tropas del adversario se encontraron batidas á su frente y flanco izquierdo, y no pudiendo extenderse, hicieron alto para resistir los impetuosos asaltos de nuestros infantes.

No duró mucho tiempo la resistencia de las norteamericanas columnas, pues los soldados mexicanos cargaron sobre ellas á la bayoneta con un brío digno de la causa que defendían!... El furor de los nuestros no tuvo límites: herían sin misericordia, atravesando vientres y pechos de enemigos invasores, algunos de los cuales en vano mostraban sus rosarios, después de arrojar las armas, gritando que eran católicos, ó cayendo de rodillas ante nuestros oficiales: ¡pedían gracia de vida! ¡Fué un momento de desquite y venganza! ¡Un hermoso instante!

Entonces vaciló toda la línea contraria atacada en su frente y rebasada en su ala izquierda, teniendo que replegarse á retaguardia, tras de las lomas que primero ocupaba (L. L.).

La Brigada Ligera, cuya misión debía haber sido batir el flanco oriental de Taylor, cooperando al ataque de frente, arrastrada por el entusiasmo de su triunfo, después de haber puesto en fuga á las tropas de la columna norteamericana, avanzó rápidamente

á su vanguardia, rebasando las líneas de su contrario, y fué á caer á su extrema retaguardia sobre la hacienda de Buenavista (M.), donde se le hizo terrible resistencia que no se pudo vencer por falta de artillería. Y, viéndose amenazada por las tropas de reserva del jefe americano, tuvo que volver, con grandes dificultades y bajas numerosas, á sus posiciones, después de tan gloriosa tentativa. Tras esta brigada había seguido parte de nuestra caballería de la derecha, la que tuvo un terrible choque con toda la americana de reserva, en combinación con una brigada de su infantería, derrotando la nuestra á la primera, á la cual rechazó con grandes pérdidas, siguiendo luego su marcha contra la hacienda de Buenavista.

Si en esta empresa hubiesen ayudado los escuadrones del general Miñón que debían estar en algún punto cercano, se habría tomado la Hacienda y caído luego sobre la espalda del enemigo, precipitando su derrota. Pero aquella caballería de refresco, aquella caballería salvadora que era el triunfo seguro y completo de las armas mexicanas, no estaba próxima, como era su deber; no sabemos aún si por ineptitud, envidia ó cobardía de su jefe, el general Miñón.

Pero en el terrible combate que sostuvo la Sección del general Juvera con los jinetes americanos que la recibieron á veinte pasos con una descarga de fuego de pistola, tras dura refriega al arma blanca, una parte del regimiento de Coraceros cargó con tal brío al frente de su comandante Francisco Gültian, que se confundió con el enemigo, en cuya masa se abrió paso bravamente, yendo á aparecer al otro extremo del campo, separada del resto de sus escuadrones, y siendo perse-

guida por fuerzas superiores, tomó el rumbo del Saltillo, y en mucho tiempo no pudo volver al campo sino después de orientarse en la Sierra.

En esa lid de caballería en que se desplegó gran valor por ambas partes, murieron varios oficiales y jefes beligerantes.

La caballería que por nuestra izquierda avanzó por el camino del Saltillo, después de haber sufrido los fuegos de la batería (Y.), situada en la derecha americana, también se adelantó con denuedo hasta Buenavista; pero allí las reservas americanas en número superior, hacen inútil este otro esfuerzo aislado, teniendo que regresar aquellos dragones, rodeando el cerro de la izquierda mexicana, por no poder atravesar de nuevo las líneas del Invasor cuyos fuegos han diezmado tan valientes tropas.

En tanto que se verificaban estas acciones, nuestras fuerzas que atacaban al frente habían seguido avanzando con impetu, tomando loma tras loma y haciendo cejar al adversario que iba abandonando sus primeras posiciones y que llegó á presentir su completa derrota cuando vió rechazada su izquierda y batido con tanta bizarría su frente.

Al ganar terreno nuestras columnas, Santa Ana hizo cambiar la batería del general Micheltorena hasta el centro de ataque (N.) dejando sin artillería la derecha donde aquélla había sido utilísima.

Observa con razón un jefe de artillería, que pudo haberse llevado la batería de á doce que jugaba en el centro, á retaguardia, al lugar que ahora ocupaba la de á ocho, situando ésta en la derecha de la línea de avance, para cruzar sus fuegos con la primera, tanto más cuanto que la batería de á doce apenas pudo

haber hecho algunos disparos durante la jornada, porque en su mal escogido emplazamiento la ofuscaban las elevaciones y asperezas del terreno.

Dos horas después de mediodía, los combates habían sido múltiples, se habían dado cargas tras cargas, y nuestras dos líneas de columnas del frente y la izquierda, habían conquistado loma tras loma, bajo el fuego de las baterías enemigas y de las compañías de infantería que las apoyaban, habiéndose desarrollado escenas épicas entre nuestras tropas y las contrarias, ya subiendo, ya bajando por las colinas, ó corriéndose los mexicanos asaltantes por el fondo de las torrenteras, para disputarse en la contienda que se multiplicaba en la sinuosa línea de la batalla, cañones y banderas!

Al regresar la caballería de nuestra derecha, después de sufrir trágicas aventuras en su regreso del ataque de Buenavista á través del campo enemigo, y luego que hubo llegado también nuestra infantería ligera rehaciéndose tras la línea de combate, hubo un momento de gran tregua entre los ejércitos beligerantes á causa de fuerte chubasco que se abatió sobre el campo de batalla.

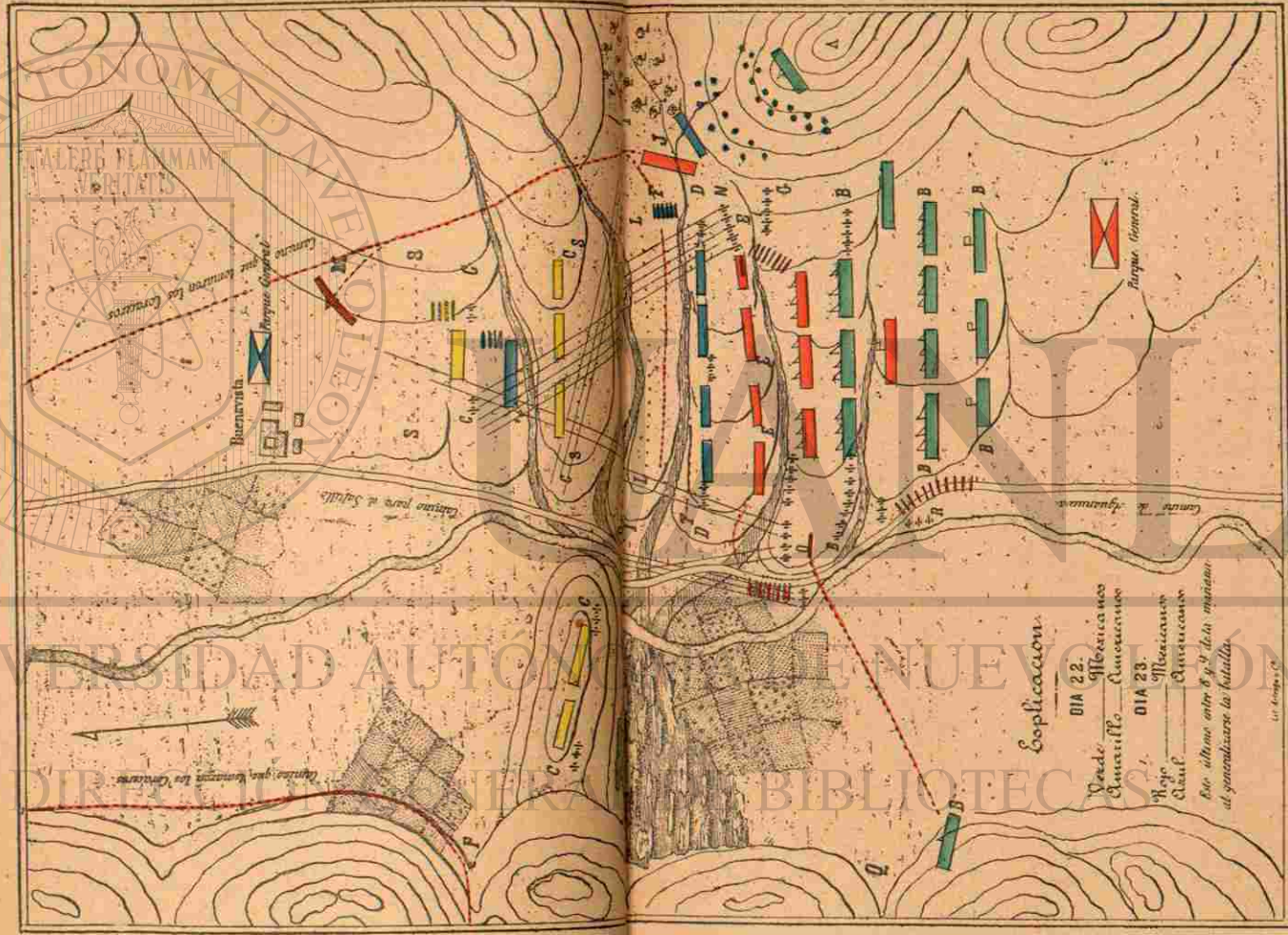
Ante esta tregua, después de tanto derroche de valor y energías, el enemigo se rehizo; pero con el ánimo evidente de emprender la retirada con orden, dando sus disposiciones para que sus trenes de carros principiaran á moverse hacia el Norte, en tanto que el resto de las fuerzas que se habían empeñado en la lucha iríanse retirando escalonadamente, relevadas en parte por los cuerpos de Reserva.

Cuando terminó la lluvia, aclarándose bellamente la tarde, los beligerantes se aprestaron después de su actitud expectante y silenciosa, turbada sólo por alguno

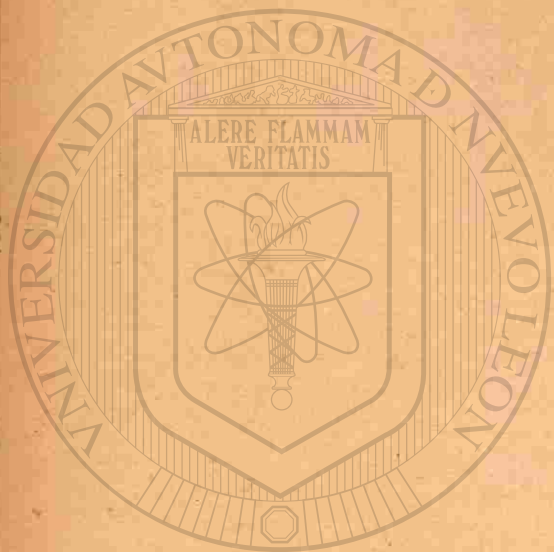
que otro cañonazo de las baterías combatientes (la O. contra la Y.) á emprender de nuevo la lucha.

Entonces Santa Ana, viendo que el día terminaba y la batalla permanecía indecisa, falto de conocimientos acerca de la actitud del adversario, intentó darle una embestida clásica, atacándole de frente con todas las fuerzas que trajo á su centro de derecha é izquierda, conduciéndolas él mismo, exponiéndose á caballo á la lluvia de balas, animando las tropas con gritos enérgicos y vibrantes á los que contestaban los batallones mexicanos con aclamaciones en que lanzaban ¡vivas! á su general y á la patria. Los americanos, al ver la aglomeración de fuerzas que sin duda debían caer sobre su centro, organizan á su vez rápidamente nuevas columnas que salen al encuentro de las nuestras, llevando aquéllas más de 3,000 hombres. Y entonces se traba una lucha encarnizadísima en las cimas y faldas de las lomas y en el fondo de los barrancos, sucediéndose al fuego de fusiles, pistolas y rifles el choque seco de las bayonetas y los sables, acompañado por el griterío estentóreo de los combatientes. ¡Nada más espantoso que esas luchas al arma blanca, cuerpo á cuerpo, á sangre y odio al final de una batalla!

Poco antes, un incidente estuvo á punto de introducir gran pánico en las reservas mexicanas. Nuestra retaguardia tenía á su izquierda la boca de una estrecha cañada (Q.) que rodeaba los cerros occidentales hasta desembocar á retaguardia de éstos en otra boca semejante (P.) Precisamente por esa curva y estrecha garganta que faldeaba aquellas eminencias encontró al fin paso la caballería mexicana que se había visto separada del resto de sus fuerzas después del ataque contra la hacienda de Buenavista.



Croquis de la batalla de la Angostura.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los exploradores mexicanos dieron aviso de la aproximación de una fuerte columna que debía desembocar á la entrada de la garganta (Q.). Nuestra izquierda se creyó perdida juzgándose asaltada de improviso sobre aquel flanco por fuerzas considerablemente superiores. Sin embargo, algunas piezas de la batería (O.) de la izquierda, se abocaron sobre la entrada del desfiladero, en tanto que el batallón que apoyaba aquella batería formó en orden de combate ante tan peligroso punto.

Nuestros coraceros fueron recibidos al pronto por los disparos de nuestra propia batería, lo que hizo detenerlos hasta que momentos después un oficial que destacaron, hizo comprender la verdad á los jefes, siendo saludados con muestras de alegría aquellos valientes jinetes cuyas lanzas de ennegrecidas puntas daban buena idea de lo que acababan de hacer allá en la retaguardia enemiga. El frente mexicano continuaba su avance á pesar del cansancio que abrumaba á las tropas que no habían probado un bocado y muchas de ellas no habían bebido ni un trago de agua desde la noche anterior; mas seguían combatiendo bizarramente hasta lograr éxitos magníficos en diversos puntos del campo de batalla.

Los varios cañones, carros y banderas que habían caído en poder de nuestras columnas y los prisioneros que los soldados respetaban, conducidos en grupos á retaguardia nuestra, y más que todo, el haber ocupado sucesivamente la primera y segunda línea de las lomas en que se parapetaba el americano, hicieron comprender á nuestro ejército que por fin había vencido.

Y en efecto, rechazado Taylor, envuelta y destrozada su izquierda, maltrechos su centro y reservas, habiendo

tenido éstas que sufrir el choque de nuestra caballería, hizo activar sus disposiciones de retirada para no hacer definitivo el triunfo de las armas nacionales.

Mas sucedió que, habiendo tenido noticia el jefe de la escolta de los trenes americanos que la caballería del general Minón amenazaba cortarle la retirada, tuvo que retroceder; y con sus mismos carros formaron entre Buenavista y la entrada norte de la garganta de la Angostura un reducto defendido por todas las reservas de Taylor, que á la sazón efectuaba un gran movimiento de retroceso tras de las últimas lomas....

¡ Ya era el crepúsculo! Un crepúsculo frío y rápido, cuyas tintas violáceas manchaban negras nubes de pólvora, rayadas á trechos por los rojizos relámpagos de nuestra única batería ó por las chispas amarillentas de nuestros fusiles cuyo tronante fuego iba menguando á medida que las tinieblas avanzaban, en un *decrecendo* siniestramente trágico.... Los últimos gritos del combate, de triunfo ó rabia, de angustia en los heridos, de cólera y audacia en los que aun desafiaban á los ya invisibles adversarios, fuéronse extinguiendo también, hasta que, por fin, uno y otro beligerante quedó inmóvil y silencioso bajo la inmensa obscuridad helada que envolvió el campo de batalla!...

VIII

DESPUÉS DE LA BATALLA

LA RETIRADA Á SAN LUIS

Después de tan terrible jornada, nuestras tropas permanecieron sobre el campo conquistado al enemigo, con la satisfacción y el orgullo de haber obtenido un gran triunfo, tanto más digno de gloria para las banderas mexicanas, cuanto más sangre había costado adquirirlo.

Aunque todos comprendían que tendría que darse otra batalla para destruir por completo al adversario, arrojándole hacia el Norte, después de escarmentarle energicamente, y aunque se esperaba que hiciera tenaz resistencia, había en nuestras filas el suficiente ánimo y la más completa resolución para batirse con el mismo denuedo con que habían peleado todo el día 23.

¡ Mas cuál sería la sorpresa, la cólera, la indignación, la amargura de todo el Ejército al saber la estúpida orden de emprender violenta retirada en plena noche, después de los horrores y los triunfos del día!

Nadie pudo comprender la causa de tan singular disposición.

tenido éstas que sufrir el choque de nuestra caballería, hizo activar sus disposiciones de retirada para no hacer definitivo el triunfo de las armas nacionales.

Mas sucedió que, habiendo tenido noticia el jefe de la escolta de los trenes americanos que la caballería del general Minón amenazaba cortarle la retirada, tuvo que retroceder; y con sus mismos carros formaron entre Buenavista y la entrada norte de la garganta de la Angostura un reducto defendido por todas las reservas de Taylor, que á la sazón efectuaba un gran movimiento de retroceso tras de las últimas lomas....

¡ Ya era el crepúsculo! Un crepúsculo frío y rápido, cuyas tintas violáceas manchaban negras nubes de pólvora, rayadas á trechos por los rojizos relámpagos de nuestra única batería ó por las chispas amarillentas de nuestros fusiles cuyo tronante fuego iba menguando á medida que las tinieblas avanzaban, en un *decrecendo* siniestramente trágico.... Los últimos gritos del combate, de triunfo ó rabia, de angustia en los heridos, de cólera y audacia en los que aun desafiaban á los ya invisibles adversarios, fuéronse extinguiendo también, hasta que, por fin, uno y otro beligerante quedó inmóvil y silencioso bajo la inmensa obscuridad helada que envolvió el campo de batalla!...

VIII

DESPUÉS DE LA BATALLA

LA RETIRADA Á SAN LUIS

Después de tan terrible jornada, nuestras tropas permanecieron sobre el campo conquistado al enemigo, con la satisfacción y el orgullo de haber obtenido un gran triunfo, tanto más digno de gloria para las banderas mexicanas, cuanto más sangre había costado adquirirlo.

Aunque todos comprendían que tendría que darse otra batalla para destruir por completo al adversario, arrojándole hacia el Norte, después de escarmentarle energicamente, y aunque se esperaba que hiciera tenaz resistencia, había en nuestras filas el suficiente ánimo y la más completa resolución para batirse con el mismo denuedo con que habían peleado todo el día 23.

¡ Mas cuál sería la sorpresa, la cólera, la indignación, la amargura de todo el Ejército al saber la estúpida orden de emprender violenta retirada en plena noche, después de los horrores y los triunfos del día!

Nadie pudo comprender la causa de tan singular disposición.

¿A qué la abnegación y el valor prodigado durante la batalla, de qué había servido la victoria, si no se aprovechaba persiguiendo al enemigo, si por el contrario, se le abandonaba el campo? ¿Por qué se retrocedía?

Un sordo murmullo preñado de angustiosas é indignadas protestas recorrió las filas, en las tinieblas.

Entonces, como en la Resaca de Guerrero, como en Monterrey y Tampico, la fatídica palabra, la vergonzosa frase que hace tantos siglos azota como una maldición á todos los pueblos en las catástrofes de su historia, entonces la abominable voz ¡traición! fué cuchicheada, murmurada, gritada, escupida en las sombras, vibrando á veces como un grito de cólera sagrada ó estremeciendo el ambiente glacial como un largo suspiro de melancólico desfallecimiento...

¡Traición! ¡Traición! ¡Traición!

Antes de seguir al Ejército mexicano, desangrado, hecho pedazos, estremecido de frío y desesperación, hambriento de pan y victoria en su triste retirada á través de la noche, emprenderemos á galope un lúgubre paseo por el campo del combate.

Ved allá lejos, en el fondo de la ennegrecida garganta, manchas luminosas y sangrientas que rasgan á trechos la obscuridad de la noche, como estrellas de púrpura: son las fogatas del ejército americano tendiéndose sobre la ondulante línea de las últimas lomas. Nuestros terribles enemigos, después de las tragedias de la lucha, siquiera descansan y se confortan, calentándose cerca de un buen fuego á cuya grata claridad devoran cena copiosa y nutritiva. En efecto, sus convoyes están próximos, y vienen bien provistos de ali-

mentos... más allá, en las tiendas de campaña, oficiales y jefes cenan también tranquilamente, bebiendo Ginebra y cerveza, en tanto que por las negruras lejanas de su campamento, circulan los servidores de sus ambulancias recogiendo sus heridos que al instante serán curados.

¡Qué doloroso contraste entre el campamento enemigo y el nuestro! Allí el descanso, el fuego, la cena; acá la fatiga, los confusos preparativos para una larga marcha, cuando aun no se seca el sudor de todo un día de combate; aquí la obscuridad, el frío, el hambre y la sed, los heridos abandonados en el campo, retorciéndose lúgubrementes, desangrándose, lanzando en las frías tinieblas dolorosos gemidos!

¡Y este pobre ejército que así se sacrifica, ha triunfado!... Sus cadáveres yacen tendidos por entre las lomas, á lo largo del camino, hasta más allá de la retaguardia del campo enemigo, aun más allá de la hacienda de Buenavista. Pero donde se amontonan en mayor número, es en la falda del cerro de la derecha y en el fondo de las torrenteras del centro.

Dura y porfiada fué la refriega. El ejército mexicano había tenido 694 muertos entre ellos 5 jefes y 21 oficiales, 1,039 heridos inclusive 13 jefes y 92 oficiales, más 294 prisioneros en poder del enemigo. Éste tuvo 267 muertos, 456 heridos, contándose entre los primeros 28 jefes y oficiales.

Como trofeos arrancados al ejército americano se contaron tres piezas de artillería con sus municiones correspondientes en sus cajuelas, cuatro carros y tres banderas. Bien fácil es imaginar lo terrible que debió haber sido el combate que se librara para lograr obtener de un adversario parapetado tras excelentes

posiciones, poderosamente fuerte, con sus baterías que barrían las columnas mexicanas que avanzaban al asalto en masa, á pecho descubierto y con el arma al brazo!

Los episodios de aquella lucha tan prolongada son innumerables y gloriosísimos para nuestras águilas.

Ya hemos referido la magnanimidad con que algunos oficiales mexicanos salvaron la vida de los soldados americanos acosados por los nuestros á la bayoneta, cuando en su furor no perdonaban á sus enemigos.

En uno de los combates que sostuvo la caballería mexicana á retaguardia de las posiciones contrarias con las reservas de Taylor, el comandante de escuadrón del regimiento de Husares, Juan Luyando, iba á pasar con su lanza á un riflero; pero éste cayó de rodillas y pidió gracia en un tono patético. El jinete compadecido lo dejó atrás pasando él adelante; mas al momento el agraciado se levantó y, apuntando al que le debía la vida le hizo fuego con su rifle. ¡El compasivo Luyando cayó muerto! Esta infamia exacerbó el furor de nuestros soldados que vengaron debidamente á su comandante.

Después del aguacero que cayó en la tarde y dió tregua algún tiempo á la lucha, rehaciéndose ambos beligerantes, para proseguirla después con más encarnizamiento, cuando aun no volvían los mexicanos á la carga y sólo se escuchaban de cuando en cuando los cañonazos que se enviaban recíprocamente la batería de la derecha americana y la de nuestra izquierda, se vió salir de una de las barrancas, hacia el camino, un hombre á caballo, en traje de paisano, que á todo galope se dirigía hacia las posiciones enemigas mar-

cando su dirección rumbo á la batería que hacia fuego á la nuestra.

Se creyó de pronto que sería algún explorador del enemigo que volvía á incorporarse á su campo. Viósele llegar ante sus cañones y allí, rápido, lanzar al aire su reata que revoleó, tendiendo el lazo hacia el centro de la batería; mas no habiendo prendido, volvió grupas y regresó á toda brida hacia la línea mexicana, bajo una lluvia de balas que le enviaron los tiradores enemigos, quienes habian permanecido estupefactos ante semejante audacia.

Con profunda admiración presenciaron los nuestros aquel acto. ¿Quién era aquel hombre?

Pronto se supo, cuando volvió á las líneas. Era un antiguo insurgente llamado Villarreal, que á la sazón prestaba sus servicios en artillería, dice un testigo de su heroísmo, en calidad de conductor de parques, con carácter de sargento segundo.

El viejo Villarreal, buen charro y que en la guerra de Independencia había lazado españoles, contó que había querido ir á traerse á un *yankee* prendido en la punta de su reata, para no quedar sin hacer algo en aquel gran día.

Y ya que evocamos algunos de los incidentes de la batalla, al tender una mirada sobre el amontonamiento de desastres sobre el campo, recordemos el hecho curioso de que después de los últimos combates en la retaguardia enemiga, se presenta á nuestro general en jefe un parlamentario intimando rendición. Santa Ana, asombrado, orgulloso con las ventajas adquiridas por su ejército, creyendo ya, acaso, en el exterminio del contrario, la niega rotundamente.

Como es fácil de comprender, esto hubo de ocasionar grande extrañeza, tanto más cuanto que el enemigo á su vez, según explicación de los oficiales americanos, se jactaba de haber recibido poco antes un parlamentario mexicano en nombre de su general. Lo que pasó fué que un oficial de Estado Mayor que iba en las primeras filas de nuestras columnas que atacaron con gran ímpetu á los americanos, quedó confundido entre ellos. Viéndose solo, no queriendo ser muerto ni hecho prisionero, se fingió parlamentario, y como iba bien uniformado y tuvo audacia y serenidad, pudo llegar hasta los principales jefes americanos, engañándoles con su fingida misión de parlamento.

Ufanos aquéllos con tal demanda, enviaron dos de sus oficiales acompañando al nuestro, y haciendo saber un principio de armisticio al general Parrodi, jefe de las líneas mexicanas que sostenían á la sazón lid encarnizada con las contrarias por donde hubieron de atravesar los seudo parlamentarios, suspendiéronse por un momento los fuegos de las fracciones beligerantes.

Tal es la explicación del surgimiento, á la hora más crítica de la batalla, de aquellos parlamentarios que se presentan en uno y otro campo, dando lugar á que los respectivos jefes de ambos ejércitos, consignaran cada uno por orgullo tal incidente.

La batalla terminó, como lo hemos dicho, con el último y decisivo ataque de todas las columnas mexicanas que habían entrado en acción, más todas las reservas de Santa Ana, contra el centro enemigo, y no obstante el excesivo cansancio y la extenuación de nuestras tropas que no habían probado alimento desde la noche anterior, éstas realizaron maravillosos triunfos parciales, batiéndose en contienda desigual con las fuer-

zas enemigas, protegidas por su numerosa artillería.

En esos ataques, los jefes mexicanos se pusieron á la cabeza de sus batallones á los que animaban con gritos bélicos, señalándoles con sus espadas ó con sus látigos, las posiciones contrarias sobre las que se habría de cargar. Jefes hubo que tomaron la bandera de su batallón, levantándola con su brazo derecho, y al frente de su tropa, á caballo, se precipitaron sobre el enemigo como guiones soberbios marcando gloriosamente el camino del honor y del deber!... Otros oficiales heridos gravemente, se hicieron transportar por los soldados más robustos, bravos y fieles, para poder conducir sus secciones al combate...

En fin, no terminaríamos si quisiéramos narrar todas las peripecias de la sangrienta batalla de la Angostura con sus épicos detalles que hemos evocado rápidamente al lanzar una triste mirada sobre la escena de la enorme tragedia roja....

¡Qué angustiosos pensamientos y qué amargas reflexiones asaltan nuestro espíritu al contemplar el siniestro panorama que ofrece, en la noche, en la penumbra lívida que preside allá en el cielo brumoso, el miserable gajo amarillo y corvo de la luna nueva, — nuestro campamento henchido de heridos y cadáveres, moviéndose las tropas en desorden para emprender la retirada, — una retirada en sigilo, vergonzosa, que más parece una fuga de gavillas de cobardes...

¡Ah! y no lo eran ¡vive Dios! aquellos buenos mexicanos!... bien lo habían demostrado durante la batalla cuyo triunfo habían creído obtener; pero que en virtud de aquella retirada, convirtiase la victoria en derrota.

Es muy amargo tener que considerar, que si en toda la gran serie de combates que unos tras otros fueron ganando nuestras tropas, hubiese habido más armonía y cohesión, acudiendo las reservas inmediatamente al lugar del triunfo, si en vez de obrar, desperdiciando sangre y valor, aisladamente sobre Buenavista, hubieran cargado las caballerías y tropas ligeras de infantería ayudadas en el propio instante por los dragones de Minón, cuya fuerza debía haber permanecido á la expectativa, pero cerca del campo, á retaguardia del enemigo, en actitud de embestir en el minuto preciso; que si todo esto se ejecuta como bien pudo hacerse, el adversario, desbordada su izquierda, atacado reciamente por este flanco, separado de sus reservas, perdida su extrema retaguardia, hubiera tenido que retirarse á través de nuestras caballerías, desesperadamente, en desorden, y dejando en nuestro poder muy buena parte de sus codiciables trenes de provisiones!

¡No! y no es una utopía y un simple buen deseo de ingenuo patriotismo el apuntar esta reflexión sugerida ante el cuadro general de la batalla; ella se deduce de este mismo, informada por actores y testigos de la catástrofe, y más aún — y esto es irrefutable — por el dicho de nuestros mismos enemigos.

Y aquí tiene que surgir en medio de la dantesca escena de la retirada, entre el lodo, humo y sangre, el gran culpable, uno de los que deben soportar en la Historia, como un anatema, el peso de sus terribles responsabilidades... ¡El general Santa Ana!

Él había lanzado su ejército sin elementos de combate, sin provisiones, á través del desierto, arrojándole torpemente después de inauditas fatigas contra un

desfiladero atravesado por series de escarpadas trincheras naturales, con anchos fosos, buenos para sepultar batallones enteros... él había conducido sus columnas, sin darles fuerzas ni descanso, contra los recios baluartes de cerros y lomas, sin proteger con artillería suficiente la muchedumbre bisoña con que abrumó el ejército, sin que para nada sirviera aquella... y él, por último, no obstante haber conseguido el triunfo á costa de inmensos sacrificios, lo desaprovecha, y ofuscado y pusilánime, en lugar de proseguir lo empezado con tanto brío, retrocede en desorden, lamentablemente, abandonando las posiciones conquistadas al enemigo, al que deja dueño del campo!

Para más acentuar estas consideraciones que son capitales y para que se vea con cuánta justicia las anotamos, subrayando el valor de nuestras pobres tropas, tan heroicas en las marchas como en la pelea, trasladamos aquí las frases que acerca de ello tiene un historiador norteamericano:

« La celeridad y el sigilo de la marcha desde San Luis, casi no son sobrepajables. El movimiento de la Encarnación á Agua-Nueva y la marcha continuada hasta la Angostura, haciendo cerca de cincuenta millas en veinticuatro horas; y el comienzo inmediato de la batalla, cuando se recordará que en treinta y seis de las expresadas millas faltaba el agua, y que la gente sólo había tomado alimento escasísimo, prueban cuán terrible podría ser un ejército mexicano, con sólo que las tropas que lo componen tuvieran la moral necesaria para conservar y utilizar las ventajas que su capacidad de sobrellevar fatigas y privaciones las pone en aptitud de obtener.

« En esta batalla, sin embargo, aunque el general

Santa Ana inmediatamente distinguió el punto que le ofrecía ventaja, y ganó la posición que primero quiso; como después se ha asegurado por uno de sus mismos generales (Miñón) hubo falta de combinación y se abandonó la prosecución de las ventajas obtenidas, fijando el general en jefe su atención en los movimientos de un solo cuerpo, más bien que en el conjunto de la batalla ».

La retirada empezó á las 7 de la noche, partiendo primero los trenes y la artillería, y en seguida la efectuaron los diversos batallones del ejército, descendiendo lentamente de las lomas que con tantos esfuerzos y al precio de tanta sangre se habían conquistado. Al principio se ejecutó ordenadamente; pero el cansancio de la terrible jornada de combate, la ira noble que experimentaba la tropa al retirarse sin gloria cuando tanta merecían, el hambre — ¡ aquellos infelices llevaban 24 horas sin probar bocado y se habían batido como leones! — el frío, hicieron perder toda moral, toda cohesión en las filas, y pronto los grupos constituidos se desintegraron, confundiéndose y mezclándose unos con otros hasta convertirse la columna en un rebaño fantástico galopando en las tinieblas.

La claridad esfumada y livida de la luna nueva daba un tinte siniestro á aquellas sombras que se amontonaban en el camino, como un río fragoroso, por el chocar de las armas y el rumor de sus pisadas, de hombres espectros, río de humana miseria, corriendo hacia desconocidos destinos, azotadas sus ondas por un viento de catástrofe....

¡ Quién sabe qué pensamientos cruzarían en aquel

instante de suprema ruina, por la mente del hombre que había dirigido la acción de 12,000 hombres; quién sabe qué peso oprimiría su corazón al contemplar allá en el fondo indeciso de la llanura, aquella corriente encauzada por él á un término muy distinto del que pedía la salvación de la Patria!

Al ocultarse la luna, aumentó la confusión de la marcha, guiada sólo por los lejanos fulgores rojizos del incendio de la hacienda de Agua Nueva.

Por fortuna, el general Taylor estaba muy lejos de creer que nuestro ejército abandonara sus posiciones y las ventajas adquiridas; lejos de ello, esperaba un nuevo y más vigoroso ataque, y para resistirlo se preparaba el general americano, estudiando ya el modo de retirarse, abriéndose paso hacia Monterrey.

En efecto, ninguno de los jefes americanos se percibió de la retirada del ejército mexicano, y en ello, debemos advertirlo, cometió una grave falta militar por no haber tenido exploradores, ni partidas destacadas en observación de nuestro campo para no perder el contacto con el enemigo, dejando de estar al tanto de sus menores movimientos.

Imagínese el efecto que hubiera producido sobre aquella fatigosa y desmoralizada columna, una descarga de fuerte batería que barriera en su profundidad con toda aquella masa de hombres, lanzando en seguida sobre ellos unos cuantos escuadrones de caballería, para completar el pánico!

¿ Qué resistencia se podía haber ofrecido en esas condiciones? ¿ Qué cuerpos organizados pudieran haber sostenido la retirada del resto del ejército?

Si Taylor hubiese sido un perfecto general táctico, habría estado alerta de nuestros movimientos para su

propia seguridad ó para aprovecharse de la profunda desmoralización, abatimiento y desorden que introduce en toda tropa una retirada.

Santa Ana á su vez debió haber comprendido á lo que se exponía retirándose, al azar, aventurando la destrucción de su ejército. Por otra parte, debió notar que el enemigo no se movía para nada, intentando perseguirlo, lo que demostraba plenamente ó un profundo quebranto, ó un culpable descuido, y tanto en uno como en otro caso, debió acometer á su adversario en estas condiciones, con la seguridad de derrotarlo.

¡He aquí cómo ambos jefes beligerantes comprometieron cada uno por su parte la suerte de sus valientes ejércitos por su respectiva ineptitud!

La batalla de la Angostura tenía que haber sido decisiva, de terrible efecto, de fatal exterminio para uno de los combatientes, y de victoria completa para el otro.

Santa Ana alegó como causa principal para su retirada el que el ejército carecía de rancho, y tras las fatigas de la batalla no podía comprometer otra al día siguiente. También tomó en consideración que la Patria no contaba, por entonces, sino con aquel ejército que quería conservar para continuar la defensa en el interior del país.

Pero estas razones se desvanecen al punto si se considera que la retirada tendría que ser, como fué, mucho más desastrosa que una batalla, aunque ésta hubiese tenido por resultado una derrota.

No, nada disculpa al jefe mexicano su actitud fatal para las armas de la Nación Mexicana en la noche del 23 de Febrero de 1847.

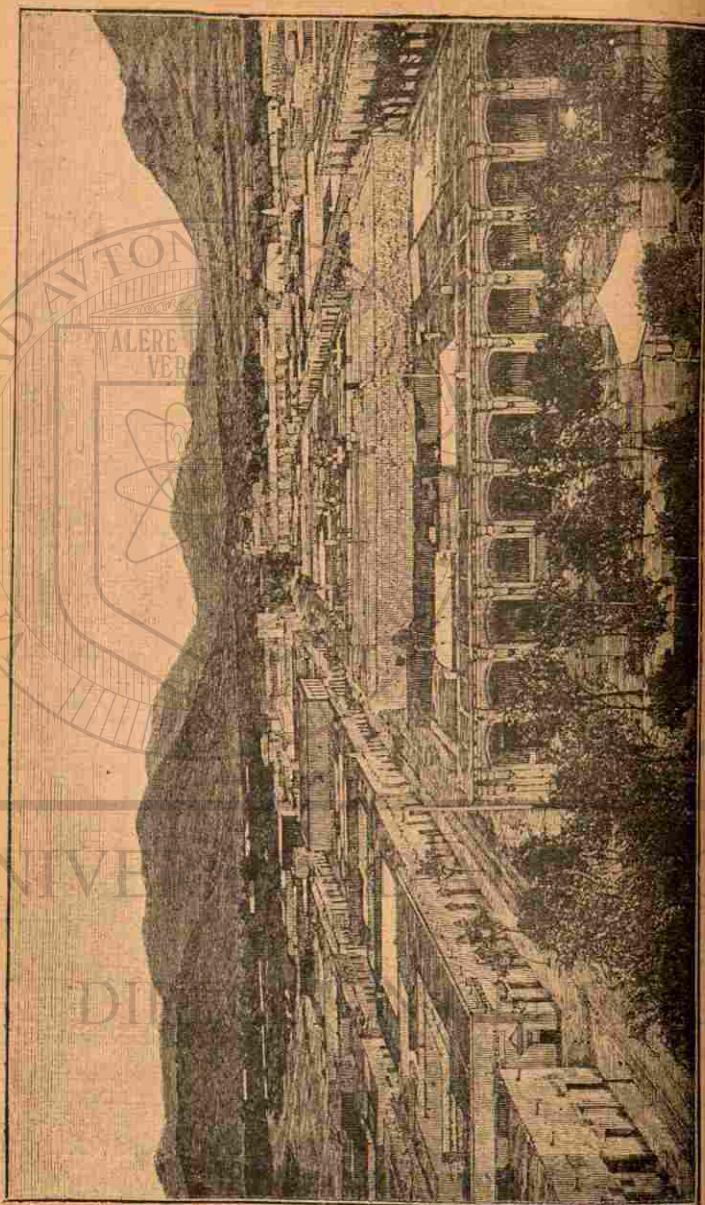
Toda aquella masa de hombres acampó en desorden, y según iban llegando en torno de la casa de la hacienda de Agua Nueva, cuyo incendio aun no se extinguía.

Esa misma noche reunió el general Santa Ana un consejo de guerra en el que se acordó, por sugestión suya, que la retirada era indispensable. ¡Ningún militar de los que integraron aquel consejo tuvo la conciencia y la energía suficiente para protestar contra aquella resolución que se consignó por escrito, para mayor mengua de los que la firmaron!

Al día siguiente, se reorganizaron los batallones, procurando dar algún orden al campamento, en el que al fin se repartió un escaso y mal rancho.

Las tropas continuaron acampadas hasta el día 26, en que se empezó á levantar el campo, principiando la triste y lamentable contramarcha, á través del desierto, rumbo á San Luis.

Después de quince jornadas en que el ejército fué regando el camino de enfermos, heridos, cansados, desertores y muertos, después de angustiosos días de fatiga, tristeza y desaliento, se llegó al fin á aquella ciudad.



Vista de Sacramento

IX

EL DESASTRE DE SACRAMENTO

Vamos á dirigir ahora la mirada que ha estremecido tanto — al transmitir al cerebro el panorama de la última batalla — nuestro corazón de mexicanos, hacia un lejano teatro de combate... Vamos á trasladarnos hacia el Norte de las regiones de Chihuahua... Allí hubo también heroísmos infortunados!

¡Oh el valiente y heroico Estado! Hacia mucho tiempo que centenares de tribus salvajes que pululaban entre los bosques abruptos de la Sierra Madre ó por las vastas llanuras que se tienden á la falda de sus montañas, hacia mucho tiempo que llevaban el terror á todas las poblaciones, desde las más humildes rancherías, hasta la misma capital del propio Estado.

Éste, siempre se encontró defendido sólo por sus fuerzas locales, sin que jamás hubiese tenido ayuda alguna eficaz por parte del gobierno federal que tenía que atender á la seguridad del resto de la República, enviando tropas respetables que fuesen á contener los ímpetus feroces de las hordas bárbaras que en to-

rrentes de destrucción estupenda se desbordaban sobre todo lo que significara vida y riqueza.

Chihuahua estaba, pues, en aquella época completamente abandonada á sus propios recursos. Apenas si había grupos de soldados que formaban las llamadas « Milicias *presidiales* », pretendiendo constituir cierta defensa en los desiertos campos, y una escasa y mal organizada tropa de Guardia Nacional, en la ciudad.

Cuando en ella se supo la explosión de la guerra entre nuestra república y la norteamericana, estalló el patriotismo de los buenos y bravos chihuahuenses. No importaba que se vieran sin apoyo alguno y sin la más débil comunicación con el centro del país, y más en épocas en que los caminos, á través de comarcas desiertas, son intransitables; no importaba tampoco á los fronterizos su absoluta carencia de armas y conocimientos militares, que orgullosamente despreciaban con lamentable altivez. No les importó entonces porque creyeron suficiente preparación para la victoria su patriotismo, su valor y la confianza en el triunfo!...

Más se exaltaron cuando supieron que el ejército americano enviaba una de sus divisiones contra el Estado de Chihuahua.

Así fué. En el plan de campaña ideado por la Secretaría de Guerra de los Estados Unidos, hubo la disposición de que además del cuerpo de Ejército del Bravo con que el general Taylor maniobró, se dispusieran otros dos: uno llamado del Oeste y otro denominado del Centro.

Éste se formó en Texas, integrándose en gran parte con voluntarios y miles de aventureros y aun hábiles comerciantes que levantaron sendas compañías de rifles que debían proteger largos convoyes de carros

cargados con efectos, de cuya venta pensaron obtener (como lo obtuvieron) pingües ganancias.

El general Trías, que se hallaba al frente del Gobierno del Estado de Chihuahua, intentó hacer un esfuerzo potente, ayudado por los hijos de aquellas regiones, para resistir y aun arrollar á los invasores.

Sin artillería, sin armamento, sin gente disciplinada, y sobre todo, sin recursos en aquella crisis en que se unía al nuevo peligro el de la guerra con los bárbaros, como enumera puntualmente un periodista de la época, faltaban todos los elementos indispensables para la lucha. Sin embargo, hubieron de efectuarse verdaderos milagros. El patriotismo fronterizo produjo increíbles agrupaciones de mexicanos, dispuestos á morir por la patria, confiados ingenuamente en los destinos gloriosos de las causas nobles!...

Á medida que el norteamericano avanzaba sobre el Bravo, y aun después de tenerse las tristes noticias de nuestras derrotas de *Palo Alto*, *la Resaca*, *Monterrey* y *la Angostura*, se fueron activando las ejecuciones de diversos planes para la campaña. Se reglamentó un préstamo entre todos los habitantes del Estado; se estableció fundición de cañones, se recogieron cuantos restos de armas inútiles se encontraron, se proyeyó de vestuario y equipo á la Guardia Nacional y á otras fuerzas que pudieron reunirse, montándose con cierto relativo lujo algunas de ellas. Hiciéronse ejercicios, aunque mal dirigidos, como es fácil de comprenderlo, dada la falta de jefes veteranos que pudieran instruir tropas bisoñas é impresionables, en tan corto tiempo.

Una sección de 500 hombres de caballería é infantería, se destacó hacia el Norte, en vista del rápido avance del enemigo sobre el río Bravo, incorporándose

á aquella fuerza en Paso del Norte varios piquetes de compañías *presidiales*, más algunos grupos de valientes y patriotas hijos del Chihuahua, que no vacilaron un instante en alistarse en las primeras filas que en aquel rumbo iban á recibir el choque del Invasor.

Los mismos vecinos, aun los más humildes, vibrantes de ardiente patriotismo, ayudaron á las fuerzas que iban á combatir por la Patria, suministrándoles toda clase de recursos, aliviando grandemente sus penalidades.

Apuntamos estos detalles en el esbozo de esta triste campaña porque dan al militar mexicano, lo mismo que al joven hijo del pueblo, una nota que no debe olvidarse jamás: ¡Allá en la Frontera, allá en los límites septentrionales de la extensión patria, lejos del país, vibraron entusiasmos heroicos y hubo anhelos bélicos por la pelea libertadora; pero en el mismo centro del territorio, donde latían focos de inteligencia y saber, hubo apatías vergonzosas, envidias, odiosas rivalidades y fratricidios colectivos...; Y eso cuando más unidad se necesitaba en toda la Nación, cuando el Centro que podía hacer luz y dirección no integraba un verdadero ejército, animando, ilustrando y conduciendo á los hijos de las regiones fronterizas, todo entusiasmos y energías!

El 21 de Diciembre, partió una sección mexicana hacia el río Bravo, donde el enemigo con una fuerza de 700 hombres sin artillería, había acampado, aprovechando la margen sinuosa de apacible remanso, defendiendo su campamento con sus carros de bagajes, en forma de reducto.

Es el 24 de Diciembre, y la sección destacada va á atacar la posición americana; el jefe de los nuestros,

Ponce, hace formar en línea desplegada su tropa con la infantería en el centro, los dragones en los flancos, y á retaguardia un obús.

¡La victoria iba á ser nuestra; la sección mexicana llena de entusiasmo avanza decidida al ataque del improvisado reducto que acaba de formar el enemigo con sus mismos trenes.

Pero avisado por sus exploradores y centinelas, forma en cuadro presentando al frente tres filas, cuyos rifles apuntan á nuestra línea asaltante, esperando abatirla á quemarropa, en tanto que aquélla rompe el fuego avanzando terreno y dispersándose en tiradores por entre los cuales hace sus descargas el obús... ¡He aquí cómo completa el trazo de tal cuadro un historiador testigo:

El ala izquierda avanza también en formación de batalla conducida por el mismo Ponce, y el flanco derecho se adelanta por hileras. El enemigo hace su fuego primero por secciones en descargas cerradas y en seguida graneado: pero bien pronto la primera fila de su frente se desordena y huye hacia el bosque donde los oficiales se esfuerzan por volverla á hacer entrar en acción. Ponce, frenético, manda entonces tocar á *degüello* y aquel toque; circunstancia inaudita! es la señal de la retirada... ¡Hubo maldad ó equívoco en el trompeta que hizo vibrar aquel toque?...

¡Quién sabe! El caso se resolvió en una derrota completa para las armas nacionales. ®

Una parte de las secciones fronterizas se retiraron en buen orden, protegiendo la otra la retirada, no sin que el enemigo se apoderase del obús.

Esta pequeña victoria hizo dueños á los invasores de la Villa de Paso del Norte, donde se enarboló su

pabellón norteamericano el 26 de Diciembre de 1846.

No obstante, los chihuahuenses no se desanimaron, deseando más que nunca ir á detener ó á arrollar al enemigo.

Sus tropas, al mando del coronel Doniphan, se aprestaban desde el Paso á emprender una marcha decisiva sobre Chihuahua y los principales puntos poblados que le circundaban entonces.

El jefe americano principió sus operaciones el 8 de febrero de 1847, con tal confianza que sólo con una pequeña descubierta de dragones é infantes ligeros apoyó su columna de 1000 hombres, con una escolta de voluntarios que protegían trescientos dieciséis carros conduciendo provisiones para el Ejército, y mercancías que, como hemos dicho, iban vendiendo aventureros comerciantes.

Habiendo conocido los jefes mexicanos el rumbo exacto hacia donde dirigía sus fuerzas el Invasor, se resolvió resistirle en el punto llamado el Sacramento, á siete leguas de Chihuahua.

El general Heredia, en combinación con el general Triás y con García Conde, hizo levantar algunas fortificaciones en aquel paraje que sobre el camino de Chihuahua á Nuevo México, debía presentar terrible barrera al avance arrollador y ya temible de las fuerzas norteamericanas.

Acampó el 27 de Febrero la división chihuahuense compuesta de 2000 hombres, todos bisonos, apenas malamente iniciados en algo que no era sino una sombra pálida de instrucción y disciplina militar.

Era una división corta en verdad, dice un testigo de los tristes sucesos que vamos narrando, pero perfectamente armada, provista de toda clase de víveres para

una campaña de algunos meses por el desierto, pagado hasta el último soldado, y con fondos en caja para lo sucesivo, vestida toda la tropa de una manera cómoda y decente, y surtida de abundante parque y toda clase de municiones de guerra. Los buenos chihuahuenses veían con orgullo aquel resultado de sus trabajos, y reconocían en cada pieza de artillería, en cada fusil, en cada objeto del equipo, el fruto de sus afanes personales. Nada existía tres meses antes: todo era creado por ellos; todo era nuevo; todo lucía flamante. Y se llenaban de satisfacción al notar el entusiasmo virgen de aquellas tropas, cuya fe, cuyo abandono en el porvenir, se manifestaba en la alegría de sus semblantes, en el júbilo que reinaba en sus reuniones, y en la ciega adhesión que mostraban á los superiores. No era el solo prestigio del mando el que tenían los jefes y oficiales; era su popularidad, su franqueza y ese influjo de familia, por decirlo así, que ejercen los personajes queridos en pequeñas sociedades aisladas.

Una serie de reductos unía los dos extremos de nuestro frente, limitado á Este y Poniente por dos pequeñas serranías, abarcando una extensión de poco menos de dos leguas, destacándose de la cordillera occidental algunos cerros, cerca de cuya base se levantaba entonces el rancho del Sacramento. Eminentes colinas terminan la opuesta serie de lomas más al Norte, aproximándose al camino de Chihuahua.

Á partir de ambos flancos, en un ángulo que determinaba en nuestra línea un martillo ofensivo, ligáronse pequeñas obras de fortificación pasajera, con amplios claros practicables para la caballería, la cual por orden

del general Heredia fué á situarse en observación del enemigo, destacándose de ella diversas secciones á vanguardia.

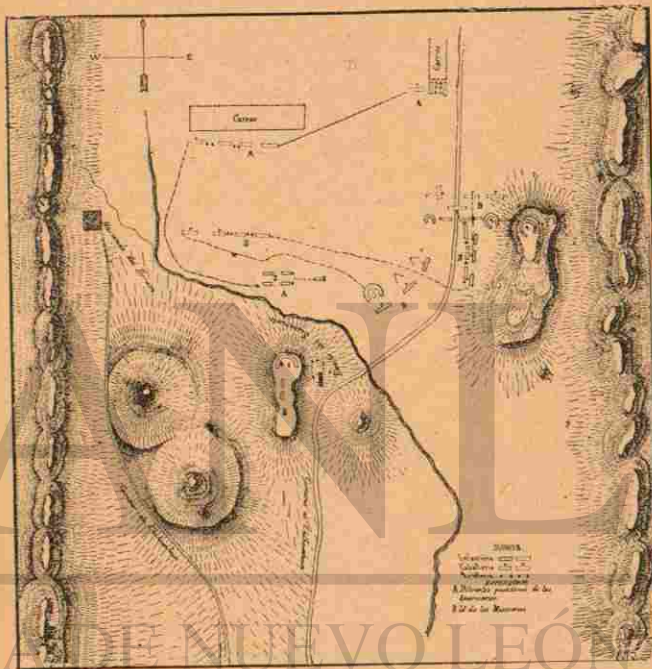
En la tarde del día 28, se presentó éste en actitud decisiva para embestir nuestra línea de batalla. Su frente lo integraba la caballería, el centro la infantería y artillería, y la retaguardia sus trenes, (más de 300 carros) custodiados por dragones á sus flancos y espaldas.

Bajo el escalón de donde principia á elevarse en suave pendiente una loma que domina la carretera, se organizaron los jinetes fronterizos en tres columnas, en tanto que la infantería, formada también en tres secciones, hallábase sobre la línea de reductos.

En cuanto el enemigo se vió á tiro de cañón de nuestras posiciones, hizo alto, principiando rápidas maniobras para dar el ataque. En este momento el general Heredia ordenó que su caballería fuese á situarse sobre el camino, á retaguardia de la infantería, creyendo ingenuamente que los americanos atacarían de frente sobre la parte central de nuestras trincheras, es decir, hacia el punto más fuerte de la línea de batalla, — error infantil, pues en la guerra se pega siempre sobre el punto más débil.

Las columnas asaltantes se dirigieron velozmente oblicuando á su derecha, rumbo á la hacienda de Torreón, con el intento de flanquearnos. Heredia dispuso que nuestra caballería fuera á impedir semejante maniobra, marchando paralelamente al contrario. La infantería mexicana salió de sus defensas, pasando á situarse á la derecha de la caballería, frente al enemigo que ya había formado en batalla, cubriendo éste sus baterías con una cortina de dragones, que pare-

cían esperar el choque de los nuestros, quienes avanzaron á todo galope, en medio del más frenético entusiasmo, lanzando gritos de anticipado triunfo, á lo alto los sables, en ristre las lanzas de los unos, amar-



Croquis de la batalla de Sacramento.
Formado por el Sr. general D. Pedro G. Conde.

tilladas las pistolas de los otros; ¡todos dispuestos al formidable asalto!...

Y sucedió que al encontrarse los jinetes fronterizos á un cuarto de tiro de cañón del enemigo, éste descubrió, hábil y rápidamente, sus baterías, arrojando una

tempestad de fuego y plomo sobre nuestra masa de tumultuosos *charros*. Integrados éstos por gente de llanuras y montañas, gente que no había escuchado nunca un disparo de artillería, al oír aquel estruendo que no esperaban, y ver de súbito la sangre y la muerte en sus filas, prodújose un pánico terrible, y la columna vaciló. Sin embargo, gracias á los esfuerzos de bravos oficiales, se logró llevar adelante la embestida; pero las enemigas líneas redoblaron sus descargas, y los escuadrones chihuahuenses, no ejercitados en las maniobras necesarias, no pudiendo rehacerse, perdieron su formación y al fin se dispersaron en desorden, yendo á caer sobre la infantería, á la que atropellaron, comunicando el pánico. En vano nuestra artillería rompió también sus fuegos; ¡era imposible reanimar la moral perdida!

El general Heredia hizo abrigar entonces á la infantería tras los parapetos, á cuya retaguardia se situaron los dragones que al fin se pudieron reunir.

El americano, animado por un triunfo que nunca hubiera juzgado tan fácil, empezó á moverse en espesas columnas que llevaban á su frente tiradores á caballo, y cañones ligeros, entre ellos, rumbo hacia nuestros reductos, en tanto que de éstos se retiraban los cañones en virtud de una orden mal entendida que dió el general Heredia, consistente en trasladar dos piezas del más grueso calibre á la cima del cerro del Sacramento, cuyos fuegos debían cruzarse con los del otro reducto en el valle, sobre el enemigo. No se comprendió tal orden, en medio de la confusión que reinaba en toda nuestra línea: así fué que se desguarneció de pronto y cuando más se necesitaba de artillería, la línea de atrincheramientos, y fué en este preciso ins-

tante cuando las columnas americanas cargaron sobre las obras de la derecha, la que falta de cañones, y viéndose abrumada por superior número de tropas, tuvo que ceder, no obstante los desesperados esfuerzos de los oficiales y jefes que trataron de contener la ya inevitable confusión en esta segunda fase de tan triste choque.

¡Lamentable golpe fué aquél, dado terriblemente contra el delirio de entusiasmo y excesivo ofuscamiento de nuestro orgullo nacional, que en plena efervescencia, y momentos antes palpitando con la seguridad del triunfo, hubo de sentirse derrotado ante un enemigo cuyo empuje y potencia en todos sentidos desconocía nuestro ejército!

Aquellos que el día anterior celebraron con pompa su victoria futura, en animada fiesta, creyéndose invencibles, soñando aún con lanzarse, después de arrollar fácilmente á sus adversarios, hasta los inmensos campos de Nuevo México, viéronse en un momento víctimas del más completo desastre!

Las baterías americanas llegan hasta nuestros flancos desde donde enfilan á las tropas fugitivas, siendo inútil todo el heroísmo de algunos oficiales, que resisten, rodeados de pequeños cuadros de valientes, al victorioso impulso del adversario. Allá, dentro del principal reducto, quedan unos cuantos chihuahuenses que sostienen el honor de sus banderas con un brio digno de ellas; y allí se deciden á morir heroicamente! ¡Muerte digna de briosos fronterizos!...

Por acometerles, el coronel norteamericano, Oinz, muere al frente de sus dragones, que se detienen y retroceden, haciendo contener el avance de las piezas

ligeras de artillería que venían tras ellos. Entonces los artilleros americanos intentan abrirse paso á metralla; pero antes, los nuestros, á la vista de aquel pequeño éxito, saltando de los parapetos, toman la ofensiva y cargan sobre la columna asaltante, cuya derrota iba á consumarse, pues casi toda se había retirado ante aquel supremo esfuerzo. Pero el valor admirable de un solo artillero norteamericano la salva: él ha permanecido sereno tras de su pieza, oculto, para que con toda confianza los dragones mexicanos se acercaran en masa á la conquista del cañón que debía suponerse abandonado; mas al llegar á distancia de unos cuantos pasos escupe sobre nuestra caballería un huracanazo de metralla. Y, entonces los nuestros, consternados, vuelven grupas, en tanto que el enemigo se rehace y vuelve á cargar de nuevo, impunemente.

¡De nada sirvieron las piezas de artillería de grueso calibre, que con tantas fatigas se izaron hasta la cima del cerro de Sacramento, porque desde allí no pudieron jugar con éxito, ni tampoco fueron fructuosas las tentativas de los generales García Conde y Heredia para rehacer por tercera vez la caballería, mientras también fracasaban los esfuerzos del general Trias para reunir los desbandados infantes!...

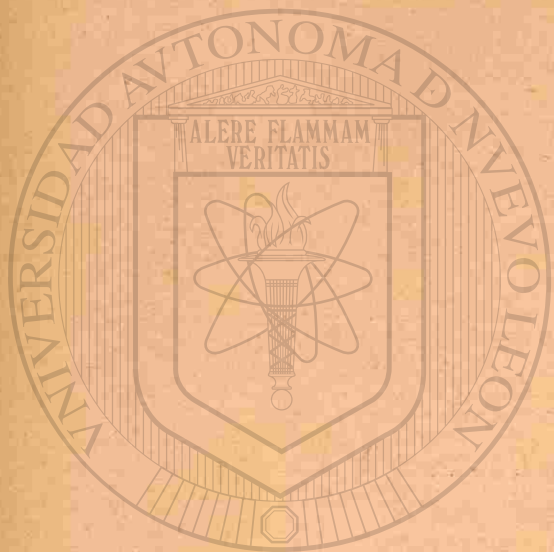
La derrota se consumó, amarga, funestísima y desoladora, abandonándose las fortificaciones de que tan ufanos estaban nuestros jefes, dejando en el campo muertos, heridos, prisioneros, diez cañones y multitud de carros con abundantes víveres, bagajes y dinero.

Heredia se trasladó á Rosales donde quedó establecida la capital del Estado de Chihuahua, en tanto que Trias y García Conde emprendían la retirada por el camino de aquélla.

El 1° de Marzo el coronel Doniphan entró en la ciudad de Chihuahua, horas antes engalanada para recibir á sus triunfadores, y entonces tristísima y desierta, penosamente abrumada bajo el peso de tan funesta catástrofe, llorando la muerte de sus más jóvenes, gallardos y queridos hijos....

¡Heroica y bella Chihuahua!... Gloria única es para ti en aquellos amargos días el haber resistido, como lo hiciste, — sola y alta, siempre altiva, — armándote espontáneamente á un vibrante grito de patriotismo, sin recibir, ni esperar ayuda.... Cediendo tus riquezas y la sangre de tu valiente juventud indómita, educada ante el espectáculo soberbio de tus enormes sierras.... ¡Gloria á tus bravos que vencidos fueron admirables en su entusiasmo viril!...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS



DEFENSA DE VERACRUZ

Mientras que en el Norte se sacrificaba inútilmente el ejército mexicano en una desastrosa campaña, cuando más necesaria era la unión absoluta de todos los hijos del país para defender la patria, amenazada de muerte y ya sangrando sus numerosas heridas, en la capital de la República, cerebro y corazón de aquella, estallan las pasiones políticas más desenfrenadas, en un caos de odios atroces que hacían dividir la sociedad en grupos que se desgarraban unos á otros.

¡ Cuando el enemigo de todos los mexicanos, aprovechando el debilitamiento de la nación por las guerras civiles que destrozaban sus entrañas y empobrecían su sangre, cuando el Invasor avanzaba, ya victorioso, á dar el golpe de remate, algunos mexicanos en vez de olvidar, siquiera un instante, sus discordias, para salir al encuentro del extranjero enemigo, se herían entre sí, haciendo encenderse una revolución inicua y vergonzosa!

El Clero, eterno enemigo de las instituciones democráticas y de la misma independencia de México, atizaba los rencores y excitaba la contienda civil, y en vez

de aprovechar la triste influencia que tiene en lo íntimo de la familia, para que la juventud empuñase las armas contra el adversario común, deslizaba semillas de encono, dejando caer un velo ante los ojos del patriotismo nacional, para que no se viera en el horizonte el brillo siniestro que como un relámpago de tempestad lanzaba el sable del Norte.

Teniendo que concretarnos a la parte puramente militar de aquella sombría etapa de la vida de nuestra patria, sólo apuntamos vagamente esta nota política, para que se comprendan las causas de tantos desastres y se tenga una idea del desarrollo de los principales acontecimientos.

Tres partidos políticos se disputaban en México la preponderancia de sus ideales, encarnados en ciertos personajes, que los representaban. Eran estos partidos: el republicano radical, el moderado y el reaccionario clerical, siendo el segundo de ellos el término medio entre los otros dos.

El partido exaltado estaba en el Poder, pues era Presidente de la República (Santa Ana se hallaba al frente del Ejército) Don Valentín Gómez Farias, quien ordenó el envío a Veracruz de los cuerpos de Guardia nacional del Distrito, formados por artesanos, empleados particulares y jóvenes de la clase acomodada de la sociedad, gente toda manejada por el Clero, y por ende, contraria a la Administración.

El cuerpo de Guardia Nacional « Independencia, » debía partir el primero, siguiéndole después los de « Bravos » « Victoria », « Mina » é « Hidalgo », pero instigados por el Clero, los milicianos resolvieron desobedecer la orden y pronunciarse contra el Gobierno, ocupando al efecto una extensa línea desde San Cosme

hasta la Profesa, en número de 3,250, sin artillería, a las órdenes del general Peña y Barragán.

El gobierno por su parte, contaba con 3,300 hombres y veintidós piezas de artillería, extendidos en la Sección Oriente de la Capital.

¡Causa vergüenza y cólera relatar estos hechos! Por espacio de muchos días se halló ocupada la ciudad de México por tropas de las que una mitad hostilizaba a la otra, tiroteándose inútilmente desde lo alto de las torres y las esquinas de las calles, dando un *magnífico* espectáculo a la población.

¡Ah! y todas aquellas tropas eran mexicanas, y cuando más necesaria era su actividad en los campos de batalla, se entretenían en foguearse, sin resultado práctico alguno, desperdiciando tiempo, dinero y parque!

La presencia de Santa Ana en México que llegó el 20 de Marzo, procedente de San Luis Potosí, donde había dejado rehaciéndose al ejército del Norte, hizo cesar las hostilidades, ocupando de nuevo la presidencia de la República.

En tanto que en México se verificaban tan vergonzosas escenas, una lúgubre Epopeya de incendio, muerte, destrucción, bravura, heroísmo y calástrofe, se desarrollaba en Veracruz, rimada por el rumor trágico de las olas del Golfo....

En efecto, en aquellos tristes días de Marzo de 1847, la escuadra norteamericana que escoltaba el ejército de Scott, bombardeaba el puerto de Veracruz.

En vista del nuevo plan de operaciones de campaña contra México, apoyado por el Gobierno de los Estados Unidos, debiendo emprender éstas sobre nuestra costa

oriental, apoderándose de aquel punto, el general Winfield Scott desde principios de Enero había empezado sus preparativos para la nueva campaña.

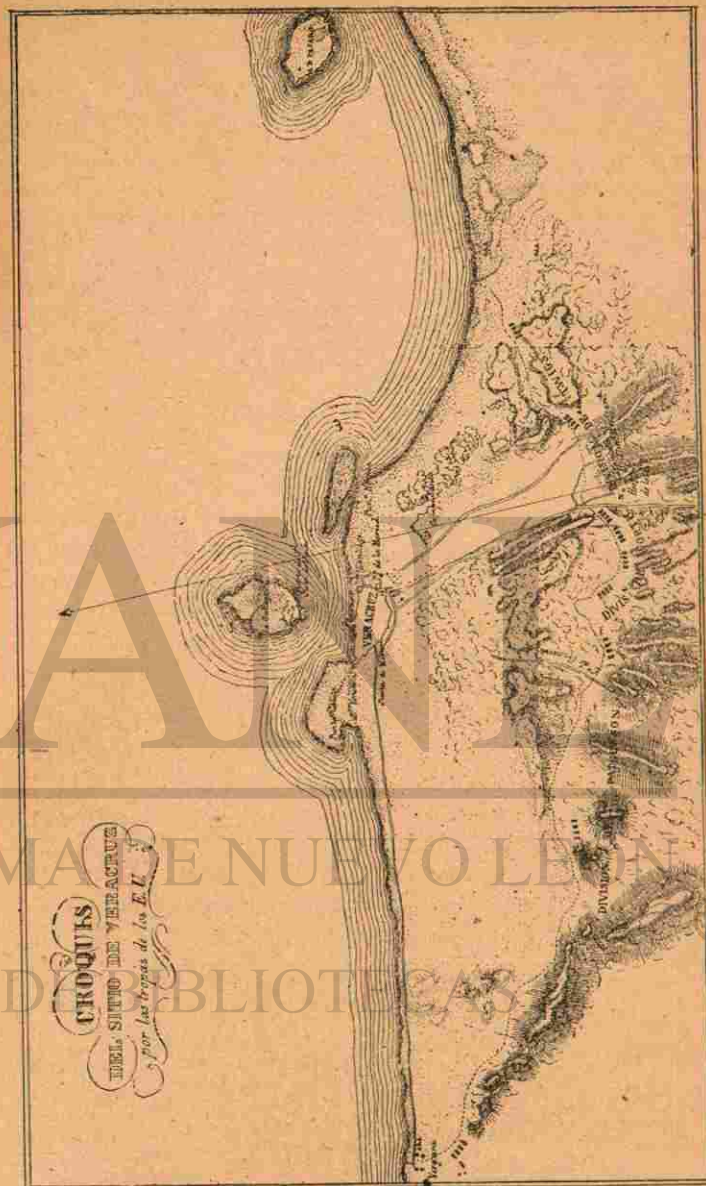
Además de un gran tren de sitio de bomberos de á 24 y de obuses de 8 pulgadas, había pedido de 40 á 50 morteros, de 80 á 100,000 bombas y 144 lanchas ó botes de desembarque. El punto general de reunión fué la isla de Lobos, á unas 60 millas al Sur de Tampico, y llegó á ella Scott el 21 de Febrero. El 25 salió Worth de Brazos de Santiago, donde sólo quedaban por embarcar dos cuerpos. Las divisiones de Twiggs y Patterson se embarcaron en Tampico el 28.

Scott organizó en la isla de Lobos su ejército con una división de Regulares, formada por las brigadas de Worth y de Twiggs; y con una división de Voluntarios, al mando de Patterson, con las tres brigadas de Pillow, Quittman y Schields.

La 1ª brigada de Regulares se componía de la batería de Duncan, los regimientos 2º y 3º de Artillería, 4º, 5º, 6º y 8º de Infantería, y dos compañías de voluntarios, agregadas. La 2ª brigada se componía de la batería de Taylor, los regimientos 1º y 4º de Artillería, 1º, 2º, 3º, y 7º de Infantería, y el de Rifleros á caballo.

De las brigadas de Voluntarios, la de Pillow constaba de la batería de Steptoe y los regimientos 1º y 2º del Tennessee y 1º y 2º de Pensylvania; la de Quittman de los regimientos de Carolina del Sur, Georgia y Alabama; y la de Shields de un regimiento de Nueva York y dos de Illinois.

Había, además, la Caballería, compuesta de destacamentos del 1º y 2º de Dragones, y un regimiento del Tennessee.



La fuerza numérica total excedía de 12,000 hombres con poderosísima artillería y numerosos trenes y material de sitio y plaza.

El enemigo empezó á practicar sus reconocimientos á principios de Marzo, efectuando sus primeras operaciones de desembarque sobre nuestras playas cerca de Collado, protegido por tres vapores y cinco goletas, sin que la plaza de Veracruz pudiese impedir, ni siquiera dificultar, hostilizar, ni entorpecer aquello, careciendo totalmente de tropas ligeras, pues apenas se contaba, á extramuros, de muy escasa caballería de guardia nacional, que era batida y hecha retirar en cuanto intentaba algún movimiento en contra del Invasor.

Éste fué desembarcando lentamente su ejército y su material de guerra, y sobre todo su artillería de sitio y su inmensa cantidad de municiones, no sin muy serias dificultades, pues el temporal, unido á la reducida tropa de caballería mexicana, que en guerrillas dispersas solía presentarse, inquietándolo, le hizo retardar mucho sus preliminares operaciones de asedio.

El general Scott, llamó « campo de Washington » al sitio en que hubo de establecer su campamento y su cuartel general á la vista de Veracruz. Dividió por fin su ejército, después de haber acampado, en esta forma: gran escolta de dragones con 325 hombres, primera división ó tropas regulares, integrada por las brigadas de Worth con una batería de artillería ligera de Duncan, otra batería de obuses de montaña, 2º y 3º regimientos de artillería; 4º, 5º, 6º y 8º de infantería, más las dos compañías de voluntarios de Luisiana y Kentucky que formaban un total de 3,364 hombres; más la brigada Twiggs con otra batería, los Rifleros á

caballo y cuatro regimientos de infantería y dos de artillería con un total de 2700 hombres. La división de Petterson (de voluntarios) compuesta de diez regimientos con los nombres de diversos Estados del Norte, constaba de 7,000 hombres. Tal era el efectivo de las tropas americanas cuando su general les pasó revista en las costas del Golfo.

Scott tenía el plan de asaltar primero á la ciudad fuertemente, para apoderarse de ella, después de un bombardeo, ú obligarla á capitular; en seguida atacaría Ulúa, desde tierra en combinación sus baterías con los fuegos que hiciera la escuadra, para lo cual convino con el Comodoro Perry en que sus barcos más pequeños cooperarian al bombardeo, primero de la plaza, y luego del Castillo.

Mientras el ejército enemigo levantaba sus trincheras y baterías, cavando caminos cubiertos, construyendo espaldones y trincheras, practicando paralelas y toda serie de obras de aproximación ofensiva en torno de la plaza, fuera de ella, á retaguardia del adversario, continuaron durante algunos días la hostilidades, las fuerzas mexicanas llamadas de la « Orilla », en unión de los escuadrones activos de Cuernavaca, Jalapa, Orizaba y Veracruz. Pero, en verdad muy pocas ventajas obtuvieron, por encontrarse faltas de todo apoyo y completamente imposibilitadas para efectuar un ataque serio contra un enemigo tan poderoso y tan bien fortificado.

Dirijamos ahora una mirada hacia el interior de la plaza, preparándonos á contemplar el triste cuadro que nos debe sugerir tanta amenaza y tanta fuerza enemiga, cercando en formidable anillo su recinto, desmantelado casi y desguarnecido, abandonado á sus

propios recursos después de un largo bloqueo que la dejara en plena miseria.

Cualquiera creería que Veracruz, en tan tristes circunstancias, se encontraría incapaz, no sólo de resistir, sino de aparentar siquiera un esfuerzo digno de sus viejas glorias.

Mas no; muy al contrario, sus habitantes noblemente indignados contra aquella injusta agresión, palpitando el entusiasmo latino que aviva en su caliente sangre el espectáculo de su Golfo amado, se deciden á morir por la patria, levantando muy alto su bandera, antes de que se cumpliesen los fatales destinos!

Y así fué. Todos los veracruzanos, desde el más humilde *cargador* del puerto, hasta el opulento comerciante; desde el infimo pescador ó el albañil, hasta el hijo de familia notable...; qué! aun los mismos presidiarios fraternizaron y se unieron ante el peligro común, ante la amenaza del Invasor que pretendia apoderarse tranquilamente de aquel hermoso jirón de patria que, desgraciado y balido por todos los huracanes, era para ellos tan adorado y hermoso!

Todas las clases sociales aprontaron sus elementos para cooperar con la escasa guarnición y la Guardia Nacional y otras fuerzas venidas de diferentes puntos del Estado, á la defensa de la plaza cuyo Comandante militar, general Morales, habia decidido sostenerla á todo trance, apoyada por la fortaleza de San Juan de Ulúa, donde mandaba el general Durán.

El Ayuntamiento á cuyo frente estaba Manuel Gutiérrez Zamora, hizo portentos de heroísmo, ayudando prodigiosamente á la guarnición que hubiera carecido de toda clase de alimentos y provisiones, si no es por la decidida protección de la pléyade de heroicos ciuda-

danos que eran dignos representantes de aquella noble sociedad costeña.

La guarnición de la plaza constaba de 3,300 hombres y la de Ulúa de mil y tantos, teniendo ambas sus fortificaciones en el mayor estado de abandono, y aunque se emplearon faginas para reponerlas y aun apoyarlas, extendiéndolas según las que el enemigo ejecutaba en las noches, nunca pudieron llevarse á cabo ni los más necesarios trabajos de reparación.

Para lograr la instalación de Hospital de Sangre, fué preciso iniciar una serie de subscripciones particulares, al mismo tiempo que notables damas y bellas señoritas se entregaban asiduamente á la incesante labor de preparar hilas para los heridos; cortar vendas en lienzos que ellas suministraban, mientras heroicas familias fabricaban saquillos para la pólvora de los cañones.

Hubo también familias y comerciantes veracruzanos que aprontaron toda clase de recursos para la magna resistencia; y ante las posiciones enemigas que iban cercando la ciudad, aproximábanse de vez en cuando audaces jóvenes, jinetes en ligeros caballos, yendo á lazar reses cerca de los Médanos, con el objeto de introducir las al recinto de la población.

Ésta quedó rodeada por tres líneas de fortificaciones, en cuyos baluartes y trincheras se repartieron económicamente nuestras fuerzas, contando los puntos principales con lo mejor de la artillería, la que constaba en Veracruz de 89 piezas y en Ulúa de 135. Mas, hay que advertir que sus cureñas eran viejas, defectuosas, muchas de ellas inservibles, y sobre todo, que escaseaban proyectiles y pólvora. De ésta no habia en la plaza y en Ulúa sino para seis horas de fuego, y

sólo gracias al arribo de una embarcación francesa con dos mil quintales de pólvora (burlando el bloqueo de la escuadra americana) se logró obtener la suficiente para abastecer nuestra artillería.

Respecto de viveres, inútil es decir que no existían en la plaza, habiéndose agotado desde un principio las reses, teniendo el Ayuntamiento que hacer requisición de granos para dar rancho á la Guardia Nacional, donde se alistó la flor y nata de la sociedad veracruzana.

En vano el Gobernador Morales pedía auxilios urgentes á la capital de la República; pero en ésta sólo ardía la envenenada discordia civil: no se pensaba en la patria!

¡Con cuánta razón escribía aquel digno ciudadano el 5 de Marzo al Ministerio de la Guerra:

« Un puñado de valientes, descalzos, mal vestidos, pero sin más afecciones que las que inspira el verdadero patriotismo, son todos mis recursos: los elementos que pudieran cooperar á un absoluto triunfo se me han escaseado, mientras más afanosamente los he pedido; y entretanto en esa Capital la discordia civil hace derramar la sangre de los que podrían verterla honoríficamente en defensa de la patria. ¡Veracruz ha quedado reducida á sus propias fuerzas, como si realmente no perteneciera á la Unión nacional! »

El gobierno general contestó categóricamente « que no podía auxiliar á Veracruz, ni con un hombre ni con un peso. » Así, pues, la heroica ciudad quedó abandonada á sí misma, cercada por un enemigo poderosísimo que, tarde ó temprano, por hambre ó por fuego, la haría sucumbir. Bien lo comprendían así sus defensores; pero juraron defenderse con honra hasta el último extremo, como exige la Ordenanza,

Desde el 9 de Marzo en que principió el desembarco de las tropas americanas, empezaron los combates de la sección llamada de « Extramuros » que principió á hostilizar con sus guerrillas, en tanto que las trincheras de Veracruz y los cañones de Ulúa rompían su fuego sobre las tropas americanas que en sus reconcimientos se acercaban á tiro de cañón.

Los días 10, 11, 12, y 13, trascurrieron entre combates y escaramuzas de escasa importancia, y en los siguientes hasta el día 22, el enemigo se ocupó en sus obras de contravalación disponiendo sus plataformas y trincheras para principiar el bombardeo de la ciudad. En la tarde de ese día, el general Scott envió un parlamentario al Comandante Militar, intimando rendición á la plaza. Naturalmente el general Morales contestó enérgica y categóricamente, negándose á rendirse.



General Scott,
Jefe de las operaciones del Ejército norteamericano en el Oriente
de la República.

XI

BOMBARDEO Y CAPITULACIÓN DE VERACRUZ

Los habitantes de la Heroica Veracruz, adivinando los estragos de las baterías norteamericanas, se decidieron con entereza y energía á soportarlos, con tal de que hubiese honor en la defensa!...

Á las cuatro de la tarde se inció el terrible bombardeo, empezando á estallar las granadas dentro de la ciudad. Una de las primeras cayó en la plaza principal, y otra en el Correo.

Los fuegos se dirigen especialmente hacia el convento de San Agustín que es el depósito de pólvora de la plaza, sobre los cuarteles, hospitales de sangre y caridad, las panaderías, á las que delataban sus chimeneas, y aun sobre edificios particulares.

Contestan al fuego del enemigo Ulúa y los baluartes de Santiago, San José, San Fernando y Santa Bárbara, que miran hacia las baterías americanas. Por su parte la escuadra enemiga, desde el día siguiente empieza á disparar sobre la plaza, acercándose á Collado; pero

el baluarte de Santiago responde enérgicamente y logra desalojar sus buques, uno de los cuales sufre considerablemente, quedando fuera de servicio.

Innumerables son las escenas de horror que se desarrollan por todas partes en la ciudad: los incendios se multiplican y el enemigo con más empeño redobla su fuego á medida que es más y más devastador. Las mujeres y niños se refugian en las iglesias, pero sobre ellas también lueven las granadas y bombas. En el convento de Santo Domingo, donde está situado el Hospital de Sangre, estalla una que atraviesa la bóveda, matando e hiriendo á muchos infelices allí aglomerados.

Durante todo el día 23, las baterías enemigas no descansan un instante, manteniendo de cuatro á seis bombas en el aire. Habiéndose incendiado el convento de Santo Domingo, se traslada el hospital de sangre al de San Francisco; pero apenas se ha instalado en éste, cuando el Invasor lo empieza á abrumar con sus fuegos.

Con sencilla elocuencia y completa fidelidad, describe así la jornada del día siguiente, una relación contemporánea:

« El día 24 rompe el fuego la batería establecida en una altura distante de 600 á 700 varas, al Sur del baluarte de Santa Bárbara: esta altura forma una cresta paralela á la muralla de la plaza, elevada 15 varas sobre su nivel. La batería se compone de cuatro *bomberos* « de á 68 » y cuatro « de á 36 », sacados del vapor Mississippi. Seis piezas están asestadas contra el baluarte de Santa Gertrudis. El fuego ha comenzado á dismantelar á Santa Bárbara y ha abierto brecha en la muralla unida á la semigola

derecha del mismo baluarte; las granadas y balas en sus rebotes perforan los edificios, arruinando la manzana; pero los ingenieros acuden á cubrir la brecha con *barengas* de zapote y *sacos á tierra*, y la artillería se retira á retaguardia de la plaza del baluarte, que amenaza desplomarse.

Este punto está á las órdenes del primer teniente de Marina Sebastián Holzinger, quien logra muchas veces apagar los fuegos del enemigo. Caía entonces una lluvia de granadas y de balas, que esparcían la muerte y la desesperación. En medio de esta lluvia los proyectiles americanos habían arrancado varias veces nuestra bandera nacional. Holzinger la clava en el asta, ayudado por un joven de diez y seis años, subteniente de la Guardia de Orizaba, despreciando los dos una muerte casi cierta. En estos momentos en que daban un bello y tierno ejemplo de valor y de entusiasmo, una bala arranca el merlón, y Holzinger y el joven Guardia ruedan entre una nube de polvo, de humo y de balas....

Los fuegos de Santa Bárbara han hecho desplomar un lienzo de la batería enemiga, y algunos de los suyos pagaron con su sangre un tributo á la justicia de nuestra causa! Por nuestra parte también las pérdidas aumentan: el primer ayudante Don Félix Valdés, mayor de órdenes de la primera línea, al tomar la orden, ha sido muerto por un casco de bomba, y algunos soldados del escuadrón de Veracruz han sufrido la misma suerte. — El enemigo y la plaza se dirigen cohetes á la Congreve.

Á las once de la mañana de este día tres columnas enemigas con sus banderas se mueven con dirección al *Matadero*. Han suspendido el fuego: la plaza toca

alarma : ha llegado la hora del asalto : nuevos guerreros se presentan buscando la muerte ó el triunfo : el entusiasmo crece : la línea se cubre de defensores : el trémulo anciano quiere también su parte en el peligro y en la gloria de los valientes ; la juventud se enardece y, gozosa y alegre, se dispone á morir. ¡ Bellos momentos del más puro entusiasmo !.... Pero el destino ha sido cruel para nosotros : la muerte debía enseñarse en los bravos de Veracruz, sin que tuviesen defensa ni venganza. Las columnas enemigas se ocultan en los médanos, y sus fuegos vuelven á comenzar. En la noche trabajan los contrarios en nuevas baterías desde el Cementerio para los Hornos.

Llegó entonces por la mar, vía de la Antigua, el ciudadano José María Mata, con libranzas que remitía el gobernador del Estado, que desde las orillas de la playa buscaba el modo de auxiliarla.

En la noche el fuego continúa sin descanso, y el número de desgraciados crece por momentos. Una bomba cae en el laboratorio de pólvora que hay en el baluarte de Santiago, en donde trabajaban varios artilleros : el edificio vuela, por el incendio de tres quintales de pólvora, y más de veinte bombas, que estaban cargadas, hacen explosión, despedazando á los trabajadores, de entre los cuales sólo escapa un sargento. Diez y nueve personas mueren en el Hospicio con la explosión de otra bomba, y en el hospital de mujeres otras diecisiete perecen por la misma causa ».

El día 25 el enemigo puso en batería más cañones, obuses y morteros, activando el bombardeo de la plaza, haciendo cerca de 200 disparos por hora, en tanto que dos vapores y siete cañoneras acoderados tras de los Hornos, disparaban también con terrible efecto

hasta que los fuegos de Ulúa hicieron retirarse á la escuadra.

La ciudad presentaba un aspecto desolador ; la destrucción, el incendio y la muerte reinaban por todas partes ; llovían las bombas sobre las plazuelas de la Caleta y la Pastora ; sobre los baluartes de San Juan y Sta Bárbara, sobre los cuarteles cuyas bóvedas y paredes se desplomaban con estruendo. Morían heroicamente los soldados tras de sus trincheras, en el muelle y hasta en Ulúa. Los rasgos de valor se multiplicaban ; las escenas de más admirable grandeza y heroísmo se sucedían ante las llamas y los escombros, los hundimientos y las explosiones.

El hambre ponía también su tinta lúgubre en el horror de aquel cuadro, y mujeres, ancianos y niños, vagaban aterrados en busca de un asilo y de un pan, pues no era suficiente para alcanzar á todos el rancho que el ayuntamiento daba á la guarnición, para compartirlo con el vecindario pobre. Hubo soldados que dividieron su escasa pitanza con infelices familias, cuyos hogares habían derrumbado las bombas enemigas.

Hasta el campo del general Scott llegaba el doloroso gemido que lanzaba la población inerme, confundíndose con el grito de brava cólera de la viril guarnición, defendiéndose heroicamente hasta la muerte, á la sombra de sus banderas ! Y bien debió comprender el jefe americano los destrozos y las ruinas de la ciudad batida, porque para ese día esperaba su rendición. Ya desde el 24, había recibido una nota de los cónsules inglés, francés, español y prusiano, solicitando una tregua para que pudiesen salir de la plaza los neutrales en unión de mujeres y niños ; pero á ello contestó

primero, que la tregua sólo podía ser otorgada á solicitud del gobernador Morales y con el objeto de que se rindan; segundo, que al enviar sus resguardos á los cónsules desde el día 13, les advirtió los peligros á que iban á quedar expuestos los moradores de la ciudad; tercero, que aunque en aquella fecha había rehusado permitir que persona alguna saliera por su línea de ataque, el bloqueo había sido rebajado para los cónsules y demás neutrales á fin de que pudieran trasladarse á los buques de guerra de sus naciones respectivas, hasta el día 22; y cuarto, que en su intimación al gobernador, de cuyo documento les incluyó copia, había previsto las desgracias y calamidades de la ciudad, inclusive lo relativo á mujeres y niños, antes de disparar sobre ella un solo cañonazo.

El día 26, después de una noche tormentosa en que el enemigo cesó sus fuegos, fué tan angustioso para la ciudad como el día anterior, y lo peor fué que el parque empezó á agotarse y hubo que pedirle á Ulúa, donde también escaseaba; infinidad de cureñas estaban rotas, ni había modo de reponerse, inutilizando los cañones, de suerte que la plaza no contesta á la lluvia de proyectiles que le envía su potente adversario, sino con un fuego débil que contrasta desconsoladoramente, con el fragoroso coro de truenos de las baterías americanas.

En la tarde, los cónsules extranjeros teniendo por segura la total destrucción de Veracruz, en cuyos escombros no quieren sepultarse, ya que la guarnición mexicana se obstina en resistir aún, solicitan permiso para salir á pedir protección á los buques de guerra de sus naciones. Acordado este permiso por el jefe de la guarnición, tocóse « alto el fuego »; nuestros cañones

callaron, y bajo bandera francesa salió rumbo al mar la comisión de los cónsules. Entonces callaron también las baterías de aquéllas, y de súbito un silencio hondamente trágico oprimió con angustia la ciudad.

El general Scott envió, momentos después, su respuesta á la nota de los cónsules en los términos que ya apuntamos, lo que aumentó la tristeza de la situación, produciendo en los ánimos amargura, vergüenza y cólera, según el temple de cada quien.

El Jefe de la plaza consulta con los comandantes de los cuerpos, acerca del proyecto de romper la línea enemiga á bayoneta calada, para abrir paso á la guarnición de Veracruz y á las tropas que defendían Ulúa. Todos estaban dispuestos á intentar la temeraria empresa, aunque sabían que iban á una muerte segura, pues las poderosas baterías del enemigo y su sólida caballería, tendrían que hacer feroz carnicería en nuestros hambrientos y fatigados batallones, antes de que pudieran traspasar las columnas americanas. Pero se desató un furioso Norte, y fué imposible que desembarcaran en la plaza las fuerzas de Ulúa. No obstante, la guardia de Orizaba, el Cuerpo de Granaderos de Oaxaca y otros jefes y oficiales de Veracruz, optaron por intentar á todo riesgo una salida para escapar á la vergüenza de caer prisioneros en poder del Invasor, al que anhelaban seguir batiendo en los campos con mejor éxito; pero el Comandante general impide esta locura con toda energía, declarando que unidos los veracruzanos deben correr la misma suerte!

Á media noche, se reunió una Junta de Guerra con el objeto de resolver las medidas más conducentes á salvar los horrores que amagaban en mayor escala aún á la ciudad y á las tropas.

Y se volvió á hablar, en la desesperación y la cólera en que estallaba el patriotismo de la bravura veracruzana, del loco, pero gloriosísimo intento de romper la línea enemiga para salvar el Honor Nacional. Prevaleció la razón, y hubieron de decidirse los jefes por celebrar con el enemigo un tratado digno en que, á salvo de todo menoscabo, las tropas mexicanas pudiesen entregar la plaza de Veracruz.

El Comandante militar, Morales, renunció á su cargo, quedando en su lugar el general José Juan Landero, trasladándose aquél á la fortaleza de Ulúa, en la misma noche.

El bombardeo continúa suspenso, y — fenómeno singular, — el gran silencio que se abate sobre las playas, el mar, los campos, los médanos, el islote de Ulúa y la sombría Veracruz, es más pavoroso, está más preñado de horrores y amenazas que el fragoroso estruendo que produjeran, hora tras hora, durante los días anteriores, las bombas, granadas, cohetes y bala rasa de los cañones norteamericanos!...

¡Noche de silencio lúgubre fué en verdad aquella que precedió á la madrugada del 27 de Marzo! Hasta entonces había ya cerca de 1 500 hombres muertos ó heridos en la plaza, habiéndose perdido más de cinco millones de pesos, sólo por el incendio y la destrucción de las propiedades particulares, á causa de los 7 000 proyectiles que nos enviaran las baterías enemigas.

Habían continuado los preliminares de la capitulación y en la misma madrugada del día 27 salieron de la plaza los cónsules de Inglaterra, Francia, España, Prusia y el Alcalde del nuevo Ayuntamiento, á solicitar por última vez el permiso del sitiador para que

podieran retirarse de la ciudad los neutrales, los ancianos, las mujeres y los niños, todo el vecindario inerte y miserable; pero inútil fué la suprema tentativa honrosa de los cónsules, pues tuvieron que regresar con la triste noticia de que el general Scott ni siquiera les otorgó audiencia, mandándoles comunicar por conducto de uno de sus ayudantes que no permitiría la salida de ser alguno de la ciudad, y que, por inermes y neutrales que fuesen los que saliendo de aquella aparecieran ante sus líneas, habrían de ser barridos hacia la plaza á cañonazos, advirtiendo que si ésta no se rendía á las seis de la mañana del mismo día 27, el bombardeo romperíase de nuevo con más vigor que antes.

Las pláticas que los comisionados mexicanos sostuvieron con los del ejército beligerante desde el día anterior, no habían dado aún resultado alguno, y en aquella triste madrugada la población parecía dispuesta al más desesperado arranque, con tal de dar un fin cualquiera á sus miserias.

Mas no hubo más recurso que aceptar por fin el tratado de capitulación, que entregaba la ciudad al enemigo..... ¡Oh! no podía ser de otro modo, y la guarnición veracruzana había cumplido con su deber, poderosamente alentada por el ánimo de patriotismo de todo el puerto!... Ya no había parque sino para unas cuantas horas de fuego; faltaban viveres; los baluartes estaban desmantelados; escombros eran manzanas enteras; no había hospitales ni asilos seguros; había amplias brechas abiertas en las obras de fortificación; encontrábanse rotas las cureñas de nuestros mejores cañones..... Y aun así ¡resistir! ¿á qué la triste gloria de sepultar en escombros un montón de niños y pobres mujeres?

La capitulación se imponía... Héla aquí :

1° Toda la guarnición ó guarniciones se rendirán al ejército de los Estados Unidos en calidad de prisioneros de guerra, el 29 del corriente á las diez de la mañana : se les concederá salir con los honores de la guerra, y entregarán las armas á los oficiales que designe el general en jefe de las fuerzas de los Estados Unidos y en el lugar que los comisionados señalen.

2° Los oficiales mexicanos conservarán sus armas y equipajes, inclusive caballos y útiles de montar : y se les concederán, así á los del ejército como á los voluntarios, y también á la tropa, cinco días para retirarse á sus casas, bajo palabra de lo que adelante se expresa.

3° Al mismo tiempo de la entrega de las armas estipulada en el artículo 1° se arriarán las banderas mexicanas de los baluartes y demás puntos al saludo de sus baterías respectivas; é inmediatamente después, los baluartes de Santiago y Concepción y el Castillo de Ulúa serán ocupados por las fuerzas de los Estados Unidos.

4° El destino de los prisioneros veteranos después de la entrega de armas y de empeñada la palabra, queda al arbitrio de su general en jefe, y á los voluntarios se les permitirá volverse á sus casas; dando los oficiales de todas armas y de toda clase de fuerzas la palabra acostumbrada de que ni la tropa ni ellos mismos volverán al servicio, mientras no sean debidamente canjeados.

5° Todo el material de guerra y todo género de propiedades públicas en la ciudad, castillo de Ulúa y dependencias pertenecen al gobierno de los Estados Unidos; pero el armamento que no se destruya ó demerite en la prosecución de la actual guerra, puede ser

devuelto á México al celebrarse un tratado de paz definitivo.

6° Se permitirá á los enfermos y heridos mexicanos permanecer en la ciudad con los médicos militares y asistentes necesarios.

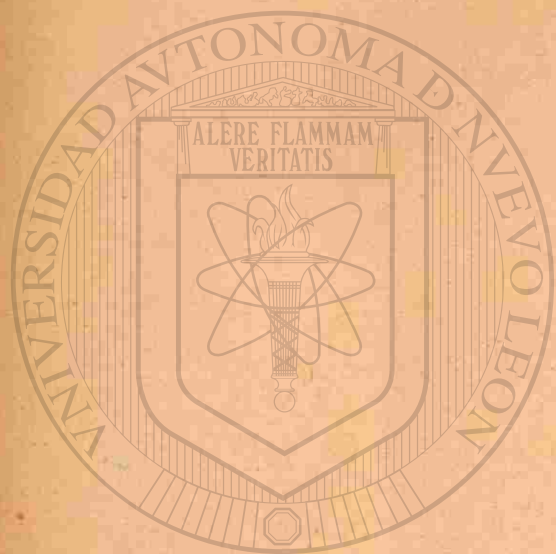
7° Se garantiza protección absoluta á las personas y propiedades en la ciudad : y claramente se sobreentiende que ningún edificio ni propiedad particular puede ser tomado ni usado por las fuerzas de los Estados Unidos sin previo arreglo con el propietario, y por su justo precio.

8° Se garantiza solemnemente libertad absoluta respecto del culto y ceremonias religiosas.

Después de esta Capitulación, tomado Veracruz, Scott asentaba vigorosamente el pie en la gran puerta de la República, ante el vestibulo triunfal de México...

¡ Aun podía contenerse á sus victoriosas legiones á través de las montañas, hostilizándolas en larga guerra defensivo-ofensiva, de pequeños y múltiples golpes!....





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XII

PRELIMINARES DE CERRO GORDO

La capitulación de Veracruz se supo en México el 30 de Marzo, produciendo una crisis de desesperación y cólera en el ánimo del general Santa Ana que había tomado el mando político de la República después de su llegada de San Luis Potosí. Y hasta entonces en la sociedad de México principió a experimentarse el sentimiento amargo y desconsolador de la funesta realidad. ¡ El enemigo estaba á las puertas de la orgullosa Capital!

Cierto que las nuevas de los primeros desastres habían producido en ella un gran estupor, convenciéndola de que el invasor del Norte, antes tan despreciado por la supuesta insignificancia de su ejército, era demasiado potente y resuelto, unido y sólido; mas aun después de las últimas derrotas que trajeron tan amargos desengaños, flotaba en el espíritu público la creencia de que el americano jamás podría llegar á internarse vencedor hasta el corazón del país.

Peró Veracruz había caído; su plaza había capitulado y el enemigo triunfante se preparaba gravemente,

tomando todas las precauciones estratégicas y administrativas que dictaba á su engreído y orgulloso ejército la pericia y energía del general Scott, á invadir el territorio nacional.

Fuerza es indicar que cuando más necesario era el estímulo para nuestras tropas, cuando más preciso era que el jefe de la Nación y del ejército encomiara dignamente el patriotismo de la heroica resistencia de Veracruz, poniendo como épico ejemplo el valor de sus defensores, lejos de ello, les inculcó la capitulación como un acto vergonzoso, insultando á los que la firmaron.

Numerosas peripecias desagradables y fatales ocasionó la conducta de Santa Ana, desanimando al ejército y enconando aún más los partidos políticos.

Los errores y la falta de dirección del Jefe supremo prosiguieron precisamente en vísperas de un nuevo choque!

Nuestro General en jefe debió haber levantado la moral del Ejército mexicano, á todo trance, en vez de inculparle públicamente, cuando como en Monterrey, y en especial en Veracruz, había vertido en abundancia su sangre, batiéndose en lid desigual, sin mengua del honor de sus banderas!

¡Qué contraste ofrece esta conducta antipatriótica y antipolítica, contraria también á los preceptos militares, con la amplia declaración del mismo general Scott, quien afirma, refiriéndose á la actitud de nuestras tropas ante los estragos del bombardeo, la convicción del valor del ejército mexicano, en estas frases recogidas ya por la Historia :

« Somos testigos, y como parte afectada no se nos tachará de parciales, cuando hemos lamentado con

admiración que el heroico comportamiento de la guarnición de Veracruz en la valiente defensa que hizo, fué infamado por el general que acaba de ser derrotado y puesto en vergonzosa fuga por un número muy inferior al de las fuerzas que mandaba en Buenavista; *que este general premió á los pronunciados en México, siendo promovedores de la guerra civil, y ultrajó á los que singularmente acababan de distinguirse, resistiendo más allá de lo que podía esperarse, con una decisión admirable!* »

Las primeras disposiciones militares de Santa Ana después de la ocupación de aquel puerto, habiendo vuelto la tranquilidad pública en México, tendieron á enviar tropas por el camino de Veracruz, y al efecto, partieron algunas, á las que siguieron los restos del maltrecho ejército que había combatido en la Angostura, y que regresó de San Luis, tras penosísimas jornadas.

El punto de defensa juzgado más á propósito para contener el avance de las columnas americanas, fué en concepto del general presidente, Cerro Gordo, paraje célebre en nuestra historia de la Independencia, por haberse hecho fuertes allí, con éxito, los bravos *insurgentes* mexicanos.

Cerro Gordo ó del « Telégrafo », está situado á siete leguas de Jalapa, al borde de una de las mesas de la Sierra, formando un escalón que asciende de las tierras bajas de la Costa, teniendo á su base Plan del Río, y elevándose hacia el Poniente el terreno, entre lomeríos que, á uno y otro lado del camino nacional, forman una cañada. Á la derecha de los cerros que por este mismo flanco dominan el camino, corre enca-

jonado profundamente, por vertientes á pico, inaccesibles, el río del Plan, en tanto que hacia el otro flanco del camino, al pie del cerro del Telégrafo, se levanta otra altura, llamada de la Atalaya. Hállanse á la izquierda de ambos otros barrancos poblados de bosques y enmarañados breñales, en regiones ásperas y duras, aun cuando de relativamente posible acceso.

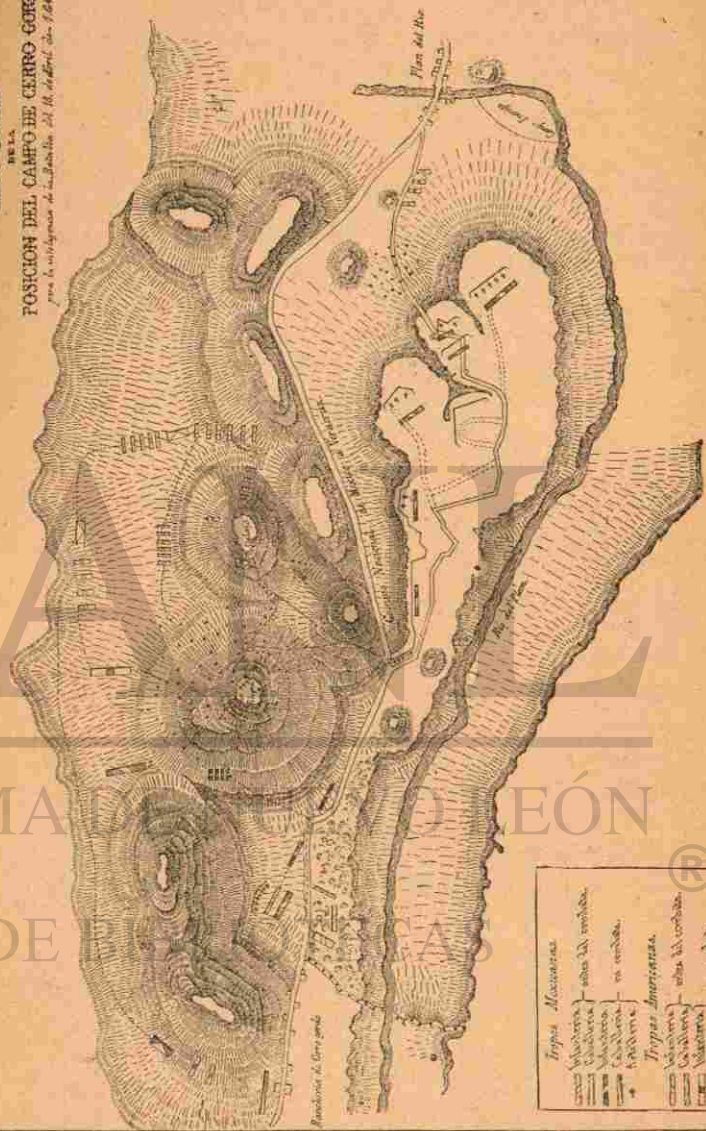
Desde un principio, el general Santa Ana hizo que el teniente coronel de ingenieros Manuel Robles, quien se había distinguido por su pericia y valor en la defensa de Veracruz, reconociera el punto, lo que después de efectuado, manifestó que la posición podía ser útil para hostilizar rudamente á las columnas invasoras en su tránsito rumbo á Jalapa, pero impropia para librar batalla formal, en que entrase en acción todo nuestro ejército.

Esta opinión, dice un historiador, con mucha justicia, se fundaba principalmente en estas razones: que el camino podría ser cortado por el adversario á retaguardia de la posición, y en que el mejor resultado que debía esperarse, si atacaba por el frente, era rechazarlo, sin poder evitar, que retirándose, se rehiciese en las alturas de Palo Gacho; la falta de agua por lo quebrado del suelo entre el río y la carretera; la suma extensión de la posición y la consiguiente dificultad de auxiliar con la necesaria presteza los puntos atacados; la imposibilidad de que maniobrara la caballería, en cuya arma éramos numéricamente superiores al Invasor; el poco efecto de nuestros fuegos por lo accidentado y boscoso de los terrenos circundantes que facilitaban la carga de las columnas de Scott, á muy corta distancia de nuestras posiciones; la probabilidad de que el frente de batalla fuera flan-

CROQUIS

POSICION DEL CAMPO DE CERRO CERDO

Para el sitio que se ocupó el 18 de Abril de 1848



queado y envuelto; y, por último, en el caso de derrota, la imposibilidad de salvar la artillería y de efectuar una retirada en orden. Opinaba Robles que se fortificara ligeramente á Cerro Gordo, á fin de quebrantar allí un tanto á la fuerza contraria con hostilidades poco formales, y que la batalla le fuera presentada más hacia el interior, en las lomas de Corral Falso, donde tenía vasto campo para obrar nuestra caballería, donde Taylor se vería en necesidad de formar sus columnas de ataque á la vista y sufriendo desde gran distancia el fuego de nuestra artillería; y donde, en último resultado, quedarían aseguradas la retirada de nuestro ejército y la salvación del material de guerra.

Mucho insistió Robles sobre la inconveniencia de sostener una batalla defensiva en Cerro Gordo, á cuya justa actitud se adhirió el general Canalizo; pero Santa Ana, en su fatal orgullo, no queriendo nunca desistir de sus primeras disposiciones, hizo prevalecer la suya, ordenando que al punto se ejecutaran las obras de defensa en la línea que forman las alturas de la derecha del camino de Veracruz y las del Telégrafo y el Atalaya. Y lo peor fué que, el vanidoso general, habiendo llegado el 9 de abril á la posición, se fijó muy especialmente en la fortificación de las eminencias de la derecha, que eran las que menos necesitaban ser atrincheradas.

Mientras tanto, las tropas iban llegando, hasta el día 12 en que el ejército quedó acampado en forma, tras de su línea de fortificaciones, que se extendía en más de un cuarto de legua.

Robles esbozó un parapeto que bordeaba los extremos de los tres ramales que hay al costado derecho del camino, marcando la línea en que pudieran ser de

efecto nuestros fuegos; sobre aquel mismo se instaló una fuerte batería á la falda del cerro del Telégrafo, uniendo las posiciones de ambos flancos por medio de un camino cubierto. Sobre la cima de aquel cerro, habiéndose talado los árboles que la coronaban, se situó otra batería de cuatro piezas de á 4, sostenida por escasas fuerzas de infantería.

Cerca de 9000 hombres, con cuarenta piezas de artillería y muy pocos trenes improvisados, constituyeron el ejército que iba á resistir al del general Scott, disponiéndose aquéllos, por orden de Santa Ana, en esta forma, según sus mismas partes: en la última posición de la derecha, el *batallón de Atlixco* y *5º de Infantería*, que componían una fuerza de quinientos y tantos hombres con siete piezas de artillería; en el centro de la misma derecha el batallón de la « Libertad » con 400 hombres; y el batallón de Zacapoaxtla con 300, y 8 piezas, habiendo también en la primera de las mismas posiciones 250 nacionales de Jalapa, Coatepec y Teziutlán, con 9 piezas de artillería. El campo llamado de Matamoros, situado en los dos últimos puntos de la derecha y el primero de la misma, fué guarnecido por el batallón de Matamoros y Tepeaca con 450 hombres y una pieza de á 8 con su dotación correspondiente. Apoyando la batería del camino, hallábase el 6º de infantería con 900, sirviéndole también de reserva el batallón de Granaderos con 460. Sobre la izquierda, en la cima del Telégrafo, sosteniendo su batería, sólo hubo 100 hombres del 3º batallón.

El resto del ejército, con excepción de la caballería que permaneció en Corral Falso hasta el 15, se situó como reserva general, á uno y otro lado del camino,

en la ranchería de Cerro Gordo, á retaguardia de la izquierda de la línea de batalla. El Cuartel General acampó á ambos lados de la vía, quedando á su retaguardia parte de la caballería y los Cuerpos Ligeros.

Á tres cuartos de legua de distancia de la derecha de nuestro frente, acampó el enemigo, principiando sus reconocimientos, á tiro de cañón.

El general Santa Ana recorría á caballo todos los días la línea de batalla, ocupándose minuciosamente de los más nimios detalles, en la construcción de las fortificaciones, las barracas para la tropa y las talas de bosques. Siempre lo caracterizó el defecto de ocuparse él por sí mismo de particularidades militares que absorbían toda su atención, descendiendo á estudios y observaciones que debían estar encomendados á jefes inferiores y no á su alto puesto de general director de la campaña, cuyo plan descuidaba.

Regresaba de aquellas tareas al caer la noche, acompañado de brillante y numeroso Estado Mayor y de selecta comitiva de jefes y amigos particulares que formaban su corte y le adulaban.

Se vanagloriaba ante éstos, dice un testigo de aquellos acontecimientos, de haber detenido la marcha triunfal del enemigo; y, halagado por su fortuna, que abandonándolo un instante el año de 1844, le había vuelto á sonreír desde su llegada á la República en 1846, se entregaba á ilusiones fatales, que originaron quizá sus faltas de previsión. Enteramente fascinado, despreciaba aún la voz de la ciencia, exigía la humillación de los que lo rodeaban, y era inaccesible á la razón. Faltos de entereza, también, algunos de nuestros jefes, se limitaban á censurar su conducta en corrillos,

sin tener toda la energía necesaria para disuadirlo de sus errores. Nosotros oímos á alguno envanecerse, — agrega el citado testigo — después de que había recorrido nuestra línea por la primera vez, de haber observado defectos importantes en la combinación general de la defensa, que sólo exponía entre sus amigos, presagiando una desgracia inevitable.

El enemigo permanecía acampado frente á nuestras posiciones, sin emprender el ataque tan deseado por nuestro ejército, que se cansaba delante de aquella perspectiva de victoria ó de muerte. Sus sufrimientos hacían más violenta su situación, y aumentaban más y más su ansiedad por el combate.

Habiéndose incorporado el día 15 la caballería, compuesta de los regimientos 5º, 9º, Morelia y Coraceros, y los escuadrones de Jalapa, Husares, Chalchicomula y Orizaba, el general en jefe hizo que toda ella al mando del general Canalizo, emprendiera un formal reconocimiento sobre la izquierda del enemigo, — pues había una ignorancia punible respecto de la situación y número de sus fuerzas, — debiendo para ello dar un gran rodeo por la espalda de los cerros de nuestra derecha, bajando por la escabrosa y profunda barranca del cerro del Plan; ascendiendo luego á la cumbre de otro cerro, desde donde podría bajar dicha caballería sobre las posiciones de la izquierda, ó de la retaguardia americana.

Esta tentativa fué descabellada é infructuosa: más aún, pudo haber sido peligrosísima, pues á nadie se hubiera ocurrido lanzar una tan respetable masa de caballería por abruptos peñascales, por entre veredas que serpentean casi á pico sobre el abismo, sin haber primero explorado el camino que habría de recorrer.

Así fué que al entrar la noche regresó quebrantada y fatigadísima la caballería y habiendo perdido algunos dragones que con todo y caballo se despeñaron en los precipicios sin haber logrado llegar á las inmediaciones del campamento de Taylor.

El 17, á medio día, notó el jefe de la fuerza establecida en la cima del cerro del Telégrafo, que una considerable columna americana se aproximaba al de la Atalaya. Inmediatamente bajaron algunas secciones nuestras á batirla, en tanto que un batallón se aprestaba á sostener aquel movimiento. Se trabó un combate á fuego nutrido, llegando refuerzos á cada uno de los combatientes, por su parte, generalizándose la acción ante la falda del cerro del Telégrafo. El enemigo concentró sus mayores fuerzas sobre la extrema izquierda mexicana, la que hubiera rebasado si no acude inmediatamente á impedirlo el 4° de línea, encarnizándose la lucha en aquel flanco. Momentos después, otra columna americana avanzó á paso de carga sobre la derecha del cerro, con la intención de envolverlo; pero oportunamente acudió en defensa el 6° de infantería, que tendiéndose en línea desplegada, flanqueó con sus fuegos la columna asaltante que hizo alto y contestó con las descargas de sus bravos rifleros.

Santa Ana presenciaba desde lo alto del cerro del Telégrafo aquel combate de fusilería animando á sus tropas, mientras la batería de la cumbre, bien dirigida, causaba estragos en las lejanas columnas enemigas.

La refriega duró cerca de cuatro horas, con éxito vario, habiendo logrado avanzar los americanos bastante hacia nuestra izquierda; pero teniendo que retroceder luego, lo mismo que las demás columnas, á sus primeras posiciones, aunque habiendo logrado la gran

ventaja de instalar una batería en el Atalaya que flanqueaba al Telégrafo. Recuérdese que Santa Ana se obstinó tercamente en no fortificar aquel, desguarneciéndolo así su izquierda — que era por donde debía ser y fué envuelto, contra las indicaciones y protestas del jefe de ingenieros.

Inmenso entusiasmo, alegría patriótica causó en todo nuestro ejército aquel triunfo que celebraron jubilosamente las dianas. ¡Y todavía esa noche soñaron todos en una victoria espléndida para el día siguiente!

El plan del general Scott para forzar nuestras posiciones y destruirnos, está concentrado en estas líneas de su parte oficial al Gobierno americano :

« Habiendo yo resuelto, si era posible, flanquear la izquierda del enemigo y atacarle por la retaguardia, mientras amenazaba ó atacaba su frente, mandé que se hicieran diariamente reconocimientos, con la mira de hallar sendero ó paso para que una fuerza nuestra desembocara sobre el camino de Jalapa y cortara la retirada.

« El reconocimiento, comenzado por el teniente Beauregard, fué continuado por el capitán Lee, ambos del cuerpo de ingenieros; y se abrió un camino á través de escarpas y oquedades, fuera de la vista del enemigo, aunque al alcance de sus fuegos luego que nos descubriera; hasta que, llegando á las líneas mexicanas, no fué ya posible avanzar en el reconocimiento sin combatir. El deseado punto de desembocadura, ó sea el camino de Jalapa, no pudo, de consiguiente, ser alcanzado, aunque se creyó que ya quedaría á corta y fácil distancia; y para ganar dicho punto vino á ser necesario tomar la altura de Cerro Gordo. »

Véase cómo, mientras Santa Ana se immobilizaba torpemente en una defensiva pasiva absoluta, exasperando sus tropas con la inquietud y angustia del futuro combate contra un enemigo que ha vencido siempre; el general Scott, por el contrario, obra con actividad, no pierde tiempo, observa y tantea á su adversario para saber dónde está más débil, y allí pegarle. Sus exploradores y sus ingenieros le dicen que rodeando las posiciones mexicanas de la izquierda, — lo que es factible, — se le puede sorprender por la espalda, tanto más cuanto que el cerro del Telégrafo que domina dicha izquierda, apenas está ocupado por un batallón y una batería, y que el cerro de Altalaya que se liga con éste, está abandonado, convidando á los americanos á ocuparlo para apoyar su fácil movimiento envolvente. ¡Hé aquí que, de antemano estaba ya perdido el ejército de nuestra patria, entregado al Invasor por la fatal impericia del general Santa Ana!

XIII

BATALLA DE CERRO GORDO

Durante la noche del 17, vispera de la batalla, el general Santa Ana ordenó que se reforzara el cerro del Telégrafo, haciendo subir á la cima dos piezas de á 12 y una de 16; pero esta última no llegó sino hasta media falda, mandando á los jefes de ingenieros que concluyeran á toda prisa las fortificaciones más urgentes y más propias para la defensa de la posición.

¡Muy tarde abría los ojos á la realidad el ofuscado y orgulloso jefe! Si desde un principio hubiese atendido las justas observaciones que le hizo el teniente coronel Robles, acerca de la conveniencia de fortificar poderosamente la izquierda, por donde podría ser envuelto el ejército, no hubiera sido tan fácil la Victoria al enemigo. La llave de la posición era indudablemente el cerro del Telégrafo. Tomado éste, las columnas americanas dominarían todo nuestro centro, el camino y las reservas, facilitando la marcha de la fuerza envolvente que iría á caer, sin dificultad, á nuestra retaguardia, cortando el camino de Jalapa, cerrando al ejército la retirada y sitiando las altas posiciones de la derecha

Véase cómo, mientras Santa Ana se immobilizaba torpemente en una defensiva pasiva absoluta, exasperando sus tropas con la inquietud y angustia del futuro combate contra un enemigo que ha vencido siempre; el general Scott, por el contrario, obra con actividad, no pierde tiempo, observa y tantea á su adversario para saber dónde está más débil, y allí pegarle. Sus exploradores y sus ingenieros le dicen que rodeando las posiciones mexicanas de la izquierda, — lo que es factible, — se le puede sorprender por la espalda, tanto más cuanto que el cerro del Telégrafo que domina dicha izquierda, apenas está ocupado por un batallón y una batería, y que el cerro de Altalaya que se liga con éste, está abandonado, convidando á los americanos á ocuparlo para apoyar su fácil movimiento envolvente. ¡Hé aquí que, de antemano estaba ya perdido el ejército de nuestra patria, entregado al Invasor por la fatal impericia del general Santa Ana!

XIII

BATALLA DE CERRO GORDO

Durante la noche del 17, vispera de la batalla, el general Santa Ana ordenó que se reforzara el cerro del Telégrafo, haciendo subir á la cima dos piezas de á 12 y una de 16; pero esta última no llegó sino hasta media falda, mandando á los jefes de ingenieros que concluyeran á toda prisa las fortificaciones más urgentes y más propias para la defensa de la posición.

¡Muy tarde abría los ojos á la realidad el ofuscado y orgulloso jefe! Si desde un principio hubiese atendido las justas observaciones que le hizo el teniente coronel Robles, acerca de la conveniencia de fortificar poderosamente la izquierda, por donde podría ser envuelto el ejército, no hubiera sido tan fácil la Victoria al enemigo. La llave de la posición era indudablemente el cerro del Telégrafo. Tomado éste, las columnas americanas dominarían todo nuestro centro, el camino y las reservas, facilitando la marcha de la fuerza envolvente que iría á caer, sin dificultad, á nuestra retaguardia, cortando el camino de Jalapa, cerrando al ejército la retirada y sitiando las altas posiciones de la derecha

donde tanto lujo de atrincheramientos y tropas se había desplegado, sin necesidad. En el croquis adjunto se advierte claramente el plan sencillo del general Scott, quien aunque tenía por seguro el triunfo, nunca lo juzgó tan fácil. ¡Cómo creer que su adversario le había de entregar con tan escasa resistencia el cerro del Telégrafo, centro decisivo de la batalla!

Insistimos en estas consideraciones para que se comprenda por qué se perdió tan pronto esta memorable jornada, destruyéndose, casi por completo, todo un ejército, sin que hubiese combatido sino una muy pequeña parte, desbandándose el resto que fué despedazado á sable, bayoneta y fuego, sin haber resistido con denuedo, como en la Angostura, Monterrey y Veracruz.

Mientras el general Santa Ana acudía aquella noche á fortalecer su izquierda con un irrisorio trozo de batería, el enemigo se dedicaba activamente á concentrar sus columnas de su derecha y á establecer en el cerro del Atalaya las plataformas necesarias para sus piezas de grueso calibre, bomberos y obuses, aparte de los cañones de montaña, instalados desde en la tarde. Otras piezas de artillería situáronse audazmente en puntos avanzados hacia la batería de nuestra derecha.

Poco antes del amanecer nuestro general en jefe, acaso con el tardío presentimiento de ser aniquilado por aquella fatal izquierda que él creyó *impracticable aun para conejos*, hizo colocar por sí mismo una batería de 5 pequeños cañones sobre un montículo, á la orilla del camino, á retaguardia y paralelamente al cerro del Telégrafo, enviando para sostenerla al 11° batallón.

Á lo largo del camino permaneció tendida la caballería, al mando del general Canalizo, quedando también en reserva los batallones 3° y 4° Ligeros. Hizo subir al Telégrafo el 4° de Línea y 1° y 2° Ligeros. El resto de las tropas continuaría, como antes, en las posiciones de la derecha.

Al romper la alborada, la fuerte batería americana del Atalaya saludó con sus fuegos el cerro del Telégrafo que contestó al instante, dando principio la batalla. Entonces la columna de la izquierda enemiga al mando del general Pillow, fraccionándose en dos secciones paralelas, empezó á moverse cerca del camino de Plan del Río á Cerro Gordo, sobre nuestra extrema derecha, apoyada por suficiente reserva y los fuegos de la batería americana instalada la noche anterior.

El adversario, después de algunos instantes de nutrido fuego de bombas, granadas, bala rasa y cohetes á la Congreve con que estuvo batiendo el Telégrafo, lanzó sus primeras columnas de ataque sobre este punto, en tanto que otras columnas, al mando del general Shields, compuestas de la 3ª brigada de Voluntarios, fué á rodear tras del Atalaya y tras las vertientes de la izquierda del mismo cerro del Telégrafo, atravesando bosques y escabrosos barrancos, con el objeto de ir á caer á nuestra retaguardia por el camino de Jalapa, para envolver las posiciones y cortar la retirada del ejército mexicano.

El empuje principal del americano, fué el de su centro, dirigido por el mismo Scott, desde la base del Atalaya contra su gran objetivo, — el cerro del Telégrafo, — completando el éxito de este golpe á fondo, el movimiento envolvente de las columnas de la derecha, habiendo engañado y distraído la atención

de nuestras fuerzas con el ataque de las de su izquierda contra las posiciones de la derecha mexicana.

Al principiar los fuegos de artillería en el Telégrafo, Santa Ana que se hallaba en el centro, cerca del camino, permaneció unos instantes á la expectativa, y habiendo oído poco después el estampido del cañón á su derecha, volvió á su primitiva creencia de ser atacado principalmente por aquel extremo, así es que se dirigió á él para apoyar el combate, y como escuchara más y más vivo el cañoneo en el cerro del Telégrafo, mandó decir al general Vázquez que no desperdiciara el parque y abrigase á la tropa del fuego enemigo. Pronto hubo de convencerse de que todo el esfuerzo de su adversario se concentraba contra el Telégrafo, sobre cuya falda avanzaban á la carga las columnas americanas, sustituyéndose al estruendo de la artillería el graneado de la fusilería, lo que anunciaba la proximidad de los combatientes. Entonces Santa Ana volvió, á galope, á la izquierda, mandando subir al cerro á sostener la lucha, los batallones 3^o y 4^o Ligeros que habían quedado como reserva.

Encarnizada y terrible estallaba la refriega por la falda anterior del cerro. Los americanos avanzaban protegidos por la misma espesura del monte, entre cuyas asperezas y zarzales se ocultaban perfectamente. La nube de tiradores que sus columnas destacaban al frente, hacía un fuego seguro cuando llegaba á los grandes claros, á través de los cuales enviaba la muerte á nuestros soldados que contestaban con sus descargas de fusilería, lanzando gritos de guerra y ¡vivas! á la patria. Apenas los enemigos aparecían á pecho descubierto para avanzar en el ataque, cuando rodaban, cadáveres, sobre el campo; más nunca se aclaraban sus

filas, pues los que caían eran reemplazados al punto por otros, y otros, que parecía vomitar la selva y los peñascales, entre el humo espeso de la pólvora y del incendio de la arboleda y del zarzal, humo fatídico cuyo olor acre excitaba con una embriaguez de cólera, odio y muerte, rasgado á intervalos por los súbitos relámpagos de los rifles y fusiles....

Acribillado de balas cayó el coronel Palacios, comandante de la artillería, y poco después, entre una ráfaga de fuego expiraba el general Vázquez al lado de otros valientes soldados y oficiales que ensangrentaban el campo. ¡Todos morían victoreando á México!...

Scott á su vez veía rodar á sus bravos Rifleros heridos por nuestra metralla; pero el grueso de sus columnas empujaba la destrozada vanguardia, que pronto llegó hasta los parapetos, donde los oficiales beligerantes se lanzaron pistoletazos á quema ropa, y los soldados cruzaron sus bayonetas, entre un espantoso griterío....

¡Y fué imposible resistir al poderoso empuje del asaltante! Los nuestros cedieron, arrollados, ocupando el enemigo la cima, de donde, como un torrente, como una cascada humana se despeñaban por la vertiente opuesta del cerro los soldados mexicanos, ametrallados por sus mismos cañones, que el adversario había vuelto contra ellos!

Momentos antes el general Santa Ana, frenético y desesperado, enviaba cuantas fuerzas había á su alcance para sostener la resistencia, comprendiendo cuando ya no había remedio, que la pérdida del cerro era el aniquilamiento del ejército y el triunfo del enemigo. En vano él y sus oficiales intentaron hacer volver á la lucha á los que principiaron á cejar; en vano el 3^{er} ligero que había permanecido de reserva

tras la cima, fué llevado al combate : ya el enemigo era dueño de aquélla, y volteando nuestras piezas barría et resto de los primeros batallones que tan bravamente habían combatido!

Una de las columnas de la izquierda enemiga en el cerro había ido á impedir que nuevos cuerpos mexicanos reanudaran la pelea, disputándose otra vez la posición, mas cuando se vió flotar en lo alto del monte la bandera norteamericana, aquellos cuerpos dieron media vuelta.

Otra columna contraria, en su extrema derecha fué á rodear la falda del Telégrafo, subiendo por la vertiente occidental, casi á espaldas de los parapetos, y después de batirse con algunas compañías nuestras que la habían hecho detener algún tiempo, fué á desembocar en lo alto, en el instante en que el cerro era tomado por el frente, y cuando unos sargentos americanos arrancaban del asta nuestra bandera, reemplazándola por la suya.

Ocupada la cima, los asaltantes con sus cañones y los nuestros, colocados en puntos que dominaban el camino, batieron á la masa de tropas que se aglomeraba en él y sus costados, enviando granadas y cohetes, en tanto que la infantería de su reserva hacía fuego con sus rifles. ¡ Desde aquel momento la batalla estaba perdida!

De muy diverso aspecto fué el combate en nuestra extrema derecha : en esa parte de la línea puede decirse que triunfamos. La fuerza enemiga que marchó al asalto de nuestras baterías fué rechazada con grandes pérdidas, cuantas veces cargó, teniendo al fin que retirarse lejos de los fuegos de la artillería mexi-

cana; mas como había orden del general Scott de no empeñar un ataque á fondo, sino simples demostraciones para engañar á los nuestros y distraer sus fuerzas, mientras se les abrumaba en el Telégrafo, se mantuvo el jefe de las columnas rechazadas á la expectativa, frente á nuestras baterías.

Parte de las fuerzas vencedoras en el Telégrafo descendieron por la derecha con el objeto de apoderarse de la batería de 5 cañones que Santa Ana mismo había instalado en una altura, á espalda de aquél. El jefe de dicha batería que había hecho fuego algún tiempo, ni siquiera intentó resistir, bien es que se lo impedía el mismo espeso oleaje de fugitivos que llevaba el pánico al resto de las tropas de reserva.

Una inmensa desmoralización se produjo en el ejército mexicano : era que todos, jefes, oficiales y tropa, comprendían súbitamente, con esa intuición de verdad que proporcionan las grandes catástrofes, que todo se había perdido; que el enemigo desde la cima del Telégrafo era dueño y rey del campo; que aquel punto debió haberse fortificado poderosamente, y que las tropas amontonadas en el camino y encaramadas en las alturas de la derecha, antes de ser tomadas por la espalda impunemente, debían retirarse por la vía de Jalapa.

Mas he aquí que la columna americana que había hecho un gran rodeo desde el centro de sus posiciones, atravesando los barrancos y desfiladeros, en torno de las vertientes occidentales del Telégrafo, por donde se había practicado camino desde los días anteriores, por el esfuerzo y ciencia de sus ingenieros, como ya lo hemos apuntado, desembocó sobre nuestro flanco izquierdo, amagando toda nuestra retaguardia y yendo

una de sus fracciones á cooperar á la toma de la batería de reserva. La presencia de esa columna que repentinamente aparece á la espalda del ejército, remacha por fin, de un solo golpe, la derrota, cortando nuestra retirada.

Ya ni siquiera hubo el recurso de salvar los cuerpos de reserva y los de la derecha, los que, tomada la batería del camino, tuvieron que capitular, en tanto que la caballería de la extrema retaguardia, imposibilitada para efectuar en aquellos escabrosísimos terrenos cualquier maniobra salvadora, se retiró á escape por el camino de Jalapa.

Para colmo del desastre, acababa de llegar á nuestro campo una brigada compuesta de los batallones Activos y de Guardia Nacional de Puebla, que á marchas forzadas se habían hecho venir por orden de Santa Ana. Esta fuerza entró al espacio de nuestras reservas cuando todo era pánico y desmoralización en las filas mexicanas.

La columna envolvente enemiga, después de apoderarse de la batería del camino, rompió sus fuegos á derecha é izquierda de nuestra retaguardia, tratando de impedir el escape del general Santa Ana, quien, cortado por completo, viendo desde lejos despedazado á balazos su coche y contemplando en poder del enemigo trenes, y bagajes, y carros con dinero que la víspera recibiera para socorro de las tropas (\$ 16,000,00) tuvo que encumbrar las cuevas de la derecha, seguido de multitud de jefes y oficiales que en gran confusión y desorden buscaban en la fuga la salvación de sus vidas....

El norteamericano victorioso, excitado por un triunfo relativamente fácil, cañoneaba nuestras masas de fugitivos y los acuchillaba á su sabor, habiendo cerrado

el camino de Jalapa por donde sólo pudo escapar, como ya dijimos, la caballería, sin haber realizado ningún esfuerzo.

Y ya no fué batalla aquello, sino feroz y estupenda carnicería, en que las balas, sables y bayonetas del enemigo hicieron derramar sangre mexicana á torrentes.

Principió la persecución, activa, atroz, implacable. Nuestro general en jefe, naturalmente, fué quien más pronto logró desaparecer del campo, hundiéndose en la profunda barranca de Plan del Río, hasta que remontando los cerros de la margen opuesta, pudo alejarse de toda persecución.

¡ Cuán pronto y qué tristemente había terminado la batalla de Cerro Gordo !

¡ Y qué lúgubres debieron resonar en el alma del general presidente los últimos lejanos y melancólicos estampidos del cañón enemigo, acabando la matanza fácil é impune de las tropas mexicanas, repercutiendo como los postreros golpes de hacha que tajaban al ejército de la bandera tricolor, al ejército al que había enardecido aquel jefe supremo con la proclama en que le decía pomposamente : « *Vamos á lavar la deshonra de Veracruz!* »

El infeliz y menguado Santa Ana, si alguna vergüenza tuvo, no debió haber olvidado nunca los últimos cañonazos de Cerro Gordo!

Innumerables partidas de caballería hicieron una feroz y activa persecución á los fugitivos por diversos rumbos, especialmente por el de Jalapa, por donde destacaron en pos de nuestra caballería secciones de rifleros á caballo y baterías ligeras.

Después de vagar prófugo y vergonzante por entre las selvas y quiebras que bajan á la costa oriental, á punto, varias veces, de ser cazado por las avanzadas del Invasor que en verdaderas jaurias lo perseguían, Santa Ana llegó á Orizaba milagrosamente, salvo y libre.

Y allí, reuniendo los innumerables dispersos de Cerro Gordo, — sobre quienes, de paso, descargó su injusta cólera, á duras palabras y aun á latigazos — estableció su Cuartel General, disponiéndose á proseguir la lucha con las fuerzas que aun quedaran después del desastre, unidas á las de Oaxaca y otros puntos, combinando el plan de una nueva campaña.

XIV

ANTE LA CAPITAL

« Nada ofrecía ya seguridades de luchar de un modo apropiado, con el enemigo. El Gobierno y el Congreso contemplaron en toda su desnudez la ineptitud de aquel general de arranques momentáneos, con los que fascinó siempre á la gente impresionable; y en medio de la falta de fe y de esperanza de todos, nadie, no obstante, se atrevía á hablar de negociaciones de Paz. »

General BERNARDO REYES.

Ante el desastre de Cerro Gordo, la capital de la República, enardecida como siempre por la efervescencia de los odios políticos que la dividían, sintió por fin que la estocada del fuerte enemigo norteamericano le atravesaba el flanco con ímpetu de muerte. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer cuando lo mejor del ejército que Santa Ana había llevado á la batalla estaba aniquilado, salvándose apenas la división de caballería y tales cuales trozos de batallones mal reunidos en torno de Orizaba, Chalchicomula y Puebla?

El Presidente interino, Anaya, hizo esfuerzos prodigi-

Después de vagar prófugo y vergonzante por entre las selvas y quiebras que bajan á la costa oriental, á punto, varias veces, de ser cazado por las avanzadas del Invasor que en verdaderas jaurias lo perseguían, Santa Ana llegó á Orizaba milagrosamente, salvo y libre.

Y allí, reuniendo los innumerables dispersos de Cerro Gordo, — sobre quienes, de paso, descargó su injusta cólera, á duras palabras y aun á latigazos — estableció su Cuartel General, disponiéndose á proseguir la lucha con las fuerzas que aun quedaran después del desastre, unidas á las de Oaxaca y otros puntos, combinando el plan de una nueva campaña.

XIV

ANTE LA CAPITAL

« Nada ofrecía ya seguridades de luchar de un modo apropiado, con el enemigo. El Gobierno y el Congreso contemplaron en toda su desnudez la ineptitud de aquel general de arranques momentáneos, con los que fascinó siempre á la gente impresionable; y en medio de la falta de fe y de esperanza de todos, nadie, no obstante, se atrevía á hablar de negociaciones de Paz. »

General BERNARDO REYES.

Ante el desastre de Cerro Gordo, la capital de la República, enardecida como siempre por la efervescencia de los odios políticos que la dividían, sintió por fin que la estocada del fuerte enemigo norteamericano le atravesaba el flanco con ímpetu de muerte. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer cuando lo mejor del ejército que Santa Ana había llevado á la batalla estaba aniquilado, salvándose apenas la división de caballería y tales cuales trozos de batallones mal reunidos en torno de Orizaba, Chalchicomula y Puebla?

El Presidente interino, Anaya, hizo esfuerzos prodigi-

giosos por verificar la unión de todos los partidos políticos para lograr una resistencia patriótica, defendiendo heroicamente la ciudad de México, pues Santa Ana había tenido que abandonar Puebla, la invicta Puebla que sugestionada por el Clero, abatida por el pánico que le produjo el derrotado ejército mexicano, abrió sus puertas al Invasor.

Sin embargo, tenemos que consignar que, ante la inminencia del peligro, la capital olvidó de repente sus enconos y lides fratricidas, y por fin hubo unión en todos los ciudadanos, comprendiendo, aunque muy tarde, que sólo una absoluta liga de todas las voluntades y energías podía hacer fructifera y gloriosa, digna y épica, la resistencia de la hermosa ciudad ante el poderoso enemigo. Reuniéronse entonces los cuerpos de la Guardia Nacional, en tanto que los principales jefes comenzaban las más esenciales obras de fortificación en torno de la ciudad.

En el interior del Gobierno se multiplicaban los planes de defensa nacional, por la diplomacia y la astucia, ya concertando un golpe de mano sobre la guarnición americana de Puebla, sorprendiéndola instantáneamente en combinación con 3 000 irlandeses que habrían de desertar de las filas del Invasor, pasando a nuestro campo, volviendo sus armas contra nuestros enemigos; ya optando por la mediación del Cónsul inglés que podía, en la vía diplomática, hacer dar tregua á las hostilidades de los beligerantes, ganándose tiempo para la prosecución de la campaña.

Pero todo fracasó.... Un huracán de catástrofe abatía heroísmos y resistencias, y los pocos esfuerzos que se atrevían á erguirse eran desmoronados por aquel soplo!

Después de Cerro Gordo, el patriotismo de los hijos de la costa oriental hizo brotar innumerables guerrillas de bravos mexicanos que dispersándose por entre los montes, las barrancas, enrucijadas y desfiladeros y en caminos, principiaron á hostilizar los convoyes del enemigo, sorprendiendo sus exploradores y avanzadas, cayendo de súbito sobre sus grandes guardias, atacando en terribles *albazos* sus columnas, incendiando los pastos y los bosques por donde habrían de pasar, y rodándoles enormes rocas y pedruscos por las vertientes á pico; hasta el fondo de las hondonadas por donde trendrían precisamente que desfilan....

Gravísimos fueron los perjuicios que sufrieron los americanos con aquellos golpes que les asestaban las susodichas guerrillas, y más de una vez tuvieron la pérdida de centenares de carros con bagajes arrebatados de pronto por magníficos golpes de mano en que los nuestros, á lanza y machete, dispersaban las escoltas de los ricos trenes, capturando espléndido botín.

Muchas de esas guerrillas de la costa, dispersas en una gran extensión por las regiones de Tamaulipas, Veracruz y Tabasco, pusieron en alarma al ejército de Scott, amenazando seriamente sus comunicaciones y dando lugar á infinidad de combates vivísimos y á trágicas escaramuzas, bien teñidas de roja sangre en los campos y pueblos, donde no escasearon las odiosas represalias!

En la capital de la República, después de la llegada del general Santa Ana con los restos del ejército destrozado en Cerro Gordo, se formó una guarnición de fuerzas heterogéneas con cuerpos veteranos de Línea, Ligeros y Activos y la Guardia Nacional, cuyos sol-

dados manifestaron completa decisión y ánimo robusto para lanzarse al combate, dispuestos á la muerte!

No obstante los inconvenientes, las imposibilidades casi de efectuar algunas obras de fortificación, siquiera las más elementales y ante los puntos más expuestos, principiaron diversos trabajos de defensa, entre las que sobresalió la del Peñón, por donde se creía que el enemigo había de aparecer y comenzar sus ataques.

Mientras se ejecutaban esas obras, se había hecho venir el ejército del Norte que había permanecido en San Luis; dándosele el mando al general Gabriel Valencia, quien había estado separado del servicio activo por orden de Santa Ana, después de las diferencias surgidas entre ambos generales á causa de la protesta del último contra la orden de no hostilizar á los americanos á su paso por Tula de Tamaulipas, en donde, como ya hemos dicho, pudieron haber sido destruidos. ¡Iba á continuar la Odisea magnífica y dolorosa de estos valientes soldados del Norte, encanecidos en las fatigas y en la sangre y el humo de tantos combates!

Los que desde 1836 habían peleado contra los rebeldes texanos y los mismos hijos del entonces agresivo Norte, y después contra las hordas bárbaras de los desiertos fronterizos, los bélicos resistentes que sobrevivían á las catástrofes de Palo Alto, La Resaca, Monterrey y La Angostura, llegarían desde el alto septentrion hasta el Centro y Sur de la República, dejando un reguero de muerte á lo largo de los interminables caminos, para ir á batirse en las últimas batallas por la patria!

El plan del general Santa Ana para la defensa de la

ciudad de México, consistía en dejar aproximarse las columnas enemigas hasta cualquier punto del recinto donde habría de resistirseles al frente, en tanto que la división del Norte, al mando del general Valencia, cargaría de flanco sobre el asaltante, cayendo sobre la retaguardia de éste la caballería mexicana, al mando del general Álvarez.

Al grado en que había llegado la situación de nuestra Plaza Capital, se imponía en efecto aquel plan sencillo y lógico, y que de haber sido dirigido con firmeza y talento, contando con la unidad de todas las tropas, pudo haber dado excelentes resultados, siempre que la línea de fortificaciones en torno de la plaza, se hubiera terminado, aunque fuera provisionalmente.

Las obras del Peñón Viejo, cerca del aislado cerro, pretendían atravesar el camino de Puebla á México, habiéndose desplegado en ellas ingenuamente gran lujo de fortificaciones, en la creencia pueril de que el enemigo habría de atacar precisamente la posición nuestra más fuerte y más reforzada, cuando no había necesidad de pasar ante ella para la toma de la orgullosa capital de la República.

Hacia el Sur se levantaron atrincheramientos por Mexicalzingo, San Antonio y Convento y puente de Churubuseo; al Suroeste los parapetos y cortaduras que cercaban Chapultepec, cuya artillería dominaba también el camino que iba por el Oeste á la garita de San Cosme, la cual se había fortificado, lo mismo que la de Santo Tomás. Hacia el Norte no había ningunas obras de defensa, y apenas se practicaron ligeros atrincheramientos en las garitas de Nonoalco, Vallejo y Peralvillo.

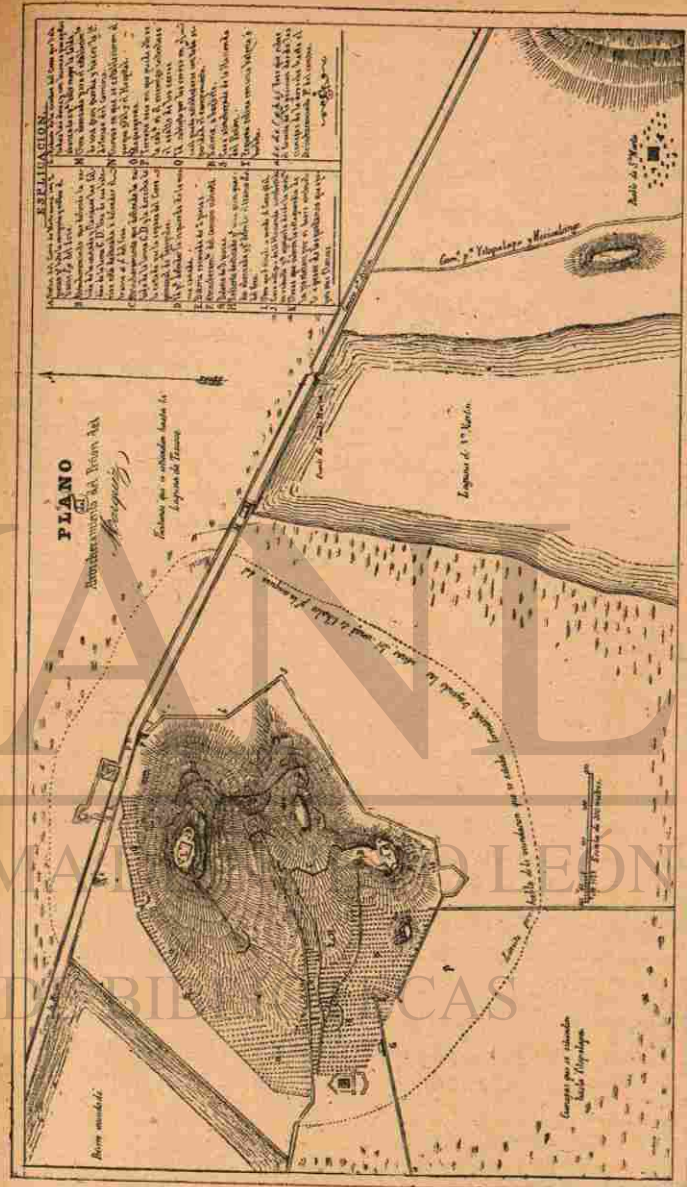
El ejército del Norte, como ya dijimos, encontrábase

en la Villa de Guadalupe, á las órdenes del general Valencia, en espera de moverse, como lo efectuó, hacia Texcoco de donde debía lanzarse sobre el flanco de la columna americana que intentase atacar el Peñón, en tanto que la caballería del general Álvarez cargaba sobre la retaguardia del Ejército enemigo.

Éste, mientras tanto, cada vez más orgulloso con sus triunfos, después de haber permanecido en Puebla algunos días, se puso en marcha contra la capital, y el día 14 aparecen sus avanzadas muy cerca de Texcoco, donde chocan con las de la caballería del general Álvarez, creyéndose que va á ser atacado el Peñón. Muévase entonces el general Valencia, y en un instante su aguerrida división del Norte queda lista para lanzarse al combate. Y sus valientes soldados emprendieron la marcha al paso veloz, cantando, dichosos por ir al triunfo, y á la venganza, y á la gloria de nuestras armas y banderas!...

- ¡ Viva México !
- ¡ Viva la República Mexicana !
- ¡ Viva el ejército del Norte !
- ¡ Viva el general Valencia ! ¡ Viva México !

Así gritaban entusiasmados y frenéticos, deseosos por ir á la lucha los heroicos veteranos que habían combatido tantas veces sin más aliciente que el recuerdo de sus viejos combates... Pero al siguiente día se supo que el general Scott, evadiendo el Peñón, burlando como era natural, todos los aprestos de defensa y todo el acúmulo de fuerzas mexicanas allí aglomeradas con una infanti ignorancia del arte de la guerra, se había dirigido á su izquierda, rumbo á Chalco, para amagar la ciudad por el Sur y Poniente, haciendo quedar inútiles, contra-



productentes, las obras emprendidas en tan opuestos rumbos.

En vista de estas maniobras, nuestro ejército del Norte cambió de posición, pasando de Texcoco á Guadalupe Hidalgo, de donde sin tomar descanso, siguió á México, atravesó la ciudad sin detenerse, y habiéndose reunido con la caballería que acababa de hostilizar á los americanos cerca del pueblo de Ayotla, llegó á las once de la mañana del día 17, al pintoresco San Ángel.

Innumerables habían sido las fatigas que abrumaran á la digna división del Norte que muchas veces tuvo que dejar abandonado su rancho, sin ver los oficiales y soldados á los seres queridos que estaban por visitarles, para ir del Oriente al Norte, del Norte al Centro y de aquí al Oeste, al bello San Ángel, desde donde creyó Santa Ana destrozár el flanco izquierdo del ejército enemigo cuando cambió la dirección de su ataque contra la Capital.

El ejército del general Scott había marchado desde Puebla rumbo á México el día 7 de Agosto, integrado por cuatro divisiones, en su mayor parte de infantería, con sus baterías respectivas, una brigada de caballería, un batallón de marinos agregado á la 4ª división y de un numeroso y selecto cuerpo de ingenieros. Las tres primeras divisiones eran de tropa regular ó veterana, la última de voluntarios, sumando todo cerca de 12 000 hombres, 30 piezas de artillería, y 600 carros con fuertes caballos y mulas de tiro, amén de innumerable personal de aventureros y comerciantes norteamericanos cosmopolitas que alargaba desmesuradamente su retaguardia, bien escoltada por cierto, por algunos escuadrones de caballería, secciones de infantes voluntarios y piezas ligeras.

El general Scott pulsó muy bien el estado de defensa en que se encontraba la ciudad de México; comprendió que se destacaba al Oriente de ella el aislado cerro del Peñón, poderosamente fortificado en su cima y cuyos alrededores podrían ser fácilmente anegados, levantando las compuertas de lagos y canales próximos: en vista de lo cual cambió su plan de operaciones, rodeando las defensas orientales de la plaza, pasando al Sur de los lagos de Chalco y Xochimilco hasta llegar á Tlalpam, desde cuyo punto intentó lanzar sus columnas sobre San Antonio y San Ángel.

Ya hemos visto que todos estos movimientos se ejecutaron con precisión, hostilizados de cuando en cuando por partidas de nuestra caballería, haciendo cambiar á su vez el plan de resistencia al general Santa Ana.

Los reconocimientos del adversario principiaron activamente, partiendo sus secciones de ingenieros de Tlalpam sobre los puntos avanzados de San Antonio, teniéndose conocimiento entonces de que se desprendía del camino carretero de Tlalpam, otro de herradura que atraviesa por el Pedregal, desembocando en la hacienda de Peña Pobre, cerca de Padierna, en el camino carretero de San Ángel al pueblo de Contreras.

La división del general Valencia que como dijimos, había llegado violentamente á San Ángel, con orden del General Santa Ana de estar á la expectativa de la actitud del enemigo, amagando su flanco izquierdo, se movió decididamente hacia el rancho de Padierna, cuyo punto fué reconocido por el mismo Valencia.

Á partir del día 17, se desarrolló un vergonzoso altercado entre el general presidente y Valencia, en virtud

de órdenes sucesivamente contradictorias del primero al segundo, cosa muy en carácter de aquel cuya personalidad era todo vacilación y atrabancamiento, desahaciendo en un instante lo que se había ejecutado á gran costo. Primero, ordenó Santa Ana que Valencia permaneciera en Padierna, resistiendo al ataque del enemigo: Valencia contestó que estaba convencido de que no había campo donde poder maniobrar, no teniendo tiempo, por otra parte, de fortificar diversos puntos en los que desembocaban algunas veredas por donde el enemigo podía atacar, opinando por cambiar de posición al amanecer del 18, replegándose hacia Panzocola si estaba fortificado, ó á otro punto donde pudiera maniobrar, si es que no se le enviaba un refuerzo de 2 000 hombres para cubrir las puertas de las veredas.

Santa Ana contestó estas indicaciones, ordenando que, no obstante, permaneciera en su posición, previniéndole al general Valencia de que cuando avanzara el enemigo se retirase á Tacubaya. Pero al día siguiente le envía otra orden mandándole que avance con todas sus fuerzas hasta Coyoacán, adelantando la artillería á Churubusco, en la creencia de que los americanos avanzarían sobre San Antonio.

Sin embargo, Valencia juzgó con cierta perspicacia que era peligroso abandonar el punto que ocupaba y por donde el enemigo podría dirigirse hacia San Ángel y por eso el general mexicano rehusó abandonar aquella posición que el día anterior había declarado insostenible. Santa Ana no insiste ya; halaga su rencor de rivalidad contra el general Valencia, convencido de que será envuelto y hecho pedazos, prometiéndose el envidioso jefe gozar con la derrota de

su compañero de armas á quien no había de auxiliar en el más apurado trance, aunque con tal auxilio se lograra inflingir sería derrota al ejército invasor y dar un triunfo espléndido y decisivo á la patria, que tanto lo necesitaba.

Así pues, el general Valencia obstinado en defender á todo trance su posición de Padierna, continuó sus reconocimientos, mandando ejecutar las fortificaciones pasajeras más indispensables y más urgentes.

Para mayor inteligencia de la batalla que iba á desarrollarse en los campos de Padierna, y teniendo en cuenta que el creciente progreso del Distrito Federal ha trasformado en gran parte el aspecto y disposición topográfica de aquel paraje, tomamos este croquis literario á una obra de la época, que lo delinea clara y fielmente, refiriéndose á tan terrible tragedia militar:

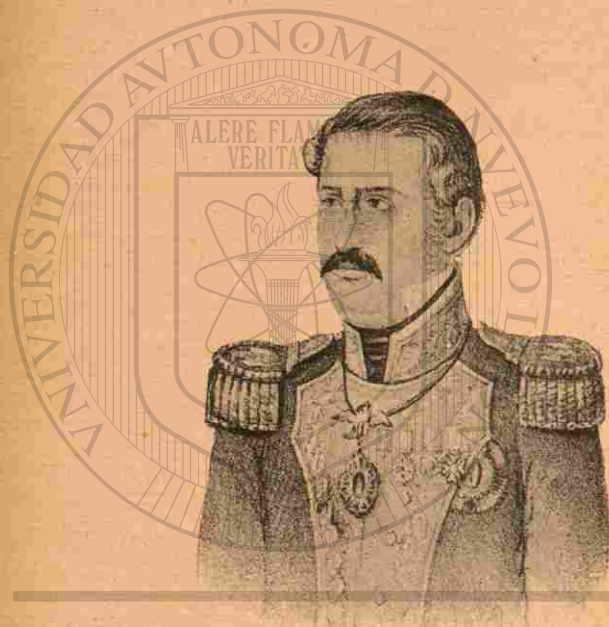
« Por el S. O. del fértil pueblo de San Ángel, distante de México cosa de tres leguas, hay un camino carretero, amplio y cómodo, que conduce á la fábrica de tejidos de la Magdalena y pueblo de Contreras. Al nacer el camino, y á su izquierda, parte la senda que va al pueblecillo de Tizapán, cubierto de árboles, y á sus orillas Mal-País; á la derecha, en varias direcciones, hay veredas que llevan á algunas posesiones de campo, entre las que se halla el molino del Olivar de los carmelitas; y más el Oeste, esto es, frente al rancho de Anzaldo, se ve por entre un pequeño bosque, blanquear la torre del pueblecito de indios llamado San Gerónimo, rodeado de lomeríos y barrancos desiguales y caprichosos que, dejando á trechos hoyos y planos reducidos, van á tocar la falda de los montes del S. O. del camino, que guía, por

entre malezas y veredas incómodas, á la carrera de Cuernavaca.

Á poco menos de una legua de San Ángel, está Anzaldo, edificio cuadrado, no muy alto ni extenso, cuya huerta toca la derecha del camino. Ascendiendo éste, se desvía al S. E. una pequeña y empinada loma que los naturales llaman Pelón Cuauhtitla, y forma un punto eminente entre el camino, que subiendo, lleva á la Magdalena, y la vereda que abatiéndose al pie de las lomas, hundiéndose en el pedregal, tuerce su giro rumbo al Este y conduce á la Peña Pobre, hacienda de las orillas de Tlalpam. Esta nueva senda está practicada en la lava volcánica del pedregal, la que esparcida en trozos desiguales, hace penoso el tránsito. El Sur de ella lo limitan varios cerros que se encadenan hasta el camino de Cuernavaca, descollando al principio de ellos el de Zacatepec; y al Norte se extiende el pedregal escabrosísimo, que descubre de trecho en trecho, entre ruines arbustos y yerba salvaje, más bien grietas que veredas, por donde más que transitan, trepan y suelen escurrirse los nativos de aquellos lugares. Sobre ese pedregal, después de una hondonada que forman las aguas de la Magdalena, al pie de las lomas de Pelón Cuauhtitla, se levanta el rancho de Padierna, con cuartos humildes, de adobe, y los más de los techos, de tejamanil. Á los alrededores de este cuadro hay sembrados, y de distancia en distancia se descubren las haciendas, las fábricas, mansiones de la industria y del trabajo, embellecidas por una vegetación risueña y nuestro cielo espléndido y magnífico.

Sobre aquellos campos el general Valencia extendió su veterano y bravo ejército del Norte con la intención estratégico-táctica de atacar el flanco izquierdo del

enemigo, si caía éste desprendiéndose de Tlalpam sobre San Antonio, donde deberian encontrarse las tropas de Santa Ana, ó de sostener un choque de frente contra las columnas americanas, sobre cuya retaguardia ó derecha podía el general en jefe mexicano destruir las filas enemigas, rechazando al ejército del general Scott.



General Valencia.

XV

BATALLA DE PADIERNA

Resuelto el general Valencia á librar batalla á los americanos, cortándoles el camino que va de Tlalpam á San Ángel, tomó posiciones en Padierna, colocando en la loma de Pelón Cuauhtilla sus baterías, apoyadas por la división del general Mejía, situada en el mismo rancho de Padierna, colocándose otra de infantería hacia la izquierda con el cuerpo de San Luis Potosí; y á la derecha los Auxiliares y Activos de Celaya, Guanajuato y Querétaro, formando una brigada al mando del teniente coronel Cabrera. En segunda línea, se tendieron los batallones 10º, 12º, Fijo de México y Guarda Costa de Tampico. En Anzaldo se situó la reserva compuesta de los cuerpos de Zapadores, Mixto de Santa Ana, y Aguascalientes, parte de la caballería con el 2º, 3º y 8º de Línea, y el Activo de Guanajuato. En la extrema derecha quedaron los regimientos 7º y San Luis.

Según un crítico militar, testigo presencial y actor en la contienda de Padierna, la posición escogida por Valencia, tal vez hubiese sido buena teniendo los

flancos bien apoyados, el frente despejado y la línea de retirada perpendicular al centro, ó al menos á una de las alas de la batalla que allí se estableciera. Pero ninguna de estas ventajas tenía. Colocado en un rincón al S. O. del Valle, sus flancos quedaban descubiertos y el frente obstruido por los sembrados de maíz y por árboles, arbustos, y rocas de lava en la parte que llaman el Pedregal, todo lo cual podía ocultar las operaciones del enemigo y favorecer sus ataques, como sucedió por fin, desgraciadamente.

La espalda quedaba cerrada por elevados montes, y la línea única de retirada, hacia la izquierda, en la prolongación del frente de batalla, estaba sobre un terreno accidentado: de suerte que si esta línea era cortada por el enemigo, como lo procuraría indudablemente, no había salvación posible, en caso de derrota.

Pero además de los defectos de la posición, se incurrió en otros, en el modo de ocuparla; — sigue diciendo el crítico citado; — en vez de extender la línea hasta Anzaldo, apoyando fuertemente el centro en el bosque de San Gerónimo donde podían ocultarse parte de las fuerzas, el general Valencia formó en escuadra su artillería, y colocó las tropas en varias líneas sobre las lomas de Padierna; de manera que á nuestro adversario le era muy fácil ver, desde alguna altura, su disposición, valuar sus elementos y aun contar las tropas.

El emplazamiento de la artillería era por demás defectuoso, pues en lugar de cruzar sus fuegos sobre el frente de la batalla, para defenderla, hacía divergentes sus líneas de tiro, y dispersaba sus proyectiles.

Acaso, la fuerza de que disponía aquel jefe no era bastante para ocupar una línea tan extensa como la propuesta; pero, en tal circunstancia, parecía más con-

veniente abandonar Padierna, concretándose á defender las lomas de Anzaldo y el bosque de San Gerónimo, que presentaban mejores elementos, con varios edificios que podían prolongar la resistencia, hasta la llegada de refuerzos que vendrían necesariamente por retaguardia; y en caso de desgracia, las tropas hallarían modo de retirarse.

Mas al ocupar solamente las lomas rasas de Padierna, quedó libre el enemigo para cortar nuestra línea de retirada, ocupando el Bosque de San Gerónimo, camino indicado para rodear nuestra posición y atacarla por retaguardia.

Para comprender perfectamente lo que va escrito, bastará contemplar un momento el croquis.

Ahora examinaremos los detalles del orden de batalla.

Su línea, como puede verse, era quebrada, aproximándose al ángulo recto. Á la derecha se situaron las dos piezas ligeras, B, que ganó el ejército en la Angostura, sostenidas por dos escuadrones.

Seguía la batería B, compuesta de cañones de á 12 y de á 16, la cual se quiso cubrir con un espaldón que sólo llegó á ser rodillera, y fué *la única obra de fortificación que se intentó levantar en Padierna.*

Á la izquierda desplegaba un batallón en batalla, y después una batería con tres obuses de á 68.

Al pie de la loma, en el camino hondo que por allí pasa rumbo á Contreras, se establecieron dos batallones D, que quedaban cubiertos por una magueyera sembrada sobre un borde que les podía servir de parapeto.

El ranchito de Padierna, que está situado á pocas varas al pie de la loma, no fué ocupado seriamente.

Detrás de las baterías, en segunda línea, formaron en línea desplegada tres batallones; y otro, á retaguardia del flanco izquierdo como en reserva.

El resto de la artillería, E. E. se colocó como se ha dicho, formando martillo, con el frente al Norte, mirando hacia el Bosque de San Gerónimo, como si ya se hubiese consentido en que lo ocupase el enemigo.

A las dos de la tarde, se avistaron sus tropas que en dos columnas paralelas ascendieron á las altas lomas de Zacatepec, desde donde nuestro campo era perfectamente dominado y sobre el que empezó á hacer sus fuegos una batería ligera americana, á la que respondió con tiros inciertos, por lo escabroso del terreno, la artillería de Pelón Cuauhtitla. Las columnas enemigas avanzaron á la carga sobre el rancho de Padierna, cuyas avanzadas rompieron sobre aquéllas un vivísimo fuego de fusilería.

El general Valencia hizo llevar las reservas situadas en Anzaldo al centro de la línea de batalla, abandonando, torpemente, aquel punto que pudo haber sido defendido con energía y éxito, por ser un edificio sólido y rodeado por defensas naturales del terreno, punto tanto más importante cuanto que cerraba la izquierda de nuestra línea.

El general Scott, con el intento de envolverla cortando la retirada y cayendo á retaguardia de nuestras posiciones, hizo adelantar tropas de infantería por el Pedregal, donde quedaron ocultas, yendo luego á apoderarse de Anzaldo, para continuar en orden disperso su movimiento envolvente á nuestra izquierda, hasta ocupar el bosque de San Gerónimo, en el que, parece increíble no haya fijado su atención el general Valen-

cia. Los americanos fueron llegando á él lentamente, haciéndose fuertes para amagar la retaguardia mexicana.

Entretanto las columnas americanas asaltantes de Padierna, después de un reñido combate en que cayó herido el general Parrodi, hicieron retirarse en buen orden á la brigada mexicana que defendía el rancho, cayendo éste que no había sido fortificado, ni siquiera ocupado radicalmente, en poder del enemigo, quien lo aspilló al instante, rompiendo un fuego terrible tras de sus muros sobre las lomas donde jugaba nuestra artillería.

En estos momentos, Valencia comprende el peligro que hay de que su adversario siga ocupando el bosque de San Gerónimo; y manda al regimiento de Ganajuato á que se apodere de él, desalojando á los americanos. Efectúase la carga. Pero un solo cuerpo es impotente contra una posición tan difícil de ser tomada por pequeña fuerza de caballería, y tras inútil refriega, el regimiento tiene que volver grupas, diezmado por un fuego espantoso. Entonces Valencia, tras este fracaso y notando que los americanos del bosque, orgullosos con su triunfo y aumentándose su número cada vez más, intentan una salida para dar un contragolpe, ordena al general Torrejón que cargue con toda la caballería y tome el bosque á toda costa.

De nuevo envía también repetidos avisos al general Santa Ana que se encuentra muy cerca con su fuerte división, comunicándole ataque al enemigo por la retaguardia con lo que el triunfo sería completo para las armas mexicanas, evitando, por otra parte, el peligro inminente de una terrible derrota.

La segunda carga de nuestra caballería se realiza

con vigoroso ímpetu, recibéndola la infantería americana, tras el bosque, con los nutridos fuegos de sus rifles. En el lindero se traba un encarnizado combate, cayendo en las primeras filas, al frente de sus jinetes, el general Frontera, lo mismo que otros valientes oficiales que pagaron con su vida aquella desesperada tentativa heroica!

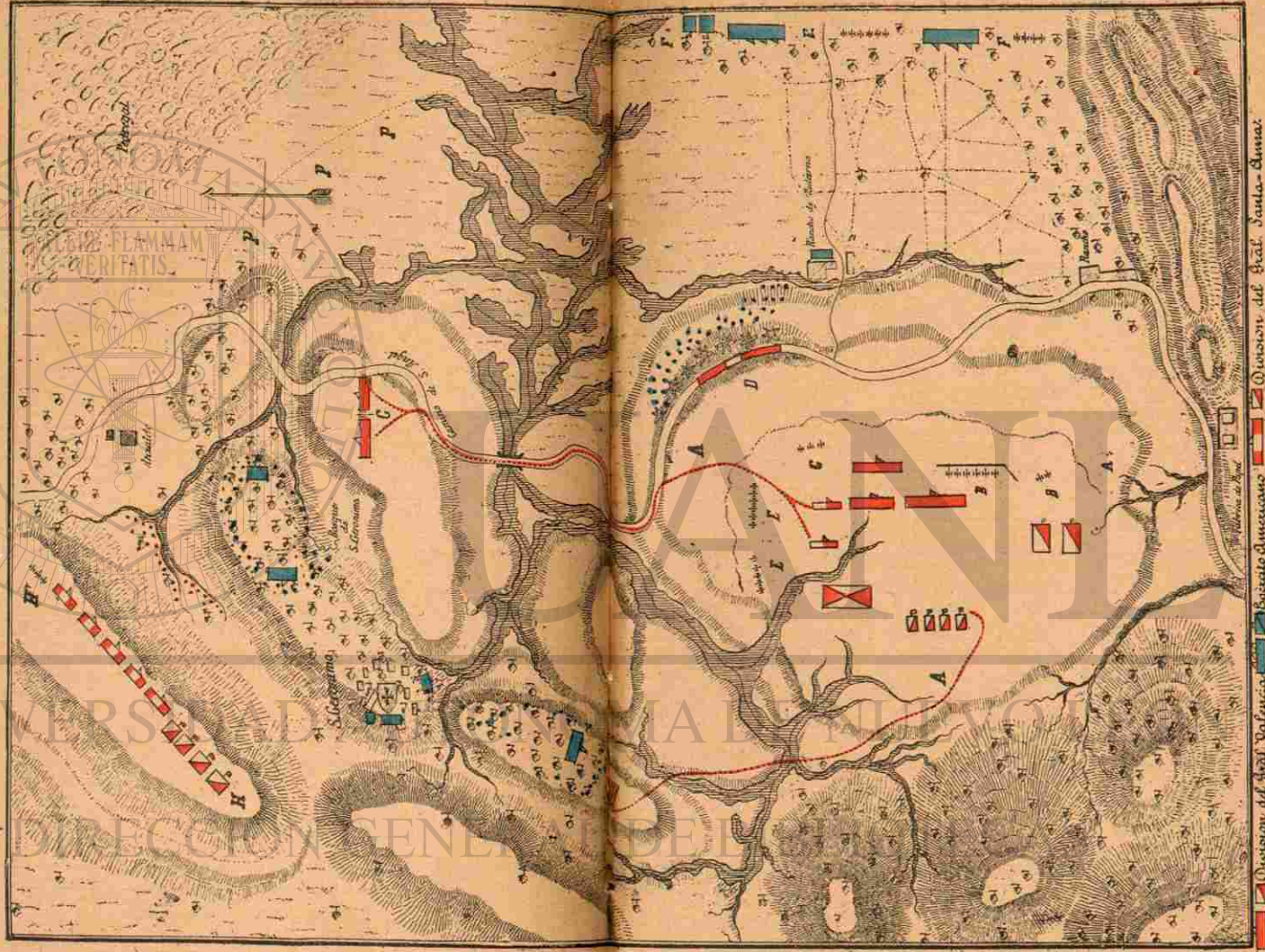
Nuestra caballería tuvo que retroceder imposibilitada en absoluto de obrar en terreno quebrado y obstruido, sobre infantería que, bien oculta en la espesura de un bosque, pudo aniquilar impunemente á su adversario.

El obstinado Valencia, con anticipación al ataque de la caballería sobre San Gerónimo, había destacado una batería apoyada por dos batallones en el camino de San Ángel, para batir el citado bosque, intentando impedir la llegada de nuevos refuerzos.

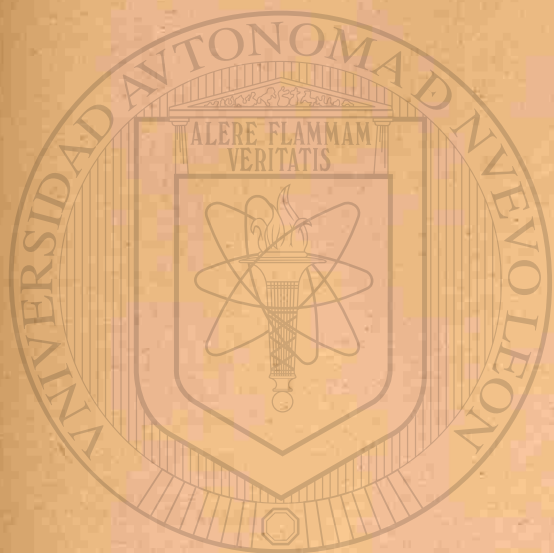
Cuando la batalla se había generalizado, en el preciso instante crítico en que las baterías de las lomas batían, sostenidas por cuerpos de infantería, el rancho de Padierna, preparándose á recobrarlo por un esfuerzo supremo; cuando de nuevo se rechazaba á tropas americanas ante los magueyales del camino y se reformaba á nuestra retaguardia la caballería, apareció como nuncio de salvación y victoria para el ejército mexicano, la división del general Pérez enviada por Santa Ana, desplegando en batalla sobre elevado y extenso lomerío (H. H.) (Véase el Croquis), apoyando su extrema izquierda con una batería ligera, que envió sobre San Gerónimo algunos proyectiles.

La presencia de aquellas fuerzas, frescas y numerosas, en las lomas del Toro, por donde apareció el general Santa Ana amenazando San Gerónimo é intentando

Croquis de la batalla de Padriena presentada á los Americanos el 19 y 20 de Agosto de 1817.



Division del Real Valenciano, Ejército Americano, Division del Real Santa-Cruz.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

unirse á Valencia, dividiendo así al ejército americano, de un modo fácil y decisivo para la derrota del enemigo, produjo un júbilo indescriptible en nuestros jefes, y el mismo general Valencia que momentos antes se aprestaba á enviar refuerzos á los puntos sobre los cuales creía que se acercaban otras columnas enemigas, viendo las tropas de Santa Ana, hizo resonar dianas alegres de victoria en toda su línea de batalla, acompañadas con el unánime grito de ¡Viva México! que en tono de triunfo lanzaron á la hora del crepúsculo — ¡sinistro crepúsculo de muerte y derrota! — los regimientos mexicanos.

Era que Valencia creía que el general presidente viéndole en aquel conflicto que al punto podía resolverse en victoria, caería sobre el americano, cortándole, como hemos dicho, sin que pudiese ni siquiera escapar. (Y efectivamente, tan crítica se hizo la situación del ejército invasor al aparecer la división intacta y de refresco de Santa Ana, á su retaguardia, que el general Scott, quien desde el cerro de Zacatepec observaba todas las peripecias de la batalla, tuvo un ademán de desesperación, y principió á ordenar su retirada, comprendiendo la magnitud del peligro en que súbitamente lo ponía la presencia hostil de la nueva división.)

Iba á consumarse de pronto la derrota del adversario después de haber estado indeciso y aun adverso para nosotros el giro de la batalla, y, cuando en el instante del crepúsculo todos los nuestros esperan el ataque terrible de sus hermanos contra el enemigo común, vese inmóvil, ¡criminalmente inmóvil, frío espectador del tremendo drama! al general presidente, delante de sus tropas, ¡oh! de aquellas tropas que pudieron ser la salvación y la gloria de la Patria!....

Obscurecía ya.... El cielo encapotado fúnebremente presagiaba recia tempestad, iluminando con relámpagos súbitos y rojos el campo de batalla.... hay confianza aún en las tropas mexicanas en las que la voz de su bravo general Valencia hace vibrar los viejos heroísmos de su raza... y entonces, á los toques de ataque y diana, que se confunden en un solo himno de bravura magnífica, se precipitan los batallones de las lomas, sostenidos por el fuego de sus baterías, contra el rancho de Padierna, y tras los horrores de sangrienta pelea, penetran entre los escombros del Caserón, recobrándolo á costa de inauditos esfuerzos, á bayoneta calada.

Al efectuarse este asalto, desaparecieron de las lomas del Toro las fuerzas de la división de Santa Ana, y habiendo llegado la noche, las tropas mexicanas quedaron en sus primitivas posiciones en la firme y consoladora creencia de que al día siguiente aquella reserva virgen completaría la derrota del enemigo.

Mas no fué así: apenas verificado el último glorioso episodio de la batalla, la división que tanto pudo hacer por decidir victoriosamente la jornada para orgullo de nuestras banderas, se retiró rumbo á San Antonio, después de haber disparado unos cuantos cañonazos sobre el bosque de San Gerónimo, como una despedida que en el campo mexicano se tomó como rotunda y sonora promesa de triunfo!

Durante la noche, tras las fatigas del combate, hubo en las tropas acampadas la dicha y la satisfacción de haber contenido los ataques del invasor con la fe magnífica de aniquilarle á la mañana siguiente; y si en los soldados había tal satisfacción, en el general Valencia y gran parte de su Estado Mayor, el regocijo no tuvo límites. Así fué que el general en jefe redactó pompo-

samente un parte al Gobierno general, relatando su victoria y proponiendo empleos, ascensos y condecoraciones á granel á quienes más se habían distinguido en la jornada.

Á las nueve de la noche, hora en que descendía copiosa lluvia sobre el campamento, llegaron á la barraca que servía de tienda al general Valencia, algunos ayudantes y amigos de Santa Ana (quien se albergaba en San Ángel) comunicándole de orden de éste, que se retirase á todo trance, aun abandonando su artillería y trenes.

Valencia tuvo entonces la certeza de su abandono, vióse por completo aislado, cercado por fuerzas enemigas que le aplastarían del todo, si no se abría paso vigorosa y denodadamente á través de ellas!

Pero lo peor fué cuando la terrible noticia del abandono de la heroica División cundió entre sus filas, en la noche lluviosa y fatídica, llevando á los espíritus de tantos valientes un hálito envenenado de abatimiento y desconfianza.... ¡y la eterna palabra sombría pasó con soplo de cólera y vergüenza por sobre todo el ejército diseminado en las ásperas lomas de Padierna, agobiado por el hambre y la fatiga de la lucha, transido por la fría lluvia.... ¡oh! sí, pasó de nuevo como en tantas otras catástrofes la maldita frase: ¡traición! ¡traición!

Júzquese de la rabia que produciría en el impetuoso Valencia la noticia de su abandono complicado con la orden de retirarse del campo. Á esta no obedeció el bravo jefe, y reuniendo en la madrugada á sus principales subalternos en un rápido Consejo de Guerra, resolvieron todos resistir con brio y decoro los ataques

del enemigo por entre cuyas filas deberían abrirse paso furiosamente, en el instante más oportuno.

Amaneció. Y el adversario que había hecho avanzar sus fuerzas en gran número por nuestra izquierda, robusteciendo San Gerónimo, envolviendo completamente todas las posiciones de Valencia, lanzó tres columnas sobre ellas : una contra el rancho de Padierna, otra sobre la retaguardia nuestra, y la última sobre la derecha desbordando el camino de San Ángel.

Los jefes mexicanos que aun alentaban, al amanecer del día 20, ligera esperanza de que por aquel rumbo les llegara algún auxilio, prepararon vigorosa resistencia, y cuando por fin tuvieron el atroz convencimiento de su abandono, indignados y rabiosos, atacaron las líneas americanas cuyas columnas se iban estrechando en torno de nuestros batallones. Cuando á retaguardia de ellos tronaron las descargas enemigas, la confusión fué espantosa; sin embargo, gracias á la energía de heroicos capitanes, se hizo frente á la avalancha que iba arrollando todo... Y el parque general cayó en su poder, sin que pudiera impedirlo nuestra caballería, incapaz de cargar en terrenos escabrosos, falta de dirección y de unidad, con los jinetes y caballada exhaustos. No se utilizaron ni algunos cuerpos de infantería por tener inútiles sus municiones á causa del chubasco de la noche. En vano el general Valencia trató de formar con lo más veterano de las tropas una columna; todo fué inútil : el pánico desmembró los restos de su división y sólo algunas secciones aisladas, á fuerza de temeridad y astucia, lograron escapar á la persecución de la caballería americana cuyos recios sables se enrojecieron hasta la empuñadura en sangre mexicana!...

El derrotado jefe tomó el camino de Toluca, por habérsele advertido que Santa Ana furioso por su desobediencia, pensaba fusilarle!

.....
¡Quién sabe cuál de los dos caudillos merezca más el anatema de la Historia!



XVI

DEFENSA DE CHURUBUSCO

Siniestras fueron las consecuencias de la derrota de Padierna : era el aniquilamiento de la veterana División del Norte y la pérdida de las fortificaciones de San Antonio que ya no tenían objeto, por poderlas envolver el enemigo, con el camino de San Ángel abierto á éste.

Santa Ana desde la noche previó tales desastres — que pudo haber evitado — ordenando desde luego que su División evacuara San Ángel al amanecer, rumbo á Panzacola, disponiendo que se abandonase San Antonio, destruyendo sus atrincheramientos para concentrarse en la segunda línea de defensa. La brigada Ligera, á las órdenes del general Pérez, se retiró por Coyoacán al puente de Churubusco, para seguir luego á la Candelaria, lo mismo que la brigada de Reserva del general Rangel, quien contramarchó rumbo á la Ciudadela, entrando por la garita del Niño Perdido. El jefe mexicano quedó á retaguardia con su Estado Mayor. Los regimientos de *Húsares, Ligero de Veracruz* y los restos de caballería de la *División del Norte*,

en las primeras horas de la mañana se habían incorporado á las tropas que salían de San Ángel.

Los americanos emprendieron una furiosa persecución contra éstas, por el camino de Coyoacán, molestando con sus descargas la retaguardia y los últimos rezagados que eran muertos ó hechos prisioneros. En este último punto hizo alto el general presidente para organizar sus diversas tropas, y cuando todas estuvieron reunidas, prosiguió la retirada hacia Churubusco en cuyo convento estaban de guarnición los cuerpos de Guardia Nacional, « Independencia » y « Bravos », al mando de los generales Rincón y Anaya.

Al mismo tiempo que llegaban de Coyoacán las fuerzas de Santa Ana, al puente de Churubusco con las tropas que se retiraban de San Ángel, desembocaban también, en confusa retirada, las que defendían las fortificaciones de San Antonio, perseguidas por la columna americana del general Worth.

Este jefe tuvo orden del general Scott para que saliera de Tlalpam con una fuerte división sobre el frente de San Antonio, en tanto que las divisiones Pillow y Twiggs, desprendidas del campo de Padierna, se aproximaban por la retaguardia para envolver la posición. Bien sabía Scott que tomado San Antonio tenía un camino hacia la capital, corto y practicable para sus trenes.

El general Don Nicolás Bravo era jefe del punto donde había, antes de la llegada de los cuerpos de Guardia Nacional, « Hidalgo » y « Victoria », algunas fuerzas veteranas ó activas procedentes del Sur, unas y otras en número de más de 2 000 hombres. Los cuerpos de Guardia Nacional constaban de 1,200 plazas y se trasladaron con los demás de la brigada Anaya, al

mando del general Rincón, del Peñón á Churubusco, el 18 de Agosto, de donde avanzaron á San Antonio el 19.

Á las siete y media de la mañana del funesto 20 de Agosto, recibió el general Bravo la orden de retirarse, abandonando la posición y destruyendo sus fortificaciones. Dos horas después emprendió dificultosamente la marcha, cubriendo la retirada el mismo jefe con su Estado Mayor y las fuerzas del Sur. Momentos después apareció por el Pedregal una de las brigadas de Worth, cuyas avanzadas rompieron el fuego sobre la columna en marcha, que se fué batiendo con brío y orden hasta el puente de Churubusco, donde como hemos dicho, se encontró con la columna que se retiraba de San Ángel, originándose entonces una gran confusión.

Santa Ana, que organizaba la defensa del puente, hizo que las tropas que venían de San Antonio continuaran su marcha hasta las garitas de la capital, no obstante las instancias que sus jefes hicieron por quedarse á defender el puente ó el Convento de Churubusco.

En Xotepingo y las inmediaciones de San Antonio, quedaron algunas tropas conteniendo el avance de los americanos, y resistieron con denuedo hasta quedar cortadas por el enemigo en cuyo poder tuvieron que dejar algunos carros con municiones y piezas de artillería, que iban obstruyendo la calzada y que fueron muy útiles á la columna de Worth, pues tras ellos se parapetaron al avanzar sobre el puente de Churubusco.

El general Santa Ana ordenó verbalmente á los generales Rincón y Anaya que defendían el Convento que á toda costa y hasta el último trance sostuvieran

la posición, para cubrir la retirada de sus tropas y de las de San Antonio, las que como ya se indicó, siguieron por la calzada de Tlalpam á México.

Sin embargo, poco después, viendo que la división Worth se disponía á embestir el puente y sus inmediaciones con las brigadas de su división, fraccionando varias columnas de ataque, hizo volver el jefe mexicano á los cuerpos Ligeros del general Pérez, para que violentamente reforzaran el puente de Churubusco en cuya cabeza había colocado poco antes una batería de cinco cañones, apoyada por las compañías de « San Patricio y el batallón de Tlapa.

Mientras tanto, otras columnas americanas desprendidas de Coyoacán, avanzaban resueltamente sobre el Convento de Churubusco que dominaba el camino, apenas fortificada la posición con defensas en cuadro en torno del sólido edificio del Convento, construidas aquéllas, con trincheras de tierra floja revestidas de adobes, y defendido todo, como ya dijimos, apenas por dos cuerpos de « Guardia Nacional » : « Independencia » y « Bravos ».

Era que el general Scott, convencido de que la columna de Worth iba á arrollar San Antonio, prosiguiendo su empuje por el Sur de la Capital, observando sus movimientos desde lo alto de la torre de Coyoacán, lanzaba por el camino de este hacia Churubusco, la división de Twiggs para que atacase el Convento.

Instantes después, el general en jefe norteamericano, bien informado por sus hábiles ingenieros de la dirección de nuestras tropas en retirada, sostenida ésta, brava, pero difícilmente, por la épica resistencia del puente y Convento de Churubusco, ante cuyas defensas se estrellaba el ímpetu de las diversas columnas de Worth

y Twiggs, las que reforzadas á tiempo podían pasar adelante, tarde ó temprano, mandó que otra división compuesta de cuerpos voluntarios, al mando del general Shields, vadease el río y fuera á cortar la retirada de las tropas mexicanas, apoderándose de las importantes posiciones La Troj y Portales, un poco á la derecha y á espalda del convento de Churubusco.

Formada ya una idea general del plan del enemigo para perseguir nuestras tropas y envolverlas, prosiguiendo por otra parte su avance hacia la capital, contemplemos un instante el magnífico espectáculo de la defensa del puente de Churubusco, mientras á retaguardia de este punto el convento asaltado á su vez, immortalizaba su digna guarnición, á costa de prodigios heroicos!

El puente de Churubusco tendíase sólidamente, á caballo sobre el álveo profundo de escarpados ribazos del río que corta perpendicularmente la calzada. En la cabeza del puente se construyó una obra en herradura, apoyada en los mismos relieves del terreno y circundada por un foso con agua, teniendo en sus extremos baluartes que á última hora se artillaron, debiendo advertirse, que ni dicho puente ni el convento formaban parte de línea de defensa, siendo puntos aislados que de súbito se improvisaron en obras defensivas para detener unas horas al enemigo.

La división Worth, parapetándose tras de los carros que habían abandonado nuestras mismas tropas y destacando á su frente derecha é izquierda extensas líneas de tiradores, ocultándose entre las espesas milpas, principió su ataque sobre las trincheras del puente y los ribazos de la margen opuesta, desde cuyas asperezas brotó el fuego graneado de los fusiles mexicanos, en

tanto que de la cabeza del puente nuestra gruesa artillería lanzaba tremendas descargas barriendo la calzada de Tlalpam y sus dos flancos.

Por desgracia, el enemigo había aprovechado sagazmente los carros abandonados en la calzada, y tras ellos contestaban el tiroteo, sufriendo menos de lo que hubiera tenido que experimentar si se hubiera acercado sin tan gratuita ventaja. No obstante, los proyectiles mexicanos de cañón y fusil, siembran la muerte en las filas americanas. Ordenase en éstas una carga decidida contra nuestros parapetos, y una columna avanza por el centro del camino, en tanto que otra á su derecha va contra las escarpas de la margen del río, intentando flanquear la posición; pero los cañonazos de ella, detienen un instante el impetu del adversario; va á reanudar la acometida, cuando estallan ante nuestras baterías, con formidable estruendo, dos carros de municiones que habían quedado abandonados en la calzada, produciendo estragos terribles... Vuelven á rehacerse los americanos, bajo una nube de tiradores suyos, que intentan quebrantar la resistencia de los defensores del puente, y uno de los cuerpos de su derecha, animado por los fuegos nutridos que envuelven á lo lejos el convento que á su turno resiste desesperadamente, se echa sobre las trincheras mexicanas, calando la bayoneta....

Para resistir la nueva embestida, el coronel Gayosso anima á los cuerpos Ligeros, gritando vivas á México y mandando tocar diana á las bandas, en cuyo instante cae atravesado por una bala.

Precisamente cuando más angustiosa era la situación de los defensores del puente, Santa Ana, á la retaguardia, atento á las peripecias de este combate y el

que aun sostenía el convento y al que había mandado parque que se le pidió con urgencia, Santa Ana, deci-



Croquis del combate de Churubusco.

mos, se lanzó entonces á contener la amenazadora maniobra que el enemigo intentaba, cortando nuestra retirada. Al efecto, el general mexicano dirigió por sí

mismo el 4° Ligero y parte del 11° de línea hacia la hacienda de Portales, un cuarto de legua á retaguardia, para contener la división de los voluntarios de Shields, trabándose un recio combate de fusilería en las inmediaciones de aquel punto, hasta que habiéndose sabido que los defensores del puente de Churubusco, rechazados por fin á la bayoneta después del último asalto, se retiraban por la calzada que sigue á México, tuvieron que abandonar también Portales, dejando cortadas á todas las tropas, con gran pánico de ellas, al que se unió el profundo abatimiento que produjo, poco después, la caída heroica del convento de Churubusco.

Contemplemos ahora el sublime panorama que presenta entre tan lúgubres acontecimientos el edificio conventual de Churubusco, rechazando, — aislado entre apacibles huertas, sementeras, bosques y arroyuelos, defendido por un puñado de valientes no acostumbrados al fuego de las batallas, con escaso parque y poca artillería, — el triple empuje de un invasor robusto y engreído con triunfos anteriores y emulando obtener otros iguales á los que simultáneamente verificábanse en el Sur del Valle de México.

El amplio y fuerte edificio del convento, á 400 metros del puente, presentaba á las columnas invasoras su barda de mampostería aspillerada en gran parte, rodeándole atrincheramientos ligeros, ante los que corría un foso, dominando la improvisada fortificación una chaparra torre.

Desde el instante en que el general Rincón se hizo cargo del mando del punto el día 18, había activado la conclusión de las fortificaciones, formando al Poniente y al Sur, que estaban descubiertos, atrincheramientos, de frente á los caminos de Coyoacán y Tlalpam, sin que

pudieran terminarse las obras de la derecha ni de la azotea del convento, circunstancia que en gran parte aceleró su pérdida.

En un principio no había en el fuerte sino un cañón, pero en la madrugada del día 20 se recibió una pieza de á cuatro con su correspondiente dotación, llegando después otros seis cañones de diversos calibres que fueron colocados, enfilando respectivamente los caminos de Coyoacán y Tlalpam.

Los generales Rincón y Anaya que tenían orden de resistir en el puesto á toda costa, distribuyeron en defensa los cuerpos « Independencia » y « Bravos » en los puntos por donde se suponía el ataque del enemigo, hacia el camino de Coyoacán. Previamente se había mandado hasta esta villa un destacamento de exploración á las órdenes del teniente coronel Peñúnuri, en observación de aquel paraje; mas los acontecimientos que completaron la derrota de Padierna hicieron que aquel cuerpo se replegara al convento de Churubusco, donde se esperó al americano, después de haber visto pasar la división en retirada, de Santa Ana, que volvía de San Ángel, y allá, más á lo lejos, la fuerza que abandonaba San Antonio, perseguidas estas y aquellas tropas, por las columnas enemigas á las que debían resistir heroicamente el Puente y el Convento de Churubusco.

El general Scott había encomendado el ataque del Convento á la división de Twiggs, compuesta de dos brigadas al mando de los generales Smith y Riler, más una batería de campaña. La primera brigada formó en columna para tomar el lado izquierdo ó Sur del convento, el que estaba también amenazado por los fuegos de las columnas de Pillow y Worth, que en aquellos

instantes atacaban el puente. Frente al convento se estableció la batería que rompió sus descargas contra las nuestras, en tanto que la brigada de Riler amagaba por la derecha. Á retaguardia, desde la calzada misma de Tlalpam la batería de Duncán que no pudo ser aprovechada contra el puente, cooperó al ataque, cerrando el círculo de fuego de rifle y cañón que envolvió al convento antes de que las columnas de infantería dieran sus definitivos asaltos.

La columna de Smith, á la izquierda, intentó acercarse después de nutridas descargas que el fuerte no contestó; mas cuando estuvo á muy corta distancia, una salva de fusilería, bala rasa de cañón y metralla detuvo á los asaltantes. Reanimáronse; pero otros tiradores de reserva hicieron fuego entonces, volviendo á contener la columna que respondió al fuego con el de sus rifles, en tanto que la batería americana apoyaba el ataque. Por fin, el batallón « Bravos » y las compañías de San Patricio, que ocupaban los redientes y cortinas del frente y de la izquierda, pudieron hacer retroceder la columna de Smith, al mismo tiempo que por la derecha, la brigada Riler emprendía el asalto, esparciendo su gente con el objeto de poder cargar por las incompletas obras de la extrema derecha; pero allí también esta columna fué detenida por el batallón de « Independencia » que cubria las alturas y algunas obras avanzadas. Poco tiempo después de empezado el ataque general al convento, Santa Ana enviaba de refuerzo los piquetes de « Tlapa », « Chilpancingo » y « Galeana » que ocuparon la parte de la derecha, que carecía de parapetos.

Durante una hora el convento vomitó fuego por sus cuatro costados, conteniendo las sucesivas cargas que

el enemigo encarnizado intentó varias veces; y en torno de aquel centro de heroísmo, fuego y muerte, fué estrechando un círculo de hierro, estruendoso y terrible, en tanto que allá, no muy lejos, á la izquierda y retaguardia, tronaban los últimos disparos del puente contra las columnas de Worth y Pillow, detenidas á su vez por la bravura de los cuerpos Ligeros de la Brigada Pérez.

Mas cuando allí fué imposible la defensa, y la bandera de las estrellas ondeó sobre la posición mexicana, lo más fresco de las victoriosas tropas asaltantes contra el puente, cargaron sobre la retaguardia del Convento, volviendo contra él los mismos cañones nuestros. Ante este terrible refuerzo que duplicaba las tropas enemigas, lejos de menguarse la resistencia del reducto, creció en proporción... Nuestros valientes que tenían las manos negras y quemadas por la pólvora, lanzaron ¡vivas! á la patria, y, olvidando la fatiga, siguieron sembrando la muerte sobre el enemigo agigantado. Por desgracia, las municiones escaseaban y el general Rincón que habia mandado infinidad de ayudantes á Santa Ana, pidiendo parque, sólo recibió un carro, que con la precipitación que fué remitido, no se observó su calibre, resultando ser mayor del que se necesitaba. ¡Qué desesperación para aquéllos valientes que pedían, con ansia noble, parque para seguir batiéndose, y que al tenerlo, resultaba inútil, por una vergonzosa torpeza de quien pudo haber hecho aquella resistencia de Churubusco mucho más terrible y tremenda al adversario y aún más gloriosa para la Patria!

Sólo los soldados de « San Patricio », bravos irlandeses que espontáneamente defendieron nuestro Estandarte, pasando á las filas mexicanas por simpatía de

ideales y Religión, pudieron servirse de aquellas municiones, continuando con mayor brío sus descargas, hasta que las del enemigo, en apretada lluvia, daban muerte á tan bizarros tiradores.

Los oficiales y jefes corrían á todos los puestos de mayor peligro, animando á la tropa con sus gritos vibrantes de entusiasmo, dando ejemplo de abnegación y virilidad en lo más desesperado y recio del combate! El general Anaya, en un instante de cólera, al ver que dentro de poco tendrá que agotarse la defensa por falta de parque, se lanza á caballo sobre la explanada; manda cargar una pieza á metralla; y apuntando personalmente sobre la cabeza de una columna que va á desprenderse sobre el parapeto, da fuego. Mas por desgracia, una de las chispas de la mecha incendia el parque próximo, poniendo fuera de combate al capitán O'leary y cuatro ó cinco artilleros que servían la pieza, sufriendo el mismo general varias quemaduras. No por eso se desanimó, y firme y denodado, continuó dando sus órdenes, lo mismo que el general Rincón, hablando paternalmente á los defensores, comunicando á todos su mismo temple de Bronce Heleno.

Y es que el valor que suele salvar las batallas, que es la gloria de un ejército, aun en derrota, lo mismo que el miedo y el pánico que las pierde siempre y es la mengua de una Milicia, se comunica de un modo asombroso á las colectividades por medio del ejemplo.

Así fué cómo en aquella magnífica jornada, los episodios de heroísmo se multiplicaron, y puede decirse que fueron comunes á todos los que se encontraban en aquel recinto, cercado por casi todo el ejército norteamericano, sin que hubiera un solo defensor, jefe, oficial, soldado ó paisano, que no hubiese tenido un

rasgo de bizzarria marcial! Hubo allí ciudadanos, que no habiendo jamás usado un cortaplumas, ni disparado una escopeta de caza, y existiendo cañones que no se usaban por falta de artilleros, se aprestaron á cargar y disparar las piezas como pudieron, con gravísimo peligro de sus vidas. Otros, sirvieron de ayudantes de los jefes, y hubo padres que hacían fuego en el parapeto al lado de sus hijos!...

Tres horas y media, sin un instante de mengua, duró el combate de fuego, terminando al fin por la falta de parque; y sin embargo, antes de rendirse, los jefes resolvieron, con entusiasmo, cargar á la bayoneta. Pero comprendiéndose lo inútil y temerario de semejante tentativa, ordenaron el abandono de las defensas exteriores, replegándose las fuerzas al interior del Convento, no sin que algunos valientes, como Peññuri, hubieran avanzado con el intento de seguir el combate al arma blanca: ¡al dar los primeros pasos, á pecho descubierto, cayó herido de muerte aquel gran mexicano!

Espantoso silencio siguió al estruendo de la lucha, permaneciendo los nuestros á la expectativa, tristes y sombríos por no poder seguir batallando! El enemigo comprende entonces que ha llegado el asalto decisivo y envía sus columnas á la bayoneta sobre los parapetos en los que nota con alegre sorpresa que no se le recibe á metralla como en las anteriores cargas. El capitán Smith, uno de los primeros que, espada en mano, coronan las obras, viendo que no se le hace resistencia, enarbola por sí mismo la bandera blanca, impidiendo que los suyos se entreguen á bárbara carnicería en venganza de los estragos que en sus filas

causaran los valientes defensores del Convento de Churubusco.

Á las tres y media de la tarde había terminado todo en el sombrío Monasterio, habiendo tenido nuestras fuerzas una pérdida de 139 muertos y 99 heridos, la mayor parte artilleros, quedando en poder del enemigo tres generales, 104 oficiales y 1,155 soldados prisioneros; habiendo perdido aquél, entre muertos y heridos, 21 oficiales y 245 soldados.

Poco después de que cayó Churubusco, la División de voluntarios Shilds que se había dirigido sobre Portales, tomaba este punto, después de un desesperado combate, retirándose sus escasos defensores rumbo á la garita de San Antonio Abad, donde, horas antes, habían llegado parte de las tropas de Santa Ana y los restos que defendían el puente.

Las tropas americanas perseguidoras continuaron su avance victorioso por la calzada, hasta aproximarse á la garita, donde las contuvo el fuego de nuestros infantes, retrocediendo la columna á incorporarse con el grueso del ejército norteamericano.

XVII

MOLINO DEL REY

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

causaran los valientes defensores del Convento de Churubusco.

Á las tres y media de la tarde había terminado todo en el sombrío Monasterio, habiendo tenido nuestras fuerzas una pérdida de 139 muertos y 99 heridos, la mayor parte artilleros, quedando en poder del enemigo tres generales, 104 oficiales y 1,455 soldados prisioneros; habiendo perdido aquél, entre muertos y heridos, 21 oficiales y 245 soldados.

Poco después de que cayó Churubusco, la División de voluntarios Shilds que se había dirigido sobre Portales, tomaba este punto, después de un desesperado combate, retirándose sus escasos defensores rumbo á la garita de San Antonio Abad, donde, horas antes, habían llegado parte de las tropas de Santa Ana y los restos que defendían el puente.

Las tropas americanas perseguidoras continuaron su avance victorioso por la calzada, hasta aproximarse á la garita, donde las contuvo el fuego de nuestros infantes, retrocediendo la columna á incorporarse con el grueso del ejército norteamericano.

XVII

MOLINO DEL REY

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



El capitán Lucas Balderas.

XVII

MOLINO DEL REY

Después de los combates del 20 de Agosto, ambas fuerzas beligerantes se sintieron con tal quebranto y fatiga, que, tanto por parte del general Santa Ana como por la del general Scott, se revolió solicitar una suspensión de hostilidades, con el pretexto de deliberar acerca de las condiciones de un Tratado de paz. Por fortuna para el honor de nuestras armas, el jefe americano se adelantó, enviando al Ministro de la Guerra, general Alcorta, una nota en la que, lamentando profundamente los horrores de la guerra inhumana que se hacían dos Repúblicas hermanas, creía que era tiempo de que sus diferencias se arreglasen políticamente, á cuyo efecto pedía un corto armisticio durante el cual podriase tratar amigablemente.

Y después de algunas discusiones entre los comisionados de los beligerantes, quienes se reunieron en Tacubaya el día 22, se firmó un convenio, en el que se estipulaba la cesación absoluta de las hostilidades en 30 leguas á la redonda de México, continuándose el armisticio por todo el tiempo que durasen las negocia-

ciones de paz ó hasta que el jefe de alguno de los dos ejércitos avisase formalmente al otro de la cesación de aquél, y con cuarenta y ocho horas de anticipación al rompimiento de las hostilidades; la prohibición absoluta de levantar obras de fortificación ofensivas ó defensivas entre los límites convenidos, la de que los ejércitos se reforzasen, debiéndose detener todo refuerzo, excepto los de víveres á 28 leguas de distancia del Cuartel General; la de avanzar los respectivos ejércitos sus destacamentos é individuos de la línea que entonces ocupaban, á no ser que condujesen ó se presentasen con bandera de parlamento, yendo á asuntos para que estuviesen autorizados por el mismo armisticio.

El artículo 7º fué para nosotros una ignominia, pues en él se le permitía al Ejército Invasor proveerse de víveres y recursos en la misma ciudad de México. Esto causó trastornos posteriores que aceleraron la ruptura del tratado pacífico.

En efecto, apoyándose en dicho artículo, penetraron hasta las calles principales de la ciudad más de cien carros del ejército enemigo para sacar dinero de algunas casas comerciales y proveerse de víveres frescos en el Mercado. El pueblo se indignó, muy justamente, de que el inicu Invasor, causa de tantas desgracias para la patria que había derramado la sangre de sus hijos, entrara tranquilamente á abastecerse para regalarse, á la misma Capital de la República á la que había ultrajado y á la que amagaba con un golpe de muerte. Tomóse á traición de Santa Ana aquel acto y se revolvió furioso el indignado pueblo contra los carteros del enemigo, apedreándolos. El Gobernador del Distrito intentó reprimir el tumulto con la fuerza

pública; y he aquí que los *lanceros* mexicanos vuelven sus armas contra el pueblo defendiendo al Invasor!

Á duras penas y sólo por la pacífica persuasión del general Herrera que arengó al pueblo, manifestándole que el valor no se muestra con *gritos* y *mueras* ante inermes, — sino en el campo de batalla, frente á los adversarios armados, — se logró calmar la indignación pública.

Las negociaciones de paz no daban resultado alguno, pues los comisionados norteamericanos tenían pretensiones exorbitantes en abierta pugna con nuestro decoro nacional.

El día 6 de septiembre, recibió el Presidente Santa Ana un oficio del general Scott en el que éste manifestaba orgullosamente que consideraba violado el armisticio por parte de México y declaraba rotas las hostilidades, si no recibía al instante satisfacción y reparación. ¡Era de nuevo la guerra! Las bandas militares tocaron Generala, y las campanas á *rebato*, continuándose los aprestos de resistencia, reforzándose las guardaciones de las garitas, en tanto que el ejército americano que ocupaba Tlalpam, Coyoacán y Tacubaya, era movilizado para avanzar sobre la Capital.

El objetivo del plan del enemigo, consistía desde un principio, en abrirse paso por el Poniente, después de nulificar las posiciones de Molino del Rey, Casa Mata y Chapultepec. El general Scott creía que en la primera de aquellas posiciones tenía el ejército mexicano un gran acopio de elementos de guerra y sobre todo abundante existencia de sacos de pólvora.

Además, teniendo en cuenta que el ataque sobre la Capital era decisivo si se dominaba el Oeste, — relativamente más fácil de ocuparse, desprendiéndose las

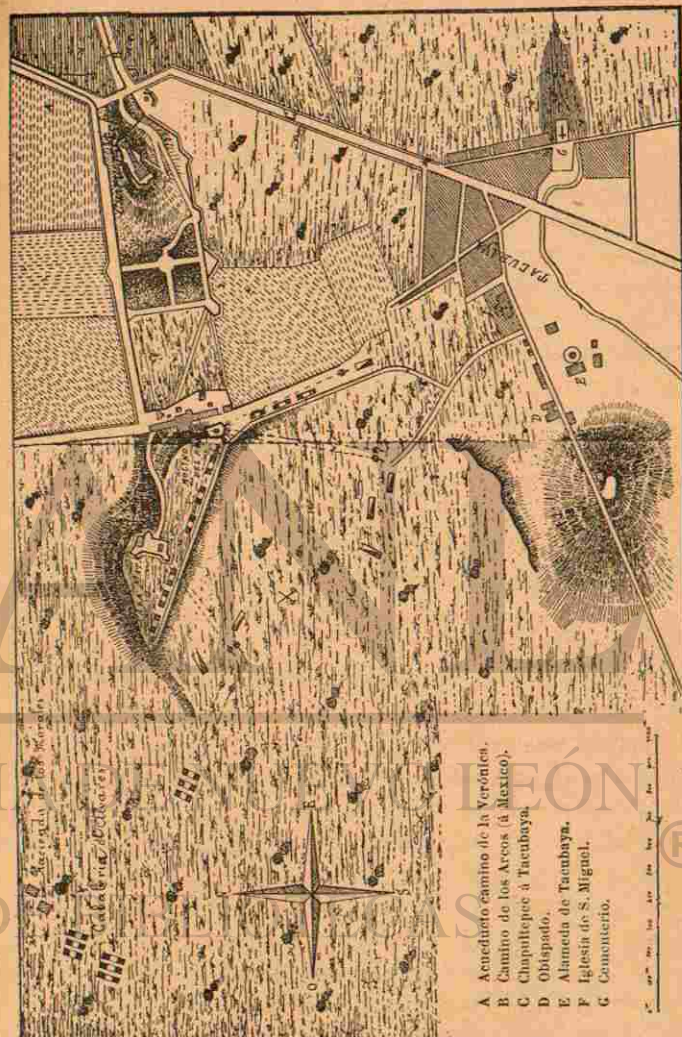
columnas americanas de Tacubaya, — que las que se lanzaran contra San Antonio Abad, en el Sur, Scott hizo dirigir todo su impulso sobre el rumbo indicado, tanto más cuanto que á su vez el general Santa Ana, rotas las hostilidades, dirigió su vista hacia la región amagada tan especialmente por su adversario.

Este avanzó desde el día 7 sobre la línea de batalla que con gran pompa militar fué estableciendo Santa Ana en los campos de Molino del Rey, Casa Mata, Los Morales y Anzures.

Nuestras tropas ocuparon tras del bosque de Chapultepec el edificio de Molino del Rey, dividido en dos secciones por un acueducto que ofrecia un buen abrigo atrincherado á los defensores. Parte de la finca constituía el fuerte molino del Salvador, ligado por la línea del acueducto, con un antiguo molino de pólvora, dentro de cuyo edificio se construían cañones. Al Norte de esta línea, cuyos extremos eran dos construcciones de tezontle y cantería, estaba la calzada de Anzures, que quiebra al Oriente, en tanto que al Sur limitábase el frente dicho, con los muros y cercas lejanas que veían á los campos y lomas de Tacubaya.

Al N. O. de los molinos había otro edificio aislado, Depósito de pólvora (la Casa Mata) — rodeábale un foso pequeño y varias líneas de chaparros parapetos. Sobre la extensión que abarcaba estas posiciones, en torno de algunas millas, alzábase la cresta más alta del castillo de Chapultepec, cubriendo defensivamente la región occidental con los agresivos fuegos de sus cañones.

Y he aquí cómo Santa Ana cubrió su línea de batalla para impedir el avance de las columnas americanas, que sabía iban á apoderarse de la fortificación mexicana avanzada de *Casa Mata* y *Molino del Rey* :



Croquis de la batalla del Molino del Rey.

En la izquierda, sobre los molinos, hizo colocar la brigada del general León, compuesta de los batallones de *Guardia Nacional: Libertad, Unión, Querétaro y Mina*.

Á la mañana siguiente se reforzó esta guarnición con otra Brigada. El 4° *Ligero* y el 11° de *Línea* ocuparon la *Casa Mata* en el flanco derecho, en tanto que en el centro, entre ambos molinos, tras de zanjas y maguayales compactos, se situaba la Brigada del general Ramírez, con cuatro batallones, apoyando fuertemente una batería de seis piezas.

La *División de caballería* compuesta de 4000 caballos se situó á tiro de cañón de *Casa Mata*, con orden de estar á la expectativa de la batalla, para caer en el momento oportuno sobre el flanco izquierdo del enemigo, en el acto de empeñarse la refriega con nuestra infantería.

La reserva formada por el 3° *Ligero* y el 4° de *Línea*, quedó en el bosque de Chapultepec, pernoctando parte de estas fuerzas en la cima del cerro, al mando del coronel Echagaray.

Pero la batalla que esperaba Santa Ana para el día 7, en la parte occidental de México, no se verificó; y creyendo que Scott ha escogido el Sur, — arrojando sus columnas de Tlalpam, Coyoacán y Churubusco, sobre la garita de San Antonio Abad, — desguarnece en la noche del mismo día 7 la línea de batalla que defiende el Poniente de la Metrópoli, desmembrando el robusto brazo, — bien armado antes y presto á la pugna, — para fortalecer el Sur. ¡ Esto fué el penúltimo desastre!

¿ Á qué retirar de la potente línea de batalla del *Molino del Rey* y *Casa Mata*, apoyada por los fuegos de *Chapultepec*, fuerzas que deberían ser el alma de una resistencia heroica, alentando con su sola presencia

las filas mexicanas, y á qué, sobre todo, dejar sin sostén la batería central, bajo el pretexto de que iba á ser atacada, allá..... hacia San Antonio Abad, la puerta que cerraba ante México la calzada meridional, y por qué tantas vacilaciones y contraórdenes delante de un enemigo que ostensiblemente embestia cierto rumbo de nuestra plaza? ¿ por qué semejante cúmulo de disposiciones militares?.....

Nadie lo pudo comprender entonces. ¡ De nuevo resurgió la frase siniestra, el eterno anatema que para colmo de catástrofes se desplomaba flamigeramente sobre el Director de los destinos de la Nación mexicana... brotó de nuevo dantesca y trágica la palabra ¡ traición! ¡ traición! Y no hubo tal traición: fué que se acumularon terribles causas precedentes, atroces, sociales, para determinar en el ejército mexicano, siempre valiente y siempre abnegado, el punto final de la última derrota que fuera al mismo tiempo claro de luz de gloria, cerrando la triste Epopeya de la Invasión Norteamericana en México!....

La brigada del general Worth destacó sus oficiales de ingenieros por entre las lomas de Tacubaya, frente á nuestras posiciones, y ya en la madrugada quedaron instaladas sus baterías cuyos cañones habían de sostener el combinado ataque de cerca de 4000 americanos, bien armados y cubiertos por nubes de ligeros dragones; teniendo á su retaguardia aquella masa impulsiva, confiada en el triunfo, fuerte y rauda, considerables sostenes y reservas, flor y nata de las tropas veteranas enemigas.

Las fuerzas del Jefe Worth fueron sostenidas por tres compañías de dragones, amén de dos piezas de arti-

lleria de sitio de á 24 y por otra brigada ligera americana, repartiéndose las columnas enemigas en un frente considerable en el que jugaban más de 3 500 rifles, ocho piezas de artillería y 400 caballos. Era que habían aumentado su fuerza de ataque en tanto que nosotros lo disminuíamos, como ya está indicado.

Á las primeras claridades del día 8, saludaron nuestro campamento, rompiendo fuegos sobre el Molino, la batería enemiga. A derecha é izquierda fueron avanzando hábiles tiradores americanos hacia nuestras líneas, protegidos por aquella su potente artillería. Los cañones que coronaban las crestas de Chapultepec y la batería que ante los molinos, oculta tras el magueyal activaba sus descargas, respondieron ferozmente al estupendo fogonear de nuestro adversario.

Este batió con sus cañones de Duncán la Casa Mata, disponiendo otros para enfilár su izquierda, hacia donde podía aparecer la caballería nuestra del general Álvarez, quien, como sabemos, tenía orden de acometer el flanco izquierdo enemigo en el instante en que cargara sobre nuestro frente de batalla.

Después de largos despliegues de las secciones beligerantes que maniobraban en sus respectivos campos para formar sus columnas de asalto; después del intenso rebramar de las baterías americanas sobre los molinos del Salvador y la Casa Mata, destácase una columna de infantería enemiga, que lentamente y ladeando pequeñas lomas se aproxima á tomar nuestra batería del magueyal. Resistieron con sus fuegos los bravos batallones que cubrían las azoteas de Molino del Rey y Casa Mata y algunos de los tiradores que se defendían tras las ruinas de los edificios cercanos ó ante los muros del acueducto y los relieves ásperos y ondulantes del terreno.

Pero nuestra batería, que no tuvo próximo sostén, no pudo resistir el empuje de la columna enemiga, y pronto perdió sus cañones, no obstante la resistencia que hizo el 3º Ligero, tras el acueducto. El americano avanza sostenido por los fuegos de su batería ligera, cubriendo su frente con la poderosa y terrible línea volcánica de sus mejores rifles, siguiendo á esta columna de asalto, dos batallones de reserva.

Detúvose toda esta masa ante nuestros fuegos de cañón y fusilería, en tanto que eran amagadas las posiciones extremas del molino del Salvador y Casa Mata, jugando sin cesar contra el centro enemigo la línea occidental de los cañones de Chapultepec.

El primer asalto de la columna americana fué tan impetuoso y tan hábilmente preparado, que después de haber roto su fuego último para llegar á bayoneta á la batería mexicana volteó nuestros cañones, entre hurras furiosos y delirantes, llevándose los á toda carrera, ya que nuestra lejana infantería del acueducto y de los molinos era insuficiente para evitar aquel fracaso.

Al mismo tiempo, otra columna norteamericana cargaba fuertemente sobre el molino del Salvador, á la derecha, protegida por gruesos cañones, en tanto que otras fuerzas amenazaban nuestra izquierda, siempre asegurados los adversarios por la enérgica sugestión de su relativamente poderosa artillería.

Ahora volvamos á contemplar la terrible columna de asalto que arrancó nuestros cañones de la batería central, entre Casa Mata y Molino del Rey.... Se apodera de nuestras piezas, y ya las lleva en son de triunfo, cuando tras los victoriosos enemigos carga á paso veloz el batallón del general Echagaray que en Chapultepec permanecía de reserva..... Carga el valiente

Cuerpo, y el adversario acosado á retaguardia vuelve caras, tiende sus tiradores ante pequeñas columnas que se lanzan sobre las nuestras á bayoneta, mas retroceden..... y extendido otra vez en amplia faja el combate de fuego y arma blanca, logran nuestras banderas bellos triunfos... Las columnas de Echagaray y Balderas arrancan entre la refriega los cañones que nos habían tomado los americanos, y allá en la Casa Mata, al mismo tiempo se rechazan las otras columnas asaltantes, varias veces..... Las baterías enemigas prosiguen un nutridísimo fuego apenas contestado por los cañones de lo alto de Chapultepec..... ¡ Era la revancha!

Allá, tras de las lomas de Tacubaya, bien cubierto su frente por éstas, el general Scott dirige la batalla, y notando la debilidad de nuestro centro, que reforzara espontáneamente el 3º Ligero, hace cambiar el frente de ataque; llama á sus reservas, ordenando que vengan en su apoyo otras fuerzas de Tacubaya, y dirige entonces tres nuevas columnas de asalto hacia nuestras posiciones, lanzándose la primera, formada por la brigada del general Cadwallader sobre los molinos, la segunda sobre el frente de la Casa Mata (donde el general Scott creía encontrar gran acopio de material de guerra) y la tercera para envolver el Norte de la misma Casa Mata. Su caballería se agrupó en su flanco izquierdo dispuesta á resistir el empuje de nuestros escuadrones, apoyada por dos piezas ligeras.

Mientras así se rehacía el enemigo de su descalabro, nuestros cuerpos volvieron á sus posiciones, tras los molinos, en los acueductos y las azoteas, colocando los más diestros tiradores ante las lomas, zanjas, malotriles y asperezas..... ¡ Y carga otra vez el adversario; precipítanse de nuevo sus columnas ante una nube de

fuego, amparadas por el estruendo mortífero de sus baterías sobre nuestras líneas, á las que sostiene el redoblado estampido del cañón de Chapultepec..... El combate se desarrolla más intenso, más desesperado y sangriento!.... y otra vez los asaltantes se retiran, enviando hacia su extrema izquierda su batería « Duncán » dispuesta á contener á la caballería del General Álvarez que empezaba á evolucionar.

Los americanos habían sido rechazados también de Casa Mata, y nuestras tropas, en el delirio de su entusiasmo, saltaron los parapetos y á la bayoneta rechazaron á su vez al enemigo! Era de esperarse en esos instantes que la fuerte columna de caballería que á las órdenes del viejo insurgente suriano, general Álvarez, se encontraba sobre el flanco izquierdo americano, cargara, desfilando entre las quebraduras del terreno, para dar rotundo golpe al ejército rechazado; mas por una fatalidad que explica la impericia y la falta de unidad en el mando, como hemos visto en todas las acciones de guerra de esta lamentable etapa histórica, aquella columna de caballería — que si no pudo haber obtenido éxitos, hubiera logrado ejecutar lo bastante para dar al ejército mexicano, si no una victoria definitiva al menos un glorioso episodio de profunda trascendencia moral, — no cargó, y entonces, vueltos á rehacerse los americanos, tornaron al asalto!.... Truenan nuestros últimos cañonazos, intentando detener sus banderas, y al fin, unos tras otros van cayendo en su poder el Molino y la Casa Mata, tomando de nuevo la batería tan heroicamente disputada en el fragor de tanta contienda!

La batalla fué una de las más terribles; solamente en la Angostura se desarrolló ímpetu igual al que desple-

garon los cuerpos mexicanos que saliendo de sus posiciones fortificadas fueron á contener y rechazar las soberbias columnas adversarias!... Hubo refriegas en que jefes y oficiales dieron ejemplo de valor á sus tropas, cayendo épicamente al frente de ellas el bravo general León y los coroneles Balderas y Gelati!...

¡Jamás el ejército americano había sufrido tanto como ante el valor de estos valientes, en el Valle de México!

Á última hora, como siempre, aparecieron las Reservas de Santa Ana, logrando apenas contener, en torno de Chapultepec, las excursiones de los *voluntarios* del enemigo, trabándose combates parciales en los campos que se extendían á uno y otro extremo del bosque y las calzadas. La artillería del Castillo hizo retroceder á las fuerzas americanas las cuales en la tarde tuvieron que evacuar las posiciones que nos conquistaran á tan alto y enorme precio de sangre!

XVIII

ASALTO DE CHAPULTEPEC



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

garon los cuerpos mexicanos que saliendo de sus posiciones fortificadas fueron á contener y rechazar las soberbias columnas adversarias!... Hubo refriegas en que jefes y oficiales dieron ejemplo de valor á sus tropas, cayendo épicamente al frente de ellas el bravo general León y los coroneles Balderas y Gelati!...

¡Jamás el ejército americano había sufrido tanto como ante el valor de estos valientes, en el Valle de México!

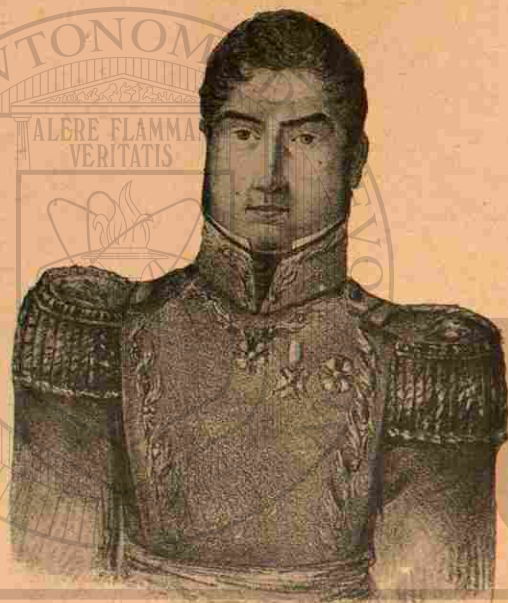
Á última hora, como siempre, aparecieron las Reservas de Santa Ana, logrando apenas contener, en torno de Chapultepec, las excursiones de los *voluntarios* del enemigo, trabándose combates parciales en los campos que se extendían á uno y otro extremo del bosque y las calzadas. La artillería del Castillo hizo retroceder á las fuerzas americanas las cuales en la tarde tuvieron que evacuar las posiciones que nos conquistaran á tan alto y enorme precio de sangre!

XVIII

ASALTO DE CHAPULTEPEC

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



General Leon.

XVIII

ASALTO DE CHAPULTEPEC

La batalla de Molino del Rey demostró plenamente todo el poder de resistencia de que eran capaces las tropas mexicanas, dirigidas con acierto, entereza y valor.... Jornada fué aquella que costó al enemigo torrentes de sangre y varios elementos de guerra, sin lograr obtener las ventajas que merecían semejantes sacrificios.

El general Scott, como dijimos ya, dirigió sus fuerzas contra el Molino del Rey y sus posiciones adyacentes, creyendo adquirir trofeos inestimables y gran cantidad de pólvora, en cuyo concepto, y deseando avanzar por la vía occidental sobre México, amagándolo desde el mismo Chapultepec — golpe de terrible efecto moral sobre el Ejército y la población —, tuvo cruel y profundo desengaño al ver el tristísimo resultado de la batalla que le costó considerables pérdidas. Vió que en los depósitos de Molino del Rey y Casa Mata no había el rico material de guerra que creyó adquirir, ni mucho menos pudo tener con tan arriesgada y sangrienta conquista puntos estratégicos que compensaran la suma de ener-

gías vitales y pecuniarias vertidas en sus operaciones del 8 de Septiembre y las que le precedieron.

Bien sabido es que los generales Worth y Scott tuvieron agrio altercado porque aquél se oponía al proyecto de su general en jefe, juzgándolo inconducente y antiestratégico. Y efectivamente, poco avanzó el caudillo americano después de la sangrienta jornada del Molino del Rey, si se tiene en cuenta que bien pudo evitar aquel choque general, rehuyendo las posiciones sobre las que lanzó sus brigadas, concretándose á tomar Chapultepec, para seguir sin obstáculo hasta la garita occidental de Belem.

Sin embargo, para la causa mexicana la acción de armas que hemos referido fué uno de los últimos desastres, uno de los últimos eslabones trágicos de la lúgubre cadena que, tendiéndose de Oeste á Oriente, limitó las fronteras de nuestra patria, retrocediéndola centenares de millas al Sur.

Nuestras pérdidas en el Molino del Rey fueron terribles, pues cayeron en poder del enemigo, según sus mismos partes, más de 800 hombres, inclusive 51 oficiales, en su mayor parte de la brigada León; pero el adversario sufrió también hondamente, teniendo 58 oficiales y 729 soldados fuera de combate, amén de multitud de prisioneros y dispersos.

Mas si para el enemigo esta jornada fué costosa, para nosotros tuvo un efecto moral decisivo, produciendo el mayor desencanto en la población de la Capital, estremeada dolorosamente por esta catástrofe, no obstante que el general Santa Ana la hizo celebrar como un triunfo, con repiques y dianas!

¡Quería el general en jefe arrojar velos de apoteosis triunfales á sus postreros descalabros!

¡Y pensar que todavía el día 7, en la misma vispera, se convirtió en paseo y regocijamiento público la extensión que ocupaban el Oeste de Chapultepec, los Molinos, la Casa Mata y calzadas de Anzures y la Verónica!... ¡Pensar que de nuevo, después de tan inauditos desastres había sonreído la esperanza de victoria, tanto que la muchedumbre frenética de entusiasmo patriótico, saludó á Santa Ana con gloriosos vivas, redoblando con el griterio universal, las sonoras cajas de guerra, los repiques de las campanas y el rinar flamigero, vibrante y bélico de cien trompetas y clarines!... Triste apoteosis militar de aquel hombre siniestro que tanto había ido amontonando pesadumbres y atroces infortunios sobre la Patria!

.....
¡Traición! ¡Traición! ¡Traición!...

Resurgía la fatídica palabra, vibrando en todas las clases sociales con chasquidos de látigo vengador que azotara vergonzosamente encorvadas espaldas de esclavos!

¿Por qué, por qué no había cargado la caballería? — se preguntaban peritos y profanos en el arte de la guerra.... ¿por qué Santa Ana desguarnecía siempre las líneas que iban á ser atacadas, y cuando estallaba el conflicto no iba en auxilio de los angustiados combatientes, ó cuando lo hacía era para llegar tarde como en esta batalla á cuyo campo se dirigió á la cabeza del 1^{er} Regimiento Ligero, acudiendo sólo á presenciar los estragos de la infausta rota del bosque de Chapultepec?...

Habiéndose retirado los americanos á Tacubaya dejando destacamentos en las posiciones conquistadas,

con artillería ligera y gruesa para batir el bosque y lo alto del cerro, siguióse un duelo de artillería entre la suya y la nuestra, que contestaba dignamente desde la almenada corona del Castillo. Pero al fin los enemigos tuvieron que abandonar el campo, hostigados por nuestros fuegos.

Del 8 al 11, el ejército americano se concretó á reorganizarse, haciendo aprestos desde su Cuartel General que estaba en Tacubaya, para dar un vigoroso asalto contra el Poniente de la ciudad de México. Las tropas enemigas de Tlalpam, Churubusco y Coyoacán, reforzaron en parte á las de San Ángel y Tacubaya, y las avanzadas de las lomas, mientras otras fracciones tenían orden de hacer una demostración de ataque sobre las garitas de San Antonio Abad y la Candelaria.

El general Scott después de haber hecho reconocimientos importantes por las regiones del Sur de la ciudad, se decidió á efectuar el ataque, principalmente por el Oeste, apoderándose de la altura de Chapultepec.

Con este objeto hizo instalar cuatro baterías para que bombardearan el Castillo hasta destrozarlo, produciendo terrible efecto moral entre sus defensores. La primera, compuesta de dos piezas de á dieciséis y un obús de á ocho pulgadas, se instaló en la hacienda de la Condesa para batir el Sur del Castillo, defendiendo sus fuegos al mismo tiempo la calzada de Tacubaya y Chapultepec. La segunda constituida de un cañón de á veinticuatro y un obús de á ocho pulgadas, se situó en la loma del Rey, frente al ángulo S. E. del fuerte; colocándose la tercera, con un cañón de á dieciséis y un obús de á ocho pulgadas, á doscientos cincuenta metros de los molinos; mientras la cuarta, con un grueso obús

de diez pulgadas quedó abrigada dentro del mismo edificio del Molino.

Á estos elementos esenciales que para efectuar el bombardeo acumuló el adversario al Poniente y Sur del Castillo, hay que agregar numerosa artillería de reserva, compuesta en su mayor parte de nuestros mismos cañones de sitio y plaza arrebatados en Cerro Gordo, Churubusco y Padierna, sostenido todo este apresto por densas líneas de infantería, cubiertas por baterías ligeras y Exploradores Ligeros á caballo.

Hábilmente engañó Scott á Santa Ana, haciéndole creer que intentaría el ataque por el Sur de México, enviando á la división Quitman de Coyoacán, á unirse con la de Pillow, *de día*, amenazando las garitas meridionales; pero con orden estos jefes de volver, *en la noche*, con el mayor sigilo y silencio á Tacubaya donde estaba de Cuartel General americano.

El general Twiggs con la brigada Rayler y dos baterías de campaña, quedaron ante dichas garitas en actitud amenazadora.

Nuestro general presidente cayó en el lazo, y al instante que supo lo de las maniobras enemigas contra el Sur de la población, retiró fuerzas de Chapultepec y otros puntos para engrosar sus reservas, dirigiéndose con ellas hacia San Antonio Abad, Niño Perdido y la Candelaria.

Al amanecer del día 12, las baterías americanas rompieron sus fuegos sobre el bosque y el castillo, produciendo espantosos estragos, y después de que aquéllas rectificaron sus punterías pudieron al fin enviar con el más terrible éxito, sus cohetes á la Congréve, sus granadas y sus bombas de hierro...

Chapultepec apenas estaba defendido por muy lige-

ras obras de fortificación : en el exterior un hornabeque en el camino que va á Tacubaya. En la puerta de la entrada oriental : un parapeto y en la cerca débil é impropia como defensa militar, que entonces rodeaba el bosque por la parte Sur, se construyó una flecha, abriéndose en torno un foso de 7 metros de profundidad. Este debía rodear todo el bosque; pero semejante obra, como otras muchas que se empezaron á ejecutar en una posición que debió haber llamado poderosamente la atención de Santa Ana ante un enemigo que tan bien demostraba su designio de atacar la capital por el Oeste, no quedó terminada, y apenas si se colocaron tablones y morillos cavándose al derredor algunas cortaduras entre zanja y zanja. Otras flechas tendiéronse al Poniente y al pie del cerro, colocando fogatas y trampas en combinación, por el trayecto que se suponía siguieran las columnas asaltantes.

El recinto del edificio pomposamente llamado *Castillo*, se rodeó en gran parte con parapetos de sacos á tierra y revestimientos de madera, ramajes y adobes, blindándose los techos que cubrían los dormitorios del Colegio Militar y los principales depósitos.

Apenas 7 piezas de artillería defendían esta posición tan descuidada, en suma, por Santa Ana : dos de á veinticuatro, una de á ocho, tres de campaña de á cuatro y un obús de á sesenta y ocho.

Era el jefe del punto el ilustre y benemérito general Don Nicolás Bravo, quien tenía como segundo al general Mariano Monterde, contando con una guarnición de tropas bisonas y desmoralizadas, que á la hora del conflicto sumaban unos 800 hombres los que se distribuyeron en las obras del bosque y en la propia defensa del edificio, en lo alto del cerro.

En vano el general Bravo hizo ver á Santa Ana lo peligroso que era abandonar la posición al cuidado de tropas reducidas y de mala calidad, (contingente de reclutas indígenas de varios Estados) á los que no se supo ó no se pudo, ó tal vez no se quiso, ni se intentó, hacer penetrar en sus conciencias la fé patriótica, endeerezando el viejo temple heroico de su raza hacia el denuedo provechosísimo de una gran resistencia ante el Invasor.

Al amanecer del día 12, las baterías americanas principiaron el bombardeo sobre el bosque y el llamado *Castillo*, contestando sus fuegos muy escasamente nuestra pobre artillería.

Al principio, fueron nulos los efectos de los primeros disparos dirigidos contra el fuerte; pero muy pronto los jefes ingenieros del enemigo rectificaron sus punterías, y durante todo el día cayó sobre Chapultepec una lluvia de granadas, bombas y cohetes á la Congreve, produciendo estragos espantosos en el material de las fortificaciones y en la escasa tropa que las guarnecía. Hubo necesidad de retirar gran parte de ella para que no sufriera impunemente tan mortíferos fuegos, colocando tras del cerro, hacia el Oriente, á todos los defensores que no pertenecían á la artillería y á los no empleados en las obras de defensa. El enemigo mantuvo en el aire una bomba, en toda la jornada del día 12, terminando la actividad de sus baterías á obscurecer.

En la noche, mientras el general Nicolás Bravo urgía con desesperación, como ya indicamos, por que se reforzaran las tropas de su mando con parte de las reservas intactas que Santa Ana llevaba de un

extremo á otro de la ciudad y sus contornos, sin que, por supuesto, el jefe del punto fuera atendido, el general Scott combinaba sus últimas evoluciones que debían preparar el asalto de Chapultepec.

Apenas se inició la terrible noche del 12 al 13, cuando se comprendió en un instante los desastres ocasionados por el bombardeo, el que según el plan del enemigo, había desmantelado cuanto pudiera servir para operar una resistencia, si no imposible de ser domada, al menos gloriosa para nuestras armas y costosísima para el asaltante.

Á última hora se efectuaron las reparaciones más urgentes, aprovechando las tinieblas, no sin que entre tanto desertaran reclutas, indígenas incapaces de comprender la trascendencia y la ignominia de su acción frente al enemigo, atribulados y desmoralizadísimos como estaban, y sobre todo sin que hubieran surgido voces inteligentes y patrióticas que les hiciesen luz en sus pobres cerebros ensombrecidos.

Algo reanimó el general abatimiento en aquella noche, la presencia, á lo lejos, de una fuerza del Estado de México que llegaba á reforzar las del Valle, al mando del mismo Gobernador Don Francisco M. Olaguibel, perseguida por algunos escuadrones americanos que no se atrevían á atacarla.

Aquellas tropas, unidas á ciertas fracciones de la caballería del general Álvarez, que vagaba tristemente é inútil, por los campos occidentales, debía ser de un gran efecto táctico á retaguardia de las divisiones enemigas que, desprendiéndose de sus posiciones de Molino del Rey y adyacentes, irían á dar los fulminantes asaltos contra el quebrantado Chapultepec.

Mas, por desgracia, se repitieron las mismas, las

eternas faltas de esta lamentable campaña. Hubo órdenes y contraórdenes del general presidente; fatigóse á la tropa sin resultado práctico: tras mil evoluciones tuvo que entrar aquel auxilio del Estado de México, á la capital, lo mismo que las reservas y el pomposo Estado Mayor del general Santa Ana.

Para cooperar á la defensa del Castillo, se dispusieron en la falda del cerro, por la parte Oeste que era entonces la más accesible, unas fogatas de barrenos de pólvora, que no llegaron á encenderse por no bajar á tiempo el teniente de artillería encargado de hacerlas estallar.

Al amanecer del día 13, el enemigo principió más activo que el día anterior el bombardeo, desde las posiciones de Molino del Rey y la batería del Sur. Á las seis de la mañana, el general Bravo comunicó al Ministro de la Guerra la deserción de gran parte de sus tropas desmoralizadísimas por los estragos y sangre que causara la artillería enemiga, encareciendo la necesidad de que se cambiara su fuerza por cualquiera otra en diferentes circunstancias. Santa Ana insistió en no enviarle auxilio alguno hasta la hora del asalto.

Entonces Bravo, sabiendo que la brigada de reserva del general Rangel se hallaba al Oriente muy inmediata, solicitó de éste algún refuerzo, pero se le contestó que no era posible, sin orden del general presidente.

Á las nueve de la mañana, el enemigo lanzó sobre el bosque tres columnas de asalto, una por la parte occidental y las otras á derecha é izquierda, llevando á su frente secciones de Zapadores con palas, barretas, hachas y escalas.

Los americanos avanzaron con resolución, haciendo

á trechos certeras descargas de rifle sobre los parapetos del bosque, donde nuestros escasos soldados respondieron con su fusilería á los gritos de ¡viva México! Al llegar á ellos trabóse desesperada refriega al arma blanca, mas los defensores fueron arrollados por el impulso de aquella masa superior erizada de bayonetas penetrando al bosque las columnas. En estos instantes el general Santa Ana, no obstante el último aviso apremiante de Bravo, se contentó con enviar por todo refuerzo al Castillo, al batallón de San Blas al mando del bizarro teniente coronel Santiago Xicotencatl.

Esta fuerza no tuvo tiempo de subir al Castillo; pero su jefe con admirable denuedo y energía, la tendió entre el bosque, oponiéndose al desemboque de las columnas asaltantes, rompiendo al punto sus fuegos sobre ellas. Entretanto, otra sección americana se dirigía hacia el Norte, amagando la calzada de Anzures, con el intento de llamar la atención de nuestro general en jefe que se encontraba con la brigada Lombardini y el batallón Hidalgo en la calzada de Belén. Otra demostración semejante efectuaba al mismo tiempo el enemigo sobre la calzada de la Condesa.

Y he ahí á Santa Ana dando órdenes y contraórdenes á sus fuerzas de reserva, mandándolas de un lado á otro, inútilmente, mientras el verdadero asalto sobre el Castillo desarrollaba en el bosque espantosa tragedia de sangre y fuego; mientras el batallón « San Blas » rodeado por enemigos superiores caía épicamente al pie del cerro, muriendo la mayor parte de sus oficiales y soldados lo mismo que su valiente jefe, cuyo nombre célebre Xicotencatl quedó otra vez inmortalizado!... Bajo la alta bóveda de los viejos ahuehuetes, en medio

de una aureola de fuego, nubes de pólvora, relámpagos de sables y bayonetas, cae el héroe envuelto en su bandera atravesado por veinte balas, gritando: ¡Viva México!

El enemigo subió por la rampa y por las partes practicables, aprovechándose de las asperezas, rocas y arbustos del cerro, para hacer fuego tras ellos, en tanto que de las defensas que rodeaban el Castillo brotaban las descargas de sus defensores, deteniendo á los asaltantes. Reforzados éstos por nuevas tropas, llegaron bajo una granizada de plomo hasta el edificio que coronaba la altura, donde todavía encontraron heroica resistencia en los alumnos del Colegio Militar, quienes tuvieron la gloria espléndida de ser los últimos que hicieron morder el polvo al Invasor en aquella jornada!

Éstos, no obstante la orden de retirarse que les había dado el general Bravo, prefirieron morir con honra; y desde que aparecieron á su alcance los enemigos, estuvieron haciendo fuego desesperadamente, y cuando cayó la mayor parte del Colegio, se retiraron con algunos soldados, al jardín que quedaba sobre el velador donde fueron hechos prisioneros.

¡Eterna es la gloria de aquellos niños héroes que admiraron al enemigo con su entereza de bronce, honrando la Bandera de su Patria y sellando con luz de sol, — luz roja de crepúsculo trágico, luz roja como su sangre — la Leyenda del augustó Chapultepec!

¡Qué noble orgullo para los jóvenes alumnos del Colegio Militar de México, iniciarse en la bizarra carrera de las armas, en una Academia cuya historia splende con tan sublime página! ¡Qué aliento para seguir á

través de catástrofes y obstáculos, recordando el sacrificio de los valientes niños!

Murieron defendiendo el último reducto del Colegio Militar, los siguientes alumnos cuyos nombres no debemos olvidar nunca : Teniente Juan de la Barrera y los subtenientes Francisco Márquez, Fernando Montes de Oca, Agustín Melgar, Vicente Suárez y Juan Escutia; y siendo heridos el subteniente Pablo Banuet y los alumnos de fila Andrés Mellado, Hilario Pérez de León y Agustín Romero. Quedaron prisioneros con el general Monterde, director del Colegio, los capitanes Francisco Jiménez y Domingo Alvarado; los tenientes Manuel Alemán, Agustín Díaz, Luis Díaz, Fernando Poucel, Joaquín Argaiz, José Espinosa y Agustín Peza, y los subtenientes Miguel Poucel, Ignacio Peza y Amado Camacho, con el sargento Teófilo Nores, el cabo José Cuellar, el tambor Simón Álvarez, el corneta Antonio Rodríguez, y 37 alumnos de fila.

Tomado el Castillo, hecho prisionero su jefe, el general Bravo, llegaron nuevas fuerzas americanas á la posición, que eran las que habían atacado vigorosamente á la derecha de la línea organizada por Santa Ana y que sostuvieron reñidos combates por entre el acueducto y la calzada. La brigada del general Rángel resistió el choque hasta que empujada por enemigo superior, tuvo que ceder abandonando su reducida artillería, retirándose á las Garitas de la Capital.

El enemigo quedó pues, nuevamente victorioso en estos últimos combates, no sin que su triunfo le costara sangrientos sacrificios, perdiendo la quinta parte de su fuerza, dejando bajo las hermosas enramadas de Chapultepec ensangrentada, muerta ó herida la flor magnífica, de su oficialidad!

¡Y también quedaron bajo el antiguo bosque de *Moctezuma* y *Netzahualcoyotl*, aquellos radiantes jóvenes mexicanos, — alumnos del *Colegio Militar*, eternamente glorioso en los Anales patrios, — sucumbiendo en la refriega heroica, de cara al Deber, mirando al Cielo!....

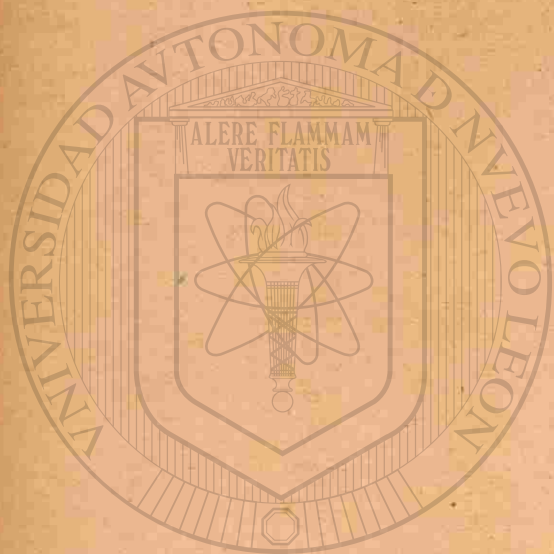


JUANIL

UNIVERSIDAD TOMA DE NUEVO LEÓN



GENERAL DE BIBLIOTECAS



XIX

LOS ÚLTIMOS COMBATES

En dos columnas se retiraron las dispersas secciones que sobrevivieron á los combates del bosque y sus alrededores, uniéndose á las tropas de reserva de Santa Ana, tomando una por la calzada de Belén y la otra por la de la Verónica.

Santa Ana organizó esta retirada, dispuesto á resistir en las garitas occidentales de la ciudad, Belén, San Cosme y la Candelaria, apoyándose en la Ciudadela.

El general Scott había considerado que, dada la condición de nuestras tropas, después del asalto y toma de Chapultepec, debía proseguir sin pérdida de tiempo las operaciones agresivas de sus columnas contra las puertas occidentales de México, embistiéndolas con el mayor brío.

Al efecto, hizo avanzar la columna de Worth hacia el Norte, por las calzadas de la Verónica y San Cosme, en tanto que caía contra el Oriente la columna de Quittman, avanzando por la calzada de Belén. Entre estas garitas y las de Chapultepec había un reducto

sin foso en el puente de los Insurgentes; en la calzada de San Cosme: una obra defensiva— el pequeño fortín de Santo Tomás — y en la calzada que conducía á San Fernando, un pobre parapeto con malas piezas de artillería, contando todos estos puntos con guarniciones escasas, faltas de parque y careciendo de jefes que obraran bajo un plan superior determinado.

No obstante, había tras aquellas fortificaciones, á donde llegaran vencidas las tropas que en la mañana lucharán en el Oeste, ciudadanos y gente del pueblo que se presentaban espontáneamente, dispuestos á defender su honor y su Patria hasta el último trance.

Por su parte, el enemigo siguió avanzando, y la brigada de Worth fué detenida un instante por nuestra caballería, frente á Santo Tomás, verificándose breve, pero encarnizada lucha.

El general Quittman, á su vez, atacó el acueducto de Belén, soltando sus columnas sobre aquella calzada, sostenidas por baterías ligeras.

En las posiciones de la Garita de Romita, mientras la Tlaxpana resistía gallardamente, hubo serios combates; mas por desgracia nuestros ingenieros habían construido trincheras precisamente bajo los arcos de dura mampostería del portalón de entrada, lo que observado por el enemigo, hizo dirigir los fuegos de sus gruesos cañones contra las claves de los tales arcos, produciendo, como era natural, desmoronamientos feroces sobre los mismos defensores, á los que llovían enormes pedruscos, cual copiosa metralla. Bravos jefes, oficiales y soldados cayeron víctimas de la torpeza de nuestros ingenieros, acrecentando la derrota de las mexicanas fuerzas. La Garita tuvo que ser abandonada, replegándose sus tropas á la Ciuda-

dela, hacia donde el vencedor dirigió sus fuegos bombardeándola furiosamente.

En la garita de San Cosme el combate era también fatal, reinando atroz confusión entre las tropas que ocupaban en torno de la garita, cercas, casas, huertas, potreros y capillas, revolviéndose tras las zanjas, muros y trincheras, jefes, oficiales y soldados de cuerpos de línea y de Guardia Nacional, con paisanos patriotas anhelantes de lucha, deseosos de tener el orgullo de batirse; pero faltos de dirección, y sobre todo, ejecutando sus movimientos sin cohesión ni armonía. ¡Oh, inútil valor!...

La brigada del general Rangel que había estado de reserva desde la mañana, á la derecha de Chapultepec, sostuvo con brío hasta el último extremo, en la tarde, la garita de San Cosme.

El Invasor colocó frente al caserío y obras defensivas de aquella posición, á 200 metros, dos cañones de á veinticuatro y dos obuses de grueso calibre, apoyados por secciones de rifleros hábilmente ocultos, principiando á desmoronar las cercas y paredes. Y, cuando ya fué imposible la defensa, avanzaron impunemente los americanos, desalojando á la fuerza mexicana la cual tuvo que ir á reconcentrarse á su vez, á la Ciudadela.

Todo había sido inútil contra aquel enemigo victorioso, que jamás atacaba sin desorganizar nuestras fuerzas, previamente, y con superior artillería. Y en efecto, sus disparos hicieron infructuosa la carga que intentó la caballería del general Torrejón, antes de que cayera la garita de San Cosme.

El general Santa Ana había intentado dirigir la defensa de San Cosme, y pasaba de una á otra garita,

de uno á otro puesto, tratando de reorganizar la defensa, hasta que, tomadas de flanco las posiciones de San Cosme, perdido el parapeto central, tuvo que dar la orden de concentración general hacia la Ciudadela al expirar la tarde siniestra de aquel 13 de septiembre de 1847!

Momentos después, los enemigos siguieron su movimiento de avance hacia la plazuela de San Fernando, cuyo Convento ocuparon, estableciéndose sólidamente en él, enfilando las calles circunvecinas con baterías respetables que en la noche saludaron amenazadoramente á la ciudad, capital de la extensa República codiciada, con algunas bombas, balas rasas de cañón y salvas de cohetes á la Congreve.

Entretanto, el general Santa Ana, en uno de los salones de la Ciudadela, reunía una Junta de Guerra á la que asistieron generales y jefes de aquel menguado jirón de ejército mexicano, reducido tras de tantos desastres y por tantas miserias, á una impotencia absoluta, enconada siniestramente por todas nuestras rencorosas pasiones políticas que ofuscaron el poder de heroica resistencia de que hubiera sido capaz nuestra Milicia!

En aquella Junta de Guerra vibró el tema solemne de la evacuación de la plaza de México por el Ejército; en ella hablaron exaltadísimos, el general Santa Ana que optó por la salida definitiva y silenciosa de las tropas, y los generales Lombardini, Alcorta y Pérez, apoyando con gran cúmulo de razones esta determinación, y el Gobernador del Estado de México, Francisco Modesto de Olaguíbel, quien manifestó que se pensara muy seriamente en el terrible cargo que podría

resultar al jefe del ejército mexicano por el abandono de la Capital, y que por lo tanto, esta cuestión debía resolverse en Palacio con asistencia de Ministros y mayor número de jefes. Por fin triunfó la determinación de Santa Ana, y el Ejército salió aquella noche sigilosamente, compuesto de unos 5,000 infantes y cerca de 4,000 hombres de caballería, intacta ésta, por no haber combatido en toda la campaña.

Así fué cómo el vecindario de México que había dormido en la creencia de que el Ejército defendería la ciudad calle por calle, según la arrogante promesa del general presidente, se encontró en poder del Enemigo invasor, al amanecer del 14 de septiembre.

¡Entonces los mexicanos comprendieron que todo estaba perdido! ¡Era un lóbrego eclipse nacional, oh Patria!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XX

EPISODIOS AISLADOS

LAS GUERRILLAS

Del grandioso cuadro de nuestra Guerra con la Nación norteamericana escapan algunos episodios relativamente aislados; pero espléndidos en heroísmo, bellos á fuerza de excelsitud marcial!

¡ Qué ejemplo el de las resistencias de algunas poblaciones abandonadas en la Frontera Norte de nuestro territorio! ¡ qué ejemplo el de su patriotismo bélico, desafiando á las poderosas tropas invasoras!

¡ Cuántas ciudades, cuántas capitales que pudieron resistir y cooperar á la gran *Defensa Nacional*, se envolvieron en un supremo y abominable egoísmo, — ¡incapaces de dar un céntimo de cobre ni una gota de sangre! — en tanto que allá en los desiertos había aldeas que se defendían hasta quedar hechas cenizas, — negras y ensangrentadas ruinas, tras refriegas atroces!...

Sin embargo — ...y, ya lo indicamos — no hay que culpar demasiado á las poblaciones mexicanas que, aisladas del teatro de la guerra, no supieron en todos

sus dolorosos estremecimientos lo que significaba la audaz Invasión norteamericana.... ¡ Ni creyeron jamás que pudiesen nuestros enemigos de entonces llegar á aproximarse á la Capital de la República!....

El periodo de discordias y de funestas lides fratricidas, emponzoñadas por odios legendarios, no permitió en tan triste época la claridad necesaria para que los ciudadanos de *algunos* Estados comprendieran su deber.... ¡ Plena ceguera!.... ¡ Gran ignorancia!

Y hé aqui que vemos en el Norte organizarse rudas defensas....

Ya es en la heroica y altiva Chihuahua donde desde un principio, aunque con fatal éxito, se hacen prodigios bélicos.... ya en Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila.... ya en el Oriente, allá en las costas del Golfo, en Veracruz y en Tabasco.... ó en las playas de Occidente, en la tradicional y brava Mazatlán.... y aún, ascendiendo al Norte, hasta la Alta California se encuentran vibrantes heroísmos en las multitudes mexicanas, resistiendo como pueden el poderoso y bien combinado esfuerzo de nuestros adversarios!....

Algunos pueblos osan resistir, defendiéndose y atrincherándose valientemente en las torres de sus iglesias.... otros envían bravos jinetes armados de lanzas, machetes ó viejas escopetas, hoces y simples leños claveteados, en son de combate guerrilleresco.... ¡ Ó ya, en las rancherías y haciendas, se aprestan buenos *charros*, capaces de convertir sus recias y flexibles *reatas* en vivas sierpes aladas y terribles que revolotearán con silbidos de muerte, en torno de los *Riferos yankees*, y aun sobre los más gruesos y pasmosos cañones de sus baterías....!

Oh ¡no! En esta Guerra funestamente inolvidable

para el mexicano.... faltó tiempo para hacer conducir el estremecimiento patriótico al Centro del País.

Si así hubiera sido.... ¡ qué de maravillas realizarían los jinetes del Bajío, y los tremendos hijos de Jalisco, — del Estado valiente y entusiasta por excelencia, — recordando sus viejas y radiantes glorias de la época de la Independencia Nacional y de la guerra por sus legítimas libertades!....

En el Estado de Veracruz las guerrillas empezaron á tener una organización regular que prometía irse perfeccionando, si hubiesen seguido nuestros caudillos, con energía, la defensa patria!.... ¡ Pero la corrupción del futuro *Alteza Serenisima* todo lo gangrenaba en torno suyo.... — Era activo: no descansaba.... tenía impulsos de gran capitán genial.... pero para desvanecerse en humo la magia de *su genio*....

Sin embargo, bastante daño lograron hacer aquellas guerrillas veracruzanas á nuestros contrarios. Incurrieron al Estado de Puebla y á veces con tal éxito y audacia, que bajo los fuegos del fuerte de Loreto, ocupado por los americanos, entraron á la ciudad, sacando de los cuarteles enemigos gran cantidad de mulas, equipo, víveres y dinero.

Asaltaban cautelosamente los convoyes del enemigo.... lo hostilizaban en sus líneas de comunicación; le preparaban lazos ingeniosos y le abrumaban con sus *albazos* inesperados, haciéndose temibles....

¡ Las represalias tuvieron que ser atroces! Nuestros adversarios, rabiosos, impusieron multas exorbitantes y mortales castigos á nuestros pobres arrieros y campesinos para vengar sus desastres!.... Mas no por ello cejaron los patriotas.

Sería imposible trazar todas las magníficas escenas de heroísmo, desarrolladas por aquellos audaces guerrilleros veracruzanos. Los fronterizos rivalizaron en audacia. Como un ejemplo, — perfectamente semejante á otros muchos que reflejan los sucesos acaecidos en pueblos de la Frontera del Norte, — vamos á delinear con breves detalles la resistencia efectuada allá en un oscuro rincón de la Sierra.

Habían llegado á ella algunos Jefes mexicanos, dispersos tras nuestras primeras derrotas; pero alentando bríos dignos de sus almas excelsas... Hablan á los selváticos habitantes... y recordando al eterno Hidalgo, alientan la población con el estandarte de la Virgen del Tepeyac...

¡Qué vibrante entusiasmo en el pueblo de San José!... Entonces un guerrillero — Suárez — muy querido en la localidad, organiza su defensa ante una columna americana expedicionaria que se aproxima amenazadora, tratando de entrar al pueblo impunemente.

— ¡Viva México, viva Nuestra Señora de Guadalupe! ¡María Santísima nos ampare! — exclamaron algunos rancharos.

— ¡Viva México! — tronó la voz estentórea de Suárez el guerrillero!

Y retumbó entonces inmenso griterío de hombres, mujeres y niños, todo el pueblo de San José ordenado en masa en el atrio de la iglesia.

En aquel mismo instante se oyó el estampido del cañón norteamericano.

Y la avalancha humana se precipitó furiosamente á través de la pequeña plaza, entre los árboles, desembocando luego por la callejuela Norte.

Iban por fin á romper el cerco que el Mayor Stephen-

son había aferrado al pueblo, batiendo la iglesia con el fuego acompasado y terrible de sus dos cañones ligeros; iban por fin á precipitarse sobre el bárbaro enemigo que intentaba destruir á San José desde lejos, sin peligro para los sitiadores, sin tener que derramar una sola gota de sangre sajona!

Marchaban á vanguardia dos pelotones de jinetes armados con lanzas, con un frente de cinco hombres á caballo y un fondo de seis. En seguida sobre mulas, viejos caballos y asnos, ó cargados por robustos ganaderos del pueblo, las mujeres, los ancianos y los niños arreando bueyes y carneros, arrastrando carretas, seguidos de los fieles perros, en un montón confuso de tribu arrojada de sus lares.

Al frente de aquel humano montón, lanzado á todo correr, iba sobre un potro aún no bien domado el joven sacristán de la iglesia, el cual llevaba atada á su cuerpo y al de su cabalgadura la lanza en cuya punta flotaba el lienzo tricolor con la imagen de la Virgen de Guadalupe.

Cincuenta guerrilleros de los mejores, armados con lanza, machete y reata, con el mismo Suárez á su frente, cerraban la columna.

Y todos, todos sin excepción, guerrilleros, y mujeres, viejos y niños gritaban terriblemente, animados en el vértigo huracanado de su carrera :

— ¡Viva México, viva la Virgen de Guadalupe! Relinchaban los caballos, ladraban los perros y los nobles toros mugían azorados, heridos por la garrocha de los ganaderos, también armados de viejos machetes....

Las mujeres levantaban al cielo sus brazos, en tanto que al viento flotaba la bandera nacional con la Virgen de los Mexicanos.

El enemigo no tuvo tiempo para enfilear aquella masa humana al atravesar la callejuela.

Tres minutos después de la partida del atrio de la iglesia desembocaba en el campo, ya al abrigo de una colina tras de la cual se hallaba el cañón y dos compañías americanas desplegadas á lo lejos.

Entonces fué cuando los pelotones de guerrilleros de la vanguardia aumentaron su parte dispersándose en un gran espacio, veinte jinetes de retaguardia avanzaron á proteger el flanco derecho de la masa de gente del pueblo, en tanto que diez cubrieron el flanco izquierdo, menos expuesto.

Sin duda el mayor Stephenson no esperaba tan temeraria salida en masa y debió permanecer estupefacto algunos instantes, pues no se movió.

Hasta que al fin el cañón, con diversa puntería, atronó el espacio, dominando la espantosa gritería, y su bala, pasando á tres centímetros de las cabezas de las jinetes, fué á estrellarse contra las tapias de una huerta lejana, en lo alto de una colina.

Después fueron las descargas de la fusilería enemiga. Una compañía cerraba el paso á los mexicanos.

El combate principió. Los primeros jinetes se lanzaron aullando sobre los infantes enemigos con la bayoneta calada.

Y entonces fué cuando las lanzas mexicanas no se dieron punto de descanso para atravesar pechos extranjeros, pasando de uno á otro, evolucionando prodigiosamente con sus pequeños caballos que parecían tener alas; y entonces los ganaderos del pueblo, que sólo tenían reatas, las lanzaban al aire serpenteando pavorosamente y cayendo sobre los grupos de soldados enemigos á los que derribaba y arrollaba luego.

¡Oh! las reatas mexicanas de aquellos rudos ganaderos coahuilenses! El estruendo era atroz, el humo envolvía el combate. Un pánico siniestro recorría las filas del extranjero al ver volar aquellas serpientes que los sujetaban sin saber cómo con nudos trágicos.

Y Suárez en su yegua retinta pequeña y agilísima, iba manejando su gran lanza delgada y aguda.

Su voz tronaba destacándose entre el traqueo de la fusilería.

— Á ver, *Culobrotas, Chato, Malgareño, Chucho y tú, Sapo...* á las reatas y á lazar el cañón! — gritó el caudillo.

Y cuando tras la colina que había á la entrada del Pueblo se rehicieron diez á doce jinetes, mientras se alejaban por la izquierda las gentes inútiles del pueblo, acometieron los lazadores presididos por un grupo de lanceros.

Tronó el cañón y quedaron algunos cadáveres de hombres y caballos en un montón rojo y negro, circundado de humo y polvo...

— ¡Viva México! ¡Viva la Virgen de Guadalupe!...

Y, ¡ya están sobre el cañón!

Terribles en sus altos frisones negros los dragones americanos cargan contra los guerrilleros; pero éstos al recibirlos *quiebran* rápidamente sus caballos, esquivan los ágiles mexicanos á los fuertes yankees, les toman la retaguardia y los matan á machetazos por la espalda, por los hombros, sobre el cuello, por donde cae la pesada masa.

¡Y al fin desenróllase en lo alto, sobre las cabezas de los combatientes una reata y cae sobre el cuello del cañón, haciéndolo girar en el momento en que iba á hacer fuego.... y dispara... pero ha disparado

sobre el flanco de las compañías americanas y su bala rasa enfla un sinnúmero de hombres que caen segados como por hoz formidable!

— ¡ Viva México! — ruge Suárez.

— ¡ Otras reatas! ¡ otras reatas! — gritan los mexicanos entusiasmados.

Y el pánico del enemigo ante aquel disparo hizo abandonar su cañón.

Y mientras se rehacian y llegaban las otras fuerzas americanas, Suárez ganó el Sur, pródigo entonces en recursos, escoltando á la heroica población de San José, que fué á adorar en un hueco de la Sierra á su querida y salvadora Virgen de Guadalupe.

¡ Se habian evocado espléndidamente las glorias de la Guerra de nuestra Independencia!

Tal es la tradicional y bella narración que caracteriza magníficamente la resistencia potente que algunos pueblos del Norte y de la Costa hicieron á nuestros Invasores. ¡ Como ella hay cien iguales... ignoradas para siempre!

XXI

EPISODIOS AISLADOS

SEGUNDA PARTE

El General Urrea hizo milagros con sus guerrillas... De Victoria se lanza al Estado de Nuevo León, persiguiendo al enemigo en sus retaguardias y escapándole ágilmente, á tiempo, entre Matamoros y Monterrey, asaltando sus convoyes con éxito, propagando el sistema de guerra que es más adecuado para una nación pobre invadida por superiores ejércitos! ¡ La Guerra de Guerrillas!...

En Huamantla brillan actos heroicos... ¡ bravias luchas! — y más hacia el Sur, Tabasco resiste á la escuadrilla norteamericana haciéndola retroceder, tras encarnizadas escenas bélicas en que la sangre enrojeció el río y el mar!...

Igual energía terrible pudo haber en todas las ciudades mexicanas ante la Invasión...

Y ya vimos cómo la misma Capital de la República supo vindicarse de sus vergonzosos enredos políticos tan fatales á su decoro, cuando engreída creía im-

sobre el flanco de las compañías americanas y su bala rasa enfla un sinnúmero de hombres que caen segados como por hoz formidable!

— ¡ Viva México! — ruge Suárez.

— ¡ Otras reatas! ¡ otras reatas! — gritan los mexicanos entusiasmados.

Y el pánico del enemigo ante aquel disparo hizo abandonar su cañón.

Y mientras se rehacian y llegaban las otras fuerzas americanas, Suárez ganó el Sur, pródigo entonces en recursos, escoltando á la heroica población de San José, que fué á adorar en un hueco de la Sierra á su querida y salvadora Virgen de Guadalupe.

¡ Se habian evocado espléndidamente las glorias de la Guerra de nuestra Independencia!

Tal es la tradicional y bella narración que caracteriza magníficamente la resistencia potente que algunos pueblos del Norte y de la Costa hicieron á nuestros Invasores. ¡ Como ella hay cien iguales... ignoradas para siempre!

XXI

EPISODIOS AISLADOS

SEGUNDA PARTE

El General Urrea hizo milagros con sus guerrillas... De Victoria se lanza al Estado de Nuevo León, persiguiendo al enemigo en sus retaguardias y escapándole ágilmente, á tiempo, entre Matamoros y Monterrey, asaltando sus convoyes con éxito, propagando el sistema de guerra que es más adecuado para una nación pobre invadida por superiores ejércitos! ¡ La Guerra de Guerrillas!...

En Huamantla brillan actos heroicos... ¡ bravias luchas! — y más hacia el Sur, Tabasco resiste á la escuadrilla norteamericana haciéndola retroceder, tras encarnizadas escenas bélicas en que la sangre enrojeció el río y el mar!...

Igual energía terrible pudo haber en todas las ciudades mexicanas ante la Invasión...

Y ya vimos cómo la misma Capital de la República supo vindicarse de sus vergonzosos enredos políticos tan fatales á su decoro, cuando engreída creía im-

sible que el Ejército Norteamericano osara aproximarse al Valle de México.

Cuando surge la verdad, los hombres del pueblo todo, y aun los de la inútil *seudo-aristocracia*, y mejor que nadie los de la valiente *clase media* (que es el verdadero pueblo nuestro, alma social de nuestro país), lanzáronse á la contienda, dispuestos á la muerte, sin fanfarronerías, austeros, tranquilos y heroicos!....

Háblase de Puebla — única población de alta importancia donde el enemigo entró sin resistencia alguna, más aún, bien recibido en gran parte por el alto Clero y algunos pomposos próceres de menguada memoria.... He aquí lo que dice Roa y Bárcena acerca de ello en una obra abundante en documentos históricos :

« La caída de Puebla, sin defensa, en poder de la división de Worth, causó escándalo y profunda pena en toda la República. Cierto es que aquel Estado no fué de los que se mostraron indiferentes y egoistas en la lucha, y que, antes de ser invadido, envió al de Veracruz su contingente de Sangre y de dinero. Mas ¿cómo, por escasos que fueran los elementos que le quedaban, á poco de allarse animado del espíritu de resistencia, no habría podido evitar la pérdida de su capital, cuando ésta por sí sola desafió y detuvo á sus puertas en fines de 1844 al ejército de Santa-Anna, doble en número respecto de Worth? La anarquía, el desorden y las contiendas fratricidas de tantos años acabaron por enervar el ánimo de los pueblos, convertidos en víctimas de los ambiciosos ».

El abatimiento y el desengaño, la miseria en que las guerras civiles dejaron á Puebla, cegaron al pronto su conciencia, tras los desastres de la guerra.

« Por lo demás, — agrega Roa Bárcena — ese fué el momento de la crisis en la lucha entre los Estados Unidos y México. La vanguardia norteamericana, fiando su propia suerte á la audacia y á la fortuna, se había internado en país enemigo, cortando su línea militar, aislándose de la costa, sin elementos suficientes para llegar hasta la capital de la República, y exponiéndose en determinado punto á los ataques de todos sus contrarios. Si éstos, en vez de concentrarse á defender la ciudad de México, que ni peligro corría entonces de ser embestida, hubieran acudido á formar cuerpos considerables á retaguardia de Scott y de Worth, con el objeto de mantenerlos incomunicados con la costa y de impedir á todo trance la subida de nuevas tropas, lo demás se habría hecho por sí solo. El Estado de Veracruz y su Gobernador Soto lo comprendieron así, y hay que hacer á sus guerrillas la justicia de consignar aquí sus esfuerzos en tal sentido; esfuerzos que, aislados, tenían que resultar estériles. Si en aquellos días una cabeza inteligente y una mano poderosa y enérgica hubieran concentrado la dirección y el movimiento de los resortes todos del gobierno, reprimiendo bastardas y funestas soberanías y haciendo que cada fracción de la República contribuyera con una parte pequeñísima de sus hombres y recursos á la obra común, ¿cuál habría sido la suerte del insignificante ejército norteamericano encerrado en Puebla? »

El atrevido jefe que había quemado sus naves, como Cortés, confiando, como éste, más que en sus propias fuerzas, en la debilidad, la ceguera y la anarquía de sus adversarios, en vez de repetir aquí los hechos de la conquista española, habría tenido que ir á

comparecer á su país ante un Consejo de Guerra..... »

Respecto del levantamiento del pueblo mexicano en las calles de la Metrópoli al día siguiente de la fuga de Santa-Anna y los suyos... — ; heroico zarpazo de una multitud indignada contra la cobardía de aquel hombre que antes fuera el idolo de los mexicanos desvanecidos por el fugaz relámpago de efímeras glorias!... Respecto de los sucesos del 15 de Septiembre de 1847, se expresa así magistralmente en línea de acero imborrable el General Bernardo Reyes en su obra « El Ejército Mexicano » :

« Algunos voluntarios americanos dieron principio al saqueo, — dice — y Quittman procuró contenerlos, lográndolo en parte, cuando otras fuerzas con el general Worth, al toque de tambores y cornetas, orgullosas penetraban en la capital. La gente del pueblo, con hosco semblante, contemplaba el alarde de los vencedores, que lanzaban hurras á su bandera que se erguía, y formaban grupos más y más compactos, que lo mismo podía parecer de curiosos que de enemigos. La indignación estalló al fin en aquellas almas ultrajadas, caldeadas por la vergüenza de las derrotas; un tiro sonó, sin saberse dónde, y á ese siguieron otros y otros, que se dirigían sobre los soldados victoriosos.

Algunos hombres de la guardia nacional, que se había disuelto por orden expresa, antes de retirarse el ejército; otros que tomaban de sus casas sus carabinas ó pistolas, todos se armaron con lo que hallaban á la mano, y los que menos arrojaban piedras contra la tropa americana. Se ocuparon azoteas y torres por aquellos grupos, que exaltados por el dolor, al ver la humillación de la patria, sin dirección alguna se

reunían, obedeciendo sólo á impulsos internos, que los congregaban contra el enemigo común. No se sabe que alguien encabezara aquel motín, y sin embargo la lucha llegó á revestir carácter alarmante.

Scott, que había llegado á Palacio, dispuso que columnas con artillería salieran por las calles é hicieran fuego sobre todos los hostiles, y el cañón por tres horas ensordeció los aires. En semejante situación llegó la noche, y las armas de fuego enmudecieron, para volver con las primeras luces del día 15 á oírse detonar por todos los ámbitos de la ciudad.

Muchos soldados americanos, con pretexto de perseguir en las casas á los que hacían fuego desde las azoteas, cometieron robos y otras violencias indecibles ».

Haciendo una justa crítica de la campaña, agrega :

« El sistema defensivo que se adoptó en la guerra contra los americanos, desde Veracruz hasta México, sin relacionar en esta ciudad los puntos de defensa, y dejándolos aislados, como para que parcialmente los batiera el enemigo, fué sin duda el principal motivo de nuestras constantes derrotas en esa campaña.

En los combates del Valle de México, nunca las reservas llegaron con oportunidad; y cuando éstas se avistaron en momentos en que podían haber obrado con buen éxito, como en el campo de Padierna, se retiraron en lugar de entrar en fuego. No se advirtió en lo absoluto iniciativa por nuestra parte; los golpes se recibieron uno tras otro, sin cambiar de sistema, hasta que nuestras fuerzas se fueron reduciendo. Sólo en el Norte, en la batalla de la Angostura, el ejército mexicano se lanzó sobre el contrario, y en aquella

batalla nuestras tropas hubieran triunfado con haber permanecido frente al enemigo. Por lo demás, no llegó á ser hostilizado el invazor por flancos y retaguardia, en sus marchas; se le dejó ocupar en toda su extensión el terreno sobre que iba avanzando, y solamente el General Urrea alguna vez le hizo daño á retaguardia, en las inmediaciones de Monterrey, cuando ya estaba sobre el Saltillo; y es que Santa Anna quería mandar la tropa que peleaba, y sólo la que con él estaba había de batirse, y Santa Anna, según se desprende de cuanto hemos dicho, combatía mal, no preveía nunca los desastres, nada tenía preparado para el segundo minuto de la acción, y no utilizó las poderosas reservas con que contaba. Jamás en nuestra historia vióse ni se ha vuelto á ver campaña tan mal dirigida, cuyo recuerdo ignominioso quema. ¡ De nada sirvió en esa guerra el valor de nuestros soldados!

Salidos de México los restos del ejército, tras haber mandado volver á sus hogares unos 2000 hombres de Guardia Nacional, Santa Anna consiguió se pusiera el General Don José Joaquín de Herrera al frente de una división de Infantería, desmoralizadísima, compuesta de 5000 soldados, para dirigirse al interior del país, como lo hizo, sufriendo desertiones y desbandamientos sobre la marcha. Él partió hacia Puebla con 2000 caballos, á los que se unieron después otras tropas. Amagó con todas á la citada Puebla, donde sólo existían 1000 americanos; hostilizó sin resultado un convoy procedente de Veracruz, y perdiendo más y más soldados en marchas fatigosas, recibió orden del Presidente de la Suprema Corte, D. Manuel de la Peña y Peña, que por ministerio de la ley se hizo cargo de la Presidencia de la República, para entregar el

mando de la fuerza que aun le restaba, á reserva de que después respondiera á cargos que se le hacían por su conducta militar. Obedeció tal orden, y fué de pronto á buscar abrigo á alguna población de Oxaca¹. »

La fulminante pluma del General Reyes esboza así el crepúsculo de aquella Guerra inolvidable, anatematizando al funesto Santa Anna que se había creído Sol....

1. *El Ejército Mexicano*. Monografía. General Bernardo Reyes.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

XXII

SÍNTESIS DE LA CAMPAÑA
OBSERVACIONES

Llegamos al punto final de la tristesísima campaña....
¡Flamea el pabellón de las estrellas septentrionales en el Palacio Nacional de la República Mexicana!

¿Después de semejante irisamiento de extranjeros soles en nuestro patrio cielo, dadas las atroces condiciones del país dividido y debilitado hasta lo increíble, podría continuarse la gran defensa nacional?

¡No! Era imposible toda resistencia enérgica, y sobre todo, continuar una campaña defensivo-ofensiva, en torno de los centros ya ocupados por el Invasor....

¡No había, ni pudo haber tras de tantos estragos y desfallecimientos, resultantes en nuestras revueltas políticas, el brio necesario para emprender guerra de muerte en pequeño, guerra de guerrillas en bosques y montañas, en el fondo de los barrancos, en la espesura de nuestras selvas ó tras los ribazos de ríos y torrentes!.... Sorda campaña nacional en la que, unidos todos los mexicanos agobiaran al enemigo, cortándole

sus comunicaciones, destrozándole sus aprovisionamientos, talando é incendiando los pastos y sementeras de que pudiera aprovecharse y sorprendiéndole con repentinos ataques nocturnos en las mejores encrucijadas.... ¡Oh, sí, terrible guerra nacional en la que se desangrara al adversario y se le quitasen sus elementos de subsistencia abatiendo su moral!

Sin embargo, hay que considerar que no obstante tan desastrosas circunstancias, no obstante que apenas podía llamarse ejército á nuestras secciones de hombres dirigidas por jefes mexicanos llenos de patriotismo, pero sin instrucción ni precisa dirección superior, la resistencia de las tropas de la República fué en lo general firme, digna y heroica...

¡Lástima que los altos jefes, y al frente de ellos el general presidente Santa Ana, no atendieran á nuestro pobre ejército, abandonado á sus miserias y vicios, á sus hambres y desnudeces, hasta que, á última hora, tarde, muy tarde, hubieron de exigirle el sacrificio de su sangre!

Valiente fué en verdad aquel ejército, y desde luego se puede comprender de lo que hubiera sido capaz en otras circunstancias, si la Nación estuviese unida y si de ella recibiera en el atroz conflicto, un poco de pan para soportar las fatigas del cuerpo y un poco de talento militar y buen ejemplo de unión y energía, por parte de sus caudillos.

Miremos en conjunto la memorable campaña, gloriosa y triste, la pugna desigual, con sus ejemplos magníficos :

Nuestros desastres se inician en las primeras batallas de Palo Alto y la Resaca, notándose desde luego la abominable discordia que existía entre unos y otros generales, henchidos todos de fatuidad, creyéndose cada uno de ellos superior á los demás, surgiendo por lo tanto, envidias y egoísmos feroces....

Y llegaron las derrotas, y todo el orgullo nacional contagiado enfermizamente de una arrogancia incalificable, sufrió gran desencanto, y ante la retirada, — la fuga, mejor dicho — de las tropas que pelearon allende el Bravo, la Nación quedó estupefacta, y la desmoralización del Ejército fué inmensa.

El enemigo, que nunca soñara tan fáciles triunfos, avanza, pasa el gran río, ocupa tranquilamente Matamoros, y reforzado, victorioso y enhiesto, va á apoderarse de la bella Monterrey.

Allí se ha concentrado nuestro batido ejército del Norte, reforzándose con tropas llegadas del Centro del país; pero minadas ya por la desconfianza que origina en ellas los constantes y súbitos cambios de jefes superiores. Monterrey se defiende al fin, heroicamente, durante cuatro días, resistiendo en los primeros, con gloria, furiosísimos ataques, hasta que, comprendiendo el jefe mexicano, general Ampudia, la inutilidad de seguir por más tiempo la resistencia, capitula con su guarnición, retirándose con banderas desplegadas y á tambor batiente, hacia el Interior de la República.

Entonces, mientras nuestras tropas contramarchaban penosamente, batidas de nuevo, faltas de viveres y más y más desmoralizadas, dejando en los caminos, en arenales y malezas, su ánimo y su sangre, entonces el Invasor, por el contrario, aseguraba formidable línea de operaciones en el Norte, ya de espaldas al

Bravo, entre Monterrey y el Saltillo, á las órdenes del general Taylor, en tanto que la escuadra norteamericana se disponía á amenazar Tampico, habiendo declarado, desde antes, bloqueados todos nuestros puertos.

De la capital de la República, tras vergonzosas conmociones políticas que amenguan el poder de resistencia de la Nación, exaltado por ambiciosos partidos que el *Retrógrado* alentara, sale Santa Ana conduciendo el ejército que se había reunido en el interior de México, hacia San Luis, para efectuar allí una gran reconcentración y reorganización general, con la mira de dirigirse ofensivamente contra el ejército de Taylor.

Van llegando las tropas á San Luis, con piquetes de diversos cuerpos y escoltas que conducen el contingente de sangre de algunos Estados, reuniéndose en la digna ciudad innumerables jefes militares, altos personajes civiles, y ricos contratistas y comerciantes...

El general Santa Ana intenta constituir un disciplinado é instruido ejército, mas por desgracia, y en honor de la verdad, ni Napoleón hubiera podido en aquellas circunstancias verificar semejante prodigio. Baste decir que en resumen faltó: tiempo y dinero.

Ni armas, ni equipo, ni víveres suficientes se pudieron reunir, y como, por otra parte, el tiempo apremiaba y la prensa de México, rabiosamente frenética, hacía llover sobre el ejército entonces, como siempre hacía, insultos y anatemas, hubo de lanzarse á través del desierto, después de largas y penosísimas jornadas, hasta chocar sangrientamente contra el adversario en las ásperas lomas de la Angostura.

Allí la victoria casi fué de nuestras armas; pero Santa Ana que es todo inestabilidad, teme verse

aplastado si continúa la batalla al siguiente día, y retrocede ignominiosamente, sufriendo, en su retirada, mayores pérdidas que las que hubiera tenido perdiendo la jornada que no quiso arriesgar.

Así pues, el Jefe del Ejército y de la República tuvo que presenciar la catástrofe que barrió sus fuerzas en la Angostura y después de la batalla; y si á esto se agrega el haber ordenado el abandono de Tampico, puerto que se había fortificado regularmente, se comprenderá todo el avance estratégico de los americanos.

Éstos, desde antes de la Angostura, en virtud de órdenes de su centro director, cambiaron su teatro de operaciones, trasladándolo del Norte al Oriente, tomando como base para el desembarque en Veracruz, el mismo Tampico, que regalamos, por decirlo así, á nuestros enemigos.

Y principiaron los terribles acontecimientos de Veracruz: se abandonó á su heroica población, que no tuvo más recurso que el de su propio y alto civismo; y ya vimos con cuánto denuedo resistió en la ciudad el diluvio de bronce y fuego con que fué bombardéada...

Y días antes, la capital de la República contaba con un ejército de cuerpos veteranos y Guardias Nacionales que debieron haber salvado el Pórtico del País!

Después, mientras Scott se disponía á avanzar sobre México, Santa Ana, arrogante como siempre, anatematiza, indignado, la capitulación de Veracruz, como hizo con la de Monterrey, y en una proclama dice que irá con los restos del Ejército á vengar la deshonra de la caída del hermoso puerto!...

Escógese el punto llamado de Cerro Gordo, — memorable de antaño, — para resistir al ejército de Scott. El jefe de ingenieros mexicano, hace comprender al

general presidente las inconveniencias tácticas de aquella posición, fácilmente envolvable contra nuestras tropas, y más aún, cuando se acumulan todos los elementos de combate sobre la derecha del punto, debiendo, por el contrario, protegerse el flanco izquierdo de nuestras líneas. Mas, irguiéndose el imbécil orgullo de Santa Ana, le vemos tender sus fuerzas á uno y otro lado del camino de Veracruz, y tras breve combate, herida de muerte nuestra ala izquierda, llave de la batalla con su dominante cima del cerro del Telégrafo, envueltas las posiciones mexicanas y cortado á su ejército la retirada, cae destruido; retumbando en México y en toda la República la catástrofe que la heló de pavor.

¡Pleno aniquilamiento!... Santa Ana huye prófugo, cual un foragido, y va á refugiarse entre una nube de dispersos, á Orizaba, en tanto que la caballería que no había combatido se abrigaba en Chalchicomula, abandonando ésta el fuerte de Perote.... Luego, á Puebla, y perseguido el resto del ejército, tras dolorosas peripecias, tiene que evacuar la bella ciudad hasta reconcentrarse todos los elementos de defensa nacional en México, en el corazón del país gangrenado por los odios políticos, incapaz al parecer en su crisis morbosa, de cualquier energía....

El ejército invasor continúa, lenta y triunfalmente, sus etapas; deja pasar días y días no obstante que sabe que en México se hacen los más desesperados aprestos de defensa, aglomerándose éstos hacia el Oriente, rumbo por donde creíase que debía desembocar el Enemigo.

Sencillo es el plan de Santa Ana: sostener el ataque contrario por donde lo ejecutara, en tanto que la reserva, compuesta del resto del ejército del Norte,

recién llegado de San Luis Potosí, embestiría las columnas asaltantes por un flanco, hasta que llegado el instante preciso, acometiera la caballería, — aquella intacta caballería que debía estar á la expectativa de los combates en el Valle, colocándose siempre á retaguardia del enemigo....

Y, ya vimos cómo Scott rehuye hábilmente el Peñón, con gran pompa fortificado, y guarnecido por la flor y nata de la población de México, para correrse hacia el Sur, entre la Cordillera y las lagunas del Valle, llegando á Tlalpam, desde donde pudo lanzar directamente sus columnas contra la Capital.

Ante tales movimientos, nuestro ejército del Norte pasa de Oriente á Poniente, ocupando San Ángel, con orden de vigilar el flanco izquierdo del adversario, á las órdenes del general Valencia, quien de observación en las lomas de Padierna, primero no acepta resistir tras ellas, y al fin, cuando se le ordena abandonarlas, insiste en defenderlas.... Y despréndense las columnas americanas sobre San Ángel, y verificase la batalla de Padierna, que estuvo á punto de ser ganada por nuestras armas si las tropas de Santa Ana hubieran caído, como pudieron hacerlo fácilmente, sobre la retaguardia de las fuerzas enemigas que envolvían á la División del Norte.

En la punta de la espada de Santa Ana estuvo el triunfo de nuestras banderas!... Un relámpago de mando hacia el bosque de San Gerónimo y la batalla se hubiera ganado!

Esta vez, como en la Angostura, la victoria tendió sus alas sobre nuestro ejército.... iba á abrigarlo ya con ellas cuando el criminal egoísmo de ese hombre hizo volver aquella espada que hubiera sido el

blo se revolvieron contra los enemigos que ocupaban la ciudad amada, haciendo fuego contra ellos desde esquinas, azoteas y ventanas, en tanto que algunos grupos de soldados de caballería mexicana, galopaban, lanza en ristre, por las calles, clamando vivas y mueras, ayudando en lo posible la insurrección popular....

Fuerza es repetirlo, Santa Ana, que con el ejército que evacuaba México pudo haberse apoderado de Puebla, fácilmente, inquietando á Scott en México, incapaz entonces el jefe americano de cualquier seria operación; Santa Ana que pudo extender y desarrollar la defensa nacional con el sistema de guerrillas, se amilana como nunca; divide sus fuerzas desmoralizadas y disminuidas por la miseria, la deserción y la falta de moral, hasta que después de insignificantes operaciones é inútiles tentativas contra la guarnición de Puebla y las columnas y convoyes de refuerzos para el enemigo, se vió obligado á renunciar el mando del ejército, poco después de ser lanzado por los acontecimientos y el clamor público, de la suprema dirección política de la República.

Y ya lo dijimos, otros Episodios de resistencia ante el Invasor esplendieron en la Alta California, en Sinaloa, en Tabasco y en la Huasteca, no sin que otra vez en Chihuahua vibraran los patriotismos fronterizos.

Imposible referir todos ellos.... ¡Apenas si pudimos abordar en breves pinceladas rápidas los principales cuadros en que aquel valiente ejército, mal organizado y mal conducido, tuvo, no obstante, la gloria de haber resistido con heroísmo á un enemigo veinte veces superior!

Ahora, para terminar esta vaga síntesis, apoyaremos la verdad de nuestras tintas con las claras y precisas

observaciones críticas que apunta en sus memorias diarias, el escritor militar — General Balbontín — que en su juventud fué testigo y actor en la sombría guerra México-norteamericana completando las críticas del General Bernardo Reyes.

« Se nota desde luego en la mayor parte de las batallas, poco tino para escoger y ocupar las posiciones, ningún cuidado para preparar la retirada en caso necesario y gran negligencia para asegurar y defender los flancos y evitar que el enemigo los envolviese con facilidad, como varias veces sucedió.

Estas eran las causas de que algunas derrotas fuesen tan desastrosas.

Es digno de notarse que en la única parte en donde se tomó la ofensiva, qué fué en la batalla de la Angostura, los resultados fueron favorables.

Exceptuando este único caso, en toda la campaña estuvo el ejército á la defensiva absoluta, sistema reputado como el peor que se puede seguir.

En cuanto á la estrategia, se le olvidó completamente, pues no se observó más regla que presentarse al enemigo de frente interceptándole el paso.

También se descuidó el organizar la guerra en el terreno que quedaba á la espalda del enemigo y á los lados de sus líneas de operaciones; cosa de mayor importancia en las guerras defensivas, y que tan buenos resultados produjo en Rusia, en España y en Portugal, cuando estos países fueron invadidos por los ejércitos de Napoleón.

Es verdad que entretenidos nosotros con las frecuentes revoluciones que se sucedían periódicamente, poco ó nada nos ocupábamos en estudiar y preparar un sistema de defensa; y que la invasión nos sorpren-

dió por completo, porque la mayor parte de los mexicanos no creían que tal guerra pudiese venir.

Un orgullo nacional mal entendido, y un desprecio inconsiderado de nuestros vecinos, contribuyeron también á asegurarnos en nuestra indolencia.

Por otra parte, el estado militar de la República era deplorable: el Ejército no llegaba al comenzar la guerra, á doce mil hombres, esparcidos en una vastísima extensión: el armamento, la artillería, y en general todo lo concerniente al ejército, se hallaba envejecido y deteriorado por el uso, sin que en muchos años hubiese sido relevado, y en cuanto á nuevos sistemas adoptados en otros países, solamente teníamos noticias.

No existían arsenales ni depósitos de ninguna clase, de manera que las pérdidas sufridas en la guerra era imposible repararlas.

Los doce mil hombres del Ejército, reemplazados constantemente y ayudados por batallones de auxiliares y de Guardia Nacional, que en escaso número se levantaron, fueron los únicos elementos con que la Nación sostuvo una lucha en extremo desigual, para la que no estaba preparada.

Hay que añadir que la Hacienda pública se hallaba completamente exhausta. »

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

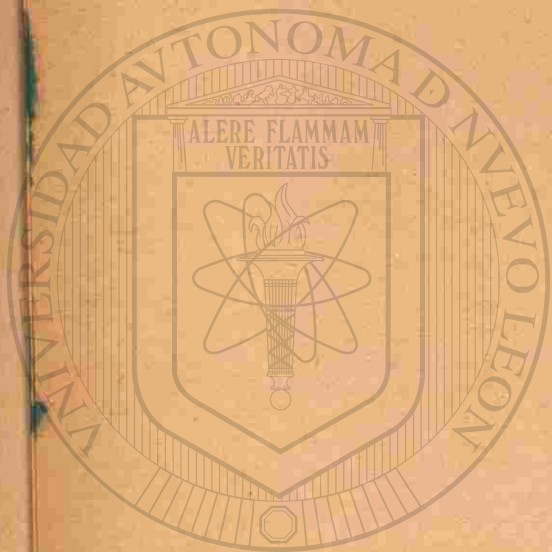
Doscientos millones de pesos importó á la nación norteamericana el gasto de su guerra contra nuestra Patria. Envió un total de noventa y nueve mil hombres, de los cuales quedaron muertos en nuestros mares,

playas, campos y ciudades, veinticinco mil invasores!...

¡Muy cerca de diez mil de sus valientes, mordieron en los campos de batalla, en calles, plazas y calzadas, al son de los clarines y al estruendo de las baterías, el polvo mexicano!

¡Gloria á todos los bravos que murieron dignamente por ir hacia la Victoria, siguiendo las águilas de sus banderas!

FIN DE LA SEGUNDA SERIE.

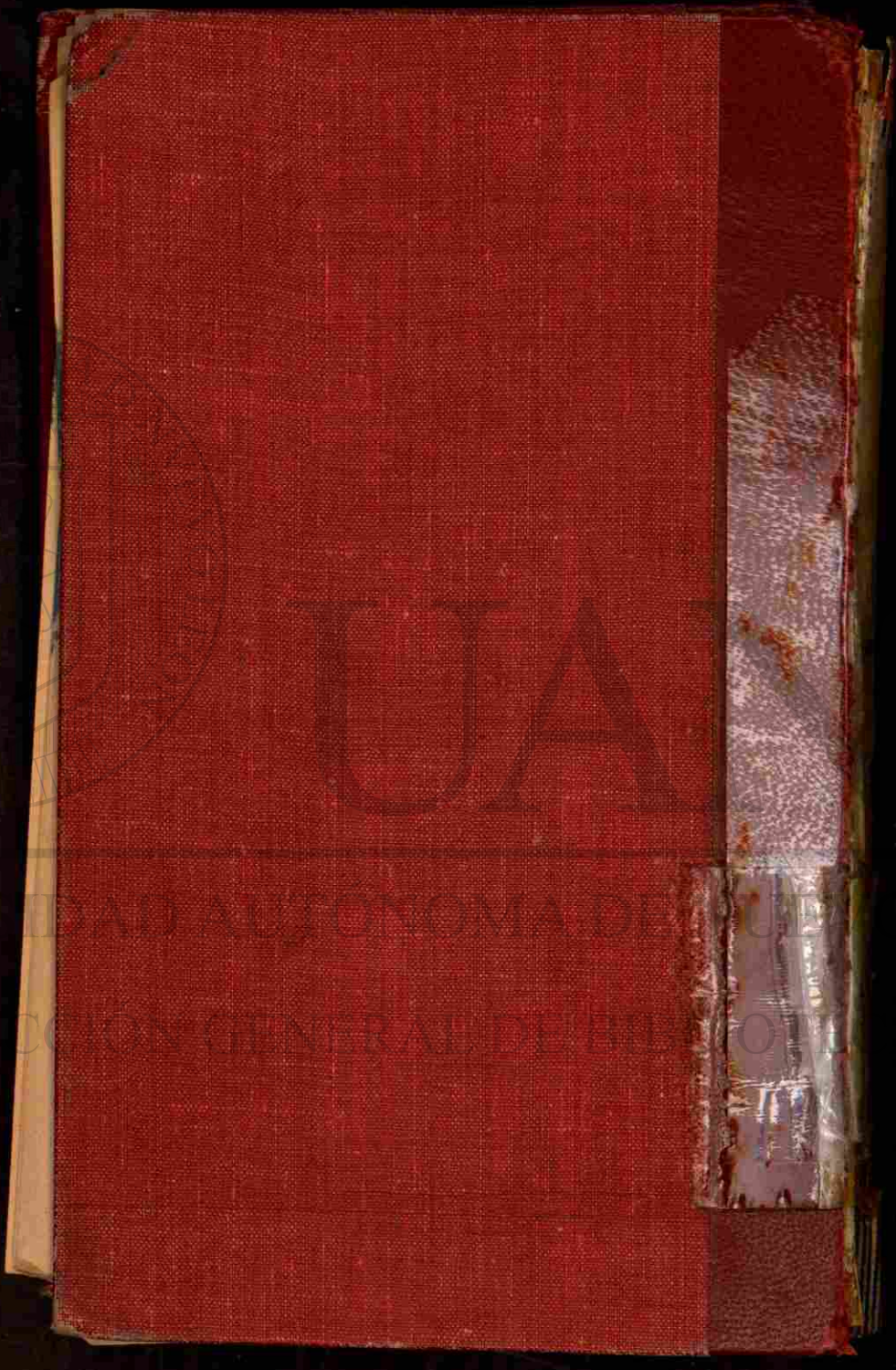


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

I. — La batalla de Palo Alto	9
II. — La Resaca de Guerrero	23
III. — Monterrey	37
IV. — El reducto de la Tengería	49
V. — Capitulación de Monterrey	59
VI. — Hacia la Angostura	71
VII. — Batalla de la Angostura	85
VIII. — Después de la batalla	99
IX. — El desastre de Sacramento	113
X. — Defensa de Veracruz	127
XI. — Bombardeo y capitulación de Veracruz	139
XII. — Preliminares de Cerro Gordo	151
XIII. — Batalla de Cerro Gordo	163
XIV. — Ante la capital	173
XV. — Batalla de Padierna	187
XVI. — Defensa de Churubusco	199
XVII. — Molino del Rey	215
XVIII. — Asalto de Chapultepec	229
XIX. — Los últimos combates	243
XX. — Episodios aislados. — Las guerrillas	249
XXI. — Episodios aislados. — Segunda parte	237
XXII. — Síntesis de la campaña. Observaciones	265



DIPLOMA DI
GENERALI DI BEL